This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LOS MARTIRES

DEL

ANAHUAC

NOVELA HISTORICA

Por Eligio Ancona.

TOMO PRIMERO

MEXICO.
IMPRENTA DIRIGIDA POR JOSE BATIZA.
Calle de Alfaro núm. 13.
1870.

CAPITULO I

La flota.

. 21 de Abril de 1519 reinaba una agitacion ex-
dinaria en las costas de la antigua provincia de
hiuhcuecan.
espacio que hoy ocupa la moderna ciudad de
ruz, se hallaba inundado de un inmenso gentío,
quieto y alborotado que las aguas del golfo que
á estrellarse en la orilla.
dia estaba bastante avanzado, y los rayos del
e caian perpendicularmente sobre la superficie
a de la playa, producian un calor intenso y abra-
á que parecia insensible la muchedumbre.
les cubiertos con sus ricas mantas de algodon,
es del *pueblo cargados* con los instrumentos de

su trabajo, mujeres ligeramente vestidas y niños completamente desnudos, afluian á centenares de los lugares vecinos, y solo se detenian al sentir humedecidas sus plantas por el agua del mar.

Y con los ojos fijos en sus azuladas ondas y comunicándose mútuamente sus impresiones, permanecian en el sitio que habian logrado conquistar, olvidando que el sol quemaba su piel y hacia brotar el sudor de todos sus poros.

¿Por qué se hallaba excitada á tan alto grado la admiracion de la multitud?

Era que en ese golfo espacioso, cuyas aguas habian arrastrado en otro tiempo la barca del dios *Quetzalcoatl* hasta el fabuloso país de *Tlapallan*, se presentaba un espectáculo extraordinario, que naturalmente traia á la memoria del pueblo el mito mas bello de la teogonía azteca.

A una milla de distancia de la playa, y á sotavento de la isleta donde despues se edificó el castillo de San Juan de Ulúa, avanzaban majestuosamente once naves con la proa dirigida hácia tierra y las velas hinchadas por la suave brisa del mar.

Era la segunda vez que los sencillos habitantes de Chalchiuhcuecan contemplaban atónitos aquel fenómeno maravilloso. El año anterior, cuatro naves capitaneadas por Juan de Grijalva, se habian presentado en *las mismas costas* y habian desaparecido casi inmediatamente, despues de cambiar sus miserables buje-

rías de Europa por el rico oro de las minas del Auá-huac.

Pero aunque aquel espectáculo careciese del mér[illegible] de la novedad, no por eso llamaba ménos vivamen[illegible] la atencion del numeroso pueblo que inundaba la [illegible]ta. Los americanos no conocian hasta entónces [illegible] clase de embarcaciones que sus canoas y piraguas. [illegible] que se valian para la pesca y para la guerra, sin a[illegible]tarse nunca de la orilla. Así, pues, aquellas n[illegible] cuya quilla cortaba tan fácilmente las inquietas a[illegible] del golfo, les parecian de dimensiones extraord[illegible]rias: aquellas grandes mantas desplegadas al vi[illegible] eran para ellos de un uso desconocido; y la fal[illegible]remos les hacia suponer que esos inmensos móns[illegible] marinos eran impelidos por alguna fuerza sob[illegible]tural.

El nombre de Quetzalcoatl se hallaba en tod[illegible] labios, y con esa sencilla devocion tan caracter[illegible] de los pueblos primitivos, algunas personas se a[illegible]llaban humildemente sobre la arena para adorar [illegible] lejos al buen dios del aire, que segun su pro[illegible] volvia á habitar entre su pueblo.

Este era el sentimiento que dominaba general[illegible] en la multitud. Pero como cualquiera que sea la [illegible]ción á que esté reducido un pueblo, nunca fal[illegible] su seno algunos espíritus superiores que se ele[illegible]bre las supersticiones del vulgo, habia unos [illegible] *incrédulos que se oponian* á reconocer como [illegible]

dientes de Quetzalcoatl á aquellos misteriosos viajeros que venian de un país no ménos misterioso.

Estos incrédulos eran principalmente los que el año anterior se habian acercado á Grijalva y sus compañeros, los que los habian oido hablar y comerciado con ellos. Convenian en que los extranjeros eran de una raza enteramente distinta de la de los demas hombres, puesto que la blancura de su cútis, las barbas que enseñaban en el rostro, sus trajes, sus armas y sus inmensas piraguas, en nada se parecian á cuanto habian visto hasta allí en el extenso país del Anáhuac; pero negaban su orígen divino, y se fundaban en la sencillísima razon de que los habian visto devorar cuantos alimentos se les habian presentado.

Esta discusion que empezaba á interesar á la multitud casi tanto como las naves que seguian avanzando hácia la playa, fué repentinamente interrumpida por un accidente que tuvo lugar en la armada.

La brisa trajo hasta los oidos de los ansiosos americanos el eco de algunas voces de mando y el monótono y cadencioso salomar de los marineros: las blancas velas cayeron casi simultáneamente sobre la cubierta de las naves, ó se recogieron á lo largo de los mástiles que las sostenian; y un momento despues las anclas de hierro hendian la cristalina superficie de las aguas y descendian al abismo. Las misteriosas naves habian detenido su vuelo, y la cubierta de cada una de ellas no tardó en verse poblada de un número considerable

de aquellos extranjeros, blancos y barbados, que tanto excitaban la admiracion de los americanos.

La mayor de las carabelas, la que venia por delante, enarboló entónces sobre el asta de popa el pabellon de Castilla y sobre el palo mayor sus insignias de capitana.

Era ésta la que conducia el célebre piloto Anton de Alaminos, la que traia á su bordo á Hernan Cortés, jefe de la armada; á Pedro de Alvarado, futuro conquistador de Guatemala; á Francisco de Montejo, que mas tarde debia conquistar á Yucatan; á Alonso Hernandez Puertocarrero, y á otros capitanes y personas de alguna distincion, que gozaban de la amistad ó del favor del gefe. Entre estos últimos venia Bernal Diaz del Castillo, valiente soldado y sincero historiador, que medio siglo despues debia escribir con tanta verdad como prolijidad, las peripecias de la campaña extraordinaria que forman el asunto principal de este libro.

Apoyados en la obra muerta de la capitana y mirando alternativamente á las playas del continente ó á la isleta de San Juan de Ulúa, segun el diálogo lo exigia, varios de los capitanes y soldados que habian hecho el viaje del año anterior con Grijalva, conversaban animadamente con Hernan Cortés, que los abrumaba á preguntas para saciar su curiosidad.

Nuestros lectores no llevarán á mal que bosquejemos, siquiera á grandes rasgos, el retrato de este hombre extraordinario, que debia llevar al cabo la em-

presa mas atrevida de aquel siglo de grandes empresas.

En la época en que comenzamos nuestra narracion, el futuro conquistador del Anáhuac contaba treinta y cuatro años de edad. Como sucede generalmente con todos aquellos que han consagrado una gran parte de su existencia á la vida activa de los campamentos, Hernan Cortés, aunque un poco delgado, era de una complexion recia y robusta, que unida á su mediana y bien proporcionada estatura, hacian de su persona un conjunto agradable. El trigueño color de su cútis se hallaba un tanto quemado por el ardiente sol de las Antillas, donde habia permanecido muchos años, cultivando la tierra y haciendo la guerra á los naturales. Sus ojos negros, aunque sabian expresar todas las pasiones, revelaban principalmente esa energía y firmeza de voluntad que no tardarémos en ver desarrolladas en las ocasiones mas difíciles. Sus barbas, no muy espesas, le cubrian las mejillas y toda la parte inferior del rostro. Mirándole con mayor atencion, se descubría abajo del labio inferior y mal encubierta por las barbillas, la cicatriz de una herida que el guerrero habia recibido, no en los campos de batalla, sino en una pendencia que habia tenido en sus mocedades con un rival mas diestro ó mas afortunado que él.

Aquel dia iba tan modestamente vestido, como cualquiera de los aventureros que le rodeaban, y cuya pobreza era tanta, que solo por salir de ella habian to-

mado parte en la empresa que iban á acometer. A pesar de esto, y como queriendo dar un indicio de lo mucho que codiciaba el oro y las joyas, llevaba Cortés un grueso diamante en el dedo meñique de la mano derecha, y al cuello una cadenita de oro con un joyel del mismo metal, en cuyo anverso estaba grabada una imájen de la Vírgen María, y en el reverso otra de San Juan Bautista. En la gorra de terciopelo que cubria su cabeza, se ostentaba una medalla que llevaba tambien grabada una imájen sagrada, segun el gusto ó la manía que dominaba en aquella época de devocion.

Tal era el hombre que arrimado á la obra muerta de la carabela, conversaba familiarmente con varios de los capitanes y soldados que acabamos de mencionar. El carácter de Hernan Cortés se prestaba bastante á la familiaridad en ciertas ocasiones. Como todo hombre que espera su elevacion mas bien de la popularidad, que de lo que en su país y en su época constituye el derecho, Cortés en sus conversaciones íntimas trataba como á iguales á los turbulentos aventureros que le acompañaron en su empresa, no obstante que su ambicion le decia que con su astucia y superioridad podia dominarlos á todos.

Cuando la maniobra que mandaba con precision Alaminos se hubo terminado del todo: cuando los marineros hubieron dejado de correr sobre cubierta para obedecer los órdenes del piloto: cuando, en una palabra, la calma hubo sucedido al movimiento y agitacion

que reinan siempre en el acto de anclar un buqu
Hernan Cortés se volvió á Bernal Diaz que habia v
nido enseñándole todos los lugares notables de la co
ta desde Potonchan hasta Sacrificios, y señalándo
con el dedo una isleta que se descubria á corta dista
cia, le preguntó:

—¿Qué nombre habeis dado á esta isla en vuest
viaje anterior?

—San Juan de Ulúa, respondió el futuro cronist

—¡San Juan de Ulúa! repitió Cortés, á quien aca
pareció extraño este consorcio de un santo del parai
con un nombre pagano.—¿Y qué motivo os obligó
darle ese nombre?

—Dímosle el nombre de San Juan, porque el d
de San Juan descubrimos la isla, y por honrar la m
oria de nuestro capitan Juan de Grijalva.

—¡Hum! refunfuñó el capitan. Primero habeis da
el nombre de vuestro capitan Grijalva al rio de T
asco; despues á esta miserable isla. ¿Qué dejais, pu
ra los que han venido detras?

Y Hernan Cortés, que todavía no habia dado
nombre á nada, sintió oprimírsele el corazon de em
cion y de envidia, y clavó sus ojos en las playas
aquel fabuloso continente, que parecia brotar de
azuladas aguas del golfo, y que á juzgar por la ans
muchedumbre que hervia en sus blancos arenal
debia ser el mas rico y grandioso descubrimiento q
los europeos hubiesen hecho en el Nuevo Mundo.

Permaneció un instante inmóbil y silencioso, y su mirada se hizo tan fija y tan tenaz que parecia querer penetrar las montañas cuyas elevadas crestas se descubrian allá en el lejano horizonte, para conocer los tesoros que encerraban en su seno. Sus pupilas se ensancharon entónces dentro de las órbitas de sus ojos: sintió correr por sus venas un fuego desconocido, é inclinando la cabeza sobre su pecho:

—¡Quién sabe! murmuró, como para responder á su propio pensamiento.

Y volviéndose á Bernal Diaz:

—Continuad, le dijo.—¿Por qué habeis sobrepuesto el nombre de Ulúa al nombre de vuestro capitan?

—Os lo voy á decir. Cuando pasamos á esta isleta el año anterior, encontramos allí un adoratorio que contenia un altar y un ídolo, viva imájen del demonio. Algunos sacerdotes que traian unas mantas negras, largas y con capillas, á guisa de los que usan los frailes domínicos, acababan de sacrificar á dos jóvenes que yacian tendidos al pié del altar, completamente desnudos y con el pecho ensangrentado. Uno de aquellos infames sacerdotes tenia en sus manos el corazon todavía caliente de las víctimas que ofrecia al ídolo, miéntras otros le quemaban en grandes zahumerios de barro, una resina cuyo olor se parecia al del incienso. Les preguntamos por medio de nuestro intérprete quién les ordenaba cometer aquellos asesinatos, y ellos, señalando el Occidente con sus manos teñidas

en sangre, nos respondieron repetidas veces: *¡Ulúa! ¡Ulúa!*

—¿Y habeis entendido entónces ó despues lo que querian significar con aquella palabra? preguntó Hernan Cortés.

—Cuando interrogamos á nuestro intérprete Francisco, nos respondió que con aquella palabra querian significar al poderoso señor que gobierna este vasto imperio, y del cual hemos oido hablar en Tabasco.

En aquel momento se incorporó al grupo que formaban los interlocutores, un jóven de fisonomía abierta y de francos modales, que parecia comunicar la alegría á cuantos le rodeaban.

Este jóven llevaba el retumbante nombre de Alonso Hernandez Puertocarrero.

—Veo, señor capitan, dijo á Hernan Cortés, que os seguís entreteniendo como ayer, en saber de esos caballeros lo que aprendieron en su viaje anterior. ¿Sabeis de qué me acuerdo, oyendo nombrar tantas ciudades, ínsulas y rios?

—¿De qué? preguntó Cortés con bondadosa sonrisa.

—Pues me acuerdo de aquel antiguo romance que dice:

Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Dó van á dar á la mar.

Yo os digo que mireis bien las ricas tierras que delante de los ojos se nòs presentan y que sepais gobernarlas bien, como nosotros sabrémos conquistarlas.

Estas palabras que tan exactamente correspondian á los secretos pensamientos del capitan, hicieron asomar un ligero rubor á sus mejillas. Pero reponiéndose al instante, dijo:

—Dénos Dios ventura en armas, como al paladin Roldan, que por lo demas, teniendo á mi lado caballeros como vuesa merced y los otros que me rodean, yo sabré gobernarlas con el beneplácito de todos.

Y volviendo á mirar hácia el continente, murmuró por lo bajo la segunda estrofa del romance comenzado por Puertocarrero:

Cata palacios del Rey,
Cata los de don Beltran,
Y aquella que ves mas alta
Y que está en mejor lugar.

En aquel instante, los que continuaban mirando hácia la playa, vieron desprenderse de ésta dos grandes canoas henchidas de desnudos americanos, y que por la direccion que desde luego le imprimieron los remeros que las conducian, se conoció bien presto que intentaban abordar á la capitana. Cortés se separó entónces de sus interlocutores é hizo llamar á su intérprete Gerónimo de Aguilar.

Algunos momentos despues, las dos canoas pegaban

presa mas atrevida de aquel siglo de grandes empresas.

En la época en que comenzamos nuestra narracion, el futuro conquistador del Anáhuac contaba treinta y cuatro años de edad. Como sucede generalmente con todos aquellos que han consagrado una gran parte de su existencia á la vida activa de los campamentos, Hernan Cortés, aunque un poco delgado, era de una complexion recia y robusta, que unida á su mediana y bien proporcionada estatura, hacian de su persona un conjunto agradable. El trigueño color de su cútis se hallaba un tanto quemado por el ardiente sol de las Antillas, donde habia permanecido muchos años, cultivando la tierra y haciendo la guerra á los naturales. Sus ojos negros, aunque sabian expresar todas las pasiones, revelaban principalmente esa energía y firmeza de voluntad que no tardarémos en ver desarrolladas en las ocasiones mas difíciles. Sus barbas, no muy espesas, le cubrian las mejillas y toda la parte inferior del rostro. Mirándole con mayor atencion, se descubria abajo del labio inferior y mal encubierta por las patillas, la cicatriz de una herida que el guerrero habia recibido, no en los campos de batalla, sino en una pendencia que habia tenido en sus mocedades con un rival mas diestro ó mas afortunado que él.

Aquel dia iba tan modestamente vestido, como cualquiera de los aventureros que le rodeaban, y cuya pobreza era tanta, que solo por salir de ella habian to-

mado parte en la empresa que iban á acometer. A pesar de esto, y como queriendo dar un indicio de lo mucho que codiciaba el oro y las joyas, llevaba Cortés un grueso diamante en el dedo meñique de la mano derecha, y al cuello una cadenita de oro con un joyel del mismo metal, en cuyo anverso estaba grabada una imájen de la Vírgen María, y en el reverso otra de San Juan Bautista. En la gorra de terciopelo que cubria su cabeza, se ostentaba una medalla que llevaba tambien grabada una imájen sagrada, segun el gusto ó la manía que dominaba en aquella época de devocion.

Tal era el hombre que arrimado á la obra muerta de la carabela, conversaba familiarmente con varios de los capitanes y soldados que acabamos de mencionar. El carácter de Hernan Cortés se prestaba bastante á la familiaridad en ciertas ocasiones. Como todo hombre que espera su elevacion mas bien de la popularidad, que de lo que en su país y en su época constituye el derecho, Cortés en sus conversaciones íntimas trataba como á iguales á los turbulentos aventureros que le acompañaron en su empresa, no obstante que su ambicion le decia que con su astucia y superioridad podia dominarlos á todos.

Cuando la maniobra que mandaba con precision Alaminos se hubo terminado del todo: cuando los marineros hubieron dejado de correr sobre cubierta para obedecer los órdenes del piloto: cuando, en una palabra, la calma hubo sucedido al movimiento y agitacion

presa mas atrevida de aquel siglo de grandes empresas.

En la época en que comenzamos nuestra narracion, el futuro conquistador del Anáhuac contaba treinta y cuatro años de edad. Como sucede generalmente con todos aquellos que han consagrado una gran parte de su existencia á la vida activa de los campamentos, Hernan Cortés, aunque un poco delgado, era de una complexion recia y robusta, que unida á su mediana y bien proporcionada estatura, hacian de su persona un conjunto agradable. El trigueño color de su cútis se hallaba un tanto quemado por el ardiente sol de las Antillas, donde habia permanecido muchos años, cultivando la tierra y haciendo la guerra á los naturales. Sus ojos negros, aunque sabian expresar todas las pasiones, revelaban principalmente esa energía y firmeza de voluntad que no tardarémos en ver desarrolladas en las ocasiones mas difíciles. Sus barbas, no muy espesas, le cubrian las mejillas y toda la parte inferior del rostro. Mirándole con mayor atencion, se descubria abajo del labio inferior y mal encubierta por las patillas, la cicatriz de una herida que el guerrero habia recibido, no en los campos de batalla, sino en una pendencia que habia tenido en sus mocedades con un rival mas diestro ó mas afortunado que él.

Aquel dia iba tan modestamente vestido, como cualquiera de los aventureros que le rodeaban, y cuya pobreza era tanta, que solo por salir de ella habian to-

Permaneció un instante inmóbil y silencioso, y su mirada se hizo tan fija y tan tenaz que parecia querer penetrar las montañas cuyas elevadas crestas se descubrian allá en el lejano horizonte, para conocer los tesoros que encerraban en su seno. Sus pupilas se ensancharon entónces dentro de las órbitas de sus ojos: sintió correr por sus venas un fuego desconocido, é inclinando la cabeza sobre su pecho:

—¡Quién sabe! murmuró, como para responder á su propio pensamiento.

Y volviéndose á Bernal Diaz:

—Continuad, le dijo.—¿Por qué habeis sobrepuesto el nombre de Ulúa al nombre de vuestro capitan?

—Os lo voy á decir. Cuando pasamos á esta isleta el año anterior, encontramos allí un adoratorio que contenia un altar y un ídolo, viva imájen del demonio. Algunos sacerdotes que traian unas mantas negras, largas y con capillas, á guisa de los que usan los frailes domínicos, acababan de sacrificar á dos jóvenes que yacian tendidos al pié del altar, completamente desnudos y con el pecho ensangrentado. Uno de aquellos infames sacerdotes tenia en sus manos el corazon todavía caliente de las víctimas que ofrecia al ídolo, miéntras otros le quemaban en grandes zahumerios de barro, una resina cuyo olor se parecia al del incienso. Les preguntamos por medio de nuestro intérprete quién les ordenaba cometer aquellos asesinatos, y ellos, señalando el Occidente con sus manos teñidas

en sangre, nos respondieron repetidas veces: *¡Ulúa! ¡Ulúa!*

—¿Y habeis entendido entónces ó despues lo que querian significar con aquella palabra? preguntó Hernan Cortés.

—Cuando interrogamos á nuestro intérprete Francisco, nos respondió que con aquella palabra querian significar al poderoso señor que gobierna este vasto imperio, y del cual hemos oido hablar en Tabasco.

En aquel momento se incorporó al grupo que formaban los interlocutores, un jóven de fisonomía abierta y de francos modales, que parecia comunicar la alegría á cuantos le rodeaban.

Este jóven llevaba el retumbante nombre de Alonso Hernandez Puertocarrero.

—Veo, señor capitan, dijo á Hernan Cortés, que os seguís entreteniendo como ayer, en saber de esos caballeros lo que aprendieron en su viaje anterior. ¿Sabeis de qué me acuerdo, oyendo nombrar tantas ciudades, ínsulas y rios?

—¿De qué? preguntó Cortés con bondadosa sonrisa.

—Pues me acuerdo de aquel antiguo romance que dice:

Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Dó van á dar á la mar.

Yo os digo que mireis bien las ricas tierras que delante de los ojos se nòs presentan y que sepais gobernarlas bien, como nosotros sabrémos conquistarlas.

Estas palabras que tan exactamente correspondian á los secretos pensamientos del capitan, hicieron asomar un ligero rubor á sus mejillas. Pero reponiéndose al instante, dijo:

—Dénos Dios ventura en armas, como al paladin Roldan, que por lo demas, teniendo á mi lado caballeros como vuesa merced y los otros que me rodean, yo sabré gobernarlas con el beneplácito de todos.

Y volviendo á mirar hácia el continente, murmuró por lo bajo la segunda estrofa del romance comenzado por Puertocarrero:

Cata palacios del Rey,
Cata los de don Beltran,
Y aquella que ves mas alta
Y que está en mejor lugar.

En aquel instante, los que continuaban mirando hácia la playa, vieron desprenderse de ésta dos grandes canoas henchidas de desnudos americanos, y que por la direccion que desde luego le imprimieron los remeros que las conducian, se conoció bien presto que intentaban abordar á la capitana. Cortés se separó entónces de sus interlocutores é hizo llamar á su intérprete *Gerónimo de Aguilar*.

Algunos momentos despues, las dos canoas pegab

á un costado de la carabela. Los soldados invitaron por señas á los que venian en ellas á que subiesen á bordo, y éstos no tardaron en obedecer.

El primero que saltó sobre cubierta, era un indio de elevada estatura y de robustas formas, que á juzgar por la altivez de su continente y la riqueza de su traje, debia de ser persona principal. Los indios que le acompañaban venian completamente desnudos, si se exceptúa el *maxtlatl* ó faja que rodeaba su cintura.

El jefe llevaba, ademas, anudada graciosamente sobre su pecho una larga manta de excelente tela de algodon que le cubria las espaldas y descendia hasta mas abajo de las corvas. Defendian sus piés unas alpargatas de cuero que se sujetaban á la pierna por medio de unos hilos suaves de algodon, entretegidos con algunas partículas de oro. En su mano derecha se ostentaba un rico abanico de plumas, con que se daba aire en el rostro para mitigar el calor del clima.

Luego que el indio se vió rodeado de todos sus compañeros, echó una mirada en derredor de sí, como para buscar á la persona á quien debia dirigirse.

El espectáculo que se presentó á sus ojos, aunque de una novedad extraordinaria para él, no fué bastante para turbarle.

Hernan Cortés sentado en una silla, cerca del palo mayor del buque, era el centro de un semicírculo formado por los aventureros españoles, que con sus trajes europeos, su cútis blanco y las espesas barbas que cubrian

la mitad de su rostro, tenian á los ojos de los sencillos americanos, el aspecto de otros tantos séres sobrenaturales, bajados de un mundo superior ó desconocido.

Mas allá, á la proa del buque, algunos marineros echados indolentemente sobre royos de jarcia, apenas se habian dignado levantar un poco sus barbados semblantes para aventurar una mirada de curiosidad sobre sus extraños huéspedes.

Pero en donde las miradas de los mexicanos se detuvieron con mayor atencion, fué en un grupo de mujeres de raza aborígena que tenian en frente de sí, y que no eran otras que las esclavas regaladas algunos dias antes á los españoles por el cacique de Tabasco. Los indios examinaban atentamente con los ojos su color cobrizo y sus vestidos de algodon, y se preguntaban á sí mismos qué significaba aquel grupo de simples mortales en el templo de los dioses.

Porque no podia ser otra cosa que un templo construido por séres sobrenaturales aquel gran edificio de madera, que á pesar de sus extraordinarias dimensiones, se mantenia sobre las aguas del golfo, como la mas frágil piragua de Chalchiuhcuecan. Los ojos de los mexicanos vagaban atónitos desde la cubierta que resonaba bajo sus pisadas, hasta las extremidades de los mástiles que se balanceaban majestuosamente en el espacio. Aquellas cuerdas multiplicadas hasta lo infinito, aquellas grandes mantas plegadas ahora que parecian descansar del largo vuelo que hab

en sangre, nos respondieron repetidas veces: *¡Ulúa! ¡Ulúa!*

—¿Y habeis entendido entónces ó despues lo que querian significar con aquella palabra? preguntó Hernan Cortés.

—Cuando interrogamos á nuestro intérprete Francisco, nos respondió que con aquella palabra querian significar al poderoso señor que gobierna este vasto imperio, y del cual hemos oido hablar en Tabasco.

En aquel momento se incorporó al grupo que formaban los interlocutores, un jóven de fisonomía abierta y de francos modales, que parecia comunicar la alegría á cuantos le rodeaban.

Este jóven llevaba el retumbante nombre de Alonso Hernandez Puertocarrero.

—Veo, señor capitan, dijo á Hernan Cortés, que os seguís entreteniendo como ayer, en saber de esos caballeros lo que aprendieron en su viaje anterior. ¿Sabeis de qué me acuerdo, oyendo nombrar tantas ciudades, ínsulas y rios?

—¿De qué? preguntó Cortés con bondadosa sonrisa.

—Pues me acuerdo de aquel antiguo romance que dice:

Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Dó van á dar á la mar.

Yo os digo que mireis bien las ricas tierras que delante de los ojos se nòs presentan y que sepais gobernarlas bien, como nosotros sabrémos conquistarlas.

Estas palabras que tan exactamente correspondian á los secretos pensamientos del capitan, hicieron asomar un ligero rubor á sus mejillas. Pero reponiéndose al instante, dijo:

—Dénos Dios ventura en armas, como al paladin Roldan, que por lo demas, teniendo á mi lado caballeros como vuesa merced y los otros que me rodean, yo sabré gobernarlas con el beneplácito de todos.

Y volviendo á mirar hácia el continente, murmuró por lo bajo la segunda estrofa del romance comenzado por Puertocarrero:

Cata palacios del Rey,
Cata los de don Beltran,
Y aquella que ves mas alta
Y que está en mejor lugar.

En aquel instante, los que continuaban mirando hácia la playa, vieron desprenderse de ésta dos grandes canoas henchidas de desnudos americanos, y que por la direccion que desde luego le imprimieron los remeros que las conducian, se conoció bien presto que intentaban abordar á la capitana. Cortés se separó entónces de sus interlocutores é hizo llamar á su intérprete *Gerónimo de Aguilar*.

Algunos momentos despues, las dos canoas pegaba

Y volvió á lanzar sobre su intérprete una mirada llena de cólera, como si el pobre prisionero de Yucatan hubiese tenido la obligacion de conocer todos los dialectos que se hablaban entónces en el continente americano.

Gerónimo de Aguilar abatido y doblegado bajo el peso de esta mirada, tenia la cabeza inclinada sobre su pecho. Pero de súbito levantó los ojos, y mirando á Cortés con cierta expresion de triunfo:

—¿Habeis notado, le dijo, que una de esas jóvenes de Tabasco os señaló con el dedo al indio que nos pronunció tan hermoso discurso?

—Sí.

—Eso indica, cuando menos, que la muchacha comprendió la palabra que el indio pronunció desde que saltó á bordo.

—Y que conoce su idioma.

—Pues bien; si la esclava conoce el idioma de ese gentil, ella me traducirá al maya su discurso, y yo os lo traduciré del maya al español.

Pareció á Hernan Cortés excelente esta idea, y procurando distinguir entre el grupo de las jóvenes esclavas á la que habia designado el intérprete, la llamó con un ademan.

La jóven esclava volvió á apartarse de sus compañeras, y ruborizada y temblando, atravesó el espacio que la separaba de Cortés, bajo el fuego de las cien miradas que se clavaron sobre ella para saciar su cu-

riosidad. Y á fé que aparte del interes que excitaba en aquel momento por el importante papel que iba á desempeñar, merecia llamar todavía mas poderosamente la atencion por su juventud, por su belleza y por su originalidad, si nos es lícito emplear esta última palabra.

La esclava se hallaba todavía en esa época de la juventud, que puede llamarse la primavera de la vida. Sus ojos negros, su boca pequeña, sus mejillas ligeramente abultadas, y su cabello recogido sencillamente por medio de una cinta á la parte posterior de la cabeza, prestaban un encanto indefinible á su rostro graciosamente ovalado y de moreno cútis, en que resaltaban dos labios frescos y rojos como la flor del granado.

La jóven vestia el pintoresco traje de las mujeres del país que acababa de abandonar, y que así como el idioma, era semejante al de la península de Yucatan. Sobre una basquiña blanca, hecha de tela de algodon y adornada en la parte inferior con profusion de bordados de distintos colores, descendia una especie de camisa hecha de la misma tela é igualmente cubierta de bordados, no solo en la parte inferior, sino tambien en el cuello. Esta camisa descendia solamente hasta la altura de las rodillas, á fin de que pudieran ostentarse simultáneamente los bordados de la basquiña, que bajaba hasta la extremidad de los piés.

Como la tela de la camisa era demasiado fina, la *esclava cruzó los brazos* sobre su pecho, temerosa ac

so de que la ligereza de su vestido acusase la morbidez de su seno.

El caudillo español, cuya virtud dominante no era por cierto la continencia, á la vista de esta esclava que rebosaba de juventud y de belleza, que se hallaba á dos pasos de su silla con los ojos bajos, las mejillas encendidas y en actitud temblorosa, pareció olvidar por un instante el árduo asunto para que habia sido llamada, y se dejó arrastrar, en mayor grado acaso que todos los circunstantes, del dulce encanto que la jóven esparcia en rededor de su persona.

Pero Gerónimo de Aguilar que ya era viejo, y que allá en Yucatan habia dado ejemplos de una castidad comparable solamente á la de José, no tardó en sacar al caudillo de su enagenamiento y á la esclava de su embarazo, preguntando á ésta en el idioma de los mayas:

—¿Has entendido lo que ha hablado ese jefe?

La jóven levantó su hermosa cabeza, fijó un instante sus ojos sobre Aguilar, y dirigiendo luego una mirada, ligera como el relámpago, al capitan de la armada, respondió afirmativamente con un ademan.

—¿Y puedes repetirme sus palabras, continuó Aguilar, en el idioma de tu patria?

—Mi patria, respondió la esclava, es la que tienes delante de los ojos. Una gran parte de mi vida la he pasado en tierra extranjera; pero recuerdo haber admirado cuando era niña, esa cima blanca que se confunde con las nubes del firmamento.

Y señaló con el dedo el alto pico del Orizaba, cubierto de perpétua nieve, que se elevaba majestuoso sobre la azulada cima de los árboles.

—¡Muy bien! repuso Aguilar, poco accesible á las emociones.—Repíteme en la lengua de los mayas lo que ha dicho ese jefe de tu nacion, y luego me contarás el raro accidente que te hizo abandonar tu patria por un país extranjero.

—Lo que ha dicho ese noble mexicano, respondió la esclava, es que ha sido enviado á saludaros por el cacique *Teuhtlile,* vasallo del gran emperador *Moteuczoma:* que Teuhtlile, como gobernador de estas costas, desea saber el objeto que trae á los extranjeros á las aguas de *Chalchiuhcuecan:* que si algo necesitan para sí y para las grandes casas flotantes en que han venido, que hará cualquier sacrificio para servirles en cuanto pueda; y por último, que si os deteneis un dia mas en estas aguas, el mismo Teuhtlile vendrá mañana á haceros una visita.

Cuando Hernan Cortés se hubo impuesto de este discurso, que Gerónimo de Aguilar tradujo al español, hizo dar al mensajero mexicano por medio de sus intérpretes la siguiente respuesta:

—Os damos gracias por la benévola acogida que nos dispensais: nada teneis que temer de nosotros: el único objeto que nos conduce á vuestro hermoso país, es el de visitaros y el de hacer el comercio con vuestro pueblo.

Y para halagar á aquellas gentes sencillas á quienes habia de esclavizarse muy pronto, Cortés mandó distribuirles algunas de esas frágiles bujerías de Europa, de que venian siempre bien provistos los conquistadores.

Previno luego que les sirviesen una comida, en que no se hizo escasear el vino; y los mensajeros, un tanto beodos con aquel licor desconocido que les pareció delicioso, no tardaron en volverse á sus playas, muy satisfechos de haber sido tratados, como á cuerpo de rey, por los misteriosos descendientes de Quetzalcoatl.

CAPITULO II

Malintzin.--El baño sagrado.

Desde el momento en que los mexicanos abandonaron la capitana, todos los aventureros volvieron á inclinarse sobre la obra muerta para seguir con la vista las pequeñas embarcaciones de aquellos, que á fuerza de remos se alejaban con direccion á la playa.

Hernan Cortés se encontró solo con Aguilar y la esclava.

Entónces el caudillo español volvió á fijar su mirada sobre la jóven, que siempre confusa y temblorosa, no osaba levantar los ojos para mirarle.

—¿Por qué tiembla esa muchacha? preguntó á su intérprete.

—Probablemente porque os tiene miedo, respondió Aguilar.

Pero Cortés que conocia á las mujeres un poco mejor que su intérprete, y que sobre el moreno cútis de la esclava veia pintarse el delicioso rubor de la juventud, dejó vagar en sus labios una ligera sonrisa de duda.

—¿Sabeis su nombre? añadió despues de un instante.

—El padre Olmedo que la bautizó ayer, le dió en el bautismo el nombre de Marina.

—¿Con que tanta prisa ha tenido en hacerse cristiana?

—El bendito padre, repuso Aguilar, comenzó á instruirla en la religion desde Tabasco, del mismo modo que á las demas esclavas; y sin duda hubiera aguardado á que estuviese completamente instruida para bautizarla, si Alonso Hernandez Puertocarrero no le hubiese suplicado que lo hiciera ántes.

—¡Puertocarrero! esclamó Cortés.—¿Y qué interes ha podido tener ese caballero.....

—Declaró que era demasiado buen cristiano para llegarse á una pagana, y que era necesario que se bautizase la esclava que vos le dísteis en Tabasco, para aprovecharse de vuestra munificencia.

—Por vida de..... Con que es esta la esclava que yo mismo he dado á Puertocarrero.

—*La misma.* Pero admiraos, capitan. ¿Verdad que el señor Alonso Hernandez Puertocarrero es un arro-

gante mancebo y ademas todo un caballero, como primo que es del conde de Medellin?

Hernan Cortés no respondió á esta interpelacion, porque hacia algunos momentos que con el ceño arrugado miraba distraidamente al espacio, como un hombre poseido de un secreto disgusto que le roe las entrañas.

—Pues á pesar de todas esas cualidades, continuó el intérprete, ¿creeis que esa esclava se fingió enferma anoche para no seguir al señor que vos le habeis dado?

—¡Ah! ¡ah! prorumpió el caudillo, cuyo rostro se desanubló al instante.—¿Es verdad lo que me decís?

—Preguntádselo al mismo Puertocarrero.

—Sí, sí: yo se lo preguntaré; y si es verdad que esa pobre muchacha se ha mostrado tan esquiva, desharé hoy lo que hice en Tabasco la semana pasada. Mañana bajarémos á tierra y no creo que nos falten hermosas esclavas para resarcir de esta pérdida á Puertocarrero.

Gerónimo de Aguilar empezaba á comprender lo que hacia mucho tiempo habria comprendido otro hombre mas experto que él, á saber: que el caudillo español creia que la jóven esclava podia servir para algo mas que para amasar el pan de sus señores.

—Pero..... continuó Cortés despues de un instante de silencio,—¿cómo es que esa jóven comprende el idioma de este país que vos no comprendeis?

—Porque esta es su patria, segun ella me ha asegurado.

—¡Ah! exclamó el capitan, calculando las ventajas que podria proporcionarle aquella circunstancia debida á la casualidad.—¿Y sabeis el motivo que obligó á esa jóven á abandonar su país.

—Si teneis curiosidad de saberlo.....

—Preguntádselo, dijo Cortés con aquella avidez que le distinguió siempre de saber todo lo relativo al país que debia conquistar.

Gerónimo de Aguilar se volvió á la jóven esclava y le manifestó el deseo del capitan.

Marina inclinó la cabeza en señal de obediencia y dirigiendo una ligera mirada á las playas del continente, comenzó su narracion en estos términos:

—Muy cerca de esos blancos médanos de arena que se confunden á vuestra vista con el lejano horizonte, hay una vasta provincia llamada *Cuatzacoalco*, que como el país que teneis delante de los ojos, está sujeta al dominio del poderoso emperador Moteuczoma. En esa provincia hay una ciudad llamada Painala, que con otros muchos pueblos que le rodean, forman uno de los cacicazgos mas ricos y poderosos de la provincia. Cuando las armas de los aztecas no habian sujetado el país al señorío del Anáhuac, el cacique de Painala era un soberano muy respetado por todos los señores vecinos, y solo á los dioses tenia que dar cuenta de sus acciones. Pero desde que las legiones vence-

doras de los mexicanos descendieron de las llanuras montañosas del Anáhuac y arrancaron su libertad á los débiles países que se despedazaban en guerras intestinas á la vista de sus poderosos vecinos, Painala, del mismo modo que todos los pueblos de la provincia, fué declarada propiedad del conquistador y condenada á pagar un tributo anual de sus principales productos en señal de vasallaje.

Desde los tiempos mas remotos á que alcanza la memoria de los sacerdotes, depositarios de los hechos mas ilustres de la antigüedad, el cacicazgo de Painala ha estado vinculado en mi familia. Así, pues, la que ahora os habla, la que en estos momentos es vuestra esclava, la que hace pocos dias lo era de un reyezuelo de Tabasco, se vió rodeada en su cuna de todo el ceremonial que las costumbres de nuestros antepasados establecieron para honrar á los hijos de los grandes señores.

Pero ¡ay! á pesar del boato con que mis padres quisieron apagar mis primeros vagidos, la voz del destino se hizo escuchar, lúgubre y fatídica, en medio de la alegría del festin con que se celebraba mi nacimiento.

Los pormenores que os voy á referir me han sido revelados por mi madre en una época demasiado dolorosa de mi vida, para que puedan borrarse nunca de mi memoria.

Apenas se difundió en Painala la noticia de mi nacimiento, todos los nobles que residian en la ciuda

corrieron al palacio de su señor á darle la enhorabuena por el beneficio que acababa de recibir de los dioses. Mi padre con el semblante bañado de alegría, les hizo entrar en la misma habitacion en que la mujer que me habia recibido del seno de mi madre, acababa de lavar todo mi cuerpo, segun el rito azteca introducido en Painala con las armas del Anáhuac.

Los sacerdotes y los adivinos entraron en pos de los nobles para cumplir con el deber que les imponia su sagrado carácter, de consultar al oráculo sobre la futura suerte del niño que acababa de nacer.

La mujer que me tenia en sus brazos, acababa de presentarme á *Matlalcueye*, la diosa de las aguas, para pedirle que el baño que habia yo recibido lavase las manchas de mi cuerpo, me limpiase el corazon y me fortificase para resistir á los azares de la vida.

Bañándome luego por segunda vez, pronunció esta oracion, que aunque mis padres estaban acostumbrados á oir en todas las ceremonias de esta naturaleza, produjo una triste impresion en su espíritu:

«Descienda el dios invisible á esta agua para borrar tus pecados y aplacar la fatalidad de tu destino.... Niña graciosa, los dioses *Ometeuctli* y *Omecihauatl* te criaron en el lugar mas alto del cielo para enviarte al mundo; pero ten presente que la vida que empiezas, es triste, dolorosa y llena de males y de miserias..... *Los dioses te ayuden* en las muchas adversidades que *aguardan.* »

Acabada esta ceremonia, la misma mujer me depositó en el regazo de mi madre, que habia seguido con los ojos todos mis movimientos, y que imprimió al instante el primer beso sobre mi frente.

Entónces mi padre se volvió á los sacerdotes y á los adivinos, y con voz balbuciente les dijo:

—Ahora os toca á vosotros.

Los sacerdotes se acercaron al sitio de la habitacion en que se hallaba la diosa Matlalcueye, y extendieron sobre el altar un lienzo cubierto de pinturas cabalísticas. Todos los circunstantes inclinaron con respeto los ojos hácia el pavimento, porque aquel lienzo sagrado contenia una copia de la pintura que el dios Quetzalcoatl habia dejado á sus sacerdotes ántes de abandonar el Anáhuac.

El sumo sacerdote de Painala, que habia querido consultar por sí mismo al oráculo para honrar á la hija de su señor, se volvió entónces á mi padre y le preguntó:

—¿A qué hora ha nacido esa niña?

—Ha nacido cuando el sol empezaba á declinar en el Ocaso, respondió mi padre.

Los sacerdotes se inclinaron inmediatamente sobre el lienzo sagrado para descifrar mi porvenir por medio del oráculo de Quetzalcoatl.

Mi madre, olvidando el respeto que se debia á aquella santa ceremonia, miraba llena de inquietud á los

sacerdotes, como si tuviese el presentimiento de que iban á anunciarle una desgracia.

Mi padre, aunque no menos agitado que ella, habia vuelto á inclinar la cabeza sobre su pecho, despues de responder á la pregunta que le habia dirigido el sumo sacerdote.

Los demas circunstantes guardaban la misma apostura, y un respetuoso silencio reinaba en toda la estancia.

Al cabo de algunos instantes el sumo sacerdote levantó la cabeza, y arrojó una mirada triste y compasiva sobre mi pobre madre, que yacia en su lecho, calentándome entre sus brazos.

Mi madre comprendió lo que significaba esta mirada, y apretándome contra su seno, hizo un esfuerzo para incorporarse sobre su lecho.

Mi padre previó tambien una desgracia, y acercándose á la dulce compañera de su vida, tomó una de sus manos entre las suyas para animarla á escuchar con calma la prediccion del oráculo.

Entónces el sumo sacerdote, entre el profundo recogimiento que dominaba á su auditorio, pronunció las siguientes palabras:

—No os desanimeis, nobles señores de Painala. Vuestra hija ha nacido bajo un signo fatal; pero bien sabeis que con la oracion, las buenas obras y los sacrificios, puede ser desarmada la cólera de los dioses. Diferiréis el baño solemne para el *Cipatli* del próximo

mes, que es un dia venturoso para los hijos de los grandes señores. Cuidad mucho de conservar el fuego sagrado hasta ese dia, ejerced la caridad para con los necesitados y aplacad á los dioses con la sangre de algunas víctimas.

Los sollozos que se escapaban del pecho de mi desolada madre, interrumpieron por un instante al sumo sacerdote.

—Pero en fin, preguntó mi padre, ¿cuál es esa prediccion del oráculo que os obliga á imponernos tan severa penitencia?

—Escuchadla, repuso con acento fatídico el sacerdote.—Cuando esa niña llegue á la adolescencia, amará al mayor enemigo de nuestra raza. Este amor la arrastrará á renegar de los dioses, á vender á sus hermanos y á entregar su patria al extranjero.

Mi madre lanzó un grito de dolor que hizo estremecer á todos los que la rodeaban. Mi padre cayó de rodillas, como para implorar la proteccion de los dioses. Yo comencé á llorar, como si á pesar de las pocas horas que contaba de existencia, hubiese podido comprender el sentido de las primeras palabras que se pronunciaban junto á mi cuna.

Diferido el baño sagrado para un dia mas propicio, los sacerdotes y los nobles se retiraron de la habitacion en que yo acababa de nacer, sin atreverse á dar á mis padres los parabienes y felicitaciones de co

tumbre. ¡Tal era la impresion que habia dejado en todos la escena de la prediccion!

Pero mi padre no se desanimó. Comenzó á hacer grandes preparativos para el próximo *cipatli*, deseoso de que la solemnidad de aquel dia fuese bastante para aplacar la cólera de los hados con los actos expiatorios que debian consumarse, y aceptable á los dioses por la régia liberalidad que pensaba ejercer en todos sus dominios.

Todos los recaudadores de tributos fueron obligados á rendir sus cuentas para aquella época: todos los graneros de la corona y todos los depósitos de palacio fueron vaciados á fin de que cuantos fuesen convidados á aquella suntuosa solemnidad, se retirasen satisfechos de la munificencia del soberano.

Amaneció al fin el dia designado por los sacerdotes para la sagrada ceremonia. Pero desde luego ocurrió un funesto presagio. El fuego que debia conservarse ardiendo desde la hora del nacimiento hasta la del segundo baño, se habia apagado durante la noche por descuido de las mujeres encargadas de alimentarlo.

Esta fatídica circunstancia hizo que mis padres se presentasen con lágrimas en los ojos en el gran patio de palacio, donde debia tener lugar la ceremonia. Los convidados de la nobleza y del pueblo que inundaban *ya aquel vasto recinto,* denotaban en su silencio el *sentimiento que les* causaba la pena de sus señores,

porque no habia un solo habitante de Painala que no amase á su virtuoso soberano.

El gran patio estaba ya preparado para la solemnidad del dia. Las verdes ramas de árboles cortadas la noche anterior en el bosque vecino, confundidas con las airosas palmas del cocotero, formaban un círculo de verdura al derredor de los convidados: las flores esparcidas con profusion en las lozas del pavimento, llenaban de perfumes el ambiente que respiraban; y los haces de maderas arómaticas que ardian ante su vista, imprimian un calor suave y delicioso á la fresca brisa de la mañana.

Este hermoso cuadro iluminado por los rayos del sol naciente que luchaba todavía con los vapores de la noche, empezó á disipar insensiblemente la melancolía de que se hallaban poseidos todos los circunstantes.

Luego que mis padres hubieron ocupado el sitio que les estaba designado, la misma mujer que habia verificado el primer baño, me tomó en sus brazos y me condujo al centro del patio, donde se hallaba asentada una gran vasija de agua, bendecida ya por los sacerdotes. Allí me despojó de todas mis ropas y comenzó la imponente ceremonia del baño.

No me detendré en referiros todos los pormenores de esta solemnidad. Solo os referiré un incidente que llamó la atencion de mi madre, siempre preocupada con el vaticinio del oráculo, y que no se borró jamás de su memoria.

Cuando la noble matrona encargada del baño, frotó todo mi cuerpo con el agua consagrada y pronunció esta fórmula establecida en el rito: *¿dónde estás, mala fortuna? anda fuera de esta niña,* todos los concurrentes repitieron en coro: *anda fuera de esa niña.* Y cuando levantó los brazos para ofrecerme á los dioses y pedirles que me protejiesen como á hija suya, no hubo una sola cabeza que no se volviese al cielo como para pronunciar la misma oracion.

Concluida la ceremonia del baño, todos los convidados pasaron á una gran sala de palacio, donde se habia preparado un espléndido banquete. Todavía se conserva memoria en Painala de la abundancia y variedad que ostentaba la mesa del festin; y varios de los comensales que habian visitado alguna vez la metrópoli del Anáhuac, aseguraron que no se hubiera desdeñado de presidir aquella mesa el orgulloso emperador de los aztecas. Si algun dia, oh extranjeros! llegais á tener noticia de la suntuosidad del gran Moteuczoma, comprenderéis cuán satisfecho debió haber quedado con aquella comparacion su humilde feudatario, el cacique de Painala.

Cuando se hubieron alzado los manteles, mi padre quiso echar un sello á su munificencia, mandando distribuir entre sus convidados un crecido número de delicadas telas de algodon.

Pero no terminaron con esto las solemnidades del *dia. De la sala del* banquete pasaron los convidados

á la vasta plaza mayor de Painala, donde se habia preparado un simulacro de guerra, juego peligroso reservado únicamente para las grandes solemnidades. En este juego, no solamente tomaban parte los antiguos guerreros acreditados ya en los campos de batalla, sino tambien los mancebos destinados á la carrera de las armas, para hacer sus primeros ensayos en el arte de la guerra.

Mi padre, para honrar las fiestas que daba en celebridad de mi nacimiento, quiso tomar una parte activa en el simulacro, y se reservó el mando de una de las dos fracciones en que se dividieron sus guerreros.

Comenzóse la ceremonia por el sacrificio de un prisionero de guerra, reservado de muchos dias atrás para aquella solemnidad. El sacrificio tuvo lugar en la cima del templo mayor de Painala, que se elevaba en el centro de la plaza del combate. Cuando el cuerpo ensangrentado de la víctima rodó por las escaleras del templo, despues de haberle arrancado el corazon en el altar, los guerreros de ambos bandos se arremetieron con tanta furia, como si realmente fuesen enemigos entre sí y deseasen destruirse.

Mi madre que no pudo asistir á aquella última parte de las fiestas, encerróse en su habitacion con su pequeña niña, y se divertia en sonreirla y hablarla, como si la niña pudiese comprenderla.

Repentinamente llamó su atencion un ruido inusito

CAPITULO III

Malintzin.--Consecuencias inmediatas de la prediccion.

Trascurrieron algunos años.

Mi madre bastante jóven todavía y señora de uno de los pueblos mas bellos y ricos de la provincia, no tardó en verse asediada de un gran número de pretendientes que solicitaban su mano.

La ilustre viuda se hubiera acaso conservado siempre fiel á la memoria de mi padre, si por aquel tiempo no se hubiesen experimentado en Painala algunos disturbios interiores, promovidos por la turbulenta nobleza. Los consejeros que la rodeaban, le hicieron com-

prender que nunca tendria bastante respetabilidad un pueblo gobernado por una mujer, y le indicaron la necesidad de contraer un segundo matrimonio.

Mi madre se dejó al fin persuadir de sus consejeros y nueve años despues de la muerte de mi padre, dió su mano y su corona á un noble, emparentado con nuestra familia, llamado *Tezcatl*, y que se habia distinguido siempre por su valor en los campos de batalla.

Un año despues de este matrimonio mi madre dió á luz un niño, y el palacio de los caciques de Painala se abrió por segunda vez á la nobleza y á los sacerdotes para la augusta ceremonia del baño sagrado.

Desde este dia creí observar que mi madre empezaba á variar de carácter. Cada vez la encontraba mas triste y hasta huraña conmigo, y muy pronto llegué á notar que cuando se hallaba delante de su esposo, afectaba no mirarme siquiera.

Aunque yo era bastante jóven todavía, tenia un corazon demasiado sensible para no sentirme lastimada con tan incomprensible conducta.

Un dia, en que al entrar en su habitacion la encontré sola y mas triste y abatida que de ordinario, me arrojé á sus brazos y estampando un beso en su frente, segun mi costumbre:

—Madre, le dije, resuelta á aclarar el enigma que desgarraba mi corazon; ¿qué crímen ha cometido tu *pobre hija que ya no goza* de tus caricias, como en *otros tiempos?*

—Calla, Malintzin, [1] me dijo mi madre con una voz que revelaba su sobresalto. ¡Calla! que aquí no podemos hablar.

Y apoyando suavemente su mano sobre mis labios, se quedó un instante inmóbil y silenciosa, como para observar si podíamos ser sorprendidas por algun curioso. Un instante despues me echó los brazos al cuello, besó mis labios, mi frente y mis mejillas, y mirándome con los ojos arrasados en lágrimas:

—Sí, me dijo; calla por ahora.

—No, repuse yo; no callaré, madre mia, miéntras no me expliques por qué es tan triste tu mirada cuando la fijas en mí, por qué suspiras cuando me abrazas, por qué lloras cuando me besas!

Mi madre, en lugar de responder, volvió á estrecharme contra su seno y á multiplicar sus besos sobre mi semblante.

Pero repentinamente lanzó un grito de sorpresa, sus brazos se aflojaron y se apartó de mí con violencia.

Yo levanté la cabeza para buscar con los ojos la causa de aquella súbita mudanza. Tezcatl, mi padrastro, acababa de entrar en la habitacion!

Mi madre temblaba como si la hubiesen sorprendi-

1 En ningun historiador hemos encontrado el nombre que la célebre *Malinche* usaba antes de hacerse cristiana. El que ponemos aquí en boca de la esposa de Tezcatl, es el que despues le dieron los aztecas, corrompiendo el nombre español de *Marina.*

do cometiendo algun crímen, y estaba tan blanca como las paredes que nos rodeaban.

Tezcatl, impasible y severo, me señaló la puerta con un ademan imperioso.

Yo intenté protestar contra aquel mónstruo que me echaba siempre del lado de mi madre..... quise implorar la proteccion de ésta; pero era en vano. Mi madre no osaba levantar los ojos de las esteras que alfombraban el pavimento.

No me quedó otro remedio que obedecer, y salí de la habitacion. Pero apénas cayó tras de mí la cortina [1] que cubria la puerta que acababa de traspasar, una idea bastante tentadora se apoderó de mí. El aspecto de Tezcatl, la agitacion de mi madre, aquel modo brusco con que me habia despedido..... todo indicaba que en el diálogo que iba á suceder á mi salida de la habitacion, debia mediar alguna explicacion relativa á mi persona.

El deseo de explicarme la conducta de mi madre, me clavó tras de aquella cortina, y las primeras palabras que llegaron á mis oidos no me movieron á arrepentirme.

—Tezcatl, dijo mi madre que pareció recobrar todo su valor desde el momento de mi salida; ¿cuándo mi pobre hija dejará de ser el blanco de tus enojos?

1 Los aztecas, que no usaban puertas para guardar sus habitaciones, se limitaban á cubrir la entrada con una cortina de tela de algodon ó de estera para que los que se hallaban *fuera no pudiesen* ver lo que pasaba en el interior.

—¿Cuándo? repuso Tezcatl con aspereza.—Cuando deję de temer que llegue á empuñar un dia el cetro de Painala.

—Pero eso tiene que suceder forzosamente, replicó mi madre con dulzura.—Nosotros no tenemos poder alguno para mudar las leyes y costumbres de nuestros antepasados, y como segun ellas el hijo primogénito del señor es su único heredero, Malintzin tendrá que ser la señora de Painala cuando los dioses se dignen disponer de mi vida.

—¿Pero olvidas que esa niña ha nacido bajo un signo fatal?

—No, no lo olvido.

—¿Y que entregarle el señorío de Painala, equivaldria á entregar nuestro pueblo á la dominacion extranjera?

Un instante de silencio sucedió á estas palabras que parecian haber dejado anonadada á mi pobre madre.

—Sí, continuó Tezcatl.—Yo estaba presente cuando se consultó al oráculo sobre el porvenir de esa niña, y aun no se han borrado de mi memoria las palabras del sumo sacerdote: «cuando esa niña llegue á la adolescencia, amará al mayor enemigo de nuestra raza. Este amor la conducirá á renegar de los dioses, á vender á sus hermanos y á entregar su patria al extranjero.»

—*Y bien!* repuso mi madre sollozando; si tal es el *destino de Malintzin,* ¿crees tú que nosotros tendré-

mos poder bastante para contrarestar la voluntad de los dioses?

—Cuando esos mismos dioses han dado á nuestros sacerdotes la facultad de descorrer el velo del porvenir, es sin duda porque han querido que nosotros los simples mortales podamos precavernos contra la fatalidad del hado.

—Tezcatl, dijo mi madre con el acento de la mas profunda resignacion: si está escrito en el libro del destino que Malintzin ha de amar á un enemigo de nuestro pueblo y vender por ese amor á sus hermanos y á su patria, inútiles serán nuestros esfuerzos para impedirlo.

—Pero nosotros, repuso Tezcatl con dureza, estamos obligados á intentarlo todo para librar á nuestro pueblo del oprobio y de la esclavitud. Tenemos un niño que es hijo tuyo como Malintzin, y que gobernaria con gloria á su pueblo, puesto que ha nacido bajo los mas felices auspicios.

—No es esta la primera vez que te atreves á hablarme de ese inicuo proyecto. Pero ya te lo he dicho y lo repito ahora: Malintzin es la primogénita de la casa real de Painala, y nuestro pueblo no consentiria nunca en que fuese postergada por tu hijo.

—¿Y si no fuese postergada?

—Reinaria entónces.

—¡A menos que muriese ántes que su madre! murmuró con voz sorda Tezcatl.

—¡Morir! gritó mi madre.—¿Y por qué habia de morir mi hija?..... Los dioses que saben cuánto la amo, no permitirán nunca que muera ántes que yo.

—Los dioses que aman á Painala, repuso Tezcatl, deben querer que muera esa niña ántes que llegue á ser la ignominia de su pueblo.

—¡Tezcatl! exclamó mi madre con voz entrecortada por sus sollozos.—¡Tezcatl! tú blasfemas de los dioses!..... tú quieres hacerlos cómplices de tus pasiones!

Siguióse á estas palabras un instante de silencio, interrumpido únicamente por los sollozos que á cortos intervalos se escapaban del pecho de mi madre.

—Estamos ahora en el décimo dia de *Tecuilhuitontli*, dijo repentinamente Tezcatl.—Muy pronto estarémos en el octavo mes del año, en que debe celebrarse la segunda fiesta de la diosa *Centeotl*.

Yo, que hacia algun tiempo habia alzado un tanto la cortina de la puerta para observar mejor esta escena, ví que mi madre se enjugó las lágrimas al escuchar estas palabras, y clavó en Tezcatl una mirada llena de sobresalto.

—La segunda fiesta de Centeotl, continuó Tezcatl impasible, es, como sabes, la gran fiesta de los señores; y nosotros, que llevamos sobre nuestros hombros la pesada carga de gobernar un pueblo, no debemos omitir sacrificio de ninguna especie para hacernos propicia á la diosa que nos sustenta.

Mi madre continuaba mirando fijamente á su esposo, como si quisiese adivinar en la expresion de su rostro lo que aun no se atrevian á pronunciar sus labios.

Tezcatl no tuvo fuerzas para sostener esta mirada, y bajando los ojos, prosiguió:

—Tambien sabes que esa fiesta termina con el sacrificio de una jóven doncella, cuya sangre sirve para fertilizar la tierra.

Mi madre dió un grito terrible, se abalanzó rápidamente hácia su esposo, y apretando el nudo de su capa que caia sobre su pecho, sacudiéndole con violencia, le dijo:

—¿Qué horrible proyecto es ese que aun no te has atrevido á declararme? Responde!..... responde!..... ¡Pero no! continuó al cabo de un instante.—¡No! ¡no es posible!..... El esposo mio no puede haber concebido ese pensamiento, que sabe muy bien que me costaria la vida.

Y soltando la capa de su esposo, acarició su adusto semblante, sonriendo y llorando á la vez, y con una voz cuya dulzura contrastaba con su cólera anterior.

—Tezcatl, prosiguió: ¿sabes lo que habia imaginado? Oh! apénas me atrevo á confesarlo. Creí que habias formado el inicuo proyecto de que Malintzin fuese la víctima que debe ofrecerse á Centeotl.

—¿Y por *qué no? preguntó* Tezcatl con una sonrisa *feroz.*

Mi madre retrocedió vivamente y volvió á clavar sobre su esposo una mirada, que esta vez parecia impregnada de llamas.

—¿Y por qué no? repitió éste.—¿Qué sacrificio puede ser mas aceptable á los dioses que el de una ilustre princesa, que derrama su sangre en el altar, para no ver derramada la de sus súbditos en los campos de batalla? ¿Qué mayor gloria para Malintzin que la de evitar á su pueblo las cadenas de la esclavitud, y ocupar en el paraiso el lugar destinado á los que ofrecen su sangre en el templo de los dioses?

—Desgraciado! gritó al fin mi madre: ¿y qué sacerdote de Painala se atreverá á conducir á la piedra del sacrificio á la hija de sus señores?

—Todos los sacerdotes de Painala se disputarán este honor. ¿Es nuevo, por ventura, que los nobles, los caciques y aun los emperadores del Anáhuac hayan ofrecido su sangre á los dioses para escapar de la deshonra ó para librar á su pueblo de alguna calamidad? ¿Olvidas que el emperador Chimalpopoca intentó sacrificarse en el altar de *Huitzilopochtli* para lavar la afrenta que habia inferido á su esposa el señor de Azcapozalco, y que hubiera llevado al cabo su designio, si el tirano no le hubiese arrancado á tiempo del altar del sacrificio?

Hacia algun tiempo que mi madre habia inclinado la cabeza sobre su pecho, y solo respondió á estas palabras con un doloroso gemido.

—Basta de lágrimas! añadió Tezcatl.—No seas tan poco piadosa que temas sacrificar á los dioses lo que amas, tanto mas cuanto que este sacrificio ha de redundar en honor de nuestra casa y en beneficio de nuestro pueblo. Vé á buscar á Malintzin, anúnciale la honra que le preparamos y díle que mañana vendrán las sacerdotizas de Centeotl á disponerla para el sacrificio.

—¡Cómo! ahulló mi madre, retorciendo sus brazos con desesperacion.—¡Mañana! ¡mañana mismo!

—Es cosa ya enteramente resuelta, repuso con feroz entereza Tezcatl.—Ya he anunciado á los sacerdotes este sacrificio, y si no se verificase, nos expondriamos á acarrearnos su cólera. ¡Y ya sabes cuán terrible es en nuestro pueblo la cólera de los sacerdotes!

Mi madre cayó de hinojos á los piés de su esposo é intentó abrazar sus rodillas. Pero Tezcatl la repelió con dureza y salió con paso firme de la habitacion.

Mi madre se quedó postrada sobre la estera, ahogándose con sus sollozos y regando con lágrimas sus mejillas.

Yo levanté entónces la cortina que nos separaba, corrí hácia ella, abracé su hermosa cabeza y deposité un beso sobre sus cabellos.

Mi madre se levantó vivamente y apretando con fuerza mi brazo:

—¿Qué haces aquí? me preguntó.—¿No sabes que hay quien quiera ver derramada tu sangre?

—¡Todo lo sé! ¡todo lo he oido! le contesté resignada.—Yo estaba allí.

Y le señalé con el dedo la cortina que me habia ocultado.

—Y sin embargo, has venido, murmuró con terror. —Tú no sabes seguramente que si tú murieses, yo moriria contigo. ¡Ven! añadió.

Y tomándome de la mano me hizo salir de la habitacion.

Cruzamos rápidamente varias piezas, salimos al patio y no tardamos en abandonar el palacio.

—¿A dónde vamos? pregunté entónces á mi madre.

—No lo sé, me respondió.—Pero lo que ahora importa es alejarnos de aquí.

Y seguimos huyendo.

De repente notó mi madre que mis piés, poco acostumbrados á andar con aquella precipitacion, tropezaban con los guijarros esparcidos por la calle.

Entónces me tomó en sus brazos, y apretando todavía mas el paso, no tardamos en dejar atrás las últimas casas de Painala.

Empezaba el sol á declinar en el horizonte cuando nos cruzamos en el camino con un hombre que saludó profundamente á mi madre.

—Ozomatli, dijo ésta deteniéndose: ¿quieres prestar un gran servicio á tu señora?

—Los dioses me han hecho tu súbdito, respondió Ozomatli, y estoy obligado á obedecerte.

—Pues bien! Toma esta niña y condúcela á cualquier lugar que no esté sujeto al dominio de Painala. Vuelve mañana á mi palacio, y muy grande será mi recompensa si guardas profundamente el secreto que ahora te confío.

Mi madre depositó entónces el último beso sobre mi frente, é inundando de lágrimas mis mejillas, me dijo al oido las siguientes palabras:

—Suceda lo que sucediere, sea cual fuere el peligro que corras, no reveles el nombre de tus padres hasta que sepas la muerte de mi esposo.

Ozomatli me tomó en sus brazos y mi madre se alejó llorando.

¡Ay! acaso era la última vez que debia de verla.

Ozomatli me hizo pasar la noche en un lugarejo de pocas casas, cuyo nombre he ignorado siempre.

Al dia siguiente, al amanecer, me volvió á tomar en sus brazos y continuamos nuestro camino. A eso del medio dia llegamos á un pueblo, en cuya plaza principal habia un numeroso concurso.

Ozomatli se introdujo entre la multitud, y se detuvo en un corro formado por muchos señores, ricamente vestidos, que paseaban sus miradas sobre un merdo de esclavos.

Uno de aquellos señores se acercó á nosotros y preguntó á Ozomatli:

—¿Qué precio quieres por esa esclava?

Ozomatli titubeó un instante, probablemente porque me sintió temblar de cólera entre sus brazos.

—Es hermosa, continuó el mercader.—Te doy por ella la capa que llevo sobre los hombros. Ya ves que está tejida con plumas de ave y con pelo de conejo, y á buen seguro que no hay un solo cacique del Anáhuac que tenga una semejante.

—Si á la capa añades tu abanico de plumas y el carcaj que llevas á la espalda, no tengo ningun inconveniente, respondió el infame Ozomatli.

El mercader se quitó la capa, y arrojándola juntamente con el abanico y el carcaj á los piés de mi conductor:

—No hay mas que hablar, repuso con alegría.—Dáme la esclava.

Yo quise protestar y argüir que no era esclava. Pero en aquel momento recordé las palabras de mi madre: «sea cual fuere el peligro que corras, no reveles nunca el nombre de tus padres.»

Callé, pues, y me dejé entregar al mercader.

Este me condujo á Tabasco y me vendió al cacique de aquel país.

Hé aquí por qué, aunque he nacido princesa, me habeis encontrado en la triste condicion de esclava.

Aquí terminó la hermosa Marina su narracion.

Gerónimo de Aguilar reprodujo sus palabras con toda la fidelidad que pudo.

Pero hacia mucho tiempo que Hernan Cortés no le

escuchaba. Profundamente supersticioso, como todos los hombres de su época, firmemente persuadido de que los gentiles podian tener correspondencia con el diablo, se hallaba abstraido en una profunda meditacion desde que escuchó la prediccion de los sacerdotes de Painala en el nacimiento de Malintzin.

CAPITULO IV

Teuhtlile.

Al dia siguiente por la mañana, Cortés, que habia ya tomado la resolucion de comenzar á poner en práctica su proyecto, hizo desembarcar á toda su gente en el punto mismo de la costa donde ahora se levanta la sultana del golfo, la hermosa ciudad de Veracruz.

Mandó tambien desembarcar lo que pomposamente llama Bernal Diaz la caballería y la artillería, que tan importante papel debian desempeñar en la conquista. La primera no se componia mas que de diez y seis caballos, y la segunda consistia solamente en cuatro modestos falconetes, que el artillero Meza colocó lo mejor que pudo sobre los médanos de arena.

La costa de Chalchiuhcuecan parecia demasiado inhospitalaria. Extensos arenales que lastimaban la vista con su deslumbrante blancura: una vejetacion raquítica que de trecho en trecho se abria trabajosamente paso entre la arena; y un calor sofocante producido por los rayos abrasadores de un sol tropical: hé aquí lo que por entónces ofrecia á la avaricia de los españoles el país que tanto oro y bellezas encerraba en su seno.

Si el jefe de la expedicion no se hubiese llamado Hernan Cortés, los aventureros todos se hubieran acaso desanimado desde el primer dia y hubieran vuelto á embarcarse en sus naves para regresar á Cuba, como habian hecho el año anterior que vinieron á las órdenes de Juan de Grijalva.

Pero el soldado extremeño era terco y perseverante. Antes que la desanimacion empezase á cundir entre la colonia, mandó á sus soldados á cortar árboles en los bosques vecinos, y clavando estacas en el suelo y cubriéndolas con ramas de los mismos árboles, no tardó en levantar para sí y sus capitanes algunas barracas, que por lo ménos prestaban sombra. Estas barracas se perfeccionaron muy pronto con algunas telas de algodon que proporcionaron los americanos que vagaban por allí, y que suplieron ventajosamente á los techos formados con hojas de árboles.

Los soldados que vieron cuán confortablemente se habian alojado sus jefes, volvieron á esparcirse por e

bosque en busca de aquel material que tan barato costaba, y no tardaron en levantar sus rústicas cabañas al rededor de las primeras.

Al dia siguiente que era sábado, el campamento español ostentaba el mas animado y pintoresco espectáculo. Las barracas se habian multiplicado hasta el infinito sin guardar órden ni simetría de ninguna especie; y las ramas de árboles de que la mayor parte estaban cubiertas; formaban un gracioso contraste con las telas blancas y pintadas que guarnecian á las otras.

Entre estas barracas vagaban los aventureros españoles comprando á los indios que se paseaban por el campamento, los objetos que deseaban cambiar por las bujerías de Europa. Entre estos objetos figuraban telas de algodon, frutos y animales de la tierra, tortillas de maiz y algunos platos sazonados á la usanza de aquellos pueblos. Pero lo que solicitaban con mas ardor los codiciosos extranjeros y lo que ménos podian proporcionarles los naturales, era el oro y la plata, objeto constante de todos sus afanes.

Entre los indios que visitaron aquel dia el campamento, se apareció un alto personaje, llamado *Cuitlalpitoc*, que se dirigió á la tienda de Hernan Cortés seguido de algunos esclavos. El personaje saludó profundamente al capitan, le regaló una porcion de los mismos objetos que sus compatriotas acababan de vender á la soldadesca, y se retiró anunciándole que

al dia siguiente vendria á visitarle el mismo Teuhtlile, gobernador de la provincia de Chalchiuhcuecan.

Cortés quiso prepararse, no para recibir dignamente al gobernador de la provincia que tan generosa hospitalidad le daba, sino para producir en su ánimo la impresion mas favorable á sus ulteriores designios. Con este fin mandó llamar desde luego á sus capitanes, al capellan de la armada y al jefe de la artillería. Ordenó á los primeros que todos sus soldados, especialmente los escopeteros y los de caballería, estuviesen preparados al dia siguiente como para entrar en batalla: á fray Bartolomé de Olmedo que dispusiese un altar donde lo creyese mas conveniente para decir misa con toda la pompa y solemnidad del culto católico: y al jefe de la artillería, por último, que tuviese prontos sus tiros y pelotas para hacer fuego con los falconetes en el momento que lo ordenase.

Obedecidas puntualmente las órdenes del capitan, los españoles se prepararon á saciar su curiosidad en aquella visita, que no debia carecer de importancia puesto que habia sido anunciada dos veces: la primera en la nao capitana, la segunda en la tienda de Cortés.

Amaneció por fin aquel domingo de Pascua, tan ansiosamente esperado en el campamento. La mañana era bellísima, como todas las mañanas de primavera en los países tropicales. El cielo diáfano y exento de vapores parecia hallarse en armonía con los soldad

vestidos de limpio, que conversaban alegremente á la sombra de sus cabañas. Los arbustos que á pequeñas distancias interrumpian la monotonía de los arenales, parecian regocijados con las gotas de rocío matutino que aun no habia secado en sus hojas el calor del sol: los árboles del bosque vecino ostentaban en lontananza un horizonte de verdura, que recreaba la vista; y el mar que reflejaba en el extremo opuesto el oscuro casco de las once naves de la armada, parecia tomar tambien parte en el regocijo de la naturaleza con el suave y acompasado movimiento de sus aguas.

La mañana no tenia para los aventureros otro inconveniente que aquel calor siempre constante y tenaz que hacia brotar el sudor de todo su cuerpo, cuando el sol empezaba á presentarse todavía en el horizonte.....

Serian las ocho de la mañana, cuando los soldados que con mas ansiaa guardaban la visita de Teuhtlile, vieron avanzar hácia el campamento una tropa de mexicanos, que á juzgar por las capas que traian sobre los hombros los que venian por delante, debian de ser gente principal, porque el comun del pueblo no las gastaba.

Avisado Cortés por los curiosos, se hizo rodear de sus principales capitanes y de sus intérpretes Aguilar y Marina, y avanzó con su acompañamiento algunos pasos fuera de su tienda para recibir á Teuhtlile. Este se presentó acompañado de Cuitlalpitoc y de

un numeroso séquito de esclavos, que á una señal de su señor se detuvieron á una distancia respetuosa.

Teuhtlile se adelantó hácia el capitan, y como hombre de corte le hizo tres reverencias sucesivas, segun el ceremonial establecido por Moteuczoma en su palacio de Tenochtitlan. En seguida se inclinó respetuosamente, por una sola vez, ante los demas españoles que formaban su acompañamiento.

Cuitlalpitoc practicó exactamente las mismas ceremonias, y Cortés, como hombre que busca popularidad, los abrazó familiarmente y les hizo dar la bienvenida por medio de sus intérpretes.

En seguida añadió:

—Este es un dia verdaderamente grande para toda la cristiandad. Cuando esteis instruidos en los principios de nuestra santa religion, comprenderéis la importancia de la fiesta que celebra ahora la Iglesia. Por esto, antes de tratar ningun negocio terrenal, debemos asistir al santo sacrificio de la misa. Venid!

Los nobles mexicanos no comprendieron muy bien este exordio religioso, á pesar de la traduccion de Marina; pero obedeciendo á la señal que les hacia Cortés, siguieron á los aventureros españoles, que no se detuvieron hasta el lugar en que Fr. Bartolomé de Olmedo habia levantado un altar. El capellan estaba ya revestido para la ceremonia y comenzó desde luego la misa.

Teuhtlile, *Cuitlalpitoc* y algunos señores principa-

les que los habian seguido, viendo arrodillarse á Cortés y á todos los soldados del campamento ante aquel altar en que ardian algunas velas de cera, comprendieron que se trataba de algun acto religioso, y aunque el altar les pareció demasiado pequeño comparado con los soberbios templos aztecas; aunque la imájen de la Vírgen María les parecia un ídolo demasiado diminuto comparado con su gran dios *Huitzilopochtli*, no tuvieron ninguñ embarazo en arrodillarse tambien, dispuestos á remedar á sus huéspedes en cuanto fuesen practicando en el discurso de la ceremonia.

El culto católico tuvo para su introduccion en el mundo americano, una ventaja de resultados incalculables: los indios le encontraron muchas semejanzas con la idolatría. No habia para ellos mas diferencia respecto de ésta que los templos al aire libre y la monstruosa grandeza de los ídolos. Por lo demas, si los americanos sacrificaban víctimas humanas en los altares, los cristianos introducian á fuego y sangre su culto en el Nuevo Mundo y la inquisicion quemaba á los hereges en nombre de la religion. Si nosotros, decian, tenemos dioses para diversos objetos, como á Huitzilopochtli para la guerra, á Matlacueye para las aguas y á Centeotl para el maiz, los cristianos nos traen á Santiago apóstol para las batallas, á S. Isidro para las cosechas y á santa Apolonia para el dolor de muelas.

Teuhtlile y Cuitlalpitoc aun no se hallaban en estado de juzgar de todas estas semejanzas. Así es

que, como ya hemos dicho, solo les chocó la pequeñez del culto.

Cortés, devoto por carácter, por cálculo, por seguir el torrente de su época, ó por lo que se quiera, asistió á toda la misa de rodillas, á pesar de que ésta fué cantada, segun nos asegura el minucioso cronista de la expedicion. Inútil es decir que todos los aventureros imitaron de bueno ó mal grado á su capitan.

Concluida la misa, Cortés volvió á su tienda acompañado de sus capitanes y de sus nobles mexicanos. Allí encontraron una mesa, servida Dios sabe cómo, porque la colonia no nadaba en la abundancia, pero á la cual se sentaron de muy buen talante los españoles que allí se hallaban, é invitaron á Teuhtlile y á Cuitlalpitoc á que los acompañasen. Estos dos personajes no se hicieron de rogar, y cuenta la historia que aunque bárbaros, supieron hacer honor á la ilustrada cocina europea.

Alzados los manteles, el jefe de la expedicion volvió á llamar á sus intérpretes é hizo decir á Teuhtlile las siguientes palabras:

—Somos cristianos y vasallos del emperador Cárlos V, el monarca mas poderoso que hay en el antiguo continente.

—El emperador Moteuczoma, interrumpió con orgullo el gobernador, es tambien el monarca mas poderoso de estas opulentas regiones.

—*Nuestro rey Cárlos*, repuso el español, ha tenido

noticias de la grandeza del vuestro y de los vastos países sujetos á su dominio. Creyéndole por esto digno de su amistad, me ha enviado á mí para que le salude en su nombre y le proponga un tratado de paz y comercio, que ha de ser muy conveniente para ambas naciones. Con este fin queremos pasar á su opulenta capital, y desearia saber de vos el dia en que podrémos verificarlo.

Al escuchar estas palabras Teuhtlile, irguió con altivez su cabeza y mirando al español entre irónico y soberbio, le respondió:

—Dos dias hace apénas que has llegado y ya quieres ver á Moteuczoma. ¿Crees que es muy fácil conseguir una audiencia de tan gran señor?..... Recibo por ahora el presente que te traigo en su nombre, y mas tarde acaso hablarémos sobre el medio de realizar tu deseo.

Entónces Teuhtlile se volvió hácia los esclavos que le habian acompañado y les hizo depositar á los ojos de Cortés los regalos que habian traido para los españoles.

Estos miraron con alguna indiferencia las magníficas telas de algodon y de pluma que Teuhtlile se complacia en extender ante sus ojos, y que en el mejor mercado de Europa hubieran arrancado un grito de admiracion. Lo mismo aconteció con las aves, pescados y frutas que inmediatamente despues presentaron los esclavos.

Por último, Teuhtlile abrió una petaca que un señor principal habia traido bajo el brazo, y comenzó á sacar un buen número de piezas de oro, de ricas y esquisitas labores.

Entónces todos los españoles que habia en la tienda se agruparon presurosos al rededor de Teuhtlile y miraron aquellas preciosas alhajas con la avidez del tigre que vá á lanzarse sobre su presa.

Cortés regaló luego al gobernador algunos abalorios de vidrio que eran respecto del presente de Teuhtlile lo que el escapulario de trapo que el confesor regala á un moribundo, despues que éste ha donado todos sus bienes al convento.

Hizo, sin embargo, el regalo con el aire de superiodad de un potentado, diciendo al mismo tiempo á los dos gobernadores:

—Haced que todos los vuestros traigan el oro que posean, que nosotros se los compraremos á buen precio.

Y notando que Teuhtlile no apartaba los ojos de un soldado que llevaba un casco dorado sobre la cabeza, hizo preguntarle:

—Por qué os llama tanto la atencion ese cristiano?

—Me llama la atencion, respondió Teuhtlile, porque el casco que cubre su cabeza es muy semejante al que usó el dios Quetzalcoatl cuando se dignó vivir entre los hombres. El gran Moteuczoma se holgaria mucho de ver ese casco, así porque le recordaria esta tradicion tan venerada entre los aztecas, como porque el

dios *Huitzilopochtli* lleva tambien en su cabeza el mismo atributo en señal de su orígen divino.

—¿Hay, pues, mucho oro en vuestro país? preguntó el capitan.

—Hay tanto, dijo el gobernador, que el gran Moteuczoma no come ni bebe sino en platos y vasos de oro y hasta las suelas de sus sandalias son del mismo metal.

Los ojos de todos los españoles brillaron de codicia, y se miraron los unos á los otros, como para alentarse mutuamente con aquellas doradas noticias.

Cortés se aproximó al soldado del casco, se lo quitó de la cabeza y presentándoselo á Teuhtlile:

—Llevad á vuestro señor este casco, le dijo; pero haced que me lo devuelvan lleno del oro que recojeis en vuestros rios para que pueda estimar su calidad.

—No os basta el que os he traido, preguntó admirado Teuhtlile.

—Los españoles, dijo Cortés, padecemos una enfermedad del corazon que solo se cura con ese metal.

El aventurero extremeño tenia razon. Los españoles tenian en el corazon la enfermedad que se llama *avaricia*. Mentia únicamente en decir que la enfermedad se curaba con oro, porque miéntras mas oro recojian los españoles en el Nuevo Mundo, ménos se aplacaba su insaciable sed de riquezas.

En aquel momento advirtió Cortés que unos indios *sentados á la puerta* de la tienda se empleaban en pin-

tar algun objeto en pieles y telas de algodon ó de maguey. Aproximóse á los pintores para juzgar de su trabajo y quedó asombrado. En aquellos lienzos tan groseros estaba reproducido él, los soldados que le acompañaban, Aguilar, Marina, algunas armas colgadas de los postes y hasta dos lebreles que habian acudido seguramente á la tienda al olor de la comida. La reproduccion estaba hecha sin duda con alguna fidelidad, puesto que pudo reconocerse á sí mismo y reconocer á las personas que le acompañaban.

Los aventureros que solo habian tratado á los incultos habitantes de Cuba y Santo Domingo, no pudieron ménos que manifestar su admiracion, pues jamas habian imaginado que los mexicanos tuviesen la menor nocion en las bellas artes.

Preguntado Teuhtlile sobre el objeto de aquellas pinturas, respondió que debian enviarse al gran Moteuczoma, á fin de que pudiese juzgar con sus propios ojos de la naturaleza y calidad de sus huéspedes.

—Si eso es así, repuso Cortés, lo que habeis visto y hecho pintar hasta aquí no dará á vuestro señor una idea bastante de lo que son los españoles. Haced pintar lo que vais á ver ahora. Venid.

Y Cortés seguido de todos los que le rodeaban, así mexicanos como españoles, salió de la tienda. Llamó á Pedro de Alvarado y al artillero Meza y les dió algunas órdenes en secreto.

Un *momento despues* aparecieron ante los atónitos

ojos de los americanos, el mismo Cortés y seis de sus capitanes, montados en los mejores caballos del campamento.

Los siete ginetes bajaron á la playa, porque los médanos de arena eran un obstáculo para su intento, y allí se dieron á correr con tanta velocidad, como si se tratara de una carrera de caballos.

Los sencillos americanos no necesitaban sin embargo de este alarde para impresionarse de la manera que deseaba Cortés. Desconocidos hasta entónces los caballos en el nuevo continente, admiraron desde luego su extraordinaria grandeza, su belleza salvaje y el incesante movimiento de que parecian dotados. Pero cuando los vieron correr con tanta ligereza, como si quisieran devorar el espacio; cuando los oyeron relinchar con la excitacion de la carrera; cuando advirtieron que echaban espuma por la boca y escucharon el ruido de los cascabeles que llevaban en los pretales, su admiracion creció de punto y se persuadieron de que los extranjeros tenian algo de sobrenatural, puesto que podian manejar y sujetar aquellos monstruos desconocidos.

Pero aun no habia terminado la funcion que se habia propuesto darles ese ilustre farsante, que se llamaba Hernan Cortés.

Terminadas las carreras de caballos, los artilleros se acercaron á los falconetes, cargados ya para la comedia, y prendieron fuego á la mecha.

Los americanos miraban con toda la atencion que presta un niño á una comedia de mágia. Repentinamente la naturáleza parece conmoverse, suena un trueno espantoso que parece bajado del cielo, y entre la llamarada fugaz y el espeso humo que deja en pos de sí, sale un objeto de forma invisible, que troncha los árboles que encuentra á su paso, y acaba por perderse en la espesura del bosque.

Algunos indios cayeron al suelo al estallido de los falconetes, otros huyeron un buen trecho, como por instinto, y algunos se contentaron con hacer un movimiento de espanto. El animoso Teuhtlile solo dió á conocer su impresion en la palidez de su rostro; pero volviéndose inmediatamente á sus pintores, que no las tenian todas consigo, les mandó con serenidad que pintasen en sus telas cuanto acababan de ver.

Este fué el último acto de la comedia, que como se vé, pudiera acreditar á Cortés de autor dramático, puesto que los espectadores habian sido llevados de asombro en asombro y por grados siempre crecientes hasta la conclusion, con todas las reglas del arte.

Los mexicanos, si no aplaudieron, se retiraron fuertemente impresionados, que era todo lo que deseaba el autor del drama.

CAPITULO V

Hernan Cortés.--Sus primeros años.

Antes de pasar adelante, y tomándonos la licencia que en tales casos acostumbran tomarse los autores de novelas, vamos á referir á nuestros lectores los primeros pasos que Hernan Cortés habia dado en el Nuevo Mundo y el estraño modo con que habia llegado á hacerse jefe de la expedicion que venia ahora contra el continente americano. Esto servirá al menos para dar á conocer mejor al personaje que hemos introducido en escena y para pintar algunos rasgos prominentes de su carácter.

Para esto necesitamos trasladarnos por ahora á la *isla de Santo Domingo*, que en aquel tiempo se lla-

maba todavía la Española. Suplicamos al lector que no se alarme: nuestra digresion será corta.

Era el año de 1504.

Una tarde en que el feroz gobernador, Nicolás Ovando, volvia de una de esas sangrientas excursiones que acabaron por desolar la isla, se encontró en su despacho con un jóven flaco y casi mugriento, que tenia los zapatos rotos, los gregüescos no muy enteros y el jubon con algunas aberturas indiscretas.

El secretario le dijo que aquel mancebo deseaba hablarle y le dejó solo con él en el despacho.

—¿Quién sois? le preguntó de mal talante el gobernador.

—¡Cómo! exclamó el jóven asombrado.—¿Ya no me conoceis?

—No; contestó lacónicamente el gobernador, sin apartar los ojos de unos papeles que estaba hojeando, sin leer, para demostrar su fastidio.

Ovando no era un hombre salido de la nada. Ya era comendador de Lares en el órden de Alcántara, cuando fué nombrado gobernador de Santo Domingo. Asegúrase que al pasar al Nuevo Mundo, era humilde y amigo de la justicia, y que aunque ambicioso y avaro, ocultaba estos vicios bajo modales afables y corteses. Pero los dos años que llevaba ya de atormentar á los americanos y de gobernar á los turbulentos aventureros de la *colonia, habian* cambiado notablemente su *carácter.*

—¿Con qué ya no recordais haberme visto en Sevilla? preguntó el jóven sin desconcertarse.

El orgulloso gobernador se dignó levantar los ojos para mirar al que le hacia esta pregunta, y pareciéndole su traje mas roto que la primera vez:

—Jóven, le dijo con acento severo.—Responded á lo que se os pregunta, ó retiraos.

—Me llamo Hernan Cortés, respondió entónces el mancebo.

Ovando no pestañeó siquiera al escuchar este nombre que veinte años despues debia llenar al mundo con la fama de sus hazañas y la infamia de sus crueldades.

El jóven, notando que este nombre no parecia haber evocado ningun recuerdo en el ánimo del gobernador, creyó que adelantaria algo dando mejores señales de su persona, y añadió:

—Soy hijo del capitan de infantería D. Martin Cortés de Monroy y de Doña Catalina Pizarro y Altamirano.

Ovando volvió á levantar la cabeza, y por la primera vez miró detenidamente á su interlocutor.

—Sin duda, dijo, me traeis alguna carta de recomendacion de vuestro padre.

—No, ninguna. Como mi familia se oponia á que yo viniese al Nuevo Mundo, no era fácil que me diese la *carta de que hablais*. Figuráos que se me queria hacer

[illegible] para abogado, y que me hicieron perder dos [illegible] la Universidad de Salamanca.

Nunca se pierde el tiempo que se dedica al es-

[illegible] perdia completamente, señor gobernador. [illegible] sedentaria del estudiante no se amolda á mi [illegible] y la única ocupacion literaria que algunas [illegible] me permitia, era la de hacer algunos versos..... [illegible] género.

Vaj[illegible] traduciríais tal vez á Marcial ó á.....

Perdonad, señor gobernador.—Lo que yo tradu[illegible] mi propio corazon. Mis versos iban general[illegible] dirigidos á las mujeres.

¡[illegible]! murmuró el gobernador, no sabiendo si [illegible] ó enojarse con esta familiaridad.—No ade[illegible]ríais mucho en las cátedras.

Estaba yo tan persuadido de eso, repuso el man[illegible] su acostumbrado desembarazo, que un dia [illegible] la Universidad, sin despedirme de nadie, y [illegible] á mis padres en Sevilla.

No [illegible] recibiria de muy buen talante el digno ca-

[illegible] ciertamente que no. Pero habiéndole manifesta[illegible] tiempo despues que deseaba ocuparme en la [illegible] carrera de las armas, me propuso enviarme á [illegible] para servir á las órdenes del gran Capitan.

¡Ole! Con que habeis hecho la campaña de Italia?

Indudablemente la habria hecho, señor goberna-

dor. Pero quiso la casualidad que en aquella época supiese que se preparaba una gran expedicion que debia venir á vuestras órdenes al Nuevo Mundo y desistí de mi viaje á Italia para tener la honra de pasar con vos á la Española.

La lisonja era delicada y el comendador se dignó sonreir al mancebo.

—Pero, dijo, yo no recuerdo haberos visto hasta ahora.

—Con mucha razon, señor gobernador, porque no pude embarcarme con vos. Cuando se emprende un viaje, cuya duracion se ignora, es muy natural despedirse de las personas que se aman. Habia en Sevilla una dama.....

—Ta, ta, ta! interrumpió el gobernador.—Llevábais en Sevilla la misma vida que en Salamanca?

—No enteramente la misma, porque en Salamanca solia entrar por las puertas y en Sevilla entraba mas comunmente por las tapias..... Pues bien; al escalar una tapia para ir á despedirme de la dama de que os hablo, la pared se derrumbó y me sepultó bajo sus escombros.

—Castigo digno de vuestras travesuras.

—Yo no sé si seria castigo. Lo que puedo aseguraros es que la caida y el golpe me dejaron tan mal parado, que tuve el disgusto de renunciar á hacer el *viaje en vuestra* compañía.

—Y aplazásteis vuestros deseos para mejor oportunidad.

—Esta oportunidad, ya lo veis, se necesitaron dos años para que se presentase. Desgraciadamente tuve la debilidad de embarcarme en la carabela que traia Alonso Quintero, un solemne pícaro á quien tengo el honor de recomendaros.

—Os habrá hecho sufrir algo en el camino?

—Figuraos que dos veces intentó abandonar las demas naves del convoy con el depravado intento de llegar ántes que todos á esta isla y vender mejor sus mercancías. El cielo quiso castigar su egoismo y su codicia, pues no solo le hizo perder la ruta y sufrir borrascas y tormentas, sino que hemos llegado despues que todos al puerto.

—Pero en fin, repuso Ovando con cierto aire protector, se han realizado ya vuestros deseos. Estais en el Nuevo Mundo y muy pronto voy á daros un solar para que os establezcais.

Una ligera sonrisa de desden hizo contraer los labios del mancebo.

—Aprecio infinito vuestras bondades, respondió.—Pero yo he venido al Nuevo Mundo á adquirir oro, y no á labrar la tierra como un patan.

El gobernador pudo haberse enojado con esta altiva respuesta. Pero prefirió soltar la carcajada, porque empezó á encantarle la audacia del mancebo.

—¡Cómo! exclamó.—Y creeis que dándoos una buena porcion de tierras y un repartimiento de doscientos indios, por ejemplo, ¿no tendríais una buena oportunidad para enriqueceros?

—¿Y qué es eso de repartimiento de indios, señor gobernador?

—Se os dá un número determinado de esos paganos para que los instruyais en nuestra santa religion, y en cambio del trabajo que os tomeis para arrancar sus almas de las garras de Satanás, se os permite aprovecharos de todos sus servicios para sacar el oro de las minas.

El mancebo reflexionó un instante. En seguida repuso:

—Acepto vuestra oferta, señor gobernador. Pero con la condicion de que si se piensa en descubrir nuevas tierras, me mandaréis á la expedicion. Las minas de la Española deben estar ya muy esplotadas.

—Os doy mi palabra, respondió el gobernador.

De este modo se quedó Hernan Cortés por algun tiempo en la Española. Recibió su repartimiento de indios, y á ejemplo de lo que practicaban los demas colonos, comenzó á atormentar y á destruir á los desdichados americanos que habian caido en su poder, con el objeto de sacar de sus trabajos todo el producto posible.

Tomó parte tambien en algunas de las expediciones *sangrientas* que se hacian en el interior de la isla con

objeto de someter á los que tenian el cinismo de llamar rebeldes, y allí se adiestró en el arte de hacer la guerra á los indios, cuyo conocimiento debia serle tan útil en adelante. Consiguió además hacerse nombrar notario de la ciudad de Azua, y el futuro conquistador del Anáhuac distrajo sus ociosidades de encomendero en garabatear protocolos.

Pero muy pronto soltó la pluma de tabelion, que como el estudio del derecho no se avenia bien con su carácter, y se alistó en la expedicion que pasó á Cuba á las órdenes de Diego Velazquez para sujetar y colonizar la isla.

En esta expedicion comenzó á formarse la popularidad de Cortés entre sus compañeros de aventuras. Agudo porque le sobraba talento, familiar porque no tenia ningun motivo todavía para ostentarse superior á los demas, y valiente porque lo era por temperamento, no tardó en hacerse de un extenso círculo de amigos que mas tarde debian servirle y ayudarle en sus ambiciosos proyectos.

Como hemos prometido á nuestros lectores la brevedad, pasarémos por alto los pormenores de la expedicion de Cuba, la heróica resistencia que opuso el cacique Hatuey y hasta el suplicio con que fué premiado su heroismo, y nos contentarémos con decir que, terminada la conquista de la isla, Velazquez, nombrado gobernador por Ovando, hizo su secretario á Cortés.

Por mucho tiempo reinó entre ambos funcionarios la mas perfecta armonía, hasta que vino á ponerlos en desacuerdo uno de esos incidentes que habian hecho siempre la desgracia del aventurero extremeño.

CAPITULO VI

De cómo el descubrimiento del Anáhuac produjo de pronto la reconciliacion de dos antiguos compinches y el matrimonio de una dama abandonada.

Habia en Santiago, capital de la isla, un Juan Suarez que tenia cuatro hermanas, bellas como lo son ordinariamente todas las muchachas, ó por lo ménos, como debian parecerlo en aquella colonia, en que tanto escaseaban todavía las mujeres de raza europea.

Sea de ello lo que fuere, la verdad histórica exije que confesemos que las cuatro muchachas eran la admiracion de toda la colonia, y que el gobernador y su secretario, que se preciaban de inteligentes en la materia, entregaron su corazon á dos de las bellas hermanas.

La historia que se ha ocupado mas del secretario *que del gobernador,* nos ha conservado el nombre de

la que amaba aquel. Se llamaba Catalina. El de la amada de Velazquez no alcanzó igual celebridad. Quedó sepultado en el olvido.

No hay quien se atreva á asegurar hasta qué grado llegaron las relaciones de Cortés con la hermosa Catalina. Pero el lector que tenga un poco de mundo podrá conjeturarlo, cuando sepa que repentinamente se enfrió todo el ardor del soldado extremeño, y que Velazquez, amante de la otra hermana y muy querido de toda la familia, se empeñó con todas sus fuerzas en casarle con la bella abandonada.

Catalina, pues, fué la manzana de discordia arrojada entre el gobernador y su secretario, porque mientras mas se empeñaba el primero en el matrimonio, mas se resistia el segundo.

Un dia en que Velazquez urgia á Cortés mas de lo acostumbrado, éste le respondió con aspereza:

—Hacedme poner una órden en que se mande quemar, como al rebelde Hatuey á todos los indios de la isla, y no pondré reparo en obedeceros; pero no me obligueis á casarme con Catalina, porque no teneis ningun derecho para exigírmelo.

—Pero sí tengo derecho, repuso el impetuoso Velazquez, para lanzar de su empleo al hombre que no quiere escuchar las inspiraciones del honor y de la delicadeza.

—*Indudablemente*, repuso con altanería el secretario.

Pero mientras se preparaba una canoa para hacer el viaje y Cortés esperaba la noche para salir secretamente de su casa, un peloton de esbirros se presentó en su habitacion y le prendió en nombre del gobernador. Se le llevó á la cárcel y se le cargó de cadenas como á un gran criminal.

Afortunadamente para el preso, habia llegado á tal grado su popularidad en la isla, que encontró amigos en la misma prision. Pudo, pues, romper sus cadenas, saltar por una ventana y correr á la iglesia mas próxima á buscar asilo.

Velazquez, el hombre irascible y despótico que cometia mil arbitrariedades en la isla y que mataba indios á millares sin el menor remordimiento de conciencia, no se atrevió, sin embargo, á violar el sagrado asilo en que se habia refugiado su enemigo. Un pobre templo católico que encerraba una cruz y cuatro toscas imájenes de madera, era para Velazquez un valladar mas inexpugnable que todas las leyes divinas y humanas.

Pero si era demasiado ortodoxo para perseguir á Cortés hasta el altar, no era por eso ménos rencoroso y vengativo. Conocia mucho al extremeño y sabia que no era hombre capaz de aguantarse encerrado veinte y cuatro horas entre las cuatro paredes de una iglesia. Esta persuasion le hizo ocultar algunos alguaciles á la salida del templo, y la primera vez que Cortés intentó pasearse fuera de su asilo, los alguaciles se echaron *sobre él, le ataron de piés* y manos, á pesar de su re-

sistencia, y siguiendo las órdenes de Velazquez, le condujeron á bordo de un buque que al dia siguiente debia hacerse á la vela para la Española.

La intencion de Velazquez era entregar el preso á las autoridades de aquella isla para que allí le juzgasen y le echasen cuando ménos de las colonias.

Pero el popular enemigo del gobernador encontró en el buque la misma proteccion que habia encontrado en la cárcel. Consiguió romper sus ataduras, descender á la bomba del buque, arrojarse á un bote amarrado al costado, y huir con direccion á la playa. La noche era tempestuosa y el mar estaba alborotado. Cortés, temeroso de ver zozobrar su esquife, se arrojó al agua, y con esa firmeza de voluntad que no le abandonó nunca en el discurso de su vida, nadó vigorosamente hácia la costa, y no tardó en arrojar un grito de satisfaccion, sintiendo tierra bajo sus piés. Corrió entónces á la misma iglesia que le habia servido ántes de asilo, y se propuso ser mas prudente que la primera vez.

Velazquez bramó de cólera cuando supo las nuevas hazañas de Cortés, pero volvió á respetar su asilo, temeroso acaso de que si lo violaba, el cielo en castigo hiciese hundir en el mar la hermosa isla que habia declarado su patrimonio.

Los amigos del perseguido extremeño iban á menudo á verle en su asilo, y esto le hacia mas llevaderas *sus amargas horas* de cautiverio. Un dia le llevaron

éstos una noticia que hizo latir con violencia las fibras mas delicadas de su ambicioso corazon.

Decíase que un hidalgo español, llamado Francisco Hernandez de Córdova, habia descubierto un país á que daban el nombre de Yucatan, y que segun las conjeturas del piloto Anton de Alaminos, debia ser una isla, aunque mucho mayor que la de Cuba, porque á pesar del largo tiempo que habian navegado por las costas, no habian podido descubrir sus límites. Añadíase que los aventureros que iban á aquella expedicion, hacian grandes elogios de lo que entónces se creyó una isla. Asegurábase que los habitantes de aquel país, no parecian tan rudos como los de Cuba y la Española: que vestian un traje mas decente, que tenian grandes y hermosos edificios de mampostería, y que se batian con tanto valor y decision que los expedicionarios habian tenido que regresarse sin acabar su descubrimiento, por las pérdidas que habian sufrido en incesantes batallas con los naturales.

Cortés escuchó estos detalles con la mas profunda atencion, y sus amigos notaron que aquel dia no desplegó sus labios, segun costumbre, para murmurar del gobernador. Al contrario, cuando éstos se despedian para retirarse, llamó aparte á uno de ellos y le dijo:

—Todavía visitais al gobernador?

—Qué quereis! respondió éste.—Lo cortés no quita lo valiente.

—Quereis llevarle un recado mio?

—Un recado vuestro!

—Sí: decidle que tenga la bondad de venir á verme á mi asilo, porque..... porque nos conviene tal vez á ambos.

El amigo salió haciéndose cruces de este cambio tan repentino; pero dió á Velazquez el recado de su antiguo secretario.

El gobernador no se hizo de rogar, y pocas horas despues se presentó en la iglesia.

—Señor gobernador, le dijo Cortés saliéndole al encuentro: ¿sabeis que por santo que sea este lugar, me va fastidiando sobremanera?

—A la hora que querais podeis cambiarle por la cárcel.

—Es que la cárcel me parece todavía mas incómoda que la iglesia.

—Dejáos entónces ahorcar para libraros de tantas incomodidades.

Aunque estas palabras fueron pronunciadas con una frialdad estudiada, Cortés se sonrió ligeramente como para celebrar la chanzoneta del gobernador.

—Ba! repuso en seguida.—Creo que por mucha que sea la semejanza que haya entre casarse y ahorcarse, siempre os agradará mas verme casado que ahorcado.

—Cómo! exclamó Velazquez agradablemente sorprendido con esta salida.—Al fin os resolveis á casaros..... con Catalina por supuesto?

—Con la hermosa Catalina. Pero hablemos en plata, señor gobernador. Yo me casaré con la condicion de que así como todos los matrimonios echan una cadena sobre los contrayentes, mi casamiento con Catalina me sirva para romper las mias.

—Os comprendo. Quereis vuestra libertad en premio de vuestra boda. Venid á arrojaros á los piés de vuestra bella esposa, que os espera con los brazos abiertos.

Pocos dias despues se verificó el matrimonio, y el esposo de Catalina no tuvo que arrepentirse nunca de su condescendencia. Para aventurar esta asercion, los biógrafos de Cortés se fundan en que mas de una vez *se le* oyó decir que estaba mas contento con ella que si fuese la hija de una duquesa. Es verdad que la hija de una duquesa puede ser muchas veces peor esposa que la hija de un patan; pero así lo dice la historia, y nosotros que en estos momentos nos hemos elevado á la categoría de historiadores, no podemos dar mejor explicacion.

Desde aquel dia Velazquez volvió á su gracia al turbulento extremeño. No se crea por esto que le restituyó su antiguo empleo de secretario. Pero le dió una buena encomienda de indios cerca de Santiago y le hizo nombrar alcalde de aquel lugar.

Como se vé, Cortés adelantaba *rápidamente* en las colonias. De notario de una ciudad habia pasado á alcalde de un villorrio. Cuando le felicitaban por esta

promocion, él daba las gracias con una sonrisa de ironía y amargura, que muchos de sus amigos empezaban á comprender.

Pero por humilde que fuese su empleo, le sirvió maravillosamente para enriquecerse y adelantar su encomienda. Vejaria y mataria indios, como asegura el venerable Las Casas; pero eso qué le importaba si henchia de oro sus bolsillos?

Debemos hacer justicia al aventurero extremeño. El no buscaba el oro, como un aventurero vulgar, por solo el placer de acumular riquezas. Aquellas noticias que de dia en dia adquirian mayor consistencia, sobre inmensos países nuevamente descubiertos: aquellas noticias que habian hecho latir su corazon en el encierro y que le habian obligado á humillarse ante Velazquez, le impulsaban ahora á amontonar escudo sobre escudo para realizar el proyecto que desde la madre patria venia acariciando en su imaginacion.

Un secreto presentimiento le decia que con su arrojo podia hacerse nombrar jefe de la expedicion que debia ir á conquistar aquellos países fabulosos, y sabia muy bien, como hombre de mundo, que el oro es el primer elemento, el único indispensable tal vez, para la realizacion de todas las empresas humanas.

Una mañana en que el extremeño se hallaba en su casa entregado á sus sueños de ambicion, vió entrar hasta su aposento á dos íntimos amigos suyos, de los que con mas frecuencia le visitaban. Era el primero

el contador Amador de Lares, y el segundo Andres de Duero, que le habia sucedido en su destino de secretario cerca de Velazquez.

—Amigo mio, le dijo el contador: ¿qué decís de las brillantes noticias que nos ha traido Alvarado?

—¿Qué noticias? preguntó Cortés.

—¡Cómo! terció el secretario, asombrado.—No las sabeis?

—No sé nada, amigos mios. El dia de ayer lo he pasado en mi encomienda, y acabo de llegar ahora.

—Pues á fé que sois el único, porque no se habla de otra cosa en toda la ciudad.

—Y bien, señor contador, haced lo que hace toda la ciudad, y contadme esas bellas noticias.

—Ya sabeis que nuestro gobernador envió hace tres meses á Juan de Grijalva á reconocer el hermoso país que descubrió el año pasado Francisco Hernandez de Córdova y que por mas señas le costó la vida.

—¿Y qué? interrumpió Cortés con viveza.—¿Hay ya noticias de Grijalva?

—El mismo las ha enviado con Pedro de Alvarado, que llegó ayer á la isla en una carabela.

—¿Y habeis hablado con Alvarado?

—Una hora larga, amigo mio. Y á fé de contador que con placer estaria hasta este momento hablando con él, porque cuenta tales maravillas del extenso país que acaba de descubrirse, que al escuchar su narracion,

me pareció que estaba oyendo leer un libro de caballería.

—Estais excitando mi curiosidad, dijo Cortés, procurando disimular su emocion.—Contadme algunas de esas maravillas.

—Alvarado confirma cuanto han dicho los compañeros de Córdova, esto es, que los habitantes de aquel país parecen ménos rudos que los de esta isla y la Española, que se visten con hermosas telas de algodon que deslumbran con su blancura, que no huyen á la vista de los españoles, que son ordenados, impetuosos y fieros en sus ataques, y por último, que hay un gran número de edificios tan altos, tan espaciosos y tan blancos, como los mejóres de Sevilla, y por esto han bautizado á la tierra con el nombre de Nueva-España.

—Todo eso lo sabíamos ya. Supongo que Alvarado dará además otros informes.

—Ciertamente, como que ha recorrido cuatrocientas ó quinientas millas mas de costa que los compañeros de Córdova. El país continúa presentando el mismo aspecto de cultura y de grandeza. Pero á medida que se avanza mas hácia el Oeste, los objetos de oro que los naturales presentan á los cristianos, son en mayor número y de mas esmerada labor.

—¡Ah! exclamó Cortés, poniendo la mano sobre su pecho para contener los latidos de su corazon.—Todo *eso cuenta Pedro* de Alvarado?

—No solo lo cuenta, repuso Amador de Lares, sino que ha traido en su carabela una prueba bastante inequívoca para comprobar sus palabras.

—Comprendo: habrá traido el quinto del rey.

—Y que yo, como contador de S. A., he valuado y estimado en cuatro mil pesos. Figuráos que solo en el rio de Banderas, de donde Alvarado se separó de Grijalva para venir á traer noticias á Velazquez, rescataron mas de quince mil pesos.

—¿Y Grijalva ha continuado en su descubrimiento?

—Sí, sigue navegando hácia el O. E. á donde señalan los naturales cada vez que les preguntan de dónde les ha venido el oro y la plata que poseen.

Cortés exhaló un suspiro.

—Qué feliz es Grijalva, dijo, en marchar al frente de una expedicion que hace tan hermosos descubrimientos!

—Y sin embargo, repuso el contador, yo no desearia llamarme en estos momentos Juan de Grijalva.

—Le amenaza acaso alguna desgracia?

Amador de Lares, ántes de contestar, dirigió una mirada en derredor de sí.

—Estamos solos? preguntó al extremeño.

—Completamente solos, respondió éste.

—Pues bien, continuó Lares, ya conoceis el carácterdel gobernador. Suspicaz, avaro y envidioso, está temiendo ya que Grijalva se le rebele, al notar la riqueza de su descubrimiento, y que continúe la expe-

dicion por su propia cuenta, á fin de aprovecharse de todas las utilidades.

—¡Y qué! exclamó Cortés con indignacion.—¿Será capaz Grijalva de semejante infamia?

—Yo no sé si será capaz de cometerla; pero la verdad es que Velazquez abriga en tan alto grado esos temores, que ha pensado sériamente en sustituir á Grijalva.

—¿Y con quién? preguntó Cortés con voz apagada.

—¡Oh! No es Velazquez de los que se deciden prontamente á hacer un nombramiento de tanta importancia. Ha pensado en varios hidalgos de la isla; pero muy luego los ha desechado de su imaginacion, creyéndolos á todos capaces de seguir las huellas de Grijalva.

—Pero el gobernador es bastante descontentadizo.

—No puede ménos que ser descontentadizo quien busca un hombre que reuna tan raras cualidades. Quiere un hombre de bastante valor para que pueda sojuzgar á un pueblo tan guerrero y tan numeroso, de mucha virtud para que no se le alce con las riquezas que adquiera, y de poca ambicion para que le ceda toda la gloria del descubrimiento. Con este fin ha solicitado ya de España el permiso de colonizar aquellas tierras con el título de adelantado.

—*Y creeis que* Velazquez no ha encontrado al hombre *que busca?*

—Si le hubiese encontrado ya, no nos hubiera comisionado á ambos para buscarle.

—¡Cómo! vosotros estais comisionados por el gobernador?

—El señor secretario y yo, respondió Lares.

—El señor contador y yo, añadió Duero.

Cortés inclinó un momento la cabeza para reflexionar.

—¿Creeis, preguntó al cabo de un instante, que Velazquez me guarde algun rencor por nuestras diferencias de marras?

El contador y el secretario cambiaron entre sí una mirada de inteligencia.

—Creo que ninguna, respondió el último.—Por lo ménos, mucho tiempo hace que le oigo hablar de vos con la mayor estimacion.

—Podríais hacer una prueba para saber hasta qué grado me estima. Proponedme para sustituir á Grijalva.

—No seria ese el crisol suficiente para juzgar de su afecto, porque como os ha dicho ya el señor contador ha rechazado hasta á sus mejores amigos..... Sin embargo, creo que si los dos os recomendásemos.....

—Ah! interrumpió el contador.—Olvidaba decir que entre las condiciones que exije Velazquez en sustituto de Grijalva, hay la de que sea un tanto rico para que pueda sufragar en parte los gastos de la expedicion. Porque ya no se trata de una pequeña

mada, como la de Grijalva, sino de una grande y numerosa para que pueda conquistar y poblar tan dilatados países.

—¡Oh! exclamó Cortés.—Yo no soy muy rico. Pero puedo disponer de tres mil castellanos de oro, de varias posesiones en la isla y de muchos amigos.

—Sériamente quereis que os propongamos? preguntó el secretario.—Ya sabeis que disfrutamos de algun favor con su señoría.

—Hacedlo, respondió Cortés sonriendo.—Y si no es una mentira el oro de la Nueva-España, os juro que muy pronto podréis juzgar ambos de su calidad.

Con tan brillante promesa, Lares y Duero no vacilaron un instante, y aquel mismo dia hablaron á Velazquez en favor de su antiguo secretario.

Y el suspicaz gobernador, que desconfiaba de todo el mundo, tuvo la candidez bastante para no desconfiar de aquel que un dia habia intentado acusarle ante sus superiores. Se dejó seducir de las protestas de fidelidad que Lares y Duero le hicieron en nombre de Cortés y le nombró capitan de la armada que debia partir al continente.

Aquellos de nuestros lectores que hayan acariciado durante muchos años algun gran pensamiento y que le hayan visto súbitamente realizado, solamente esos podrán comprender la extraordinaria alegría que experimentó Cortés al recibir su nombramiento.

Desde este instante trabajó sin tregua ni descanso

para llevar al cabo su empresa con todos los elementos posibles. Vendió sus posesiones, empeñó su crédito, llamó en torno suyo á sus amigos y puso en juego toda su popularidad para adquirirse prosélitos.

Mientras Cortés daba estos pasos, algunos enemigos suyos se acercaron á Velazquez, y le dijeron lo que el tiempo se encargó de justificar; esto es: que el extremeño habia de rebelársele. Velazquez dió oido á estas acusaciones é intentó destituirle. Pero ya era demasiado tarde. Cortés lo supo todo, aprestó su partida y la dispuso de tal modo que el gobernador tuvo necesidad de madrugar para ver las naves que se hacian á la vela sin su conocimiento. Solo tuvo tiempo para dirigir desde la playa algunos improperios al ingrato.

Cortés, antes de tomar el rumbo señalado por Córdova y Grijalva, tocó en otros puntos de la isla, donde se encontró con órdenes de Velazquez á las autoridades para que le destituyesen y le enviasen con segura custodia á Santiago. Pero nadie se aventuró á tocar á un hombre, rodeado de una multitud de aventureros, que le aclamaban con entusiasmo.

En estos puertos acabó de proveerse de todo lo necesario para la expedicion, y ya hemos visto en los capítulos anteriores el número de naves, soldados y armas con que desembarcó en Chalchiuhcuecan.

CAPITULO VII

Moteuczoma.--La sala de audiencia.

La naturaleza de los sucesos que referimos, exige ahora que nos traslademos á la opulenta capital del imperio, donde el jefe del Estado, en lugar de prepararse para la tremenda lucha que le aguardaba, perdia lastimosamente su tiempo entre las concubinas de su serrallo y los agoreros y sacerdotes de su consejo.

Permítanos el lector dos palabras acerca del orígen de ese gran pueblo, que llevaba el nombre de Anáhuac, y del carácter del hombre que regia á la sazon sus destinos.

Ciento noventa y cuatro años hacia que las tribus *aztecas, despues* de una larga peregrinacion desde el

país de Aztlan hasta el valle de México, se habian detenido en una isleta, situada en la parte sudoeste del lago principal. En aquel sitio habian encontrado un nopal, que nacia de la hendidura de una roca, bañada por las aguas, y sobre sus ramas una águila real con las alas extendidas hácia el sol de la mañana y una serpiente entre las garras. Estas eran las señales indicadas por el oráculo, y los religiosos aztecas se creyeron obligados á echar allí los cimientos de una ciudad, que en memoria de su orígen prodigioso, recibió el nombre de *Tenochtitlan*.

En tan corto espacio de tiempo, la nacion mexicana habia crecido en una proporcion extraordinaria, que seguramente tiene muy pocos ejemplos en la historia del antiguo y del nuevo continente.

La Venecia del Anáhuac, que no fué al principio sino un confuso hacinamiento de cabañas al rededor del mezquino templo de Huitzilopochtli, se habia convertido en una hermosa y extensa ciudad, que no tenia rival en el mundo descubierto por Colon, y que podia competir con las mas bellas capitales de la Europa.

Sus dominios reducidos por algunos años al recinto de los muros de Tenochtitlan, se extendian ya hasta un territorio que comprendia diez y seis mil leguas cuadradas, y cuyas costas bañaban las aguas del golfo y del Pacífico.

Todo en aquel pueblo varonil habia cambiado en la

misma proporcion. El pobre azteza que dos siglos ántes temblaba ante la amenaza de cualquier reyezuelo vecino, cobraba ahora el tributo de innumerables pueblos conquistados con el poder de sus armas y paseaba sus huestes vencedoras desde las fronteras de Michoacan hasta los confines de Honduras y Nicaragua. Sus raquíticas chozas de cañas y juncos, se habian convertido en magníficos edificios, calificados de palacios por los conquistadores europeos, y la cabaña del dios de la guerra se habia trocado en el templo mayor de todo el Anáhuac, desde cuya elevada cima no solo podia contemplarse el recinto de la ciudad, sino todo el gracioso panorama del valle, regado con el agua de las lagunas y circundado por una mágica cordillera de colinas.

Nueve reyes se habian sentado sucesivamente en el trono creado por la nobleza en 1352; y como la eleccion del monarca se hacia entre los miembros de la familia real de *Acamapichtzin* que mas se habian distinguido en la carrera de las armas, cada nuevo reinado ataba mayor número de pueblos al carro triunfal de aquellas tribus belicosas.

Para las ideas que en todos los tiempos y en todos los países han dominado en el comun de las gentes, y segun las cuales la grandeza de las naciones se estima por la extension de su territorio y el número de sus conquistas, el imperio del Anáhuac habia llegado entónces al apogeo de su gloria y de su poder.

Ocupaba á la sazon el trono *Moteuczoma Jocoyotzin*, á quien los historiadores dan mas comunmente el nombre de Moteuczoma II, por acomodarse á la costumbre adoptada en el antiguo mundo para distinguir á los monarcas del mismo nombre.

De igual manera que sus antecesores, Moteuczoma solo habia sido elevado á la dignidad real, porque, entre los candidatos al trono, era el que se habia señalado mas en la guerra; y en la ceremonia de su coronacion, segun la bárbara costumbre establecida entre los aztecas, las víctimas inmoladas en el sangriento altar de Huitzilopochtli, fueron prisioneros hechos por él mismo á los enemigos de la patria.

El reinado del nuevo emperador se habia inaugurado diez y siete años ántes bajo los mas felices auspicios. Las fiestas de la coronacion habian excedido en esplendor y magnificencia á cuantas se habian celebrado hasta entónces en el Anáhuac, y el pueblo, la nobleza y los sacerdotes se habian entregado en ellas sinceramente á la alegría, porque el nuevo monarca unia al valor, la modestia y la sabiduría. Habia llamado sobre todo la atencion, la arenga con que le habia felicitado el sabio rey de Texcoco, Netzahualpilli, hijo del célebre Netzahualcoyotl.

El orador empezó por congratularse de que en la eleccion de su ilustre aliado hubiese reinado la mas completa armonía entre los electores. Dijo que aquella uniformidad emanaba de las muchas y excelentes

cualidades que se reunian en el electo, entre las cuales enumeró su carácter sacerdotal y sus conocimientos en la astrología. Añadió que sin duda los dioses amaban mucho á la nacion, puesto que le deparaban tan gran monarca cuando habia llegado al mayor grado de poder y de esplendor, y concluyó augurando para la nacion y su jefe muchos años de gloria y felicidad.

Pocos años bastaron, sin embargo, para empezar á desmentir la prediccion de Netzahualpilli. El rey modesto no tardó en convertirse en soberbio, el valiente guerrero en débil y fanático sacerdote, y el monarca justiciero en déspota y tirano.

A la antigua sencillez de los sucesores de Acamapichtzin no tardó en suceder un lujo extraordinario que arruinaba á la nacion y principalmente á las ciudades conquistadas. Los tributos eran excesivos, los empleos no se conferian al mérito, sino al nacimiento, y los hijos mas distinguidos de la monarquía eran obligados á prestar servicios, muy poco dignos de su persona, en el palacio del emperador.

Vamos á introducir á nuestros lectores en una pieza de este palacio, donde se hallaba á la sazon Moteuczoma, no sin advertir ántes que era el 27 del mismo mes y año que hemos citado en el capítulo primero, y que habia pasado ya la hora del medio dia.

Penetremos, pues, por una de las veinte puertas del soberbio palacio, que dos años despues debia ser destruido por la ferocidad de los conquistadores: abrá-

monos paso entre la inmensa muchedumbre de soldados, de domésticos y esclavos, que inundan los patios, y que con solo el ruido de sus pasos y de su voz apagan el murmullo de las fuentes, que mirarémos ligeramente sin detenernos: pasemos á las antecámaras, donde los que han solicitado audiencia y los quinientos nobles y feudatarios que tienen la obligacion de hacer diariamente la corte al orgulloso soberano, hablan en voz baja y andan con precaucion por respeto á la majestad real: alcemos la cortina que cubre la entrada de la pieza inmediata, y entremos sin ceremonia en el santuario donde con una sola palabra se deciden los destinos del Anáhuac.

La sala de audiencia era una inmensa pieza cuadrilonga, donde, segun la relacion de un testigo ocular, podian reunirse tres mil personas. Su preciosa techumbre de primorosas maderas, en que los artesanos de Tenochtitlan habian apurado todos sus conocimientos, guardaba la conveniente armonía con los preciosos tapices de algodon que decoraban las paredes. El pavimento desaparecia bajo una alfombra de la estera mas fina del país. No se veía allí otro mueble que el trono del soberano, colocado á una extremidad del salon.

Entramos en el momento en que Moteuczoma se hallaba en pié cerca de su trono, contemplando con una mirada indolente los prolijos preparativos de su comida.

Este ilustre personaje, segun la descripcion que nos

han dejado de él los historiadores contemporáneos, tendria cuarenta años de edad en la época á que nos referimos en este capítulo. Era alto y delgado, aunque de gallarda y bien proporcionada estatura. Era largo el óvalo de su rostro: la expresion de sus ojos, aunque negligente de ordinario, sabia expresar en ocasiones dadas la dulzura ó la cólera: la regularidad de sus facciones daba á su fisonomía un aspecto simpático; traia el pelo corto, como todas las personas caracterizadas; su barba era muy escasa y el color de su cútis, algo mas claro que el que distingue á las razas americanas en general, sin duda por el sumo cuidado que tenia de su persona.

El traje que gastaba aquel dia era muy sencillo, pero bastante rico. Su *maxtlatl* ó cintura, hecha de una preciosa tela de algodon, se hallaba guarnecida con vistosos flecos y varios adornos de oro. Su *timatli* ó capa, de una tela muy delicada tambien de algodon, era la que ordinariamente usaba en palacio, esto es, blanca y azul, y con poca profusion de adornos. La llevaba anudada sobre el pecho y le cubria hasta mas abajo de las rodillas. Sus sandalias, cuya suela era de oro, se sujetaban á sus piés por medio de cordones adornados con trenzas del mismo metal y algunas piedras preciosas.

Bosquejada ligeramente la figura principal que descollaba en el salon, observemos de la misma manera lo *que allí pasaba* en el momento de nuestra entrada.

Trescientos jóvenes nobles han invadido su recinto, trayendo cada uno sobre un pequeño brasero de barro, otros tantos platos que colocan sobre las esteras del pavimento. El emperador pasea una mirada casi indiferente sobre estas trescientas fuentes que ostentan una variedad y una magnificencia que no tiene igual en el mundo. Allí, en el recinto de un palacio ignorado del resto de la tierra, y para servir de alimento al jefe de una nacion calificada de bárbara por los europeos, se hallan reunidas las producciones de todos los climas y de los países mas remotos. Animales domésticos y de caza, enviados de todas las ciudades tributarias; peces de los lagos y del golfo, que el dia anterior nadaban aún en las saladas aguas de Chalchiuhcuecan; frutas de la tierra caliente, de la tierra templada y de la fria; todo, en suma, cuanto hubiera apetecido para el banquete mas espléndido el mayor potentado del Oriente.

Cuatro de las esclavas mas hermosas del serrallo del soberano acaban de colocar un cojin sobre el pavimento y junto á éste una mesa baja, cubierta con delicados manteles de algodon.

Moteuczoma, que segun hemos dicho observaba estos preparativos, señaló con una varilla que llevaba en la mano los platos que deseaba le sirviesen y se sentó á la mesa. Entónces cuatro ancianos, que segun se asegura, desempeñaban el papel de secretarios ó ministros, colocaron frente á la mesa una especie de

biombo ó cancel de madera, preciosamente barnizado é incrustado de piezas de oro y piedras preciosas, á fin de apartar al monarca de las curiosas miradas de la multitud.

Las mujeres le presentaron para que se lavase, una agua pura y cristalina que hacian caer de preciosos vasos de *xicalli* á una bandeja de plata. Los ancianos le rodearon silenciosamente, y con los ojos clavados en el suelo, aguardaron las órdenes del soberano. Las esclavas le traian sucesivamente los platos que designaba y el pan de maiz amasado con huevo, que se fabricaba en una cocina inmediata para hacerlo mas grato al paladar.

—Quinatzin, dijo repentinamente Moteuczoma, alargando el brazo para entregar un plato á uno de los ancianos:—hoy debe venir el jóven cantor, cuya voz me recomendó el *Teoteuctli.* [1]

—Señor, respondió Quinatzin, ya oí la voz de ese mancebo por primera vez en la gran fiesta de *Tlalocateuctli,* y aseguro que quedarás complacido. ¿Qué debo hacer con él cuando se presente?

Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja y respetuosa, sin que el anciano osase levantar los ojos mas allá de la altura de la mesa.

—Debe estar ya en alguna de las antecámaras de palacio, repuso Moteuczomá.—Hazle buscar y que sea introducido inmediatamente.

1 Uno de los sumos sacerdotes del Anáhuac.

Quitnazin se acercó á uno de los jóvenes que aguardaban la conclusion de la comida, le habló en voz baja algunas palabras, y el jóven salió del salon.

Moteuczoma siguió departiendo con sus ministros y alargándoles algunos platos de su mesa, que los ancianos aceptaban con reconocimiento y comian con respeto, hasta el instante en que concluidos los postres, una de las esclavas le presentó el chocolate ricamente preparado en un vaso de *xicalli*, adornado de oro y de joyas, como todos los objetos que se destinaban para el uso del emperador.

En aquel momento entró en el salon una jóven que representaba á lo sumo diez y seis años de edad. Su tez fresca y delicada era de un color aun mas claro que el de Moteuczoma: sus negros y rasgados ojos parecian hechos por el dios del amor, y su rica y abundante cabellera flotaba libremente sobre sus hombros.

Su traje, como el de todas las señoras aztecas, consistia en una basquiña de algodon, que rodeaba su cuerpo desde la cintura y dejaba ver la extremidad inferior de dos piernas seductoras, adornadas con argollas de oro y piedras preciosas. Su camisa de la misma tela permitia contemplar en toda su desnudez dos brazos modelos, oprimidos cerca de la muñeca, por preciosos brazaletes, de la misma materia que los collares de las piernas. Eran de oro los pendientes que ostentaba en las orejas y tambien en el labio inferior.

Esa jóven se llamaba *Geliztli* y era una de las hijas mas queridas del emperador. Aunque no era costumbre que la familia real asistiese á la mesa del soberano, Moteuczoma solia tener el capricho de hacer venir á Geliztli, no para que comiese con él, sino para que le preparase el tabaco, mezclado con liquidámbar, que acostumbraba fumar en una pipa despues de la comida.

Geliztli traia en la mano la pipa que consistia en una caña preciosamente barnizada, y como habia llegado á la sazon en que Moteuczoma devolvia ya vacío á una de las esclavas el vaso del chocolate, le presentó la pipa. El emperador la tomó con placer y no tardó en elevarse hasta el techo una columna del humo aromático que se escapaba de su boca.

En aquel instante se presentó en la sala de audiencia un nuevo personaje. Era un jóven de elevada estatura y complexion robusta, que dejaba ver en su persona la belleza salvaje en toda su plenitud.

No podemos decir nada del traje que llevaba, porque segun el ceremonial introducido en la corte por el orgulloso Moteuczoma, ningun vasallo podia presentarse á sus ojos con vestidos finos, ni con oro, ni con joyas. El jóven, pues, se habia vestido en la antecámara un saco de tela ordinaria sobre el traje que llevaba, y descalzo, sin ninguna clase de adornos y con la cabeza descubierta, se presentó al llamamiento de su soberano.

A la sazon que el mancebo entraba en la sala, los

ancianos apartaron el biombo de madera que ocultaba al emperador de la vista de sus súbditos. Las esclavas levantaron entónces la mesa, sirvieron nuevamente agua á Moteuczoma para la segunda ablucion, que acostumbraba despues de la comida, y se retiraron. Los trescientos jóvenes que habian conducido los platos, los alzaron de las esteras y despejaron tambien el salon. Estos platos que el soberano habia desdeñado, debian figurar luego en la mesa de los cortesanos.

Solo quedaban en la sala de audiencia Moteuczoma, sus consejeros, Geliztli y el jóven de que acabamos de hablar.

Quinatzin hizo entónces á éste una señal para que se acercase al emperador. El jóven obedeció, y como lo prescribia la etiqueta de la corte, se adelantó lentamente y con la vista fija en el pavimento, se inclinó tres veces ante el soberano, pronunciando en cada una las palabras consagradas por el ceremonial, y aguardó á que se le preguntase.

Moteuczoma le consideró un instante en silencio, y prendado sin duda de la arrogante y bella figura del mancebo:

—¿Cómo te llamas? le preguntó con interés.

—Me llamo *Tizoc,* respondió el jóven, sin cambiar nada de su respetuosa actitud.

—¿Y tus padres?

—Nunca los conocí. El superior de los seminarios me recogió cuando aun no habia acabado de beber la

vida en el pecho de mi nodriza y me educó contra mi voluntad para el sacerdocio.

Un gesto casi imperceptible de disgusto se dejó ver en el rostro de Moteuczoma. En los oidos del sacerdote de Huitzilopochtli, resonó como un desacato ó un sacrilegio la paladina confesion del mancebo.

—El culto de los dioses, repuso con cierto acento de severidad, es el ejercicio mas noble á que el hombre puede consagrarse sobre la tierra.

—Gran señor, replicó respetuosamente el mancebo, yo me considero indigno de ese honor, porque me siento mas capaz de manejar la espada del guerrero, que el incensario del sacerdote. Me agradaria mas cautivar en la guerra al enemigo de la patria, que abrirle el pecho con la cuchilla sagrada en el altar de los sacrificios.

—¿Haz manifestado alguna vez ese deseo á tu superior?

—Muy pocas veces, gran señor, y siempre me ha mandado callar en nombre de Huitzilopochtli. Pero ahora que los dioses han permitido que me encuentre en tu presencia.....

El jóven cortó repentinamente su discurso, temeroso sin duda de faltar al respeto debido á aquel soberano, que se hacia adorar casi como á uno de los dioses del Anáhuac.

Moteuczoma comprendió la causa de esta súbita interrupcion, y para alentar al mancebo:

—*Habla, le dijo;* el emperador está obligado á escu-

:har con benignidad á todos sus vasallos, sea cual fuere a demanda que vengan á depositar á los piés de su :rono.

—Bondadoso señor, dijo entónces el mancebo: lo que yo te pido es que me des una plaza en las invencibles legiones del Anáhuac. Mi bienhechor no osará oponerse á una órden de tu augusta persona, y me dejará vestir la armadura del guerrero en vez del traje sacerdotal.

—En breves dias sabrás mi resolucion. Entretanto quiero oir el himno que el gran sacerdote ha compuesto para que cantes en mi presencia.

Tizoc hizo una nueva inclinacion y se volvió al sitio que le designó Quinatzin.

Entónces levantó la cabeza por primera vez y paseó una mirada sobre el auditorio que iba á juzgar de su voz. Sus ojos no tardaron en encontrarse con los de Geliztli, y entre ambos jóvenes se cruzó una rápida mirada de inteligencia. Pero miéntras Geliztli inclinaba la cabeza lijeramente ruborizada, los ojos de Tizoc continuaron su exámen, se fijaron un instante en Moteuczoma, y como deslumbrados ante la majestad real, amortiguóse súbitamente su brillo y acabaron tambien por fijarse sobre las esteras que alfombraban el pavimento.

Pero no tardó en reponerse, y levantaba ya la cabeza para comenzar su canto, cuando le detuvo un rumor extraordinario que se dejó sentir en aquel momento en las antecámaras,

Moteuczoma escuchó un instante, volvióse lleno de asombro hácia el lugar en que estaban sus consejeros, y fijó una mirada mas bien colérica que interrogadora en el semblante de Quinatzin.

El anciano salió apresuradamente de la sala.

El rumor se extinguió súbitamente, y un momento despues volvió á aparecer Quinatzin.

Pero traia el semblante demudado, y á pesar del esfuerzo que hacia para dominarse, se notaba el estremecimiento que agitaba su cuerpo, al acercarse al emperador.

Moteuczoma interrogó al anciano con una mirada.

—Ha llegado un correo de Chalchiuhcuecan, dijo el último, y espera en la puerta á que le des audiencia.

Nublóse el rostro del soberano al escuchar estas palabras, y con voz apénas inteligible preguntó:

—¿Y quién es ese correo?

—El mismo gobernador de Chalchiuhcuecan.

—¡Teuhtlile? preguntó Moteuczoma, cuya palidez iba creciendo por grados.

—Teuhtlile, respondió con acento sordo Quinatzin.

—Hazle entrar al instante, repuso Moteuczoma.

Quinatzin se dirigió á la puerta. El emperador hizo en seguida una seña con la mano, y los ministros, Géliztli y Tizoc despejaron respetuosamente la sala.

Un momento despues apareció Teuhtlile y se encontró solo con Moteuczoma.

CAPITULO VIII

Presagios.

Un cuarto de hora despues de la entrada de Teuhtlile á la sala de audiencia, una agitacion extraordinaria reinaba en el palacio del emperador. Los nobles y esclavos de la comitiva del gobernador habian referido en las antecámaras y en los patios el desembarco de los españoles, y esta noticia habia circulado rápidamente de boca en boca con los comentarios á que se prestaba una nueva tan prodigiosa.

Tizoc, el jóven seminarista á quien acabamos de conocer en la sala de audiencia, habia escuchado como todos la noticia, y mas preocupado acaso con ella que todos los curiosos que le rodeaban, inclinó la cabeza sobre su pecho para meditar.

Mucho tiempo hubiera permanecido tal vez en esta actitud, *olvidándose de* que sus deberes sacerdotales

le llamaban al templo mayor, si no hubiese venido á sacarle repentinamente de su abstraccion una mano que se posó delicadamente sobre sus hombros.

Tizoc levantó la cabeza y vió junto á sí una jóven esclava que le hacia con los ojos una señal que de pronto no pudo comprender. La esclava se acercó entónces á él, y deslizó en su oido una palabra.

Tizoc se ruborizó ligeramente y echó á andar tras de la jóven entre la inquieta muchedumbre que inundaba el patio en que se hallaba. Pasaron á un segundo patio, en cuyo centro se ostentaba una fuente rodeada de flores, y cuyos cuatro lados estaban formados por una série de habitaciones, segun podia juzgarse por las puertas abiertas con simetría en los muros.

La esclava se detuvo delante de una de estas puertas, y apartando la cortina que la cubria, invitó á Tizoc á que pasase adelante.

El jóven no se hizo de rogar y entró.

La esclava dejó caer la cortina tras él y se volvió por el mismo camino que habia traido.

Tizoc, viéndose separado de su conductora, adelantó tímidamente algunos pasos en el interior de la pieza. No tardó en salirle al encuentro una bella aparicion que le hizo detenerse y exclamar al mismo tiempo:

—¡Ah! Con que no me habia engañado la esclava!

—La esclava te dijo mi nombre? preguntó la aparicion.

—*Sí, Geliztli;* y he venido volando tras ella.

Suponemos que el lector tampoco habrá olvidado á la bella Geliztli, á quien tambien hemos tenido la honra de presentarle en la sala de audiencia.

—Tizoc, dijo la jóven, es muy corto el tiempo de que podemos disponer, porque mi madre puede volver muy pronto á esta habitacion, de donde solo la ha sacado la extraordinaria noticia que ha traido el gobernador de Chalchiuhcuecan. Oye, pues, la súpica que voy á dirigirte, y vuélvete al instante.

—Ah! exclamó el mancebo con un acento de dulce reconvencion.—Apénas me haces llegar á tu presencia y ya me despides con la amenaza del peligro. Geliztli: ¿crees que si hubiese abrigado algun temor, habria podido llegar hasta tu habitacion? No; demasiado sé que no hay recinto vedado para los ministros de Huitzilopochtli; y este traje sacerdotal que aborrezco, es el que ha obligado á los guardias de palacio á no detenerme en mi marcha.

—¿Pero por qué no hay recinto vedado para los ministros de los dioses? Porque les sirve de escudo la austeridad de sus costumbres. Y si mi madre te encontrara aquí, ¿crees que podria figurarse nunca que habias venido á ejercer las funciones de tu santo ministerio?

—¿Y por qué no? preguntó con amarga sonrisa Tizoc.—Vé al templo mayor, Geliztli, y pregunta á los sumos sacerdotes, al superior de los seminarios y á todo el mundo, si hay un sacerdote de mis años que

tenga una conducta tan irreprensible como la mia. Jamás se me ha visto levantar los ojos para mirar á las hermosas mujeres que concurren al templo.

—Tizoc, interrumpió la jóven princesa: ¿olvidas la circunstancia que me hizo salir del seminario en que me educaba en el templo mayor?

Tizoc vaciló un instante.

—Lo que yo recuerdo, dijo, es que la última vez que nos vimos, fué una mañana en que nos sorprendió hablando mi protector.

—¿No sabes mas que eso?

—Sí, sé algo mas. Conservo aún la impresion dolorosa del castigo que se me impuso por haber faltado á la severa disciplina de los seminarios en que se educa á la juventud. Tengo muy presente aquella escena en la memoria. Muchas veces habíamos hablado en el pequeño jardin del seminario donde tú te educabas. Aquella mañana nos creíamos tan seguros como siempre, y yo tenia una mano tuya entre las mias. Repentinamente lanzaste un grito, te apartaste de mí y huiste con precipitacion. Lleno de sorpresa, busqué con los ojos la causa de tu fuga. El superior de los seminarios, mi protector, se hallaba delante de mí. Yo no tuve voluntad ni fuerzas para huir.—¿Con quién hablabas, Tizoc? me preguntó el superior.—Padre mio, le respondí con sinceridad, es una jóven que se educa, como yo, en los seminarios del templo, y que se llama *Geliztli.—¿Pero* sabes que está prohibido, bajo las mas

severas penas, que los seminaristas de ambos sexos se mezclen entre sí y mucho mas que se hablen sin testigos, como tú acabas de hacer?—No lo ignoro, padre mio; pero los dioses han permitido que yo ame á Geliztli, y estoy resuelto á tomarla por esposa cuando se termine nuestra educacion.—¡A tomarla por tu esposa! exclamó mi protector, como si hubiera escuchado de mis labios una blasfemia. ¡Tizoc! sabes quién es Geliztli?—Es la mujer que me ama, respondí con energía.—Es la hija del gran señor del Anáhuac! prorumpió el sacerdote con acento amenazador. Ahora, añadió, sabes quién eres tú?—Un niño á quien tu bondad ha recogido.—Y á quien educo para el sacerdocio, porque no tiene otro porvenir mejor en el Anáhuac.—Yo incliné la cabeza con abatimiento y necesité de toda la fuerza de mi voluntad para no prorumpir en sollozos.—Sí, Tizoc, continuó mi protector con dulzura. Olvida á esa jóven princesa, destinada sin duda para algun magnate del imperio, y procura hacerte digno, con una conducta ejemplar, de la santa mision á que has sido destinado.

—Y á esa reprension se redujo todo tu castigo? preguntó Geliztli al cabo de un instante de silencio.

—No; respondió Tizoc.—Mi protector, á pesar de amarme demasiado, temió sin duda ofender á los dioses, si no me imponia el castigo prevenido por la disciplina del seminario.

—*Y ese castigo.....* tartamudeó Geliztli.

tenga una conducta tan irreprensible como la mia. Jamás se me ha visto levantar los ojos para mirar á las hermosas mujeres que concurren al templo.

—Tizoc, interrumpió la jóven princesa: ¿olvidas la circunstancia que me hizo salir del seminario en que me educaba en el templo mayor?

Tizoc vaciló un instante.

—Lo que yo recuerdo, dijo, es que la última vez que nos vimos, fué una mañana en que nos sorprendió hablando mi protector.

—¿No sabes mas que eso?

—Sí, sé algo mas. Conservo aún la impresion dolorosa del castigo que se me impuso por haber faltado á la severa disciplina de los seminarios en que se educa á la juventud. Tengo muy presente aquella escena en la memoria. Muchas veces habíamos hablado en el pequeño jardin del seminario donde tú te educabas. Aquella mañana nos creíamos tan seguros como siempre, y yo tenia una mano tuya entre las mias. Repentinamente lanzaste un grito, te apartaste de mí y huiste con precipitacion. Lleno de sorpresa, busqué con los ojos la causa de tu fuga. El superior de los seminarios, mi protector, se hallaba delante de mí. Yo no tuve voluntad ni fuerzas para huir.—¿Con quién hablabas, Tizoc? me preguntó el superior.—Padre mio, le respondí con sinceridad, es una jóven que se educa, como yo, en los seminarios del templo, y que se llama *Geliztli.—¿Pero* sabes que está prohibido, bajo las mas

severas penas, que los seminaristas de ambos sexos se mezclen entre sí y mucho mas que se hablen sin testigos, como tú acabas de hacer?—No lo ignoro, padre mio; pero los dioses han permitido que yo ame á Geliztli, y estoy resuelto á tomarla por esposa cuando se termine nuestra educacion.—¡A tomarla por tu esposa! exclamó mi protector, como si hubiera escuchado de mis labios una blasfemia. ¡Tizoc! sabes quién es Geliztli?—Es la mujer que me ama, respondí con energía.—Es la hija del gran señor del Anáhuac! prorumpió el sacerdote con acento amenazador. Ahora, añadió, sabes quién eres tú?—Un niño á quien tu bondad ha recogido.—Y á quien educo para el sacerdocio, porque no tiene otro porvenir mejor en el Anáhuac.—Yo incliné la cabeza con abatimiento y necesité de toda la fuerza de mi voluntad para no prorumpir en sollozos.—Sí, Tizoc, continuó mi protector con dulzura. Olvida á esa jóven princesa, destinada sin duda para algun magnate del imperio, y procura hacerte digno, con una conducta ejemplar, de la santa mision á que has sido destinado.

—Y á esa reprension se redujo todo tu castigo? preguntó Geliztli al cabo de un instante de silencio.

—No; respondió Tizoc.—Mi protector, á pesar de amarme demasiado, temió sin duda ofender á los dioses, si no me imponia el castigo prevenido por la disciplina del seminario.

—Y ese castigo..... tartamudeó Geliztli.

—Lo he olvidado ya, repuso el jóven sacerdote, puesto que lo he sufrido por tu amor.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Geliztli.

—Pero yo no lo he olvidado, dijo, siquiera por lo que me ha hecho padecer desde el dia en que lo supe. Un sacerdote te hizo subir una noche hasta la cima del templo mayor y te condujo hasta el brasero sagrado que arde perpétuamente delante del altar de Huitzilopochtli. Allí te obligó á mantener una áscua encendida entre tus dedos, mientras pronunciaba una oracion en que reprendia tu conducta. Tú no exhalaste una sola queja durante aquel castigo doloroso.

—Porque me daba valor tu nombre, que murmuraban mis labios.

—¡Ah! exclamó Geliztli.—Yo me avergüenzo de no haber sufrido, como tú, por nuestro amor. La superiora del seminario se contentó con referir en secreto á mi madre lo que habia pasado, y ésta se limitó á retirarme de allí, dando por terminada mi educacion.

—¡Cuánto me hizo sufrir esa separacion! Yo sabia que las jóvenes solo salian del seminario para casarse, y hubo un tiempo, demasiado cruel para mí, en que creí que te habia perdido para siempre. Pero los dioses quisieron apiadarse de mi dolor é hicieron llegar á mis oidos la fausta noticia de que aun te conservabas fiel á mis juramentos. Desde entónces no he dirigido á los dioses otro voto que el de volverte á ver.

ahora que han escuchado mi plegaria, ¿serás ménos piadosa que ellos, abreviando los momentos de esta dulce entrevista?

—Tizoc, ya te he dicho que mi madre es la única persona que en palacio sabe nuestro amor. Ella puede volver repentinamente y sorprendernos. Escucha, pues, lo que voy á decirte, y retírate al instante. Te he oido decir á mi padre que deseabas cambiar el incensario del sacerdote por la espada del guerrero.

—Sí, repuso con energía el mancebo.—La carrera de las armas es la única que puede hacer grandes á los hombres del Anáhuac, y yo necesito ser grande para poder aspirar un dia á la hija del emperador.

Tiñéronse de un ligero rubor las mejillas de la jóven azteca, y extendiendo la mano hácia su interlocutor:

—No me opongo á tus nobles sentimientos, le dijo. —Haz la guerra á los enemigos de la patria, y como otros muchos guerreros de la antigüedad, engrandécete á tí mismo, engrandeciendo los dominios del Anáhuac; pero no hagas la guerra ahora, en que los aztecas, desoyendo la voz de los dioses, van á pelear contra los descendientes de Quetzalcoatl.

—Y quiénes son los descendientes de Quetzalcoatl? preguntó admirado Tizoc.

—¿No has oido la relacion de los esclavos de Teuhtlile?

—Sí; acabo de oirla. Es una relacion verdadera

mente extraordinaria. Dicen que se han presentado en las costas de Chalchiuhcuecan unos hombres blancos y barbados, vestidos con trajes extraños, que hablan un idioma incomprensible, que montan sobre monstruos desconocidos y que traen instrumentos de guerra, que despiden el rayo y el trueno, como en un dia de tempestad.

—¡Y bien! repuso Geliztli:—esos hombres de la piel blanca que disponen del rayo y del trueno y que han venido del Oriente en sus grandes palacios flotantes, no pueden ménos que ser descendientes de los dioses, y seria un sacrilegio inútil emplear contra ellos las armas de los mortales.

Una sonrisa de duda se dibujó en los labios del jóven sacerdote.

—Cómo! continuó Geliztli.—Tú, que como alumno del seminario de los sacerdotes, debias conoçer mejor que yo la santa la religion de nuestros padres, ¿ignoras que Quetzalcoatl al desaparecer del Anáhuac, prometió que algun dia volveria á reinar entre su pueblo, y que segun los pronósticos que se han observado en los últimos años, se ha llegado ya la época en que el dios de las aguas debe realizar su promesa?

—Todo eso me han enseñado en el seminario, Geliztli; pero lo que yo no comprendo, es la relacion que pueda haber entre el divino Quetzalcoatl y los hombres que se han presentado en Chalchiuhcuecan.

—*Todo indica,* Tizoc, que esos hombres deben te-

ner un orígen divino. Son blancos y barbados, como Quetzacoatl; aborrecen, como él, los sacrificios humanos, y vienen de las aguas del inmenso lago, donde aquel dios desapareció de la vista de nuestros padres.

—Yo no lo creo así, Geliztli; y juzgo por el contrario que esos hombres son los mayores enemigos del Anáhuac. Creo que se preparan grandes dias de prueba para el país de los aztecas y estoy sinceramente agradecido á Huitzilopochtli porque me presenta esta ocasion de salir á la guerra y de engrandecerme á los ojos de la mujer que amo.

—Y si la mujer que amas te suplicara que no empuñes las armas en una contienda que ha de ser de *fatales* consecuencias para el Anáhuac?

—Pero por qué auguras tan triste porvenir á la nacion? ¿Por qué no esperar que los dioses nos concedan la victoria, si luchamos con valor?

—Por qué? preguntó Geliztli.—Porque, te lo repito, Tizoc..... y no soy yo sola quien lo dice: lo dice todo Tenochtitlan: los presagios se multiplican de dia en dia, y esos presagios no significan otra cosa que la ruina inevitable del imperio. El ejército que marchó hace algunos años á someter á la remota provincia de Amatlan, ¿no pereció casi todo bajo una tempestad de hielo que le sobrevino al trepar una altísima montaña, ó bajo los troncos de árboles seculares que arrancaba de raiz el impetuoso huracan?..... ¿No hemos visto agitarse un dia las aguas del lago, de una manera tan

prodigiosa que ha hecho zozobrar todas las canoas de los pobres mercaderes que las surcaban? ¿Y no hemos visto arder una noche una torrecilla del santuario de Huitzilopochtli y resistir el incendio á todos los esfuerzos que se hicieron para apagarle? ¿No hemos admirado, por último, hasta hace pocas noches esa brillante columna de fuego extendida bajo el cielo y que parecia amenazar con el incendio á toda la tierra?

Calló un instante Geliztli; pero ántes de que Tizoc tuviese tiempo de replicarle, continuó de esta manera:

—Pero no es esto todo, Tizoc. Hay todavía un acontecimiento mas extraordinario que el emperador no ha querido que se divulgue, y cuyo secreto poseen muy pocas personas de nuestra familia. Voy á referírtelo, Tizoc, para que acabes de persuadirte de que seria una lucha sacrílega la guerra que se hiciese á los hombres blancos y barbados del Oriente. ¿Has oido hablar de la princesa Papantzin, hermana de mi padre?

—Sí, respondió Tizoc.—Una noble señora que estuvo casada con un gobernador de Tlatelolco.

—Mi noble tia, prosiguió Geliztli, luego que enviudó, continuó viviendo en el palacio de su marido. Acaso esta circunstancia, que le hacia tener siempre presente la memoria del hombre que habia amado, envenenó paulatinamente su existencia y acabó por matarla. Luego que mi padre supo la muerte de su hermana, se trasladó con muchos nobles al palacio de Tlatelolco y dispuso que los funerales fuesen celebrados con toda

la magnificencia que exigia el rango de la princesa. Verificados éstos á presencia de la nobleza de México y de Tlatelolco, el cadáver fué sepultado en una gruta de los jardines de aquel palacio, muy cerca de un estanque, donde la princesa tenia costumbre de bañarse, y el sepulcro fué encerrado con una losa de piedra.

Al dia siguiente, una niña de cinco años que atravesaba el jardin para dirigirse á la habitacion del mayordomo, vió sentada á la princesa á la puerta de la gruta donde la tarde anterior habia sido sepultada. La princesa llamó á la niña con cariño, y ésta que por su corta edad, no tenia una idea exacta de lo que es la muerte, creyó que Papantzin iba á bañarse en su estanque favorito, y acudió sin temor á su llamamiento. La princesa le dijo entónces que llamase á la mujer del mayordomo y la muchacha se apresuró á obedecer su mandato.

Pero la mujer del mayordomo se rió de su inocencia cuando le dijo que Papantzin deseaba hablarla.—Hija mia, le dijo, la princesa ha muerto, y ayer la hemos enterrado.—Pero ahora ha salido de su sepultura, repuso la niña, y acabo de hablar con ella en el jardin.

La mujer del mayordomo se estremeció al escuchar estas palabras que la niña pronunciaba con el acento de la mas completa sinceridad. Pero despues de reflexionar un instante, creyó que la muchacha habia sido víctima de alguna equivocacion, y deseosa de sacarla

de su error, la siguió al jardin. Pero aun no habia tenido tiempo de llegar al sitio del sepulcro, cuando vió á la princesa, sentada á la puerta de la gruta, que la llamaba con un ademan. La infeliz mujer dió un grito de espanto y cayó desmayada.

La niña corrió entónces á llamar á su madre, que al oir hablar de un suceso tan extraordinario, pasó al jardin acompañada de otras dos mujeres. Estas tambien se hubieran desmayado, si la princesa no hubiese procurado infundirles valor, asegurándoles que estaba viva por la misericordia divina. Mandó luego llamar al mayordomo, y presente éste, le ordenó que pasase al palacio del emperador, su hermano, y le suplicase en su nombre que viniera á Tlatelolco á tener con ella una conferencia, que interesaba al porvenir de su pueblo.

El mayordomo titubeó un instante.

—Qué temes? preguntó la princesa.

—Temo, señora, respondió el mayordomo, que el emperador no quiera creer que has vuelto á la vida: que se imagine que he querido burlarme de él, y que ántes de averiguar la verdad, me mande apedrear por el pueblo en pena de mi desacato.

—Tienes razon, repuso la princesa.—Mi hermano es irascible y violento y se atreveria á cometer en tu persona ese acto de injusticia. Vé, pues, á Texcoco, preséntate al sábio rey Netzahualpilli y ruégale que *venga á verme.*

Netzahualpilli escuchó con espanto el recado del mayordomo; pero inmediatamente se trasladó con él á Tlatelolco. La princesa, que se habia retirado á sus habitaciones, le rogó entónces que pasase á México y diese á Moteuczoma el recado que no se habia atrevido á llevarle el mayordomo.

El rey de Texcoco se trasladó inmediatamente á Tenochtitlan y delante de muchos nobles que rodeaban al emperador, le participó la resurreccion de su hermana y le rogó que pasase á su palacio de Tlatelolco, donde tenia que comunicarle, en nombre de los dioses, cosas de la mayor importancia. El emperador se resistia á creer esta resurreccion, pero por respeto á su ilustre aliado, le siguió con su acompañamiento de cortesanos al palacio de Papantzin.

Al entrar en la habitacion de la princesa, no quedó poco sorprendido de encontrarla en pié, como acostumbraba recibirle siempre por respeto á su alta dignidad.

—Papantzin! esclamó aterrado el emperador.

—Yo soy! respondió la princesa:—yo soy la hermana que has sepultado ayer, y á quien el cielo ha querido restituir á la vida para que te revele asuntos de la mayor importancia.

Al terminar estas palabras, el emperador de México y el rey de Texcoco tomaron asiento en la habitacion. Los nobles de su comitiva permanecieron respetuosamente en pié.

Papantzin continuó:

—Luego que perdí la vida, me hallé transportada á una inmensa llanura, cuyo término no alcanzaba mi vista. En el centro observé un camino que se dividia en varios senderos. A lo largo del primero corria un rio muy caudaloso, cuyas aguas se agitaban de una manera extraordinaria. No sé por qué motivo sentí impulsos de pasar á la ribera opuesta del rio; pero en el momento de arrojarme al agua, me detuvo un mancebo de gallarda figura que apareció repentinamente en la orilla, como si hubiese surgido de la corriente. Llevaba un largo ropaje, blanco como la nieve, y resplandeciente como el sol. Tenia en las espaldas dos alas de bellas y vistosas plumas y en la frente una señal de esta manera.

Al decir estas palabras, la princesa pasó dos veces su dedo sobre la frente, trazando en la primera una raya vertical y en la segunda otra horizontal. En seguida continuó:

—El hermoso mancebo me tomó de la mano y me dijo:—Aun no es tiempo de que pases este rio. Dios te ama, aunque tú no le conoces.—Paseóme luego por las orillas del rio, y no tardé en advertir que caminábamos por una especie de osario, en que los piés tropezaban á cada instante con los tristes despojos de la muerte, mientras poblaban el aire quejas y sollozos humanos que parecian deplorar alguna grande calamidad. Iba á suplicar á mi misterioso conductor que me *apartase de aquel* sitio funesto, cuando obligándome á

volver la cabeza hácia el rio, me dijo. «Mira.» Obedecí y miré: sobre las agitadas aguas que impelia la corriente, flotaban unas grandes piraguas, cubiertas de multitud de guerreros, muy poco semejantes á los habitantes del Anáhuac. Su semblante era blanco y barbado, llevaban cascos en la cabeza y en la mano unos estandartes en que se hallaba pintada la misma señal que brillaba en la frente de mi conductor.

—Qué significa todo lo que veo, pregunté á éste.

—Todo lo que ves en este instante, me respondió, es un augurio de las grandes revoluciones que han de sobrevenir al Anáhuac. Dios te permite que vivas hasta entónces, para que dés testimonio de todo. Los sollozos que escuchas son los clamores de tus antepasados, que lloran los rios de sangre que han vertido en las piedras de los sacrificios. Los guerreros que navegan en esas grandes piraguas, son los que han de someter el Anáhuac por medio de las armas y destruir el culto de los dioses que hasta aquí has adorado. Cuando los sacerdotes de esos hombres promulguen el baño sagrado, tú serás la primera que lo reciba, y la que arrastrará en pos de sí á todos los aztecas.

Desapareció mi conductor al pronunciar estas palabras: yo me encontré sentada en la gruta en que me habeis sepultado ayer, y levanté la losa de mi sepulcro para venir á haceros en nombre de Dios ésta revelacion.

Esto fué lo que la princesa contó á mi padre. El

emperador salió de Tlatelolco tan preocupado con los prodigios que acababa de escuchar, que sin querer hablar con nadie, se encerró por muchos dias en el palacio donde acostumbra guardar luto por los sucesos adversos de la nacion. La princesa Papantzin continúa viviendo en Tlatelolco, y aunque los aduladores que nunca faltan al rededor de los poderosos han querido hacer creer á mi padre que la princesa ha perdido el juicio, ella se conserva sana en su palacio, haciendo una vida mas austera que la de una sacerdotiza, y muy confiada en el advenimiento de los hombres blancos y barbados del Oriente.

Cuando la hija de Moteuczoma hubo terminado esta relacion, Tizoc que la habia escuchado con la atencion mas profunda, le dijo:

—Puede ser verdad todo lo que acaban de pronunciar tus labios. Pero yo sé, Geliztli, que los hombres que han desembarcado en Chalchiuhcuecan son los enemigos de los dioses y de la patria, y ningun azteca, por débil que sea, debe vacilar un instante en empuñar las armas contra ellos. Si dudas de las intenciones con que han venido al Anáhuac, llama á los esclavos de Teuhtlile, y haz que te refieran los combates que han tenido lugar en Tabasco, donde han derramado á torrentes la sangre de nuestros hermanos. Si los crees aún descendientes de Quetzalcoatl, pregunta á esos mismos esclavos si no los han oido pronunciar discursos sacrílegos contra el culto venerando

de nuestros padres, y si no los han visto profanar la costa de Chalchiuhcuecan con los altares que han levantado á sus falsos dioses y el culto que les han tributado..... No, Geliztli: ningun azteca que ame á su patria y venere la religion de sus mayores, puede dejar de pelear con esos extranjeros. Yo me siento con las fuerzas suficientes para entrar en la lucha, y si mi protector me niega la licencia que ha mucho tiempo solicito para salir á la guerra, yo sabré fugarme una noche del templo y buscar un amparo en el ejército.

Siguióse á estas palabras un instante de silencio, interrumpido únicamente por un suspiro arrancado del pecho de Geliztli.

—¡Ah! exclamó Tizoc al escuchar este suspiro.—Sin duda soy un miserable cuando tengo valor de oponerme al primer deseo que te dignas manifestarme. Pero respóndeme, Geliztli: Si miéntras los enemigos de la patria avanzan al corazon del país, yo me limitara, como los ancianos y las mujeres, á incensar á los dioses en el templo, ¿no es verdad que tú misma me despreciarías?

Un segundo sollozo fué la única respuesta de la jóven princesa.

—Lo ves? continuó triunfante Tizoc.—Tus labios se niegan á repetir lo que siente tu corazon. Sí..... porque el corazon te está diciendo que debo luchar como todos los aztecas; y yo que conozco tus nobles

sentimientos, trataré de hacerme digno de tí, peleando por la religion y por la patria.

—Tizoc, murmuró con doloroso acento la doncella azteca, tú morirás en esa lucha, porque los dioses protegen á los extranjeros.

—Y si no puedo hacerme digno de tí por medio de acciones ilustres, ¿á qué mayor gloria puedo aspirar que á la de morir en la guerra?

—Eres un hijo digno del Anáhuac, repuso Geliztli con los ojos empañados en lágrimas.—Vé á pelear con los enemigos de la patria y que los dioses te sirvan de escudo.

Estaba tan hermosa Geliztli al pronunciar estas palabras, que Tizoc cayó de rodillas en el pavimento, como si se hallase en presencia de la poética diosa de las aguas. La jóven le extendió una mano para levantarle, y Tizoc, despues de inundar esta mano con sus besos y sus lágrimas, salió de la habitacion, embriagado de amor y de esperanza.

CAPITULO IX

Mazatl.--La gran fiesta de Tezcatlipoca.

El palacio de Moteuczoma II, situado como saben nuestros lectores, en el mismo sitio que hoy ocupa el palacio nacional, distaba muy poco del templo de Huitzilopochtli, ó templo mayor, de cuyo vasto recinto, incluyendo el muro exterior que le rodeaba, es una pequeña parte el espacio que hoy ocupa la catedral.

Tizoc salvó en pocos pasos esta pequeña distancia, y penetró al recinto sagrado por la puerta de Oriente, que era una de las cuatro entradas abiertas en el muro.

No es esta la ocasion mas oportuna para hacer una descripcion de este célebre monumento destruido con tanta prisa por los conquistadores. Bástenos saber por ahora que Tizoc atravesó con rapidez el patio enlosado á que daba la puerta, dejó á su izquierda la inmensa mole del templo principal y se dirigió hácia el sitio en que estaban edificados los seminarios donde se educaba la juventud.

Pocos momentos despues se hallaba en una cámara

baja, cuyo adorno principal consistia en un buen número de ídolos, hechos de piedra ó de madera, y en una coleccion de pebeteros de barro, donde se quemaba el copal y otras resinas olorosas para incensarlos. En un rincon de la estancia y á raiz del pavimento, se veia tendida una estera de palmas y sobre ésta una manta blanca de algodon, cuyo sencillo aparato constituia la cama de los aztecas, aun entre las clases mas acomodadas. Sobre otra estera colocada en el extremo opuesto, se veian varias piezas de esa especie de papel que usaban los aztecas, hechas en rollos ó plegadas á manera de biombos, segun la materia de que estaba hecha cada una.

Sobre una silla de juncos, baja y sin respaldo, se veia sentado un hombre en actitud meditabunda. Por su capa y su *maxtatl* no se distinguia del comun de los habitantes del país, pero por su larga cabellera que flotaba sobre sus espaldas y por algunas manchas de pintura sagrada que aun conservaba en su cuerpo, era fácil adivinar á un sacerdote.

Era éste el superior de los seminarios que habia educado á Tizoc y se llamaba *Tayatzin*.

El jóven se dirigió á este hombre y le saludó respetuosamente.

El sacerdote levantó la cabeza, y clavando en el jóven una mirada de ternura paternal, le preguntó:

—*¿Qué ha juzgado el emperador de tu voz y del himno que ha compuesto el sumo sacerdote?*

—No he tenido tiempo de cantar ante el emperador, respondió el mancebo.—En el momento en que uno de sus ministros me señalaba el sitio en que debia cantar, llegó el gobernador de Chalchiuhcuecan con un mensaje importante y Moteuczoma me despidió sin oirme.

Y Tizoc refirió en seguida á Tayatzin lo que habia oido contar á los esclavos de Teuhtlile. A medida que el jóven hablaba, el rostro del sacerdote se iba descomponiendo por grados, y cuando se hubo terminado la narracion, alzó las manos y los ojos al cielo, y con acento profético, exclamó:

—Anáhuac! Anáhuac! Tu sacrificio está ya decretado por los dioses, y el agua de los lagos no tardará en teñirse con la sangre de tus hijos!

—Padre! prorumpió el mancebo con impetuosidad. —¿Por qué desesperar de ese modo de la salvacion de la patria?

—Porque las profecías que guardamos en el secreto de este santuario, nos anuncian que ha llegado la hora de su ruina.

—Pero combatiendo con valor todos los aztecas.....

—Toda la sangre de sus venas no bastará para redimir al Anáhuac de la calamidad que le amenaza.

—¿Crees entónces que nuestros guerreros no deben salir al combate?

—Sí, sí. Es preciso pelear hasta morir. ¡Tal vez consigamos aplacar la cólera de los dioses con la san-

gre vertida en los combates, y nos concedan en premio triunfar sobre nuestros enemigos!

—Tu opinion me llena de regocijo, repuso Tizoc;—porque desde el momento en que oí hablar de los hombres blancos del Oriente, formé el designio de suplicarte que me permitas ir á combatir contra los extranjeros.

Un gesto de contrariedad se pintó en el semblante del sacerdote.

—Tizoc, le dijo despues de un instante de silencio: —No es esta la primera vez que me hablas de tu deseo de salir á la guerra. Pero ya te he manifestado que un voto sagrado te liga al sacerdocio, y que ni á tí ni á mí nos es lícito quebrantar ese voto.

—Pero yo he visto á muchos jóvenes cambiar repentinamente el traje sacerdotal por las insignias del guerrero ó los instrumentos de la labranza.

—Porque se les habia cumplido el tiempo de su voto.

—Y el mio cuándo se cumple?

—El dia de tu muerte! respondió con voz sorda el sacerdote.

—El dia de mi muerte! repitió con espanto el mancebo.—¿Y qué labio imprudente pronunció ese voto para condenarme á la desesperacion?

—Desgraciado! exclamó Tayatzin con severidad.—Estás insultando la memoria de tus padres!

—Mis padres! murmuró Tizoc.—¿Mis padres son los que han pronunciado ese voto..... ese voto que

sin duda los mismos dioses reprueban, cuando han infundido en mi alma el instinto del guerrero?

—Calla! gritó él anciano, haciendo un impulso para alzarse de la silla.—Ahora estás ya blasfemando de los dioses y no sé hasta dónde te conduciria tu ceguedad. Siéntate ahí, y escucha la historia de ese voto que te voy á referir para que tus labios no vuelvan á mancharse, como ahora, en quejas injustas y sacrílegas.

Tizoc obedeció, y tomando una silla muy semejante á la que ocupaba el anciano, se sentó á poca distancia de su protector.

Este volvió entónces á tomar la palabra y dijo:

—Era el año III Acatl del IV siglo de la fundacion de México. Ocupaba el trono del Anáhuac el animoso Ahuitzol, antecesor inmediato del actual emperador. Acababa de terminar la guerra con la provincia de Cuauhtla, y Moteuczoma Jocoyotzin, que se habia distinguido en aquella gloriosa jornada, introdujo á Tenochtitlan con la mayor pompa y solemnidad, los prisioneros hechos en la guerra, los ídolos de la nacion vencida y los estandartes quitados al enemigo. Los estandartes fueron á aumentar los trofeos del santuario de Huitzilopochtli, los dioses de la abatida Cuauhtla se encerraron en la cárcel destinada para este objeto en el templo mayor, y los prisioneros fueron sacrificados con otros muchos en la dedicacion del templo Tlacoteco, levantado por la piedad de Ahuitzol.

Habia sin embargo, entre ellos, un jóven de tan arrogante presencia y singular hermosura, que el sumo sacerdote le juzgó digno de representar el papel de *Tezcatlipoca* en la gran fiesta que se celebra en el quinto mes, en honor de esta deidad soberana. Reservólo con tal motivo en la solemnidad de la dedicacion, y se lo trajo consigo al templo mayor á fin de prepararle para el alto honor que queria dispensarle.

El jóven prisionero se llamaba Mazatl, y muchos años hacia que no podia presentarse al pueblo una imájen mas digna del alma creadora del universo. Ademas de su belleza personal que era bastante para atraerse todas las miradas, Mazatl pertenecia á una de las familias mas nobles de Cuauhtla, y habia recibido una educacion esmerada.

Los sacerdotes encargados de educar á las víctimas que se destinan para la gran fiesta de Tezcatlipoca, tuvieron muy poco qué hacer con el jóven Mazatl. Hijo de un príncipe, como era, tenia los modales mas finos que pudieran apetecerse, tañia la flauta con tanto primor, que dejaba suspensos á cuantos le escuchaban, y aspiraba el humo del tabaco con una gracia inimitable. Como estaba, ademas, tan acostumbrado á recibir los homenajes de sus vasallos, tenia una majestad natural para tratar á cuantos se le acercaban y para hacerse amar y respetar de todo el mundo.

Esto es cuanto se exige de la víctima que ha de *representar á* Tezcatlipoca, y los sacerdotes despues

de un ligero exámen que hicieron de su jóven alumno, comprendieron que para presentarle al pueblo en el año que debia preceder al sacrificio, no necesitaban mas que de ataviarle con las vestiduras y atributos que exige nuestro rito.

Buscáronle ocho pajes que le acompañasen y sirviesen, colocaron sobre su cabeza una corona de blancas plumas, ciñeron sus brazos y sus piernas con collares de oro y piedras preciosas, colgaron á su cuello una cadena de flores y echaron á sus hombros una rica manta de algodon bordada de atributos sagrados.

Ataviado de esta manera, con el cabello suelto y flotando sobre sus espaldas, Mazatl empezó á recorrer las calles de la ciudad, rodeado de sus pajes y cantando himnos sagrados en honor de Tezcatlipoca. Al mirar á aquel hermoso mancebo que debia derramar su sangre en el altar de los sacrificios; al ver la gracia con que correspondia á los homenajes que le tributaba la multitud, al escuchar el dulce tañido de su flauta ó la suavísima voz con que entonaba las alabanzas del Dios Creador, el pueblo se sentia subyugado, creia que los dioses le habian infundido su espíritu y caia de rodillas ante su paso para adorarle.

Yo habia asistido á muchas fiestas de esta naturaleza en la capital del Anáhuac, y jamás habia visto que la imájen de Tezcatlipoca fuese objeto de una veneracion tan universal y tan profunda. Los nobles se apresuraron á tributar á Mazatl los honores que se

debian al dios que representaba, y casi no hubo dia en que no se le invitase á algun banquete sagrado, donde para honrarle mas, se le cubria de flores y se le quemaban resinas olorosas.

Diez meses transcurrieron así. Mazatl, que no conocia el culto del Anáhuac, se entregaba al placer que le inspiraban estas fiestas con todo el ardor de su juventud. No dejaba de admirarle que le tributasen honores, no ya como á un príncipe, sino como á un dios; pero llegó á persuadirse que el valor con que habia defendido su patria hasta el último instante, habia inspirado á los aztecas este delirio hácia su persona, y continuó gozando sin sobresalto de estos regocijos, que creia haber alcanzado por sus méritos.

Pero todavía le esperaba una nueva y agradable sorpresa. Un dia los sacerdotes le presentaron cuatro vírjenes del Anáhuac en la flor de la adolescencia y mas hermosas que el sol. Dijéronle que aquellas nobles doncellas habian sido educadas expresamente para él y que estaban destinadas para hacer los honores de su lecho. La alegría de Mazatl llegó á su colmo cuando recibió este presente y no tuvo límites cuando las cuatro muchachas, con las mejillas encendidas de rubor, confirmaron cuanto habian dicho los sacerdotes.

Desde este dia, Mazatl se creyó mas feliz que todos los dioses del paraiso. Su comitiva se aumentó con sus bellas esposas, y desde este momento pareció llegar al delirio la veneracion de la muchedumbre. Re-

gaban de flores su camino y oscurecian con nubes de incienso el aire que respiraba. El pueblo se agolpaba á las calles por donde transitaba, y se tenia por muy feliz el azteca que pódia aproximarse hasta él y estampar los labios en la estremidad de su capa. Acompañábanle con músicas en su tránsito y muchas veces se veia obligado á detenerse para mirar un baile dispuesto en honor suyo.

El mismo emperador Ahuitzol se dejó arrastrar del entusiasmo que dominaba á su pueblo, y quiso un dia tener el honor de sentarle á su mesa. Mazatl se dejó llevar al palacio del gran señor del Anáhuac, y en este banquete real se le tributaron los mismos honores que en los demas.

Cuatro dias antes de la gran fiesta de Tezcatlipoca, los sacerdotes desnudaron al jóven prisionero de sus ricas vestiduras y le pusieron el manto y los atributos del dios á quien representaba. Cortáronle el cabello, como lo llevan los guerreros, y en las fiestas que desde entónces se le hicieron, advirtió que en nada se diferenciaban de las que se celebran en honor de los dioses. Estas fiestas se verificaron sucesivamente en los cuatro barrios principales de Tenochtitlan; y el pueblo se manifestó en ellas mas respetuoso que nunca.

Mazatl que empezaba á alarmarse con estos cambios, quiso saber lo que significaban. Entre las jóvenes que le habian presentado los sacerdotes, habia una á quien él distinguia y amaba con singular cariño. Era ésta la

que llevaba el nombre de la diosa *Xilonen* y la que por su belleza y su modestia merecia ocupar el tálamo de un emperador.

A esta jóven eligió Mazatl para comunicarle sus temores.

Una noche en que se hallaban solos en su dormitorio, el jóven cautivo se expresó en estos términos:

—Xilonen, cuando caí prisionero sobre los escombros de mi patria y la sangre de mis hermanos, creí que apénas llegase á Tenochtitlan seria sacrificado en el templo de sus dioses. Con no poca sorpresa, pues, he visto derramada la sangre de mis compatriotas y respetada la mia. Mayor todavía ha sido mi sorpresa al verme regalado cómo á un príncipe, reverenciado por todo el pueblo como un dios, y dueño de las cuatro mujeres mas hermosas del Anáhuac. Yo he gozado hasta aquí de todos estos honores, sin preguntarme siquiera la causa que obliga á tu pueblo á tributármelos. Pero hace tres dias que los sacerdotes me han adornado con los atributos del dios Tezcatlipoca, y esto, unido á otros cambios, ha empezado á llamar poderosamente mi atencion. ¿Podrás decirme lo que todo esto significa?

Xilonen bajó la cabeza, llena de confusion, sus ojos se enrojecieron y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Lloras? preguntó admirado Mazatl.

—*Lloro, respondió* la jóven esposa enjugando su

lágrimas, porque ignoraba que la mujer que mas te ama en el mundo, era la destinada á anunciarte tu funesta desgracia.

Mazatl caminaba de asombro en asombro y no encontró voz en su garganta para pedir una esplicacion de estas palabras.

Al cabo de algunos instantes, Xilonen continuó con voz conmovida, á pesar de los esfuerzos que hacia para dominarse:

—Esta es la última noche que el tálamo levantado por nuestro amor, nos ofrece sus dulzuras. Mañana, Mazatl, estarémos separados para siempre.

—Quién osará separarnos? preguntó con impetuosidad el cautivo.

—Quién! repitió en voz baja Xilonen, como si temiese ser escuchada.—Los que en Tenochtitlan son mas poderosos que el señor mismo del Anáhuac, los que hablan y obran en nombre de los dioses, los que ven todos los dias prosternarse ante sus piés á los mas nobles y distinguidos aztezas.

—Los sacerdotes! murmuró entre dientes Mazatl, sintiendo correr por todo su cuerpo un estremecimiento involuntario.

—Sí: ¡los sacerdotes! los ministros de Huitzilopochtli que no te darian la libertad ni por el tributo de cien ciudades.

—Xilonen, yo he visto mil veces oscurecido el campo de batalla por las flechas enemigas: he visto ame-

nazada mi existencia por la espada de mi adversario suspendida sobre mi cabeza: mis oidos se han ensordecido en cien batallas á la grita simultánea de diez mil combatientes; pero jamás habia sentido miedo como ahora. Era que sin duda no amaba á nadie en el mundo. Pero hoy que te amo, confieso que me inspiran horror tus sacerdotes..... Huyamos!

—Huir! prorumpió con amargura la jóven esposa.

—¿Quién te ha dicho que se puede huir de los sacerdotes del Anáhuac? Al primer paso que dieses fuera de esta habitacion, ¿crees que no se arrojarian sobre tí los ocho pajes que te han dado en la apariencia para honrarte, pero que no son en rigor sino tus carceleros? Pero en caso de que lograses burlar su vigilancia, crees que lograrias burlar la de los sacerdotes y la del pueblo, que te buscarian por toda la ciudad á la luz de las cien hogueras que arden en la cima de los templos?

—Pero qué es lo quieren de mí para guardarme con tanto celo?

—Qué es lo que quieren de tí? ¿Ignoras que mañana es la gran fiesta de Tezcatlipoca? ¿Ignoras que por tu belleza y por tu gallardía has sido destinado á representar á ese dios? ¿Ignoras tambien acaso el fin que ha de tener la fiesta de mañana?

—Yo lo ignoro todo, respondió Mazatl.—Yo no conozco á este pueblo mas que por las aclamaciones con *que me ha acogido* donde quiera que me he presentado.

—*Ah, desdichado!* exclamó con desesperacion la

jóven.—Ignora que ese mismo pueblo que le ha aclamado y festejado por todas partes, lanzará mañana un grito de satisfaccion, cuando vea enrojecida con su sangre la piedra de los sacrificios!

Estas palabras parecieron haber agotado las pocas fuerzas que quedaban á Xilonen. Cubriéronse de palidez sus mejillas y cayó exánime en el pavimento.

Mazatl se inclinó sobre ella para recogerla entre sus brazos, y al sentir que todavía palpitaba el seno de la jóven bajo su mano, pareció olvidado hasta de la muerte que se le acababa de anunciar.....

Al dia siguiente el jóven prisionero volvió á salir á *la calle*, acompañado como siempre de sus mujeres y de sus pajes. Pero en lugar de dejarle la libertad de los dias anteriores, se le obligó á tomar la direccion del montecillo de Tepepulco, donde asistió á la celebracion de una ceremonia sagrada, en que fué venerado como un dios, por el pueblo y los sacerdotes.

Condujéronle despues á la laguna y le hicieron entrar en una canoa que estaba siempre dispuesta para el emperador Ahuitzol, y que por esta razon se hallaba adornada con un blanco toldo de algodon con flecos y bordados de diferentes colores. No llevaba otra comitiva que sus pajes y sus mujeres, y éstas empleaban toda su elocuencia en consolarle. Solo Xilonen no hablaba palabra, por lo mismo que su dolor era verdadero, y se limitaba á reprimir sus sollozos y á enjugar sus lágrimas.

Los remeros bogaron hácia el rumbo de Iztapalapan. Al llegar á la direccion del montecillo de Acaquilpan, hicieron tocar la barca á tierra. El cautivo desembarcó con toda su comitiva. Pero allí debia tener lugar una escena dolorosa. Allí era donde la imájen del dios de la juventud y de la hermosura debia separarse para siempre de las bellas compañeras de sus placeres.

Uno de los pajes recordó al cautivo este deber, y Mazatl despues de haber abrazado con lijereza á las tres mujeres que le habian venido hablando en la barca, se dirigió á Xilonen que parecia clavada por el dolor á la orilla del lago.

Mazatl la abrazó en silencio. La jóven ya no pudo entónces reprimir sus sollozos y rompió á llorar con todas sus fuerzas. Mazatl creyó que iba á faltarle el valor é hizo un esfuerzo para desasirse; pero Xilonen le estrechó convulsivamente contra su seno y le dijo:

—Muchos dias hace que quiero revelarte un secreto, pero me lo ha impedido el temor de que te falte ánimo para morir cuando lo sepas.

—Nada temas, respondió con entereza el cautivo. —Los guerreros de mi nacion saben arrostrar con serenidad la muerte, y no seré yo quien la deshonre ante el altar de los sacrificios.

—Bien lo necesitas, repuso la jóven azteca, para que tu hijo no tenga que avergonzarse un dia de la memoria de su padre.

—Mi hijo! mi hijo! exclamó el prisionero, sintiendo que á pesar de todos los esfuerzos de su voluntad, estas palabras salian acompañadas de sollozos de su garganta.

—Sí, murmuró Xilonen, ruborizándose á pesar de sus lágrimas.—Ya llevo en mi seno el fruto de nuestro amor.

Mazatl se desasió por medio de un esfuerzo supremo de los brazos de su esposa, ahogó en su pecho el último grito, y volviéndose á los pajes que le aguardaban:

—Guiad, les dijo con serenidad.

Los nueve hombres se alejaron con direccion al montecillo.

Xilonen cayó de hinojos en el lugar en que se hallaba, y no pudiendo sostenerse sobre sus rodillas, se encorbó con abatimiento y pegó su frente contra la tierra.

En cuanto á las demas mujeres, habian desaparecido.

En la cima del montecillo se eleva el templo de Tezcatlipoca. Los seis sacrificadores aguardaban á la víctima al rededor de la piedra de los sacrificios. Yo pertenecia en aquel tiempo al número de éstos, y desde la altura en que me hallaba pude admirar el valor que Mazatl desplegó en toda la ceremonia.

Al llegar al pié del montecillo, los ocho pajes se

apartaron de él, y empezó á subir los escalones del templo, cantando con voz llena y varonil un himno guerrero. Conforme al rito, en que anticipadamente se le habia instruido, en el primer escalon rompió una de las flautas, con que en los dias anteriores habia arrebatado la atencion de la multitud. En el segundo escalon rompió otra y en el tercero la última. En el cuarto y los siguientes se fué despojando sucesivamente de todas las galas que le adornaban, y cuando llegó á la cima estaba completamente desnudo.

Echóse él mismo sobre el altar de los sacrificios, sin perder un átomo de su serenidad, y en el momento en que yo le apretaba el cuello con el círculo sagrado, sus ojos se fijaron en mí y me dijo:

—Tayatzin, dejo en Tenochtitlan una mujer á quien amo y un hijo que aun no ha salido del seno de su madre. Júrame velar por ellos.

—Te lo juro, le respondí, por el dios cuya imájen eres.

Mazatl me dió las gracias con los ojos, pronunció el nombre de Xilonen y volvió á cantar un himno al Creador.

Un momento despues su alma volaba á la region de los dioses.

Volvia yo de la ceremonia con el corazon traspasado de dolor. Cien veces habia visto abrir el pecho de las víctimas en el altar de los sacrificios, y nunca habia sentido una pena tan aguda. Las lágrimas se agolpa-

ban á mis ojos al considerar que el jóven prisionero hubiera podido vivir muchos años todavía, si la cuchilla del sumo sacerdote le hubiese respetado.

Caminaba yo sumergido en estos tristes pensamientos, cuando mis ojos se detuvieron en el cuerpo de una mujer que yacia tendida sobre la tierra. Era el de la infeliz Xilonen, que habia perdido el conocimiento al contemplar desde aquel lugar el sacrificio de su jóven esposo.

Ayudado de dos sacerdotes que me acompañaban, la transporté á mi barca. Allí la hice volver á la vida humedeciendo su rostro con el agua de la laguna y la instruí de la última voluntad de Mazatl Llegados á Tenochtitlan, la dejé en su casa y la exhorté á la resignacion.

Pero fueron vanas mis exhortaciones. Xilonen llevaba demasiado grabada en el corazon la imájen de su esposo para que pudiese resignarse. Yo la veia cada vez que mis funciones me permitian separarme del templo, y en cada entrevista que tenia con ella, advertia que la vida se daba mas prisa en abandonarla.

Una mañana al entrar en su casa, la encontré en su lecho. Acababa de dar á luz un niño, y la infeliz madre le apretaba convulsivamente contra su seno, y se anticipaba al baño sagrado, humedeciendo su tierna cabeza con un torrente de lágrimas.

—Miradle, me dijo levantando al niño entre sus brazos.—Es una imájen viva de mi adorado Mazatl.

—Bendigamos á los dioses, le dije, que tan pronto reemplazan sobre la tierra á un guerrero tan animoso como su padre.

—¡No! ¡no! gritó Xilonen.—Mi hijo no será nunca guerrero como su padre, porque no quiero que caiga un dia prisionero en manos de sus enemigos para que vaya á regar con su sangre el altar de los sacrificios. Para evitarle este funesto destino he hecho á Quetzalcoatl el voto de consagrarle por toda su vida al sacerdocio. ¿No es verdad que siendo mi hijo sacerdote de Quetzalcoatl no podrá servir nunca de víctima en los sacrificios?

—Nunca!

—Entónces, padre mio, repuso, vos sois quien queda encargado de hacer cumplir á este niño el voto que he pronunciado. Lleváoslo al templo y velad por él, porque yo descenderé muy pronto al sepulcro.....

Pocos meses despues, Xilonen iba á reunirse con su esposo. Yo tomé entónces al niño, le traje al templo y le eduqué para el sacerdocio.

Ese niño se llamaba Tizoc, y tú sabes hasta qué grado he cumplido con la voluntad de tus padres. Juzga ahora si me será lícito permitirte cambiar el traje sacerdotal por la espada del guerrero.

Tizoc escuchó al sacerdote con religioso silencio. Cuando éste terminó su narracion, se levantó de la silla, besó su mano con gratitud y se retiró del aposento enjugándose las lágrimas de los ojos.

CAPITULO X

Los sediciosos.

Volvamos al campamento español.

Un mes habia transcurrido desde el desembarco en las costas de Chalchiuhcuecan, y el pequeño ejército comenzaba á impacientarse.

Cierto es que la vida del campamento era demasiado incómoda y no poco monótona.

A medida que avanzaba la estacion, el calor se hacia mas insoportable: nubes de insectos ponzoñosos poblaban el aire, y la vista se cansaba de fijarse en aquellos blancos arenales, desnudos de toda vegetacion.

Dos embajadas del gran señor del Anáhuac habian llegado sucesivamente á la colonia, cargadas de plata,

de oro y de telas preciosas para obsequiar á los extranjeros. Pero acompañada de estas riquezas habia venido para ellos la órden terminante de no avanzar al interior del país y de volver á embarcarse en sus flotantes palacios de madera para regresar á su patria.

Mas como los españoles se negasen á obedecer estas órdenes, el emperador prohibió á sus súbditos que continuasen el tráfico que habian tenido hasta allí con los extranjeros, y éstos empezaron literalmente á morirse de hambre. Los indios que en los dias anteriores se presentaban cargados de pan y de carne, de plata y de oro para cambiar por miserables pedazos de vidrio, no se presentaban ahora ni con una mezquina tortilla de maiz para calmar la mas imperiosa exigencia de la naturaleza animal.

Esta era una calamidad mucho mayor todavía que el calor, los insectos ponzoñosos y la falta de vegetacion.

Si se añade á todo esto que la colonia estaba dividida en dos parcialidades, una adicta á Cortés y la otra al gobernador de Cuba: si se reflexiona, ademas, que todo el campamento se hallaba entregado á la mas completa ociosidad, no causará admiracion que aquella impaciencia hubiese estallado tan temprano entre hombres que conspiraban al mismo fin, aunque deseando valerse de distintos medios.

Para que el lector pueda formarse una idea de la *agitacion que* reinaba en el campamento, no necesita

nas que seguirnos á la tienda de Hernan Cortés, donde éste se hallaba hablando confidencialmente con Montejo, sobre los sucesos de la colonia.

—Os repito, decia Montejo, que si no tomais alguna determinacion para reprimir esos disturbios, no solamente fracasará nuestra empresa, sino que corremos peligro de no volver uno solo con vida á tierra de cristianos.

—Pero de qué provienen esos disturbios? preguntó Cortés con socarronería.

—De que Puertocarrero, Alvarado, Olid y otros que se dicen amigos vuestros, andan sembrando la cizaña en el ejército, aconsejando á los soldados á que os pidan que hagais lo que no os permiten hacer vuestras instrucciones.

—Ba! murmuró Cortés con aire de duda.

—Esta mañana he hablado con varios soldados que me han dicho lo que os voy á repetir. Hace varias noches que los hombres de que os acabo de hablar, andan de tienda en tienda seduciendo á los soldados para que os pidan que fundeis una ciudad en esta tierra.

—Si tal es la voluntad de nuestros valientes compañeros.....

—¡No! ¡no! se apresuró á interrumpir Montejo.—Hay una mitad cuando ménos que se opone á que fundeis la ciudad, porque cree que no os autorizan para tanto las instrucciones de Velazquez.

—Y vos qué opinais de esos disturbios?

—Que causarán nuestra ruina, si como os he dicho, no tomais pronto una determinacion.

—Pero qué determinacion quereis que tome entre pareceres tan encontrados?

—La de volver al instante á Cuba, dar cuenta á Velazquez de vuestra mision, reunir allí mayor número de gentes y de armas y regresar á este país con mejores probabilidades de conseguir algun éxito.

En aquel momento se alzó la cortina de la tienda, y fueron presentándose sucesivamente á la vista de los dos interlocutores, Alonso Hernandez Puertocarrero, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso de Avila.

Los cuatro caballeros miraron de reojo á Francisco de Montejo, porque no obstante sus buenas cualidades, era tachado en el campamento de partidario de Velazquez. Pero á una mirada de inteligencia que se cruzó entre Puertocarrero y Hernan Cortés, el primero avanzó resueltamente hácia el interior de la tienda y prorumpió en estas palabras:

—Los soldados del campamento se han dignado nombrarnos sus mensajeros cerca de vuestra persona, y para cumplir con este honor os suplicamos que nos escucheis.

—Una palabra, interrumpió Montejo.—Estais seguros de haber sido nombrados por todo el campamento?

—*Con muy* raras excepciones.

—Tan raras son, terció Pedro de Alvarado, que aun contándoos á vos, no pasarán de cincuenta.

Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en los labios de Montejo.

—Quereis, dijo, que os traiga á la mitad del ejército para probaros que os equivocais?

—No sé de lo que seréis capaz, interrumpió el impetuoso Alvarado.—Pero lo que ha dicho mi lengua, se halla pronto á defenderlo mi brazo.

Y los dos caballeros con un movimiento casi simultáneo llevaron la mano derecha á la empuñadura de sus espadas.

—En mi conciencia! exclamó Hernan Cortés, haciendo un ademan para detenerlos.—¿Es esto digno de dos caballeros cristianos? Moderaos, os ruego, y reservad vuestra sangre para verterla ante los infieles.

Y volviéndose á Puertocarrero, añadió:

—Decid vuestro mensaje.

—Señor capitan, respondió el jóven soldado;—los que hemos tenido la honra de acompañar á vuestra merced á este remoto país, á que se dá el nombre de Ulúa, hemos reflexionado que estamos perdiendo lastimosamente el tiempo en estos desiertos arenales, donde los insectos nos molestan, el calor nos sofoca y el hambre nos mata. Hemos creido que los que, como nosotros, tienen la honra de portar entre sus armas la cruz de Jesucristo, no deben permanecer ociosos y con los brazos *cruzados en* tierra de infieles.

—Esas mismas consideraciones estaba exponiendo hace un momento á nuestro capitan, interrumpió Montejo; y en tal virtud le suplicaba que diese la órden de volver á Cuba.

—Pues mirad, señor Montejo, repuso Puertocarrero con un ligero acento de ironía.—Los que nos han nombrado sus embajadores, han deducido de esas premisas una consecuencia enteramente contraria.

—Volver á Cuba! prorumpió á esta sazon Alvarado.—¿Sabeis lo que importa volver á Cuba? Es ir á enriquecer la caja del gobernador con el oro que hemos ganado con nuestro valor y nuestra industria: es cambiar al valiente capitan que ahora tenemos por el débil y receloso Velazquez: es huir del templo de la inmortalidad cuando ya se han pisado sus umbrales: es, en una palabra, desacreditar para siempre las armas cristianas en el concepto de los habitantes de este país, que nos han visto desembarcar en son de guerra. No, vive Dios! No hay que pensar en volver á Cuba. Si se alega que las instrucciones de Velazquez no autorizan al capitan para seguir adelante, fundemos una ciudad que mire por los intereses de Dios y del Rey, mejor que el gobernador de Cuba, y sea ella nuestro norte y nuestra guía en la empresa que hemos acometido. Somos tan cristianos y tan españoles como Velazquez, y tenemos tanto derecho, como él, para mirar por el engrandecimiento de nuestra religion y nuestra patria.

—Muy bien dicho! exclamaron Puertocarrero, Avila y Olid.

Y cada uno de los tres caballeros estrechó sucesivamente la mano de Alvarado.

Montejo se puso pálido, y colocándose la gorra en la cabeza salió apresuradamente de la tienda.

Hernan Cortés se quedó solo con los cuatro embajadores.

—Señor capitan, dijo entónces Puertocarrero; ¿qué es lo que debemos responder á los amigos que nos han enviado á vos?

—Un instante, caballeros, respondió el hábil caudillo.—Es necesario oir á las dos partes, y si no me equivoco, ya vienen por allí los amigos de Velazquez que quieren hacernos retroceder á Cuba.

No se equivocaba Cortés. Apénas habia terminado estas palabras, cuando se dejaron ver en la tienda, uno en pos de otro, Francisco de Montejo, Velazquez de Leon, Diego de Ordaz y algunos otros hidalgos, parciales del gobernador de Cuba.

—¿A qué debo, señores, el honor de vuestra visita? preguntó Cortés con afabilidad, á pesar de la altanería que indicaban en su continente los que acababan de invadir la tienda.

—Hace un momento, respondió Montejo, que se me aseguraba delante de vos que casi todo el campamento opinaba como esos cuatro caballeros. Yo lo he ne-

gado, y teneis en vuestra presencia otros muchos caballeros que opinan como yo.

—Señor capitan, dijo Velazquez de Leon, que como pariente del gobernador de Cuba, se creia autorizado á ser mas insolente que los demas:—se me ha dicho que pensábais fundar una ciudad en estos arenales estériles y mal sanos, y yo me he negado á creerlo, no solamente porque casi todo el ejército abriga el ardiente deseo de volver á Cuba, sino porque no sé que os autoricen á poblar las instrucciones que teneis de vuestro superior.

Hernan Cortés necesitó de toda la fuerza de su voluntad para reprimir un movimiento de cólera, y preguntó á su audaz interlocutor:

—Conoceis esas instrucciones?

Velazquez de Leon se llevó la mano al bolsillo de su ropilla, y extrayendo de él un papel plegado en varios dobleces, se lo presentó á Hernan Cortés, diciéndole:

—Mirad si es exacta la copia que me ha dado el gobernador.

El caudillo no pudo ocultar esta vez lo que pasaba en su interior. La indignacion coloreó por un instante sus mejillas, y sin darse cuenta probablemente de lo que hacia, con un movimiento convulsivo se apoderó del papel.

Los parciales del gobernador de Cuba cambiaron

entre sí una mirada de triunfo, y con la altivez de su apostura parecian dirigir un reto á sus adversarios.

Puertocarrero y sus compañeros permanecieron inmóbiles y silenciosos. Pero bajo la capa de serenidad en que se envolvian, era fácil adivinar que ardia un volcan.

Hernan Cortés tuvo un instante tentaciones de examinar el papel que tenia en la mano. Pero devolviéndolo á Velazquez de Leon, sin desplegarlo:

—Tomad, le dijo.—No quiero saber lo que contiene este papel, siquiera por no asegurarme de que tengo espías de Velazquez al rededor de mi persona.

—Señor! exclamó el aludido, poniéndose mas pálido que la lona que cubria la tienda.—Creo que me habeis dado el nombre de espía!

—Os equivocais, caballero, repuso Cortés con una sonrisa que le dejó vengado de la altanería de su interlocutor.—Si yo hubiese abierto ese papel y encontrado en él las instrucciones de vuestro deudo Velazquez, tendríais derecho para creer que sospechaba de vos; pero el hecho de habéroslo devuelto sin abrirlo, os probará el deseo que tengo de conservarlo en mi estimacion.

Los amigos de Cortés tambien se creyeron vengados y dirigieron una mirada de impertinente curiosidad á sus adversarios.

Estos habian arrugado las cejas y no parecian dispuestos á esquivar la lucha.

Probablemente habria estallado entre ambos bandos un movimiento igual al que antes habia reprimido Cortés, si Francisco de Montejo no hubiese intervenido con su habitual prudencia.

—Señor, dijo al capitan, creo que estamos perdiendo el tiempo en vanas reconvenciones, y que ya es tiempo de que nos comuniqueis vuestra resolucion.

—No puedo comunicaros todavía mi resolucion, repuso Cortés, porque aun no he tomado ninguna. La divergencia de vuestras opiniones me lo ha impedido, pues bien sabe Dios que la determinacion que yo tome, cualquiera que sea, me pesaria al alma de que dejase un solo descontento en el ejército. Retiráos, señores, y yo os prometo que mañana habré ya resuelto lo que mejor convenga al servicio de Dios y del Rey.

Los caballeros de ambos bandos desocuparon la tienda, y un momento despues solamente quedaba en ella el astuto extremeño, que se paseaba agitadamente en su estrecho recinto.

A la mañana siguiente, Puertocarrero que se habia levantado un poco tarde, notó que reinaba en todo el campamento una agitacion inusitada. Salió sin vestirse á la puerta de su tienda y vió que algunos soldados limpiaban sus armas, otros que hacían apresuradamente su pequeño equipaje, y al mayor número, en fin, que iban y venian de tienda en tienda para comunicar á sus compañeros alguna noticia de interes.

Antojósele mirar hácia el mar, y su asombro creció

de punto al ver algunos botes henchidos de marineros, que á fuerza de remos se dirigian apresuradamente á las naves.

Puertocarrero se vistió de prisa y corrió á la tienda del capitan á informarse. Pero no era fácil llegar hasta Hernan Cortés, como el dia anterior, porque un gran número de soldados que ahullaban y gritaban, como en un motin, tenian cercada la tienda.

—No queremos volver á Cuba! gritaban unos.

—Que se revoque la órden! añadian otros.

—Que se vuelvan los que tengan miedo! vociferaba un tercer grupo.

—Mueran los cobardes! gritó repentinamente una voz.

Y un gran número de voces que repetian ¡mueran! recorrió el círculo de los soldados que rodeaban la tienda.

Puertocarrero llevó la mano á la empuñadura de su espada con la intencion bien marcada de dispersar á cintarazos á los sediciosos.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó Cristóbal de Olid, que salió repentinamente á su encuentro.

—Qué! exclamó Puertocarrero.—Voy á castigar á estos tunos que vienen tan temprano á quitar el sueño al capitan.

—Ba! Hace una hora que el capitan está levantado.

—Sin embargo.....

—Os lo digo, porque la órden que ha dado de re-

gresar á Cuba, ha tenido ya tiempo de circular por todo el campamento.

—Que ha dado la órden de volver á Cuba! repitió admirado Puertocarrero.

—Y ved ahí las consecuencias, repuso Olid, señalando á los sediciosos.

En aquel instante se incorporaron al grupo, Pedro de Alvarado y Alonso de Avila.

—Muy bien, hijos mios! decia el primero, apostrofando en voz baja á los amotinados.—Sois unos valientes! Chillad mas todavía, y cuando os canseis avisadme, que aquí está mi voz pronta á unirse á la vuestra.

—Señores, dijo Puertocarrero, nosotros hemos sido nombrados representantes del ejército, y esta especie de motin nos indica que aun tenemos que hacer algo para cumplir con nuestro deber. Veamos si podemos entrar en la tienda y hablemos con el capitan.

Los cuatro hidalgos se abrieron paso fácilmente entre los amotinados, no sin recoger á su tránsito algunas señales inequívocas de simpatía.

Francisco de Montejo y Velazquez de Leon se hallaban en la tienda.

Hernan Cortés estaba visiblemente contrariado y apenas se dignaba escuchar á los dos hidalgos que le ofrecian sus servicios para apagar el tumulto.

—*¡Ah!* exclamó con amargura Velazquez de Leon *al ver entrar á* sus adversarios.—Hé aquí á estos cua-

tro caballeros que vienen sin duda á explicarnos el orígen de ese motin.

—En efecto, señor capitan, dijo Puertocarrero sin dispensar al pariente de Diego Velazquez el honor de mirarle:—hemos venido á explicaros la causa de eso á que se quiere dar el nombre de motin, y al hacerlo, os suplicamos anticipadamente que nos perdoneis si nos expresamos con la ruda franquêza del soldado.

—Hablad, dijo el capitan.

Y como si quisiese animar al que se titulaba representante del ejército, le dirigió una mirada de indulgencia.

—Ayer os decíamos, continuó Puertocarrero, que casi todo el ejército deseaba que fundáseis una ciudad en este país á fin de que sus autoridades pudiesen disponer lo que mas convenga al servicio de sus altezas. El número de soldados que rodean en este momento vuestra tienda y las palabras que se escapan de sus labios á cada instante, son en mi concepto una prueba incontestable de que no os hemos engañado.

Velazquez de Leon hizo un movimiento para hablar; pero se lo impidió Puertocarrero que le lanzó una mirada desdeñosa, y continuó:

—No se nos diga mas que las instrucciones de Velazquez no os autorizan para poblar. Esta es una objecion *que no merece la* pena de tomarse en cuenta, *porque en resúmen,* ¿qué es Velazquez para nosotros

Es el gobernador de una isla que se halla á cuatrocientas leguas de distancia. Nosotros hemos tomado posesion de este país en nombre solo del emperador Cárlos V, y á él es únicamente á quien debemos obediencia. En nombre, pues, del ejército que mandais y que desea ardientemente derramar su sangre por su religion y por su patria, os requerimos por última vez á que fundeis una ciudad, y se nombre á las autoridades que deban gobernarla en nombre del emperador, ó de lo contrario os acusarémos de desleal ante S. M.

—Señor, dijo Montejo, hago notar á vuestra merced que esa peticion se hace entre los gritos de un tumulto.

—En eso que llamais tumulto, repuso Puertocarrero, no se escucha una sola voz que redunde en desacato del capitan. Si algo se grita, bien sabeis que es contra los que han manifestado el deseo de volver á Cuba.

—Tambien se pide á gritos que se revoque una órden dada por el capitan.

—Pero los que piden eso, aman seguramente al capitan mas que vosotros.

Hernan Cortés pareció tomar súbitamente una resolucion. Asió del brazo á Montejo y á Velazquez de Leon, y llevándolos á la puerta de la tienda, les enseñó el gran número de gente que se habia reunido allí á pedir la revocacion de la órden.

—¿Creeis, les preguntó, que los hombres que en

este momento rodean mi tienda componen la mayor parte del ejército?

—¡Ah! exclamó Montejo con amargura.—Lo creo con tanta mas razon cuanto que estoy viendo allí á muchos de los que clamaban ayer por volver á Cuba.

—Porque son unos valientes! prorumpió con entusiasmo Cortés, no pudiendo ya disimular el sentimiento que le dominaba.—Porque comprenden que despues de haber pisado las playas de este hermoso país, que tanta gloria y riqueza nos promete, seria una cobardía volver á Cuba.

Francisco de Montejo se retiró al fondo de la tienda, lleno de turbacion y abatimiento por lo que acababa de ver. Velazquez de Leon que le observaba, se retiró en pos de él, murmurando á su oido estas palabras:

—Bella ha estado la farsa que nos ha preparado el capitan. ¿Quién ignora en el campamento que él es el primero que ha pensado en alzarse con la armada que ha puesto á sus órdenes el gobernador de Cuba, y que la embajada de Puertocarrero y los gritos de ese escandaloso motin, no son otra cosa que artificios dispuestos por él mismo para conseguir su deseo?

—Farsa ó no, caballero, repuso Montejo, la verdad es que ya no hay veinte hombres en el campamento que piensen como nosotros.

Y viendo á Hernan Cortés que se acercaba á ellos con la sonrisa en los labios:

—¿Qué pensais hacer ahora, capitan? añadió.

—Eso es lo que debo preguntaros á vos, señor alcalde de la villa, respondió Cortés, saludándole con una ligera inclinacion de cabeza.

Los seis caballeros que se hallaban en la tienda miraron con asombro al capitan.

—Y á vos que tambien lo seréis, añadió Cortés designando á Puertocarrero.

—Luego queda fundada la ciudad? preguntó Alvarado.

—Con el nombre de *Villa Rica de Veracruz*, repuso Cortés, si es que el Ayuntamiento, de que tambien formaréis parte, se digna confirmar este nombre.

Al dia siguiente, el ejército que se hallaba formado en una llanura de arena, vió aparecer á Hernan Cortés, que montado en un brioso caballo, les dirigió un discurso hipócrita, en que despues de fingirse humilde y desinteresado, declaró su designio de fundar una ciudad, cuyas autoridades asumiesen el mando civil y militar que él habia recibido del gobernador de Cuba.

Las palabras del hábil caudillo fueron recibidas con entusiasmo por los soldados, le aclamaron á gritos por su caudillo y arrojaron al aire sus gorras y sombreros.

Hernan Cortés aprovechó este momento para hacer elegir á las autoridades de la nueva poblacion, y tuvo la dicha de que triunfasen todas sus candidaturas, como se diria ahora.

Quedaron, pues, nombrados para alcaldes de la villa, Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, y para regidores Alonso de Avila, Pedro de Alvarado, su hermano Alonso y Gonzalo de Sandoval. Los otros empleos de la ciudad fueron distribuidos, como los anteriores, entre los amigos de Cortés. Francisco de Montejo fué el único que alcanzó gracia entre sus adversarios, y esto, que se hizo acaso con la esperanza de ganarle, atrajo al capitan las simpatías de muchos de los parciales de Velazquez.

El Ayuntamiento no tardó en reunirse en una de las barracas construidas para habitacion de los capitanes.

Hernan Cortés pidió licencia para pasar al seno de la nueva comunidad y se presentó á la junta con el sombrero en una mano y las instrucciones de Velazquez en la otra. Allí pronunció un discurso mas hipócrita y humilde que el que habia pronunciado algunas horas ántes delante del ejército, manifestando en resúmen lo siguiente: que Velazquez le habia nombrado Justicia Mayor y Capitan general de la armada: que aunque este nombramiento habia sido revocado pocos dias despues á causa de la susceptibilidad del gobernador, él habia continuado ejerciendo el mando, solo por la necesidad que habia de que álguien mandase en el ejército: que esta necesidad cesaba desde el instante en que el campamento, transformado en una comunidad civil, habia nombrado por sí mismo á sus au-

toridades para que gobernasen en nombre del Rey: que él por lo tanto resignaba el mando en el Ayuntamiento y se retiraba á confundirse entre sus camaradas, dispuesto á servir como el último soldado en todo aquello que redundase en beneficio de Dios y del Rey.

Dicho esto dejó los papeles que llevaba sobre la mesa del Consejo, y se retiró de la barraca, convertida en salon de sesiones, con una profunda inclinacion de cabeza.

El astuto extremeño sabia muy bien lo que se pescaba.

Media hora despues se presentó en su tienda una comision del Ayuntamiento, y ante un gran número de soldados atraidos allí por la curiosidad ó por alguna órden secreta, le manifestó que el cabildo habia tenido á bien admitirle la renuncia que habia hecho de su encargo: que en virtud de este acuerdo se habia procedido á nombrar nuevo Justicia Mayor y Capitan general de la ciudad y del ejército, y que por último, este nombramiento habia recaido en el mismo Cortés. El Ayuntamiento no se contentaba con esto: habia mandado ademas extender un documento ante escribano público en el cual despues de confirmar á Cortés en los mandos civil y militar que le acababa de conferir, le concedia el quinto de todo lo que se rescatase en aquel país, cuyas entrañas parecian preñadas de riquezas.

Todos los circunstantes prorumpieron en gritos de

alegría al escuchar esta determinacion, aclamaron de nuevo á su caudillo y volvieron á poblar el aire con sus gorras y sombreros.

Como se vé, Hernan Cortés no solo hacia comedias para los incultos americanos. Las preparaba tambien para los semi-civilizados europeos, y el éxito correspondia siempre á sus esperanzas.

Hasta aquí no habia empleado mas que la astucia. Mas tarde le veremos emplear los grillos, la picota y la horca.

CAPITULO XI

Los recaudadores de tributos.

La ciudad que acababa de fundarse era una especie de pueblo nómade, que debia existir donde pluguiese residir á sus turbulentos é inquietos habitantes. Se habia organizado el gobierno civil de la villa, sin que se hubiese elegido todavía el sitio en que debian echarse sus cimientos. Las llanuras arenosas en que se hallaba acampada la colonia, parecian un lugar demasiado incómodo para ser habitado, y en esta virtud, Hernan Cortés determinó pasar á un punto de la costa, llamado *Chiahuitztla*, que Montejo y Alaminos habian descubierto en un reconocimiento que habian practicado pocos dias ántes hácia el Norte, por órden del capitan.

A este efecto se dió la órden de marcha. El ejército debia hacer el viaje por tierra, aprovechando esta oportunidad para visitar al cacique de Cempoala, que

habia mandado sus embajadores á Cortés, invitándole á pasar á su capital.

Anton de Alaminos y un centenar de hombres que componian la gente de mar, debian hacer el viaje por agua, llevándose á bordo de las naves la artillería, para hacer menos penosa la marcha del ejército.

Al tercer dia de viaje llegaron los españoles á Cempoala. El cacique, de quien nada notable refiere la historia, sino que necesitaba apoyarse en dos de sus vasallos para poder andar á causa de su excesiva obesidad, recibió á sus huéspedes con magnificencia.

Pero nos equivocamos. Hay una cosa mas notable todavía que refieren las historias de aquel indigno mandarin.

Refieren que fué el primer traidor del Anáhuac.

Cuando el ejército español se hallaba todavía en las costas de Chalchiuhcuecan, sofocado por el calor, expuesto á morir de hambre y temeroso de penetrar al interior del país por el número y la bravura de sus habitantes, se presentaron en el campamento varios embajadores de Cempoala, que despues de ofrecer á Hernan Cortés la amistad y servicios de su cacique, hablaron de lo que llamaban la tiranía del señor del Anáhuac y no se tomaron el trabajo de ocultar el deseo que abrigaban de sacudir su yugo.

Desde entónces germinó en el ánimo del astuto extremeño, el pensamiento que mas tarde debia darle por resultado la total sujecion del país.

Desde entónces el caudillo que aun no se habia atrevido á dar un paso fuera de los médanos de arena que circundaban su tienda, empezó á trabajar para que sus soldados le excitasen á rebelarse contra Velazquez y á fundar una ciudad que fuese la base de sus futuras operaciones.

Así, pues, la embajada del cacique de Cempoala, vino, por decirlo así, á galvanizar á aquel ejército moribundo que ya no veia otro medio de salvacion que retroceder al punto de su partida. Cada soldado comprendió lo mismo que su jefe, que puesto que el vasto imperio de Moteuczoma se hallaba dividido, no era dificil hacer de cada descontento un traidor, y de cada traidor un instrumento, para apoderarse de aquel país que rebosaba de oro y plata en sus entrañas.

El cacique de Cempoala se habia colocado en una pendiente resbaladiza. Dado el primer paso no era fácil volverse atras. En la segunda entrevista que tuvo con Cortés, el sagaz español, despues de hablarle de la religion de Cristo y del poder de Cárlos V, en cuyo nombre venia, le pidió noticias de Moteuczoma. El cacique fué un poco mas esplícito que sus embajadores. Ponderó el terror que el solo nombre del emperador inspiraba en todo el territorio del Anáhuac: exageró las crueldades de sus ministros, que no contentos con esquilmar á las provincias por medio de dispendiosos tributos, arrancaban del hogar paterno á los niños y á las doncellas para sacrificarlas en el altar del

sanguinario dios de la guerra: habló, por último, de la impaciencia que tenian casi todos los pueblos del imperio por sacudir el yugo del tirano; y concluyó asegurando que indudablemente lo harian cuando encontrasen un apoyo que los protejiese contra la cólera de Moteuczoma.

Hernan Cortés, disimulando mal la satisfaccion que le causaba esta noticia, repuso que él habia venido expresamente de España á desfacer agravios y á enderezar entuertos: que á fuer de caballero cristiano aboliria el inhumano culto de los dioses y acabaria con todas las tiranías de la tierra: que para esto no tenian mas que prestar obediencia á aquel emperador Cárlos V de quien daba tan buenas noticias; y que con solo el empuje de sus quinientos españoles derribaria el trono de Moteuczoma, porque cada caballero cristiano equivalia á millares de perros idólatras.

Atónito quedó el obeso cacique con esta baladronada del extremeño. Y como todas las noticias que se daban de los misteriosos viajeros, conspiraban á justificar á su quijotesco caudillo, el indigno jefe no se contentó con su traicion, sino que convocó á muchos señores de las tribus totonacas que poblaban los lugares circunvecinos, y halagándolos con sacudir el yugo de Moteuczoma, los persuadió á que prestasen obediencia y sometiesen sus pueblos á la corona de Castilla.

A este fin se dirigió con sus aliados á Chiahuitztla, donde residia ya el ejército español, y hallándose ya

insuperable entre ellos y Mocteuczoma para dicidirlos á abrazar francamente el partido de los españoles. Hernan Cortés tenia un buen número de recursos en el arsenal de su rica imaginacion para conseguir este doble objeto y no tardó en tomar su partido.

Mandó á Marina que se acercase á donde el cacique de Cempoala y los totonacas conferenciaban con los recaudadores, que averiguase con maña lo que pasaba entre ellos y que procurase luego traer á los primeros á su presencia. Para que la jóven pudiese desempeñar con toda seguridad su comision, la hizo acompañar de varios soldados españoles.

Media hora despues se presentó Marina, seguida del cempoalteca y de los totonacas, que venian visiblemente consternados.

Cortés prefirió interrogar primero á sus presuntos aliados.

—¿Qué os han dicho los enviados de Moteuczoma?

Los desgraciados indios, en vez de contestar, bajaron la cabeza, llenos de confusion. Al cabo de un instante de silencio:

—Responded! añadió Cortés con impaciencia.

—Nos han reñido porque te hemos dado hospedaje, respondió con voz desmayada uno de los totonacas.—Dicen que con nuestra conducta hemos irritado al cielo y al emperador; pretenden que expulsemos de nuestro suelo á los extranjeros, y nos exijen diez mancebos y diez doncellas de la tribu para aplacar con su

sangre la cólera de los dioses en el altar de *Huitzilopochtli.*

El caudillo español consideró un instante en silencio á sus abatidos aliados, y no dejó de reflexionar sobre lo terrible que debia de ser el poder de Moteuczoma, cuando á tan larga distancia se temian así sus amenazas.

—¿Y qué pensais hacer? preguntó un instante despues.

—Implorar tu proteccion, respondió el cacique de Cempoala.

—No habréis acudido en vano á ella, repuso Cortés con cierto acento de superioridad.—Pero para daros *mi* proteccion necesito de vuestra ayuda.

—Estamos prontos á obedecerte.

—Se necesita valor y resolucion.

—Todo lo tendremos, sabiendo que vamos á defender á nuestros hermanos y á nuestras hijas, á quienes se arrebata diariamente de su hogar para saciar la sed de Huitzilopochtli y la lujuria de los cortesanos.

—Está bien! repuso el español.—Tomad entónces cincuenta totonacas, id á la casa en que se hospedan los recaudadores, y prendedlos de modo que no puedan escaparse.

Cortés vió pintarse el terror en el semblante de los míseros totonacas á la simple enunciacion de esta órden.

—Qué aguardais? les preguntó, viéndolos inmóbiles y silenciosos.

—¡Prender á los enviados del gran Moteuczoma! tartamudeó con espanto el cacique de Cempoala.

—Las personas de los embajadores son sagradas entre nosotros, añadió un totonaca.

—No se necesitaria mas, agregó otro, para que un dia fuese aniquilada nuestra tribu y convertidas en polvo nuestras ciudades.

—¡Y qué! exclamó Cortés con enojo.—¿No están aquí los españoles, vuestros aliados, para impedirlo?

—Un dia saldrás de nuestras ciudades y nos dejarás á merced del emperador, como la víctima queda á merced del gran sacerdote en la piedra de los sacrificios.

—Cuando yo salga de vuestras ciudades, será para ayudaros á acabar con ese tirano que se ceba con la sangre de vuestros hijos y la deshonra de vuestras mujeres.

Los desgraciados indios permanecieron todavía inmóbiles y silenciosos.

Cortés se decidió entónces á tentar el último recurso.

—Y bien! les dijo; Moteuczoma tiene razon en vejaros y humillaros. Sois una raza débil y pusilánime que bien merece la esclavitud. Id y entregad á los recaudadores vuestros hijos y vuestras hijas, continuad arrastrando la cadena y la deshonra..... pero no

volvais nunca á referirme vuestras cuitas..... no conteis jamas con el auxilio de mis armas.

Y volviendo la espalda á sus interlocutores, hizo una seña á los españoles que se hallaban presentes, como para que despejasen la estancia.

El cacique de Cempoala y los totonacas se miraron consternados. Despues de un instante de vacilacion, el primero no pudo ya contenerse, y cayendo de rodillas á los piés del caudillo:

—Estamos ya decididos, le dijo.—Tememos mucho la venganza de Moteuczoma, pero mas temor nos inspira tu enojo. Vamos á prender á los ministros del emperador; pero que los dioses te castiguen si nos abandonas á su cólera.

Tras estas palabras los desgraciados indios salieron de la sala.

Un cuarto de hora despues volvieron á presentarse á Cortés. Habian cumplido con sus órdenes y remachado con este acto de degradacion el eslabon de la cadena que debia atarlos desde entónces á la suerte de los conquistadores. Habian sacudido el yugo de Moteuczoma para caer en el yugo mas ominoso todavía de los europeos.

Los nobles aztecas, adorno y orgullo de la corte imperial, habian sido atados de piés y manos y encerrados en unas fuertes jaulas de madera, segun el uso generalizado en todo el Anáhuac.

Los *infelices totonacas* habian cobrado valor con

este acto. Cortés no dejó de comprenderlo en la siniestra alegría que parecia esparcida en sus semblantes.

—Están ya aprisionados los recaudadores, dijo uno de los totonacas; y para que no sea estéril el paso que acabamos de dar, en la noche de hoy serán sacrificados en las aras de los dioses de Chiahuitztla.

Aunque Cortés habia matado indios á centenares en Cuba y Santo Domingo; aunque todavía debia matarlos á millares en el Anáhuac, sintió estremecerse todo su cuerpo al escuchar esta proposicion, anunciada con tan frio canibalismo.

—Guardáos bien de hacerlo! dijo con severidad al totonaca.

—Ellos iban á sacrificar á nuestros hijos.....

—Os repito que os guardeis bien de hacerlo, interrumpió colérico el caudillo, ó de lo contrario no conteis ya con mi proteccion.

—Pero entónces se nos escaparán é irán á contar á Moteuczoma nuestro desacato..

—Yo os ayudaré á guardarlos con mis españoles.

Y Cortés designó unos cuantos de sus soldados para que fuesen á vigilar las jaulas, ménos por el temor de que se escapasen los prisioneros, que por el miedo de que fuesen sacrificados.

Durante la noche, la guardia española recibió una órden. Preveníales Cortés que luego que estuviesen dormidos ó descuidados los vigilantes totonacas, sacasen á dos de los presos y los llevasen á su presencia

La órden fué cumplida al pié de la letra. Dos de los nobles aztecas fueron introducidos en la madrugada á la casa donde se alojaba Cortés.

Gerónimo de Aguilar y Marina, que estaban ya prevenidos, los condujeron hasta la cama misma del caudillo. Este fingió sorprenderse al mirar á los aztecas, y por medio de los intérpretes les preguntó:

—Quiénes sois? de dónde venís?

—Somos vasallos del emperador Moteuczoma, respondieron los aztecas; habitamos en la gran Tenochtitlan y hemos venido á Chiahuitztla á cobrar el tributo de esta provincia. Pero los totonacas, envalentonados con vuestra presencia, nos han aprisionado en vez de pagar, y nos han amenazado con sacrificarnos á sus dioses.

—Pero por qué os han aprisionado?

—Porque vosotros se lo habeis mandado, segun dicen ellos mismos.

—Nosotros! exclamó con hipócrita admiracion el caudillo. Los españoles no hemos tenido parte alguna en vuestra prision. Al contrario: hemos impedido á los vengativos totonacas el que os sacrificaran. Nosotros amamos y veneramos mucho á vuestro grande emperador, y jamás haremos cosa alguna que pueda desagradarle. Y en prueba de que es verdad cuanto os digo, desde este momento estais en libertad.

Los dos aztecas se miraron sorprendidos. No es-

peraban de la entrevista este resultado. Pero temiendo acaso una celada, uno de ellos repuso:

—De nada sirve que nos pongais en libertad. Para ir á Tenochtitlan, tenemos que atravesar mucha tierra totonaca, y es muy fácil que nuestros rencorosos enemigos nos reaprendan y nos conduzcan al sacrificio.

—Cuatro españoles os conducirán al puerto donde se halla anclada mi flota. Allí os embarcaréis con la misma escolta en un esquife que os llevará hasta el punto de la costa que vosotros mismos designeis y desde el cual podais tomar sin riesgo alguno la vía de Tenochtitlan.

Los aztecas agradecieron á Cortés este servicio y pidieron licencia para retirarse.

—Idos, les dijo el español.—No os olvideis de contar á vuestro amo, el gran Moteuczoma, el servicio que le hemos prestado en la persona de sus embajadores: hacedle presentes nuestros respetos y agregadle que muy pronto quedarán en libertad vuestros compañeros.

Ningun totonaca pudo traslucir esta escena que habia pasado en el silencio de la noche; y cuando al dia siguiente se apercibieron de que faltaban dos de sus prisioneros, corrieron, llenos de espanto, á comunicarlo á Cortés.

Este supo representar perfectamente su papel. Aparentó escuchar con sorpresa la noticia y aun se atrevió á reprender á sus aliados por su descuido. Estos

se disculparon haciendo notar que hasta los mismos vigilantes españoles se habian dormido, y entónces Cortés les dijo:

—Ya veo que vuestras jaulas no prestan ninguna seguridad. Entregadme vuestros prisioneros: yo los encadenaré en mis naves, y ya verémos si se arrojan al agua para escapar de su prision.

Los sencillos totonacas se rieron de la agudeza del extranjero y le entregaron de muy buena voluntad á los recaudadores.

El lector comprenderá que tan pronto como Cortés tuvo en su poder á los aztecas, les hizo tomar el mismo camino que á sus dos compañeros.

CAPITULO XII

Conspiracion.--Destruccion de la flota.

El general español consiguió dos objetos con esta doble conducta.

En primer lugar, la audacia de aprisionar á cinco enviados de Moteuczoma hizo concebir á los totonacas tan alta idea de su poder, que no tardaron en venir á Chiahuitztla todos los jefes de su tribu á someterse á la corona de Castilla con todos sus súbditos, del mismo modo que el cacique de Cempoala. El escribano Godoy tomó nota de este importante acontecimiento, y se levantó un instrumento público para que el acto constase con todas las solemnidades de estilo.

En segundo lugar, Moteuczoma que estaba ya levantando un ejército para ir á castigar á los totonacas *y cempoaltecas* por su desobediencia, mudó de propó-

sito cuando vió llegar á sus recaudadores y oyó de su misma boca que el general español les habia dado la libertad.

Entónces remitió á Chiahuitztla unos embajadores, que dieron las gracias á Cortés en nombre del emperador por el servicio que acababa de prestarle, y procuraron disuadirle de pasar á la capital del imperio bajo el pretexto de que eran invencibles las dificultades del camino.

Cortés respondió que para los españoles no habia dificultades de ninguna especie, como lo probaria muy presto, presentándose en Tenochtitlan á ofrecer sus respetos al gran señor del Anáhuac.

El débil Mocteuczoma mandó todavía una segunda embajada, que tuvo el mismo éxito que la primera.

Los cempoaltecas y totonacas estaban cada dia mas admirados. ¿Quiénes eran aquellos misteriosos extranjeros á quienes el soberbio Moteuczoma enviaba regalos y súplicas, en vez de un poderoso ejército que los aniquilase?

¿Pero qué extraño era que los respetase el señor de la tierra, cuando los mismos dioses del Anáhuac parecian acobardados á su presencia?

Un dia los españoles se habian subido á la cima del templo mayor de Cempoala, y entre los alaridos de la muchedumbre y las maldiciones de los sacerdotes, habian precipitado á la plaza las imájenes de los dioses y demolido sacrílegamente sus altares.

Y los dioses destrozados á la falda de su templo no habian osado levantarse para volver por su honra! Y el sol habia seguido alumbrando con sus mas hermosos rayos tropicales aquella escena de desolacion! Y el cielo, impasible y sereno, no habia hecho descender un rayo de su venganza para anonadar á los autores del desacato!

Era indudable, pues, que los dioses se sentian impotentes ante los extranjeros.

Así, cuando Cortés anunció su deseo de pasar á la corte de Moteuczoma, sus aliados no titubearon en poner á sus órdenes dos mil guerreros, seguros de que con semejante general, sus ejércitos serian invencibles.

Hernan Cortés comenzó entónces á hacer sus preparativos para la marcha.

Pero ántes de internarse mas en el país, quiso dar cuenta á su soberano de la importancia de la empresa que habia acometido. Con este objeto pensó en mandar á España dos comisionados y su eleccion recayó en Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo. Estos llevaron dos cartas al emperador: una del mismo Hernan Cortés y otra del Ayuntamiento de Veracruz, cuya villa acababa de fundarse en Chiahuitztla. En ambos documentos se encomiaban las riquezas de la tierra y los servicios de los expedicionarios. Para probar lo primero se enviaba todo el oro y plata que correspondia de derecho á la coro-

na y lo que voluntariamente quisieron dar de lo suyo cada uno de los aventureros para captarse las simpatías de la corte. Se hacia valer lo segundo para que el emperador confirmase los nombramientos que el Ayuntamiento habia hecho en la persona de Cortés, á fin de sacudir la dependencia del gobernador de Cuba, que solo pensaba en poner embarazos á la expedicion.

Estaban próximos á partir los comisionados. Una noche en que Hernan Cortés se hallaba solo en su tienda, entregado á sus ambiciosos pensamientos, vió entrar en su tienda á un soldado, que despues de mirar con recelo hácia todos los ángulos de su habitacion, se arrojó violentamente á sus piés y abrazó sus rodillas.

—Perdonadme, señor! exclamó con acento compungido.

—De qué quereis que os perdone? preguntó con asombro el general.

—Os lo voy á referir todo. ¿Pero no es verdad que puedo contar con vuestra indulgencia?

—Si me referís completamente la verdad.....

—Completamente..... os lo juro. Hace algunos dias que recibí una invitacion de varios camaradas para apoderarnos en secreto de una de las naves de la flota, pasar á Cuba y dar cuenta al gobernador de vuestra conducta.

—Supongo que rehusaríais semejante proposicion.

—No, capitan, tartamudeó el soldado.—Acepté.

—Aceptásteis desertar del ejército..... abandonar á vuestros amigos..... ¡Oh miseria humana! Pero parece que ahora os habeis arrepentido.

—Yo, sí!

—Y los demas?

—Insisten en llevar al cabo su desercion.

—El nombre de esos miserables! dijo con acento imperioso el capitan.

El soldado vaciló un instante. Pero no era ya tiempo de volverse atras.

—El padre Juan Diaz, murmuró con voz apagada.

—¡Un sacerdote! exclamó Cortés.—¿Quién mas? ¿quién mas?

—Juan Escudero, continuó el soldado.

Este nombre pareció evocar un recuerdo en el ánimo del capitan. Permaneció un instante inmóbil y silencioso con los ojos clavados distraidamente en el lienzo que cubria la tienda. Repentinamente cruzó por sus labios una siniestra sonrisa. Acababa de recordar que Juan Escudero era el alguacil que le habia prendido en Cuba al salir de su asilo, para entregarlo á la saña del gobernador.

—¿Quién mas? ¿quién mas? preguntó volviéndose al delator.

—No recuerdo en este momento el nombre de todos, respondió el soldado.—Pero os será fácil averiguarlo mandando registrar la nave, á cuyo bordo se hallan juntos en este momento todos los conjurados. Per

mandad pronto, porque esta es la noche convenida para la fuga.

Cortés ordenó al instante el registro de la nave, y fueron encontrados en ella unos veinte conjurados.

El castigo fué cruel. Juan Escudero y otro soldado sufrieron muerte de horca: al piloto se le cortaron los piés, y los demas fueron azotados.

Azotes, mutilacion y horca!

El hombre que poco tiempo despues debia anegar en sangre el territorio del Anáhuac, empezaba á cebarse con sus compañeros de aventura.

La pantera se ensayaba, devorando á sus propios cachorros!.....

Despues de este acontecimiento, Hernan Cortés entró en sérias reflexiones consigo mismo.

Era indudable que una gran parte de sus soldados tenian miedo. Temblaban de penetrar al interior de aquel país, poblado de gente guerrera y numerosa, dispuesta á defender sus dioses y sus hogares. Era muy probable, pues, que á pesar del castigo aplicado á Escudero y sus cómplices, no faltasen soldados que en lo sucesivo pensasen tambien en apoderarse secretamente de una nave para huir á Cuba. Y quién sabe si conseguirian su objeto! Quién sabe si por este medio, el pequeño ejército se veria repentinamente reducido á la mitad de su número!

Cortés se pasaba largas horas del dia y de la noche meditando sobre el partido que debia adoptar.

El sueño huia de sus párpados y se sentia con fiebre.

Era evidente que mientras existiese una nave en la bahía, los débiles sentirian siempre la tentacion de la fuga.

Entónces concibió uno de esos heróicos recursos, de que muy pocos ejemplos nos ofrecen los anales de la historia.

Destruir sus naves!

Sí!..... Destruida la flota, ya no habia mas alternativa que vencer ó morir! avanzar al interior del país ó perecer de inanicion en aquella costa inhospitalaria! La consideracion de que retroceder era la muerte, duplicaria el valor de cada soldado! Los mas cobardes se convertirjan en héroes!

Sí! estaba decidido! destruiria su flota.

¿Pero cómo dar cima á tan audaz proyecto sin excitar en el campamento una insurreccion general? El ejército que veia en las naves su único medio de salvacion, ¿no se levantaria como un solo hombre para aniquilar al verdugo que intentaba condenarle á una muerte segura? ¿No se alzaria en la oscuridad un puñal para vengar tan inhumana determinacion?

Cortés sentia que la sangre se le enfriaba en las venas al hacer estas reflexiones.

Pero un nuevo proyecto vino á infundirle valor.

Estaba acostumbrado á dominar á los aventureros que le rodeaban, no solamente por su carácter de general, *sino mas* aún por la astucia.

Se valdria de uno de esos ardides que sabia emplear con éxito en los momentos supremos.

Llamaria á los pilotos, los persuadiria á que asegurasen que las naves se hallaban inservibles, que el tiempo y el agua las habian corrompido y que mas valdria echarles á pique, para utilizar siquiera las velas, las cuerdas, la clavazon y algunos otros pertrechos.

Llamaria luego á tres ó cuatro capitanes, de los de su mayor confianza, de los de corazon mas animoso, y tambien los persuadiria á que asegurasen lo mismo que los pilotos y á que añadiesen que, destruida la flota, se contaria ya con mas de cien hombres que perdian lastimosamente su tiempo á bordo de las naves.

Un poco de oro le bastaria para seducir á los pilotos y á los capitanes.

Otras veces habia empleado este medio, y el éxito habia sido completo.

Cortés no era hombre que vacilaba despues de tomada una resolucion.

Temeroso sin embargo de una conflagracion general en todo el ejército, envió una mitad con cualquier pretexto á Cempoala á las órdenes de Alvarado.

Entónces los pilotos que estaban ya prevenidos, horadaron en secreto dos naves, las cuales se hundieron en el mar á la vista de todo el campamento.

Los pilotos, señalando el abismo que acababa de tragarse á las dos carabelas, soltaron estas palabras ante el numeroso concurso que los miraba con angustia:

—Todas están lo mismo..... todas correrán hoy ó mañana la misma suerte.

Inmediatamente aparecieron en la escena los cómplices de Cortés, y representaron su papel á las mil maravillas.

Estremeciéronse de espanto los soldados al escuchar aquella proposicion de destruir la flota. Pero eran tan caracterizadas las personas que la apoyaban, la conviccion de los peritos parecia tan firme, que no osaron oponerse, temerosos de pasar por cobardes ante sus camaradas.

Cortés, entónces, fingiendo ceder á la voluntad general, mandó extraer de las naves cuantos pertrechos podian utilizarse todavía, y barrenadas luego, como las anteriores, á excepcion de una, fueron á poblar los misteriosos abismos del océano.

Hasta aquí todo habia marchado perfectamente. Pero cuando volvieron las tropas que habian ido á Cempoala y encontraron desierta la bahía, un murmullo de reprobacion cundió por todo el campamento, alzándose algunas voces sediciosas, y no faltó quien propusiese el asesinato del hombre que habia condenado á muerte á todo el ejército.

Cortés lo supo todo, y con su acostumbrada audacia y sangre fria, corrió al lugar de la sedicion.

Entónces tomó la palabra, y con ese acento persuasivo que le daba su ambicion y el conocimiento perfecto de su auditorio, tocando las fibras mas delicadas

que podian mover el corazon de los aventureros, les habló de su honor empeñado en la lucha, de la religion que llevaban en la punta de sus bayonetas, del oro que encerraba en sus montañas el Anáhuac; y fué tan poderosa la mágia de este discurso, que aun no lo habia terminado, y ya le interrumpian varias voces gritando:

—A México! á México!

Cuando concluyó, el grito ya era general.

CAPITULO XIII

Xicoténcatl.--Discusion en el Senado.

Grande era el poder de Moteuczoma. Millones de vasallos obedecian ciegamente sus órdenes. Los embajadores aztecas que sucesivamente habian visitado el campamento español, no habian engañado á Cortés sobre este punto.

Habia, sin embargo, un pueblo que conservaba su independencia en medio de tanta opresion. Las legiones del Anáhuac habian sido impotentes para encadenarle, y mas de un siglo hacia que desafiaban el poder de los emperadores aztecas desde las fragosas sierras que constituian sus dominios.

Este pueblo era la república de Tlaxcala.

República aristocrática y federativa á la vez, puesto que se componia de cuatro estados soberanos que

se habian reunido para contrarestar juntos al creciente influjo del Anáhuac, y se gobernaba por un senado en que solo tenian asiento los cuatro señores de los pueblos confederados y algunos individuos de la primera nobleza.

El pueblo de Tlaxcala era sóbrio, laborioso, indómito y amante, sobre todo, de su independencia y sus instituciones. A pesar de que como todos los pueblos que le rodeaban, consagraba de preferencia su atencion á la guerra, habia hecho rápidos progresos en las artes, especialmente en la agricultura, y es fama que en los tiempos á que nos referimos, no habia un solo palmo de tierra en todo su territorio que no estuviese cultivado.

La capital de la república era una de las mas hermosas poblaciones asentadas en la mesa central del Anáhuac. La ciudad que lleva ahora el mismo nombre, no es acaso ni la vigésima parte de lo que era entónces aquella gran capital, que Cortés consideró superior á la opulenta Granada en los tiempos de su conquista.

Era, sin embargo, bastante sencilla la arquitectura de sus edificios. La mayor parte eran de adobe, algunos de cal y canto y otros de ladrillos secados al sol.

Era una mañana de Agosto. En el salon de una de las mejores casas de la ciudad, se paseaba pensativo un hombre con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos cogidas por atras. Lo ancho de sus hombros

y sus formas musculares indicaban su actividad y su fuerza. Lo espacioso de su frente y algunas arrugas prematuras revelaban que no le eran extraños los trabajos intelectuales y que mas de una vez habrian debido afectarle cuidados de bastante trascendencia. Se hallaba en la plenitud de la edad viril y eran muy notables los rasgos de belleza salvaje, impresos en toda su persona.

Vestia el traje de los principales guerreros de la república. Una gruesa túnica de algodon le cubria desde los hombros hasta la mitad de los muslos. Sus piernas estaban defendidas por una especie de botas de cuero, bordadas de oro; su pecho por un conjunto de delgadas láminas de plata que brillaban sobre la túnica, y su cabeza por un fuerte casco de madera, defensa suficiente contra las armas arrojadizas de los americanos. La cimera de este casco estaba sembrada de varias plumas, blancas y amarillas, que se agitaban suavemente al compas de sus pasos.

En un rincon de la sala se veia arrimado á la pared un estandarte blanco, en cuyo fondo se hallaba bordada una garza sobre una roca. Encontrábanse tambien en los lugares mas visibles de la habitacion algunas de las armas mas usuales en el Anáhuac, entre las cuales descollaba la larga espada de madera, sembrada á pequeños trechos de cortantes pedazos de obsidiana, y de cuya fuerza prodigiosa no tardarán en tener noticia nuestros lectores.

Largo rato hacia que el guerrero se paseaba agitadamente en la actitud que hemos descrito, cuando se alzó la cortina que cubria la entrada del salon y un nuevo personaje se presentó en la escena. Al sonar el poco ingenioso timbre [1] que se hallaba adherido á la cortina, el guerrero volvió la cabeza y vió adelantarse hácia él un mancebo de hermosa figura, que debia ser noble ó sacerdote, á juzgar por la rica capa que pendia de sus hombros.

El jóven se detuvo á la distancia conveniente y saludó, segun la costumbre del país, tocando el suelo con la mano y llevándola luego á la cabeza.

Habia ejecutado con tanta gracia y desembarazo estos movimientos que el guerrero se prendó inmediatamente de él y le preguntó con afabilidad:

—Quién eres?

—Soy un hombre desconocido aún, respondió el mancebo; pero que espera hacerse conocer muy pronto, si el ilustre caudillo de los guerreros de Tlaxcala le permite alistarse en sus invencibles legiones.

—Luego me conoces? repuso el guerrero con una sonrisa que indicaba que no era enteramente insensible á la lisonja.

—Es esta la primera vez que mis ojos tienen la dicha de posarse sobre tu noble semblante. Pero el color

1 Eran unos trozos de metal, cosidos á la cortina, que hacian ruido cuando alguno la apartaba para entrar en la habitacion.

de las plumas de tu casco y la divisa de ese estandarte blanco que tantas veces ha saludado la victoria, me hacen darte el nombre de *Xicoténcatl*, tan conocido en todo el Anáhuac. Ademas, yo que soy extranjero en Tlaxcala, no he tenido necesidad mas que de pronunciar tu nombre para que todos los tlaxcaltecas me enseñasen esta morada.

—Jóven, dijo el tlaxcalteca, tú debes haber nacido ó vivido mucho tiempo en esa hermosa ciudad de los lagos que gime bajo la tiranía de Moteuczoma.

—En qué lo has conocido?

—En tu lenguaje. El emperador gusta mucho de la lisonja, como todos los déspotas, y los cortesanos saben hacerse dignos de sus dones, quemando ante su trono el incienso de la adulacion.

Estas palabras fueron pronunciadas con cierto acento de severidad por el austero republicano, arrepentido acaso de haberse dejado seducir un instante por las lisonjeras palabras de su interlocutor.

Pero éste se sintió ofendido, é irguiendo con dignidad la cabeza, repuso:

—Las palabras que he pronunciado, han salido de mi corazon. No he podido aprender la lisonja en la corte de Moteuczoma, puesto que una sola vez he penetrado en su opulento palacio. He vivido constantemente en el templo de Huitzilopochtli, y solo hace *tres* dias que abandoné su sagrado recinto para venir *á pedirte* una plaza en tus legiones.

Xicoténcatl guardó un instante de silencio, al cabo del cual preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Tizoc, respondió el jóven sacerdote, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores.

—Y bien, Tizoc, repuso el guerrero, los tlaxcaltecas que estamos acostumbrados á respirar el aire de la libertad, tenemos siempre la franqueza en la lengua y detestamos la doblez. Por eso has escuchado de mis labios lo que ahora me arrepiento de haber dicho, por que conozco que me he equivocado. Por eso tambien voy á hacerte una pregunta que acaso te ofenda. ¿Cómo es que siendo hijo de Tenochtitlan, vienes á pedir una plaza en los ejércitos de Tlaxcala, el enemigo mas irreconciliable de tu patria?

—Porque soy sacerdote de Huitzilopochtli, y mis superiores han querido impedirme que suelte el incensario que detesto para empuñar la espada que ambiciono. He necesitado, pues, huir del santuario, como acabo de decirte, para satisfacer mi deseo de combatir contra los enemigos de mi patria.

—Y si un dia los ejércitos de la república tienen que combatir, como otras muchas veces, contra los guerreros de Moteuczoma.....

—Entónces no contarás con mi espada, interrumpió Tizoc con dignidad.—Dichosamente tus invencibles legiones van á *encontrarse* ahora en el campo de bata-

lla con enemigos mas poderosos que los guerreros de Moteuczoma.

—Hablas de los extranjeros que han desembarcado en las costas de Chalchiuhcuecan?

—Y que ahora acaban de penetrar en el territorio de la república, salvando sin licencia del Senado, la gran muralla que defiende vuestros dominios.

Xicoténcatl inclinó la cabeza sobre su pecho con abatimiento. Alzándola luego y dejando vagar en sus labios una sonrisa, cuya naturaleza no podía comprender todavía Tizoc, le preguntó:

—¿Quién te ha dicho que Tlaxcala vá á combatir contra los extranjeros?

—Quién! repuso admirado el jóven azteca: nadie..... Pero supongo que la noble república no dejará hollar impunemente su territorio por esos hombres que se dicen descendientes de los dioses, y que profanan sin embargo sus templos y derriban sus altares; por esos hombres que prohiben los sacrificios humanos y que en Tabasco han derramado á torrentes la sangre de nuestros hermanos; por esos hombres que vienen predicando á su Dios y que talan nuestros campos y violan nuestras mujeres, y mendigan hasta el grano de oro mas miserable que encuentran en nuestras cabañas.

—Ay! exclamó Xicoténcatl.—¿Por qué todos los hijos de Tlaxcala no se hallan animados del mismo espíritu que tú?

—Cómo!..... Vacila acaso la valiente república?

—Tizoc, hay en tu acento algo que me conmueve, y me parece que los dioses me animan en este instante á tenderte la mano de amigo. Te he dicho que los tlaxcaltecas son francos, y voy á hablarte ahora con la ruda franqueza de los hombres de mi nacion. Escucha. Apénas salvaron los extranjeros la gran muralla que defiende á la república de las invasiones de los mexicanos, mandaron á Tlaxcala cuatro embajadores, escogidos entre los traidores cempoaltecas que se han agregado á sus filas.

—Ayer los he visto entrar en la ciudad, y los he reconocido por su manta anudada en los extremos, por la saeta que traian en la mano derecha y la rodela en el brazo izquierdo.

—Advertirias sin duda que eran blancas las plumas de la saeta.

—Sí. Y desde entónces temblé, porque comprendí que venian á brindar con la paz á la invencible república.

—Todos los tlaxcaltecas comprendieron lo mismo que tú, y desde ayer no se habla de otra cosa en Tlaxcala que de la venida de los extranjeros. El pueblo pide salir á combatirlos; pero el senado y los nobles.....

Xicoténcatl se detuvo un instante, como si le causase pena pronunciar las palabras que iban á salir de sus labios.

—En el senado y la nobleza, continuó al cabo de un instante, hay algunos hijos indignos de Tlaxcala que desean aceptar la paz con que nos brindan los extranjeros. Yo mismo les he oido expresar esta opinion en algunas conversaciones que hemos tenido sobre la embajada cempoalteca.

—¿Y crees que se atrevan á admitir á los extranjeros en la ciudad?

—Aun no lo sé, respondió con angustia el tlaxcalteca.—En este momento se halla reunido el senado y se discute en su seno la suerte de la república. Tengo una esperanza, Tizoc. Mi padre, el anciano Xicoténcatl opinaba ayer por la guerra, y su voz es siempre escuchada con respeto en el senado. ¡Quieran los dioses protectores de Tlaxcala infundir la sabiduría en su discurso para evitar á la patria la ignominia y la esclavitud.

—Desgraciado Ánáhuac, prorumpió Tizoc con acento profético, si la valerosa república de Tlaxcala tiende los brazos al enemigo comun de nuestra raza!

—Siempre quedará para combatir el pueblo azteca que puede levantar muchos millares de guerreros contra cada uno de nuestros enemigos.

—Sí: el pueblo azteca combatiria hasta morir. Desgraciadamente está gobernado por un príncipe débil y supersticioso, que aun no se ha atrevido á tomar una resolucion para impedir que los extranjeros avancen *al corazon del* país. Desde el anuncio de su aparicion

en Chalchiuhcuecan, muchas veces ha reunido á sus consejeros y consultado á los sacerdotes. El resultado de todas estas conferencias secretas ha sido enviar á los extranjeros una nueva embajada cargada de oro y de telas preciosas. Se dice que el objeto de estas embajadas ha sido prevenir á los extranjeros que se vuelvan á su misterioso país; pero éstos en lugar de obedecer las órdenes del débil monarca, se apoderan con avidez del oro que se les remite y continuan su marcha con el paso seguro que les dá la fatalidad.

—Los dioses salven al Anáhuac! murmuró en voz baja el tlaxcalteca.

En aquel momento volvió á alzarse la cortina que cubria la entrada del salon, y un anciano encorvado bajo el peso de los años, se adelantó con paso trémulo hácia el guerrero tlaxcalteca.

Una hermosa mata de cabellos blancos adornaba su cabeza, venerables arrugas surcaban su frente, sus ojos se habian cerrado casi eternamente á la luz, y venia apoyado en el brazo de un robusto mancebo, que andaba lentamente, para que pudiesen seguirle las cansadas piernas del anciano.

—Mi padre! exclamó Xicoténcatl.

Y corrió al encuentro del octogenario, tomó su brazo, retiró al mancebo que le acompañaba y le hizo sentar sobre un banco de juncos, ricamente adornado al estilo del Anáhuac.

—Se ha acabado el consejo? preguntó el jóven con

un acento respetuoso, en que se traslucia algo de la impaciencia que le dominaba.

Pero el anciano en vez de responder, hizo al guerrero otra pregunta.

—Estamos solos?

—Se halla conmigo, respondió éste, un jóven sacerdote de Tenochtitlan.....

El anciano hizo un gesto de disgusto, que no se escapó á la perspicacia de Tizoc.

Este hizo un movimiento para retirarse, pero el jóven Xicoténcatl le detuvo con un ademan.

—Nada temas, padre mio, le dijo al anciano.—Este jóven ha identificado su suerte á la república. Ama las glorias de nuestra patria, como el mejor hijo de Tlaxcala y acaba de manifestarme su deseo de servir en nuestro ejército.

—Puesto que tú tienes confianza en él, repuso el octogenario, no seré yo quien ose dudar de su prudencia..

—Sí; nada temas. . Puedes referir el éxito que ha tenido la embajada cempoalteca en el senado, seguro de que el corazon de Tizoc latirá acorde con el mio.

—El éxito de la embajada os vá á llenar á ambos de regocijo.

—Se ha resuelto la guerra? preguntaron casi simultáneamente los dos jóvenes.

Aunque el anciano se hallaba casi ciego le pareció que las cuatro pupilas que en aquel momento se fijaban sobre él quemaban sus ojos, y bajando los párpados con voz casi imperceptible, respondió:

—Al ménos por ahora.

Xicoténcatl y Tizoc cambiaron entre sí una mirada que expresaba su disgusto.

—Sí, continuó el anciano; la embajada estaba dispuesta con mucha sabiduría, y poco faltó para que todo el senado se viese envuelto en la red. Los embajadores se nos presentaron en nombre del cacique de Cempoala, nos hicieron saber que habian llegado misteriosamente á su país unos extranjeros que parecian descendientes de Quetzalcoatl, nos pondèraron su poder, nos dijeron que disponian del trueno y del rayo, y se limitaron á pedirnos en nombre de su cacique que les concediésemos paso por nuestro territorio á fin de que pudiesen pasar á la corte de Moteuczoma.

—Ah! interrumpió el jóven Xicoténcatl. Toda la perfidia de los falsos cempoaltecas estaba envuelta en las dulces palabras de esa embajada.

—Pero no todos vieron el veneno, repuso el viejo patricio. El noble Maxiscatzin, cuya voz arrastra casi siempre todas las voluntades del senado, se levantó majestuosamente de su asiento y apoyándose en su báculo, recordó al consejo las tradiciones de nuestros padres; dijo que los extranjeros blancos y barbados venian del Oriente, donde habia desaparecido Quet-

zalcoatl, que confirmaban su orígen divino los casos extraordinarios que habian presenciado los cempoaltecas, que los mismos dioses eran impotentes para vengar en ellos el ultraje que habian recibido en Cempoala, y que los tlaxcaltecas, símples mortales, cometerian una insigne locura queriendo impedir con sus débiles armas el paso de aquellas nuevas deidades.

Una amarga sonrisa contrajo los labios del jóven Xicoténcatl al escuchar estas palabras. Entretanto el anciano continuó:

—Profunda impresion causó en todo el senado la arenga del sabio Maxiscatzin, y á buen seguro que si en aquel instante hubiese habido necesidad de dar la respuesta á los embajadores, ya las puertas de Tlaxcala estarian abiertas para los extranjeros.

—Pero tú, padre mio, interrumpió el guerrero, tú, cuya voz es la única capaz de apagar en el consejo la de Maxiscatzin, ¿permaneciste por ventura mudo ante el peligro de la patria?

—No!.... Hé aquí lo que yo les dije luego que dejó de resonar en la sala el acento de Maxiscatzin. Nobles y valientes tlaxcaltecas: los enemigos de la religion y de la patria han invadido el recinto de vuestros muros: ¿olvidaréis los sacrificios que en todos tiempos han hecho nuestros antepasados para conservar la independencia de la república? Nunca! Armad vuestro brazo, como lo habeis hecho siempre para combatir al *tirano del Anáhuac*, y haced [illegible]prender á esos e[illegible]

ıjeros sacrílegos que ya han pasado los dominios los débiles totonacas y que la república de Tlaxcano deja hollar impunemente su territorio.

Lágrimas de entusiasmo arrasaron en este momento los ojos del jóven Xicoténcatl, y estrechó en encio la mano de su anciano padre, porque la emoon que experimentaba le impedia el uso de la palaa.

—Muchas manos, como la tuya, estrecharon la mia, ntinuó el noble octogenario. Pero no tardaron en leıntarse algunas voces tímidas que hablaron al senao de los peligros á que se exponia Tlaxcala, si sus jércitos quedaban vencidos en el campo de batalla. Alguien habló del regocijo que experimentaria Mouczoma al ver humillado nuestro orgullo por los exanjeros, y no faltó quien hiciese observar la ventaja e adquiriria Tlaxcala en tenerlos por aliados. En dio del tumulto y confusion que producian estas niones tan diversas, se alzó de su banco el prudenTemiloltecatl, y levantando su voz sobre todas las nas, propuso que se diese á los embajadores una puesta cortés y amigable, concediendo á los extranos el paso que solicitaban por el territorio de Tlax- [illegible] mil combatien- [illegible] probar su va- [illegible] fuerzas de la [illegible]ca habria teni- [illegible] el Anáhuac de

aquellos temibles enemigos: que si por el contrario, quedaban vencidas, era fácil echar la culpa de la batalla á los salvajes otomíes[1] y recibir luego de paz á los extranjeros.

—Ah! exclamó el jóven guerrero.—Los dioses han arrancado sin duda de nuestros pechos el antiguo valor de los tlaxcaltecas, puesto que para salvar á la patria necesitamos recurrir á indignos artificios.

El anciano dejó vagar en sus labios una triste sonrisa y prosiguió:

—El Senado adoptó con alborozo las proposiciones de Temiloltecatl, y yo vengo á traerte en su nombre la órden de que prepares cinco mil de tus guerreros y salgas en la noche de hoy á medir tus armas con los extranjeros. Dos de los embajadores han sido despachados ya con la respuesta acordada, y dos han sido detenidos en la ciudad hasta saber el éxito de nuestras armas.

—Algo es eso, sin embargo, repuso ya casi con alegría el impetuoso Xicoténcatl. Aunque se me limite el número de los combatientes, aunque se quiera juzgar del valor de los extranjeros por el éxito de una sola batalla, doy mis felicitaciones al Senado por la nueva ocasion que me ofrece de combatir contra los enemigos de la patria. Yo haré cuanto de mí dependa para salir airoso de la prueba, y espero que los dioses se dignen bendecir mis esfuerzos. Tizoc, añadió luego

1 *Una tribu* bárbara, aliada de los tlaxcaltecas.

dirigiéndose al jóven sacerdote: ¿no es verdad que quieres participar de la gloria de esta prueba?

—Dáme una espada, respondió el animoso azteca, y colócame á tu lado en el campo de batalla, para que el valór de tu brazo me anime á seguir tus gloriosas huellas.

CAPITULO XIV

De cómo recordó Cortés la prediccion del oráculo de Painala.

Sigamos á los dos embajadores cempoaltecas que fueron devueltos á Hernan Cortés con las buenas palabras del Senado. A las puertas de la ciudad se encontraron éstos con cuatro nobles tlaxcaltecas, que se unieron á ellos y se empeñaron en acompañarlos hasta el campamento español, so pretexto de honrarles en nombre de la república.

Hernan Cortés, como acabamos de ver en el capítulo anterior, habia penetrado ya en el territorio de Tlaxcala, salvando el gran muro que defendia á la república de las invasiones de sus enemigos, y principalmente de los aztecas, que durante una centuria habian luchado inútilmente para someter á aquel pueblo *belicoso.*

La vista de esta muralla excitó en los españoles dos sentimientos enteramente diversos.

Al considerar su espesor de diez y ocho piés, su altura de ocho sin contar el parapeto, su extension de seis millas y su fuerte construccion de piedra y arcilla, no pudieron menos que preguntarse cuál seria el valor y la constancia del pueblo que iban á combatir, cuándo habia ejecutado una obra tan portentosa para conservar su independencia.

Y la muralla no solamente revelaba estas dos eminentes cualidades en los que la habian construido, sino tambien un conocimiento poco comun en la arquitectura militar. La muralla que completaba el círculo de montañas que rodeaban á Tlaxcala y que le proporcionaban una defensa natural, tenia en el centro una entrada muy ingeniosa y que debia oponer grandes dificultades á un ataque.

Cuarenta pasos ántes de tocarse los dos extremos del muro, dejaban ambos la línea recta y tomaban una curva hasta terminar al lado opuesto de la entrada, formando entre sí dos semicírculos concéntricos. El espacio que mediaba entre estos dos semicírculos, era demasiado estrecho, pues solo contenia ocho piés.

Con razon, pues, temblaron los españoles al contemplar este gigantesco prodigio de fortificacion, tan nuevo y desconocido para ellos. Desgraciadamente para el porvenir del Anáhuac, y por causas que aun no ha podido *averiguar la historia*, la entrada del muro se

hallaba abandonada á la llegada de los españoles, y merced á este descuido de la república, pudieron salvarla sin dificultad las tropas de Hernan Cortés.

Esta circunstancia que interpretaron mal los españoles, produjo en su ánimo el sentimiento opuesto, y llenos de confianza avanzaron al interior del país. ¿Cómo habia de serles hostil la república, que tan liberalmente le franqueaba sus puertas?

Hernan Cortés fué el primero que expresó esta confianza. Pero estaba muy léjos de sentirla en su interior. Inquietábale la tardanza de sus embajadores; y aunque continuaba su camino, lo hacia con todas las precauciones convenientes.

No tardaron en justificarse sus temores. La caballería, que iba de descubierta, alcanzó á ver algunos indios armados, que á las voces que les daban para pedirles noticias de los embajadores, huyeron al parecer amedrentados. Los ginetes apretaron el paso para dar alcance á los fugitivos. Estos se detuvieron repentinamente, y sin manifestarse poseidos del terror que generalmente inspiraba á los indios el aspecto de los caballos, tendieron sus arcos y dispararon un buen número de flechas á sus enemigos.

Inmediatamente se empeñó entre ambos partidos un pequeño combate.

Los animosos tlaxcaltecas hubieran indudablemente pagado con la vida su temeridad, á no haber sobrevenido una fuerza de cuatro mil guerreros de su na-

cion, que oscurecieron la atmósfera con el diluvio de dardos que arrojaron sobre el campo de batalla.

Los ginetes españoles fueron los que corrieron entónces un inminente peligro. Cortés despachó inmediatamente á un hombre de su comitiva para que hiciese acelerar la marcha de la infantería.

Entretanto, y firmemente resuelto á no retroceder en el primer encuentro que tenia en el Anáhuac con los naturales, se puso á hacer frente á aquella muchedumbre armada, que por fortuna combatia en masa y sin saber aprovecharse de la ventaja que le daba su número. Pero si les faltaba ciencia militar, si eran imperfectas sus armas, en cambio les sobraba valor. Se arrojaron sobre un ginete á quien desmontaron, acribillaron de heridas y luego le mataron el caballo. Otro caballo fué muerto de un solo golpe de la pesada espada del Anáhuac, que separó la cabeza del tronco.

Cortés pensaba ya acaso en retirarse, cuando sobrevino la infantería, y se trabó el primer combate formal entre los hijos del Anáhuac y los misteriosos extranjeros del Oriente.

Pero su duracion fué muy corta. Cuando se dejó oir la formidable explosion de las armas de fuego, cuyo eco repetian fatídicamente las montañas vecinas; cuando las balas de los falconetes se abrieron paso entre las compactas filas de los tlaxcaltecas, derribándolos por tierra y destrozando sin piedad sus miembros, los guerreros de la república quedaron ensordecidos y

atónitos; y en la duda de si luchaban con hombres ó con séres sobrenaturales, recogieron á sus heridos y á sus muertos, segun la costumbre establecida de tiempo inmemorial en el Anáhuac, y se retiraron con el órden y la tranquilidad necesarias para probar que no era el miedo el que les obligaba á abandonar el campo de batalla.

Satisfechos los españoles de lo que creyeron su triunfo y muy ajenos de pensar en perseguir á los tlaxcaltecas, descansaron un instante sobre el lugar mismo del combate y volvieron luego á emprender su camino.

Dos horas hacia que el ejército marchaba por una hermosa campiña, sembrada á donde quiera que se dirigian los ojos con el maguey y el maíz, precioso semilla que habia dado su nombre á la tierra, cuando se encontraron con los dos embajadores y los cuatro tlaxcaltecas que habian salido de la ciudad al rayar el alba.

Los cempoaltecas, ignorantes de lo que acababa de pasar, manifestaron á Hernan Cortés la buena voluntad del Senado y le invitaron en su nombre á pasar á la capital de la república.

El caudillo español, al escuchar estas palabras, debió de sentir tentacion de mandar ahorcar á los dos embajadores.

Pero entónces los tlaxcaltecas, que habian sabido *ya secretamente* por algunos fugitivos el éxito de la

batalla, comprendieron que era llegado el momento de cumplir con su importante mision. Manifestaron á Cortés que los hombres que habian atacado al ejército eran otomíes, tribu bárbara mal aliada á la república: que el ataque se habia dado sin conocimiento del Senado, y que éste repetia su invitacion á los extranjeros de pasar á Tlaxcala.

Hernan Cortés fingió conformarse con esta explicacion—porque tampoco hubiera sacado nada con no conformarse—y continuó su marcha, todavía con mayores precauciones.

No tardó en detenerse el ejército á las márgenes de un riachuelo, cuyas dos orillas estaban pobladas de algunas chozas de estacas y hojas de maguey, regular abrigo para pasar la noche.

Al dia siguiente, los españoles volvieron á emprender su marcha, despues de haber oido misa y de haber escuchado las provechosas lecciones de su general sobre el modo de atacar y de defenderse contra los americanos. El pequeño ejército se componia de quinientos españoles y mas de tres mil aliados entre cempoaltecas, totonacas y aun algunos mexicanos recogidos en Xocotla y otras plazas guarnecidas por Moteuczoma.

Poco camino habia andado el ejército cuando se presentaron los otros dos embajadores cempoaltecas, pálidos y agitados, *quienes informaron á Cortés que los tlaxcaltecas, violando su sagrado carácter de embaja*

dores, los habian encerrado en una prision á fin de sacrificarlos á sus dioses en una fiesta nocturna. Que habian logrado evadirse de sus jaulas y que venian á darle la infausta noticia de que no tardarian en ser atacados por todas las fuerzas reunidas de la república.

Lo primero era falso. Los tlaxcaltecas se habian limitado á detener á los embajadoros, mientras se decidia en el campo de batalla la suerte de la república. Estos se habian intimidado al verse sin sus compañeros y habian huido. Si hubieran estado encerrados en las jaulas que se usaban en el Anáhuac, la fuga les habria sido imposible.

Lo segundo sí era verdad.

Tras de algunos indios que huyeron á la vista de los españoles para atraerlos á un punto desventajoso, apareció un número inmenso de guerreros tlaxcaltecas, ataviados con toda la pompa y variedad de los ejércitos del Anáhuac.

Los españoles que ó por el miedo que sentian en América, ó por el deseo de abultar sus triunfos, veian siempre con lentes de aumento los ejércitos americanos, calcularon en cien mil aquella masa de combatientes. Probablemente no llegarian á veinte mil, porque no era fácil que la pequeña república pudiese poner tantos hombres sobre las armas.

Pero cualquiera que fuese su número era bastante para infundir pavor al corazon mas animoso.

Al avistarse los dos ejércitos, el tlaxcalteca lanzó

al aire su temible alarido de guerra y sus músicas salvajes dejaron escuchar su agudo y penetrante sonido. Parecieron estremecerse el valle y las colinas inmediatas, y los españoles sintieron que la sangre se helaba en sus venas.

Pero pasada la primera impresion, fijaron sus ojos en los enemigos contra quienes iban á combatir y quedaron asombrados.

Era una muchedumbre desnuda que suplia la belleza del vestido con los caprichosos colores de que traian pintada la piel. Suplian tambien el uniforme, porque cada escuadron iba pintado con los colores de su caudillo. Los soldados de Xicoténcatl llevaban rayas blancas y amarillas.

Los jefes se distinguian por sus túnicas de algodon, la malla de plata que brillaba sobre su pecho, y las plumas de su casco que reproducian todos los colores del prisma. Aumentaba la variedad que presentaba este conjunto, el gran número de banderas y estandartes, que segun la costumbre establecida en los ejércitos tlaxcaltecas caminaban á la retaguardia de los escuadrones.—Sobresalia entre aquellas insignias el águila dorada con las alas extendidas y cubierta de piedras preciosas, que era el gran estandarte de la república.

No tardó en empeñarse entre ambos ejércitos uno de los combates mas sangrientos que recuerdan los anales de la conquista.

Pero no entra en nuestro propósito referir las peripecias de este combate.

Nuestro libro se haria interminable si nos propusiésemos describir todas las batallas que se dieron en el Anáhuac en aquella época memorable.

Dejemos al historiador esta enfadosa tarea. Al novelista le basta decir que el combate duró casi todo el dia y que la ciencia y la táctica triunfaron sobre el valor y sobre el número. Los tlaxcaltecas se retiraron en órden, como el dia anterior, llevándose á las numerosas víctimas de los cañones europeos para darles gloriosa sepultura.

Pero esto no bastó para desanimar al indomable Xicoténcatl.

Pocos dias despues, y á pesar de los esfuerzos que hizo el caudillo español para establecer la paz con la república, se empeñó un nuevo combate mas sangriento todavía que el anterior. El triunfo hubiera sido esta vez para los tlaxcaltecas, si un miserable caudillo, cuyo nombre no queremos consignar en estas páginas, no hubiera sacado del campo de batalla los diez mil hombres que constituian su escuadron, á causa de un disgusto que habia tenido con Xicoténcatl.

El ilustre caudillo, viendo reducido á la mitad su ejército, se retiró casi desalentado, cediendo por la tercera vez el campo á los españoles.

Pero quiso todavía tentar el último recurso. Llamó á varios de los sacerdotes que acompañaban siempre á

los ejércitos y les preguntó con cierto despecho si los extranjeros eran dioses, puesto que parecian invencibles. Los augures se consultaron entre sí, y tras una larga discusion, respondieron al caudillo que los españoles no eran precisamente dioses, pero sí hijos del sol: que este astro les comunicaba su calor y su fuerza para darles siempre la victoria, y que serian indudablemente vencidos en un ataque nocturno, puesto que la ausencia de su padre le impediria prestarles auxilio.

Xicoténcatl hizo circular esta respuesta en su campamento para reanimar el casi abatido espíritu de sus soldados. Pero confiando acaso mas en los hombres que en los dioses, disfrazó de campesinos á cincuenta de sus guerreros, puso en sus manos una enorme cantidad de víveres y los mandó al campamento español, con el fin ostensibible de obsequiar á los extranjeros, pero con el secreto de observar cuidadosamente las posiciones del enemigo y volver á dar cuenta al general.

Con estas precauciones, Xicoténcatl se hacia la ilusion de que derrotaria una vez por todas á los afortunados extranjeros.

Cortés recibió sin recelo alguno á los enviados. Habíanle dicho que era una galante costumbre del Anáhuac que los enemigos se auxiliasen mutuamente con víveres, y habia permitido á los tlaxcaltecas andar libremente por su campamento.

Pero hé aquí cómo lo descubrió todo.

El ejército acampaba en una miserable aldea, compuesta de unas cuantas casas de adobe, que mas bien merecian el nombre de chozas. Cortés habitaba la mejor que se habia podido encontrar, y una noche en que se hallaba escribiendo á la luz de una bugía, los apuntes que despues le sirvieron para redactar sus célebres cartas á Cárlos V, sintió los pasos de una persona que entraba recatadamente en la habitacion y se dirigia á la mesa en que trabajaba.

Cortés colocó una mano entre la luz y sus ojos para reconocer á la persona que se adelantaba.

Era Marina!

El capitan se admiró no poco de ver á aquella hora, sola en su aposento, á la jóven esclava de Tabasco. Hasta entónces, era la primera vez que Marina se presentaba á él, sin ser llamada, y sin la compañía de Gerónimo de Aguilar, á quien se consideraba todavía un intermedio necesario para las traducciones del azteca al español.

Cortés, con esa intuicion que le daba la naturaleza misma de las sucesos en que tomaba parte, comprendió que algo extraordinario debia pasar por el ánimo de Marina, cuando se habia atrevido á quebrantar una costumbre, autorizada por el pudor y la necesidad.

Hizo á la jóven una señal para que se aproxi-

Era Marina!

mase, y no sabiendo cómo hacerse comprender de ella, ni pudiendo explicarle la necesidad de llamar á Aguilar, pronunció á la ventura el nombre del intérprete.

—No es necesario llamarle, dijo Marina en español.

Cortés hizo en su silla un movimiento y miró á la jóven con asombro.

—Quién te ha enseñado el castellano? preguntó con una sonrisa que indicaba claramente que no le era desagradable la sorpresa.

La mirada del capitan hizo subir el rubor á las mejillas de Malintzin, y bajando los ojos, respondió:

—El Dios de los cristianos.

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta sencillez, que el caudillo español, crédulo y supersticioso como todos los hombres de su época, estuvo tentado á creer en un milagro de la Providencia.

¿Por qué no? Los españoles veian diariamente un milagro en su propia existencia, puesto que quinientos aventureros se conservaban con vida, y aun temidos, en el corazon de un país que podia levantar á millares sus combatientes. Ellos admiraron alguna vez entre sus filas al santo patron de las Españas que los ayudaba con todo su poder, y aun se creian con derecho á exigir del cielo estos milagros, puesto que combatian contra incrédulos paganos.

El conocimiento que Marina habia adquirido en tan poco tiempo del idioma castellano, admiraba tanto mas

á Hernan Cortés, cuanto que naturalmente se le vino á las mientes esta reflexion: ¿cómo una mujer salvaje, criada en la ignorancia y la esclavitud, habia podido aprender un idioma extranjero, cuando él y Gerónimo de Aguilar, que tenian alguna instruccion, no podian pronunciar una sola palabra de la lengua azteca que diariamente se hablaba á su rededor?.....

Y en efecto, se habia obrado un milagro en Marina, no por el Dios de los cristianos que probablemente no miraria con muy buenos ojos aquella cruzada de terror y destruccion, sino por ese dios niño que la mitologia griega representaba con los ojos vendados y á que se dá el nombre de amor.

Porque Marina amaba, y como mujer de corazon y de talento, puso todos sus esfuerzos en comprender hasta donde le fuese posible, al hombre á quien habia entregado su albedrío.

Y por esto habia aprendido su idioma.

Pero Hernan Cortés, que aun no habia tenido tiempo ni oportunidad de adivinar este amor, lleno todavía de confusion y de dudas, preguntó á Marina:

—¿Por qué dices que el Dios de los cristianos te ha enseñado el español?

—Porque previó sin duda que sabiendo ese idioma, podia yo ser de grande utilidad este dia á los hombres que le adoran y predican.

Hernan Cortés bajó la cabeza ante la seguridad con que la jóven azteca respondia á sus preguntas.

Acaso parezca extraña esta supersticion en un hombre de la superioridad de Cortés. Pero repetimos que era una enfermedad de la época.

Cristóbal Colon no era un hombre eminente? Y sin embargo, no soñó una gran parte de su vida con la insigne locura de rescatar el santo sepulcro del poder de los infieles?

Pero Cortés se detuvo muy poco en sus reflexiones. Hombre de accion ántes que todo, no le gustaba perder el tiempo en lo que no le traia ningun resultado práctico. No tardó, pues, en volverse á Marina, y le dijo:

—Tus palabras encierran algun misterio..... ¿qué es lo que quieres decirme?

La jóven miró en torno de sí con cierta especie de recelo.

—¿No es verdad que estamos solos? preguntó en voz baja al capitan.

—Completamente solos, respondió éste.

—Hoy han llegado al campamento unos tlaxcaltecas, trayéndoos víveres en abundancia.

—Xicoténcatl es un enemigo muy generoso, y algun dia he de armarle caballero.

Una extraña sonrisa cruzó por los labios de Marina, porque aunque no comprendió muy bien el sentido de la última parte de la frase, adivinaba que Cortés estaba muy agradecido al general tlaxcalteca.

—Vuestros *aliados los* cempoaltecas, continuó la

jóven, acaso por su antigua enemistad con Tlaxcala ó por el modo con que han sido tratados sus embajadores, se han ocupado en observar á los enviados de Xicoténcatl.

—Y qué es lo que han observado? preguntó Cortés con ansiedad.

—Han sorprendido á los tlaxcaltecas enseñándose mútuamente las fortificaciones del campamento: han advertido que varias veces lo han recorrido todo y que procuran recatarse de todos para hablar.

—Unos espías! murmuró Cortés, demudándose ligeramente.

—No es eso todo, añadió Marina.—Desde el momento en que los cempoaltecas empezaron á sospechar de los enviados de Xicoténcatl, los han seguido secretamente á todas partes con el objeto de salir de sus dudas.

—¿Y se han confirmado sus sospechas?

—Les han oido hablar de que Xicoténcatl se resistia á deponer las armas, á pesar de la órden que ya tenia del senado para disolver sus tropas y retirarse.

—Luego la república acepta por fin la paz con que le he brindado.

—Pero el ejército quiere tentar todavía el último recurso. Quiere atacar una noche vuestro campamento, porque sus falsos sacerdotes le han asegurado que *los cristianos* no saben pelear de noche, como de dia

—Los tlaxcaltecas han dicho eso? preguntó Cortés, procurando disimular su emocion.

—Y no solo eso, repuso Marina.—Han hecho comprender tambien que han sido enviados al campamento de los cristianos para observar sus posiciones y hacer mas fácil la sorpresa.

Cortés sintió que la sangre se le enfriaba en las venas. Aunque en tres batallas sucesivas habia salido hasta entónces victorioso de los tlaxcaltecas, sus triunfos le habian costado mucho; el ejército estaba fatigado y un ataque nocturno podia serle de fatales consecuencias. Pero sin duda—pensó él—el Dios de los cristianos protegia su empresa, puesto que le habia hecho descubrir de una manera tan providencial, el lazo que le tendian sus enemigos.

Lo que Cortés llamaba providencial era el carácter de las personas que habian descubierto á los espías tlaxcaltecas. Quiénes eran esas personas? Sus aliados y Marina: cempoaltecas los unos, azteca la otra: americanos todos; todos hijos de la misma raza que habia poblado á Tlaxcala; y que tenian una misma religion, unas mismas costumbres y un mismo idioma, con muy ligeras variaciones.

¿Cómo no se habia de hundir el Anáhuac, si sus mismos hijos se unian á sus enemigos para destruirle? ¿Cómo no habia de creer Hernan Cortés en un milagro de la Providencia, cuando veia sus filas aumentadas por los que debian diezmarlas?

Marina no debia ser mas que el instrumento de que el cielo se habia valido para librar á los soldados de la cruz de las asechanzas de los paganos.

Cortés volvió á levantar la cabeza para mirar á la jóven.

El instrumento de la Providencia estaba mas bello que nunca. Al través de su moreno cútis se transparentaba el encendido color de sus mejillas. Sus ojos que no se fijaban precisamente en Cortés, le miraban sin embargo con ese recelo de la mujer que ama y teme no ser comprendida. Su traje pintoresco, fantástico casi y de una blancura deslumbradora, prestaba mayores atractivos á aquel conjunto admirable.

Hernan Cortés empezaba á pensar ménos en el cielo y mas en la tierra. Alargó su brazo, tomó por primera vez entre su mano la de Marina, y apretándosela suavemente:

—La España que es tu patria adoptiva, le dijo, te estará eternamente reconocida al servicio que acabas de prestar á sus hijos.

Cortés sintió temblar entre sus dedos la mano de Marina. Era que la jóven azteca habia creido escuchar al mismo tiempo otra voz que se levantaba del fondo de su conciencia y le decia:

—Y el Anáhuac te maldecirá eternamente por la traicion con que acabas de mancharte.

—¿*Por* qué tiemblas? le preguntó el español.

—Yo! balbuceó Marina, cuyas ideas cambiaron al instante de direccion.—¡Yo..... yo no tiemblo!

Y como su confusion aumentaba por grados desde que Cortés se habia apoderado de su mano; y como esta confusion aumentaba mas su hermosura, el capitan la contemplaba enagenado, olvidado al parecer de la delacion que acababa de escuchar.

—Esta es la segunda vez que te veo temblar así, prosiguió Cortés.—¿Recuerdas la primera?

—Yo! yo! fueron las únicas palabras que se atrevió á tartamudear Marina.

—Sí! cuando por primera vez te me presentaste á bordo de la capitana y tradujiste con Aguilar el mensaje de Teuhtlile. Te acuerdas?

A Marina le faltó voz para responder, y se limitó á mover la cabeza con un ademan hechicero en señal de afirmacion.

—Cuando el mismo Aguilar me dijo, prosiguió Cortés, que yo te habia regalado á Alonso Hernandez Puertocarrero, caballero muy noble y muy gallardo, á quien tú, sin embargo, te atreviste á desdeñar.

Marina levantó los ojos para mirar á su interlocutor, y le dijo:

—Y recordais que vos mismo retirásteis desde ese dia la dádiva que habíais hecho á Don Alonso?

—Te ví tan hermosa y tan acongojada.....

—Yo os lo *agradecí* mucho, murmuró Marina vol-

viendo á bajar los ojos, porque no podia amar á aquel caballero.

—¿Acaso amabas á otro? preguntó Cortés con esa voz baja, con ese acento que mas bien parece un murmullo y que constituye uno de los mayores hechizos del amor.

Un sí ahogado se escapó del pecho, mas bien que de los labios de Marina.

El libertino español hizo un ligero movimiento para atraerse mas á la jóven y rodeó con un brazo su cintura.

Marina se ruborizó mas todavía; pero no opuso resistencia.

—Todo eso lo recuerdo, continuó diciendo Cortés. —Recuerdo tambien que ese mismo dia me contaste la historia de tus primeros años y las persecuciones que sufriste de tus propios deudos, que temian que se cumpliese la prediccion del oráculo.

Un nuevo temblor agitó el cuerpo de Marina.

Cortés estaba transportado.

—Recuerdo muy bien, prosiguió, las palabras del oráculo. Las tengo grabadas desde ese dia en mi memoria: *cuando esa niña llegue á la adolescencia, amará al mayor enemigo de nuestra raza.....*

Marina no pudo sufrir ya mas. Sintió que flaqueaban sus fuerzas y comprendió que iba á desplomarse. Pero como Cortés la tenia asida de la cintura, en

lugar de caer en el suelo, cayó sobre las rodillas de éste.

El español inclinó entónces su cabeza sobre el semblante de Marina, y en voz baja murmuró:

—Si el destino lo quiere, ¿por qué hemos de oponernos á los decretos de la Providencia?

CAPITULO XV

La patria.--Amor filial.

A esta noche de amor siguió un dia de sangre. Los cincuenta tlaxcaltecas fueron horrorosamente mutilados. Fueron llamados á la presencia del capitan, se les obligó á confesar su crímen supuesto ó verdadero, y les cortaron con crueldad las manos.

Este castigo que hace bullir de indignacion la sangre en las venas, ha merecido sin embargo el elogio de varios historiadores españoles. Se elogia lo que se llama la *benignidad* de la pena, bajo el infame pretexto de que Cortés tenia el derecho de quitar la vida á los espías.

Xicoténcatl se llenó de horror al mirar á sus compatriotas mutilados. Pero no por esto desistió de su *intento, ni* desmayó un instante su valor. Al ano-

checer salió de su campamento con el deseo de sorprender á sus enemigos; pero éstos que estaban ya prevenidos, le salieron al encuentro á la mitad del camino, y á las sombras de la noche trabóse una cruel y sangrienta batalla.

Esta fué la última que los tlaxcaltecas dieron á los extranjeros. Perdida como las anteriores á causa de la inmensa ventaja que daban á los europeos sus armas de fuego, los miserables restos del ejército de Tlaxcala huyeron en precipitada fuga á los montes, y Xicoténcatl volvió avergonzado, confuso y casi solo á la capital de la república.

Al dia siguiente se reunió el senado y mandó comparecer en su presencia al jóven general. Xicoténcatl se presentó, pálido por la fatiga de los dias anteriores y abatido por el éxito de la campaña.

Los cuatro grandes señores de la república y los demas nobles que componian el senado, miraron con curiosidad desde sus bancos á aquel ilustre guerrero, á quien por primera vez la victoria habia vuelto las espaldas.

Xicoténcatl conservaba todavía su espléndido traje de guerrero y sus insignias de general. Sus pupilas parecian inyectadas de sangre por el insomnio, y el círculo amoratado que se veia debajo de sus párpados, indicaba que la suerte del ejército habia arrancado á sus ojos lágrimas de despecho.

El dolor *de Xicoténcatl* era el dolor de toda la re-

pública. Así, pues, aunque muchos de aquellos senadores hubiesen opinado desde un principio por la alianza con los españoles, no podian ménos que respetar y admirar el sentimiento del jóven caudillo, y un silencio triste á la par que solemne reinó por algunos instantes en el recinto de aquella noble asamblea.

Maxiscatzin fué el primero que se atrevió á interrumpirlo:

—Xicoténcatl, le dijo: ¿qué se han hecho las huestes de la república?

—Pregúntaselo á la fatalidad, respondió con voz sorda el caudillo.

Y dirigió al cielo una elocuente mirada como para reconvenir á los dioses, porque habian descargado sobre su cabeza todo el peso de su cólera.

—Ayer, continuó Maxiscatzin con cierto acento de severidad, has dado á los extranjeros una batalla, contra las terminantes prescripciones del senado.

—El senado me habia mandado á combatir, respondió con dignidad Xicoténcatl, y yo á quien se habia encomendado el honor de la república, me creí obligado á combatir siempre que tuviese soldados dispuestos á la lucha.

—Y por qué te has retirado ahora?

—Porque todos me han abandonado.—Hasta vosotros, añadió en voz baja, que solo pudo ser escuchada por los senadores mas próximos.

Maxiscatzin continuaba mirando con severidad á

Xicoténcatl. La dignidad del jóven soldado lastimaba á aquel viejo prócer, débil y gastado, que acaso era el primer tlaxcalteca que habia dado cabida en su pecho á la idea de la traicion.

—Xicoténcatl, continuó, tú has cometido un crímen desobedeciendo al senado y comprometiendo por tercera vez las armas de la república.

Xicoténcatl levantó con indignacion la cabeza y paseó una mirada por toda la extension de la sala para averiguar acaso si todos los próceres eran de la misma opinion que Maxiscatzin.

Todas aquellas cabezas, coronadas de cabellos blancos, permanecieron mudas é impasibles ante la mirada escudriñadora del jóven caudillo.

Era tal el respeto que se profesaba en Tlaxcala á aquella asamblea de ancianos, que Xicoténcatl volvió á bajar la cabeza, como agobiado bajo el peso de aquella unánime condenacion.

Entretanto, Maxiscatzin prosiguió:

—En pena de tu desobediencia, el senado vá á imponerte un castigo.

—Estoy pronto á sufrirle, contestó resignado el caudillo.

—La república ha acordado hacer la paz con los extranjeros del Oriente y necesita un mensajero que sepa transmitirle los sentimientos del senado. Ese mensajero será el mismo general de sus ejércitos.

Xicoténcatl palideció horriblemente, y olvidando

por un instante el respeto que se debia á aquella augusta asamblea, repuso con dignidad:

—El senado puede quitarme la vida, porque he sido bastante desgraciado para comprometer el honor de sus armas, ¿pero qué derecho tiene para humillarme? ¿por qué enviarme á hablar de paz á los extranjeros á quienes he combatido y á quienes combatiria aún, si el senado me lo permitiera?

—La república no quiere que mueras, sino que aprendas á obedecer al senado. En el dolor que te causa esa embajada, está precisamente tu castigo.

Xicoténcatl, desesperado, volvió á mirar á los bancos de los senadores para buscar entre aquellas cabezas blancas la de su animoso padre. Sus ojos no tardaron en encontrarse con los del anciano, y á la pregunta muda que le dirigió el jóven soldado, el venerable Xicoténcatl respondió con un ademan que queria decir:

—Obedece!

El desgraciado general estuvo tentado por un momento á desobedecer á su mismo padre. Pero era tal el respeto que sentia hácia él, tan ciega la obediencia que tradicionalmente se habia profesado siempre al senado, que se quedó inmóbil y resignado, con los brazos caidos y la mirada fija en la tierra.

—Hé aquí lo que dirás al general extranjero, continuó Maxiscatzin.—Le dirás que si la república le ha hecho la guerra, es porque ha visto tropas mexicanas *en sus filas* y porque sabe que hay embajadores de

Moteuczoma en su campamento. Háblale del odio tradicional de Tlaxcala á los emperadores del Anáhuac, y refiere las desgracias que de tiempo inmemorial han sobrevenido á nuestro pueblo á consecuencia de este odio. Díle que la república no solo le concede el permiso que ha solicitado para dirigirse por nuestro territorio á la capital de Moteuczoma, sino que desea celebrar con él una alianza, firme y duradera, para vengar sus antiguos agravios contra los reyes del Anáhuac.

Xicoténcatl hizo un nuevo movimiento de indignacion, y no siendo ya bastante para contenerle el respeto que profesaba al senado, prorumpió en estas palabras:

—Una alianza con los enemigos de los dioses! con los enemigos de nuestra raza! con los que han humillado á la república!

—Sí, respondió Maxiscatzin.—Una alianza con los extranjeros que saldrán mañana del Anáhuac, para reducir á escombros á Tenochtitlan, que permanecerá siempre asentada en las aguas del lago.

Xicoténcatl volvió á enmudecer, no porque le hubiesen convencido las razones de Maxiscatzin, sino porque comprendió que se habia excedido en presentar objeciones al senado.

—Vé al instante, concluyó el anciano señor.—A tu salida de la ciudad encontrarás á unos esclavos que llevan los regalos para los extranjeros. Díles que no son mejores porque es pobre la república.

El mismo dia se presentó Xicoténcatl en el campamento español. Se limitó simple y sencillamente á cumplir la mision con que le invistió la república para castigarle. Los aventureros europeos le contemplaron con admiracion, y no dejó de preocuparles la dignidad de su continente y la nobleza de su discurso.

Al dia siguiente Hernan Cortés recibió una visita mas importante. Los cuatro grandes señores de Tlaxcala y todos los nobles que componian el senado, se presentaron en su tienda, seguidos de una numerosa comitiva. Ratificáronse por ambas partes la paz y la alianza que habia propuesto ya Xicoténcatl, y Maxiscatzin, en nombre de todos sus colegas, invitó al ejército español á pasar á la capital.

Hernan Cortés aceptó la paz con que se le brindaba; pero sus ilustres huéspedes pasaron por la vergüenza de que les reconviniese por la doblez con que se habian manejado hasta entónces.

Aceptó tambien la alianza que se le prometia contra el emperador del Anáhuac; pero volvió á sonrojar al senado, exigiéndole una protesta de que el pacto que ahora se celebraba, seria sincero y duradero.

Aceptó, por último, la invitacion que se le hacia de pasar á Tlaxcala, y prometió verificarlo con todos sus españoles y sus aliados los cempoaltecas y totonacas.

Pero hé aquí que se pasaron seis dias, y Hernan Cortés no habia cumplido aún su promesa de pasar á *la capital* de la república.

Los senadores que ya se habian humillado bastante ante el jefe de los aventureros, no vacilaron en volver al campamento y repitieron su invitacion.

Hernan Cortés que ó por miedo ó por orgullo, no habia ido hasta entónces á la ciudad de sus enemigos de ayer y de sus aliados de hoy, ratificó de buena voluntad su anterior promesa y al dia siguiente la cumplió.

La ciudad se vistió de gala para recibir á los que llamaba sus amigos! ¿Adivinaba acaso que los que se presentaban ahora como tales, se convertirian mañana en verdugos? que las ramas y flores con que adornaban su tránsito, las devolverian convertidas en cadenas? que los príncipes que hoy hacian los honores de la corte, regarian en poco tiempo sus campos con el sudor del esclavo?

Maxiscatzin y sus colegas no preveian acaso ninguna de estas desastrosas consecuencias. Sin embargo, insensiblemente fueron cayendo en el lazo que les habia tendido el astuto general de los aventureros. Hablóles un dia de que sometiesen sus dominios á la corona de Castilla, y los débiles senadores que se habian colocado en la misma pendiente resbaladiza que el cacique de Cempoala, no tuvieron valor para oponerse á sus deseos.

Desde entónces la orgullosa república que durante cien años habia resistido á los ataques de su poderoso vecino, el gran señor del Anáhuac, abdicó su independencia *en favor de* un monarca desconocido é ins-

cribió su nombre en el largo catálogo de las provincias españolas.

En seguida intentó Cortés introducir en la república la religion de Cristo. Pero los tlaxcaltecas hicieron por sus dioses lo que no habian hecho por su propia autonomía: se negaron obstinadamente á las exigencias de su aliado. Ya éste se preparaba acaso á escalar los templos, como en Cempoala, cuando intervino y se opuso á su intento el capellan de la armada, quien seguramente no quiso verse envuelto en dificultades desastrosas, só pretexto de arrancar las almas de aquellos paganos de las garras de Satanás.

La tercera exigencia del capitan español fué la de que la república pusiese á sus órdenes algunos millares de combatientes para vengarla de su antiguo antagonista, el emperador del Anáhuac. Los tlaxcaltecas no pudieron negarse á esta nueva pretension, puesto que como aliados de los aventureros y súbditos de los reyes católicos, debian ayudar á unos y á otros en las guerras contra sus enemigos.

Pero hé aquí que el senado tropezó con una grave dificultad

¿Quién mandaria el ejército tlaxcalteca?

Los soldados de la república solo sabian batirse á las órdenes del jóven Xicoténcatl, y el orgulloso general no se habia dejado ver en las calles de la ciudad, desde que los extranjeros la ocupaban con el título de *aliados.*

Maxiscatzin convocó á sus colegas, y el senado celebró á puertas cerradas una sesion, muy interesante sin duda, puesto que se prolongó por muchas horas.

Del senado, el anciano Xicoténcatl se hizo conducir á la casa de su hijo. El jóven caudillo, despojado de su traje de general, se ocupaba en consultar varios de esos manuscritos aztecas, de que otra vez hemos hablado á nuestros lectores. Pero cuando sintió alzar la cortina de la puerta y vió entrar á su padre, dejó caer las telas de geroglíficos que tenia en su mano, y corrió, como siempre, á su encuentro.

Cuando el anciano se sintió apoyado en el brazo de su hijo, despidió al mancebo que le acompañaba, y preguntó en voz baja:

—Nadie nos escucha?

—Nadie, respondió el caudillo.—Estoy solo.

Entónces el anciano se dejó caer en el banco que su hijo le hacia tocar con las corvas, y un torrente de lágrimas inundó al instante sus mejillas.

Xicoténcatl, mudo al principio de asombro, acabó por caer de hinojos á los piés de su padre, y estrechando afectuosamente sus manos:

—Padre! exclamó.—Por qué lloras?

El anciano hizo un esfuerzo para levantar á su hijo.

—Levántate! le dijo.—Yo soy quien debia estar á tus piés.

Pero Xicoténcatl continuaba arrodillado, mirand

con un sentimiento imposible de describir, aquellos ojos sin pupilas humedecidos por el llanto.

—¿No es verdad que me perdonas? prosiguió con voz suplicante el anciano.

—Perdonarte, ¿qué? preguntó admirado Xicoténcatl.

—La alianza que la república ha hecho con los extranjeros para hacer la guerra á Moteuczoma.

—Los dioses han depositado la sabiduría bajo tus cabellos blancos, y nunca seré yo un hijo que murmure de las acciones de su padre. Además: sé yo si en la decision del senado ha intervenido tu voto?

Nuevas lágrimas brotaron de los ojos del anciano.

—Eres un noble hijo, murmuró.—Y yo..... yo soy un padre indigno de tí!

—No hablemos mas de eso, repuso Xicoténcatl con voz conmovida.

—Ah! Es que tú no sabes que despues de haber perdido á la patria, me he encargado de perder á mi hijo.

Xicoténcatl levantó la cabeza y miró á su padre con asombro.

El anciano que sentia clavada sobre su frente esta mirada interrogadora, continuó:

—Sí, miserable de mí! El senado ha acordado levantar un ejército para ayudar á los extranjeros contra *Moteuczoma* y te ha nombrado su caudillo.

Xicoténcatl se levantó fuera de sí al escuchar estas

palabras. El dolor, la cólera y la indignacion estaban retratados á la vez en su semblante.

—Pero no es eso todo! concluyó el octogenario cada vez con acento mas desmayado.—El senado me ha designado..... á mí, que soy tu padre, para que venga á participarte tu nombramiento y á recordarte la obediencia que debes al gobierno de tu patria.

Xicoténcatl se puso horriblemente pálido.

Entretanto su padre, como hablando consigo mismo, murmuraba estas palabras:

—Oh!..... Yo se los dije muchas veces en el senado..... Mi hijo no aceptará nunca ese nombramiento..... Xicoténcatl no hará nunca la guerra al lado de los extranjeros blancos del Oriente!..... Xicoténcatl no necesita de la ayuda de los extranjeros para desbaratar los escuadrones de Moteuczoma..... Mi hijo me maldecirá si voy á decirle que obedezca al senado..... Pero el senado no quiso escucharme y me recordó que así yo, como todos y cada uno de los tlaxcaltecas, estábamos obligados á obedecerle..... Maxiscatzin me dijo: la alianza de los extranjeros no puede ni debe inspirar ningun temor á la república. Ellos se volverán muy pronto á su misterioso país, porque nuestro pobre suelo no es digno de poseerlos, y entretanto nosotros nos habrémos aprovechado de su ayuda para vengar los agravios que hemos recibido siempre de los señores del Anáhuac. Vé á buscar á tu hijo y díle todo esto..... Si se hace sordo á l-

deberes que le impone la patria, recuérdale estas palabras que cuando niño aprendió de tus labios: *honra á todos, especialmente á tus padres, á quienes debes obediencia, temor y servicio!.....*

—Y tú, preguntó el jóven Xicoténcatl, tú prometiste al senado que obedeceria tu hijo?

La única respuesta del anciano, fué un ahogado suspiro que se escapó de su pecho.

Xicoténcatl volvió á tomar entre sus dedos la mano de su padre, y apretándola suavemente, le dijo:

—No temas responderme. ¿Lo prometiste?

—Sí, desdichado de mí, prorumpió con acento desgarrador el anciano.—Creí que la patria exigia de mí este servicio, y lo he prometido.

—Basta! respondió Xicoténcatl.—Obedezco al senado.

Pero al pronunciar estas palabras sintió que un peso oprimia su corazon y que esta opresion subia hasta su semblante. Llevó una mano á sus ojos y los sintió humedecidos por algunas lágrimas. Le hacia llorar de despecho la tiranía del senado.

Pocos dias despues el ejército español salia de Tlaxcala con direccion á México. Seguíanle cuatro mil tlaxcaltecas, á cuya cabeza iba Xicoténcatl. El desgraciado caminaba con la cabeza inclinada, porque creia que todo lo que le rodeaba, reprobaba su conducta.

CAPITULO XVI

Los asesinatos de Cholula.

Si Tizoc, el jóven sacerdote de Huitzilopochtli, ha logrado excitar algun interes en nuestros lectores, se recordará probablemente que le hemos dejado en la casa de Xicoténcatl, pidiendo una plaza en los ejércitos de la república.

Cuál habia sido su suerte hasta entónces? El lector que desee averiguarlo, puede acompañarnos al hermoso lago de Tezcoco, donde el animoso jóven navegaba una tarde del mes de Octubre con direccion á Tenochtitlan.

La barca de que se servia para el viaje, era una de esas canoas hechas del tronco de un árbol ahuecado, que se deslizaba ligeramente sobre la superficie de la laguna. *Tizoc no llevaba* remeros: él solo ocupaba la

barca. Puesto de pié en el centro de su débil esquife, hundia periódicamente su largo remo en el fondo del lago y surcaba sus aguas con notable rapidez.

Entretenido en esta ocupacion y distraido con sus propios pensamientos, Tizoc parecia insensible al magnífico paisaje que le rodeaba.

La blanca y tersa superficie del lago, las colinas pobladas de árboles que parecian encerrarlo entre sus altos muros, las ciudades y las aldeas que brotaban del fondo de las aguas, y algunos huertos flotantes que encontraba á su paso, no le hacian desviar un instante los ojos del remo que llevaba en las manos y en que tenia concentrada toda su atencion.

El sol descendia lentamente hácia el ocaso, y el viajero remaba con vigor, temeroso acaso de que le sorprendiese la noche en medio del lago.

Repentinamente levantó los ojos, miró rápidamente en derredor de sí y dejó escapar una exclamacion de triunfo.

La noche habia cerrado completamente; pero la barca acababa de entrar en una calle, formada por varias casas de adobe, que reflejaban su oscura silueta en las tranquilas aguas del canal.

Se hallaba en la ciudad de Tenochtitlan. La metrópoli del Anáhuac se hallaba sumergida en un profundo silencio, porque los aztecas se entregaban generalmente al reposo desde el momento en que el sol ocultaba su disco en el horizonte. Tizoc se habria

creido transportado á un inmenso cementerio, á no ser por el gran número de hogueras que ardian en la alta cima de los templos, y que arrojaban una claridad fantástica sobre las calles y los edificios de la poblacion.

El jóven sacerdote, despues de haber tomado un ligero descanso, continuó bogando hácia el interior de la ciudad. Como las calles irregulares por donde transitaba eran angostas, en lugar de fijar su remo como antes en el fondo del lago que convertido en innumerables canales atravesaba toda la ciudad, lo fijaba ahora en los cimientos de los edificios que encontraba á su paso, sin disminuir por esto la rapidez de su carrera.

Así continuó su marcha hasta que llegó al frente de un edificio de piedra, coronado de almenas, lo cual indicaba la noble estirpe del personaje que la habitaba.

Esta casa, como casi todas las principales de México, tenia dos entradas: una que daba á la calle, cuyo piso era sólido por estar unida á la calzada de Iztapalapan, y otra al canal, precedida de un angosto terraplen que servia de desembarcadero.

Esta segunda entrada quedaba á espaldas del edificio, y como era la única de que podia usar Tizoc, se aproximó cuanto pudo al terraplen, clavó su remo en el fondo del canal, y dejando la barca encerrada entre el remo y el muro de tierra, saltó al desembarcadero.

La entrada conducia á un gran patio, que Tizoc atravesó con seguridad hasta el extremo opuesto, en que

se veia una puerta protegida por una cortina. El jóven alzó esta cortina y se encontró en una habitacion alumbrada por dos teas de ocote, que esparcian un suave olor en su recinto.

A la vacilante claridad que arrojaban estas antorchas, únicas que conocian los aztecas, se veia á un hombre alto, robusto y de varonil semblante, que examinaba atentamente la construccion de una espada del país que tenia en la mano.

Estaba hermosamente vestido. La rica tela de su manta, las joyas de que estaba adornada y las alhajas de oro que resplandecian sobre su cuerpo, indicaban á primera vista que era un personaje. Un casco colgado en el muro que enseñaba en las plumas de la cimera los colores de la casa imperial del Anáhuac, hacia comprender que debia ser un pariente muy inmediato del emperador.

Tizoc se adelantó hácia este personaje y le dijo:

—Bien haces, valeroso *Cuauhtemotzin*, en examinar tus armas, porque bien pronto tendrás necesidad de esgrimirlas contra los enemigos de la patria.

El que habia recibido el nombre de Cuauhtemotzin, levantó la cabeza al escuchar esta voz y miró con sorpresa al que acababa de hablar.

—Tizoc! exclamó, como admirado de verle en su presencia.

—Tienes la gran cualidad de los príncipes, repuso Tizoc.—Te acuerdas de los que desean prestar un ser-

vicio cualquiera á su patria, aunque solo les hayas visto y hablado una vez:

—De tí me acuerdo perfectamente. Un dia te presentaste aquí, me dijiste que acababas de huir del templo y me pediste un disfraz y unas armas para que pudieses salir sin temor de la ciudad. Se han realizado tus deseos de combatir contra los misteriosos extranjeros del Oriente?

—Tres veces he sido derrotado en el ejército de Tlaxcala.

—Ah! exclamó Cuauhtemotzin.—Has peleado al lado de esos miserables que se han aliado con nuestros enemigos.

—Eran los únicos que combatian entónces, y creí que ayudando á la república, ayudaba á todo el Anáhuac. Pero luego que los tlaxcaltecas se unieron pérfidamente á los extranjeros, me retiré á Cholula, donde creia que podria organizarse un ejército para estorbar su paso.

—En todo el país podrian levantarse ejércitos para aniquilar en un solo dia á los extranjroes, como nuestros padres abatieron en una sola batalla el poder del tirano de Atzcapozalco. Pero una triste fatalidad pesa sobre el Anáhuac. El débil Moteuczoma, rodeado de agoreros y de sacerdotes, aun no se ha atrevido á mandar disparar una flecha sobre los pretendidos descendientes de Quetzalcoatl.

—*Y mientras el* emperador vacila, repuso Tizoc.

los extranjeros avanzan á su capital, regando de sangre y de escombros su camino.

—Sí, murmuró distraidamente Cuauhtemotzin.—Los tlaxcaltecas han perdido en sus batallas la flor de sus guerreros.

—Y Cholula ha visto sus calles regadas con arroyos de sangre y empedradas con miembros mutilados de víctimas inocentes.

Cuauhtemotzin levantó la cabeza y miró con asombro á su interlocutor.

—Sí, continuó Tizoc: yo he escapado milagrosamente de esa matanza, y he venido á traerte la noticia.....—á tí, que eres el mas noble de los aztecas—para que excites la cólera del emperador y le obligues á combatir.

—Pero por qué se ha derramado esa sangre? preguntó con cierto acento de incredulidad Cuauhtemotzin.—¿Acaso los hijos de Cholula levantaron algun ejército contra los hombres blancos del Oriente?

—Cholula, como Tlaxcala, recibió á los extranjeros con ramas y flores, los alojó en sus mejores palacios y llenó de ricos platos su mesa.

—Por qué entónces ha sido condenada á la muerte?

—Porque los extranjeros viven de la sangre de los aztecas, como vive el tigre de las víctimas que caza en el bosque. Los hijos de Cholula recibieron de buena fe á los extranjeros, como se los habia mandado *Moteuczoma*, su señor. Pero sabiendo que en Cem

poala habian profanado los templos de los dioses y derribado sus altares, temieron que se pensase cometer igual sacrilegio en la ciudad santa del Anáhuac.

—Y hostilizaron entónces á los extranjeros?

—No! no! Se prepararon únicamente á la defensa de los dioses. Apilaron guijarros en las azoteas, levantaron unas cuantas trincheras junto al templo é hicieron salir de la ciudad algunas mujeres.

—Y entónces.....

—Entónces los extranjeros que habian anunciado ya su marcha, se reunieron ayer en el gran patio del palacio donde se alojaban, y ante los nobles que habian acudido para acompañarlos y los esclavos que debian conducir su equipaje, su general dijo que Cholula se habia armado secretamente para aniquilarlos y que iba á castigar á la ciudad *rebelde* con todo el rigor que merecia su crímen. Y alzando el instrumento del rayo que traia en sus manos, dejó oir uno de esos ruidos espantosos que hacen caer á nuestros guerreros en el campo de batalla. Esta fué sin duda una señal, porque todos los extranjeros levantaron al instante sus armas sobre los nobles, sobre los sacerdotes y sobre los esclavos; y como todos éstos se hallaban indefensos, la carnicería fué espantosa y en un momento quedaron todos sin vida.

Cuauhtemotzin estaba lleno de indignacion y de asombro.

Tizoc continuó:

—Los extranjeros salieron luego de su palacio, pasando sobre los cadáveres de sus víctimas, y unidos á sus aliados los cempoaltecas, se desparramaron por toda la ciudad, como tigres hambrientos, y empezaron á descargar sus armas contra todos los cholultecas que encontraron á su paso.

—Pero esos desgraciados, preguntó despechado Cuauhtemotzin, ¿no hicieron ningun esfuerzo para defenderse?

—Aquella matanza fué tan inesperada, respondió Tizoc, que por mucho tiempo se dejaron asesinar, sin defenderse mas que con sus gritos y sus lamentos. Al fin los que lograban huir, se fueron reuniendo insensiblemente en el templo, creyendo que los dioses se dignarian protegerlos. Pero hasta allí los siguió la sed de sangre de sus enemigos. Los cholultecas recordaron entónces que la ciudad donde se habia dignado residir Quetzalcoatl, tenia el raro privilegio de poder destruir á sus enemigos sin mas armas que las que los dioses habian depositado bajo los muros de su templo. Arrasaron entónces con valor los muros; pero el agua prometida por los dioses no brotó de la tierra y los extranjeros no fueron inundados. Viéndose abandonados por Quetzalcoatl, corrieron á las torres de madera, y armándose con las flechas depositadas allí por la prevision de los sacerdotes, las arrojaron sobre sus enemigos que subian ya por las escaleras del templo.

—Y entónces..... y entónces? preguntó con ansiedad Cuauhtemotzin.

—Entónces, prosiguió Tizoc, los extranjeros arrojaron fuego sobre las torres que empezaron á arder al instante. Los cholultecas por huir del incendio se arrojaban sobre sus enemigos, que los hacian pedazos al caer. Y en breve tiempo no quedaron en el templo mayor de Cholula mas que las torres y los cadáveres de sus defensores. Algunas casas en que se habian fortificado varios fugitivos, fueron tambien asaltadas por los extranjeros y reducidas á escombros. Y cuando ya no se escuchó en la ciudad ni las imprecaciones de los perseguidos ni el ¡ay! de los moribundos, los extranjeros y sus aliados invadieron todas las habitaciones y despojaron á las mujeres y á los niños de todo el oro, plata y vestidos que encontraron.

—Oh! exclamó Cuauhtemotzin, pálido y balbuciente de indignacion.—Esos hombres son peores que las bestias feroces que solo se arrojan sobre su presa cuando tienen hambre.

—¡Ah! prorumpió súbitamente Tizoc, como herido de una idea repentina.—En este momento recuerdo lo que acaba de suceder en *Chiahuitztla* y lo que tal vez ha impulsado á los extranjeros á tomar tan sangrienta venganza en Cholula.

Cuauhtemotzin interrogó con los ojos á su interlocutor.

—Los extranjeros han levantado en Chiahuitztla

un ciudad, y cuando se retiraron de allí para pasar á Tlaxcala, dejaron algunos de sus guerreros para guardarla. Moteuczoma que ignoraba tal vez esta circunstancia, previno á *Cuauhpopoca*, cacique de *Nauhtlan*, que cobrase á los totonacas el tributo que le debian como feudatarios. Estos se negaron, alegando que ya no eran súbditos de Moteuczoma, sino del señor de los extranjeros. Indignado Cuauhpopoca con esta respuesta, se propuso castigar á los rebeldes. Pero estos solicitaron el apoyo de los nuevos habitantes de Chiahuitztla y en las llanuras de Nauhtlan se dió una sangrienta batalla. Los totonacas ayudados de los extranjeros lograron vencer. Pero el capitan de éstos y siete de sus guerreros quedaron muertos en el campo. Yo he visto en las cercanías de Cholula una cabeza blanca y barbada que se llevaba á Moteuczoma para que la hiciese sacrificar en el templo de Huitzilopochtli.

Cuauhtemotzin hizo un movimiento de horror. En seguida dijo á Tizoc.

—Aguárdame en esta habitacion. Voy á referir á Moteuczoma la matanza de Cholula y espero que recuerde que es el padre de sus vasallos para que tome contra los extranjeros una venganza, digna de su poder.

—Los dioses te acompañen, murmuró Tizoc.

Y siguió con la vista la noble figura de Cuauhtemotzin, hasta que éste desapareció tras la cortina de *una puerta* inmediata.

CAPITULO XVII

Los españoles en Tenochtitlan.

El 8 de Noviembre de 1519 es un dia eternamente memorable en los anales del Anáhuac. En ese dia entraron por la primera vez en la metrópoli del Nuevo Mundo, los misteriosos extranjeros que siete meses antes habian desembarcado en las costas de Chalchiuhcuecan.

El ejército habia pernoctado en Iztapalapan, ese precioso jardin del Anáhuac, donde todas las rosas de la Flora mexicana recreaban la vista y embalsamaban la atmósfera.

Al rayar el alba, Hernan Cortés estaba ya á caballo, ordenando sus tropas para la marcha. El mismo capitan, con la poca caballería que conservaba, debia formar la vanguardia. Seguia despues toda la infan-

tería española con sus relucientes cascos, sus terribles armas de fuego y su andar lento y ordenado, como preparada á cualquiera eventualidad que pudiera sobrevenir. Los bagajes ocupaban el centro y la retaguardia estaba cubierta por todos los aliados, tlaxcaltecas, cempoaltecas y totonacas, cuya piel desnuda y caprichosamente pintada, formaba un extraño contraste con la compostura de los españoles.

Antes de emprender la marcha, Hernan Cortés dirigió á su ejército una breve alocucion. Excitó su valor por los medios que acostumbraba y le recomendó sobre todo la moderacion, recordándole que iba á entrar en la capital mas populosa del imperio. Hizo en seguida un ademan, las trompetas y los tambores dieron la órden de marcha, y los españoles, con el corazon oprimido por tristes presentimientos, empezaron á hollar con sus plantas la gran calzada de Iztapalapan, que unia á aquella ciudad con la poética Tenochtitlan.

El sol que se levantaba á su derecha, disipando las nubes de la estacion que se agolpaban sobre las colinas del Oriente, iluminaba un panorama, grandioso y bello, que indudablemente habria encantado al ejército, si no hubiese servido para aumentar sus temores.

La extensa superficie del lago se hallaba cubierta de un número inmenso de canoas, cargadas de flores y legumbres, que sus conductores llevaban al gran *mercado* de la capital.

Las dos orillas de la calzada se hallaban pobladas de un numeroso gentío, compuesto de hombres, niños y mujeres, que abrian paso respetuosamente á los españoles, y dejaban oir un murmullo de disgusto á la aproximacion de los aliados.

La vista tropezaba á cada instante con varias ciudades y aldeas, que surgian de la superficie de la laguna, como esas creaciones fantásticas de los romances caballerescos, que tanta boga tenian entónces en España. Los edificios de estas poblaciones acuáticas descansaban sobre estacas clavadas en el fondo del lago, y su altura era tal que las canoas pasaban libremente bajo ellas, sin que los remeros que las conducian tuviesen siquiera que inclinar la cabeza.

Pero nada admiraron tanto los españoles como las chinampas. Al ver aquellos pequeños huertos, sembrados de arbustos y de flores, con una cabaña en la superficie, que les salia al encuentro al impulso de un solo remero, se creyeron verdaderamente metidos en una aventura novelesca, mas prodigiosa que todas las de Amadís de Gaula.

Los viajeros no se cansaban de admirar todas las bellezas que encerraban los alrededores de México. Un gran número de casas se levantaban á la orilla de la calzada, y sus paredes dadas de estuco, brillaban como plata bruñida al reflejo del sol.

Del centro de las ciudades veian levantarse una ó mas columnas de humo que iban á perderse en la ta-

mósfera. Eran las hogueras sagradas que ardian constantemente, segun hemos dicho ya, en las cimas de los templos.

Repentinamente el ejército se detuvo ante una gruesa muralla que atravesaba la calzada y que terminaba en dos torreones de sólida y hermosa arquitectura. Este punto se llamaba el fuerte *Xoloc*, y no tenia mas entrada que una abertura practicada en el centro, por donde los españoles vieron salir un tropel de mexicanos primorosamente vestidos.

Ostentaban en sus hombros la aristócrática capa de algodon, adornada de plumas, y en los brazos, en los piés y en las orejas, ricas alhajas de oro con brillantes piedras de distintos colores.

Felicitaron al general español en nombre de Moteuczoma, por su llegada á la capital del Anáhuac, y comenzaron de uno en uno á hacerle el acatamiento acostumbrado de tocar la tierra y besarse la mano.

Concluida esta ceremonia, que duró mas de media hora por ser grande el número de los enviados de la corte, los españoles y sus aliados continuaron su marcha por la misma calzada, que á cada instante se veia apiñada de curiosos.

Repentinamente encontraron en su tránsito un incidente que hizo temblar de espanto hasta á los mas animosos. Era una cortadura ó canal practicado en la misma calzada para que las aguas del lago pasasen *libremente* de un lado á otro. La cortadura se hallaba

cubierta con un puente de madera levadizo, que una vez alzado, impedia la salida de la ciudad.

Cuando los españoles sintieron resonar este puente bajo sus pisadas, comprendieron que cometian una insigne locura en entregarse así á la merced de Moteuczoma y de sus numerosos vasallos. Pero ya no era tiempo de retroceder. Hernan Cortés que iba al frente de la caballería, caminaba por delante de todos y empezaba ya á entrar por los arrabales de la ciudad, con tanto aplomo y confianza como si estuviese entrando en Medellin, su patria.

La calle por donde transitaba ahora el ejército, atravesaba á la ciudad en línea recta de Sur á Norte, y solo se hallaba interrumpida por los muros del templo mayor, tras de los cuales se veian descollar en lontananza las colinas septentrionales del valle.

A los dos lados de esta calle, que corresponde ahora á la del *Rastro*, comenzaban á verse casas de un solo piso; pero amplias y de bella apariencia, que ostentaban en sus azoteas almenas, jardines y miradores.

El número de curiosos era ya tan inmenso, que á donde quiera que se dirigiese la vista, á izquierda y derecha de la calle, á las azoteas, á las puertas y á las ventanas, los ojos tropezaban con una atónita muchedumbre, que parecia contemplar un espectáculo sobrenatural.

Llegaba ya la caballería al sitio donde despues se edificó *el hospital de Jesus*, cuando ocurrió un inci-

dente extraordinario que produjo honda sensacion en naturales y extranjeros.

El emperador Moteuczoma, el orgulloso señor del Anáhuac ante quien no osaban levantar los ojos sus vasallos, el que cobraba el tributo de mil ciudades, el que hacia temblar con una sola palabra á millares de hombres, salia á recibir á un puñado de aventureros desconocidos, que asesinaban á sus súbditos y que insultaban á los dioses de la tierra.

La comitiva del emperador, compuesta de un gran número de nobles de su corte, iba precedida de tres oficiales que llevaban en la mano unas largas varas de oro, que alzaban de tiempo en tiempo para hacer comprender la presencia del monarca. A esta señal, los millares de espectadores que inundaban la calle y las azoteas, bajaban humildemente la cabeza, y algunos plebeyos llevaban su veneracion hasta arrodillarse.

Los nobles del acompañamiento iban todavía mas espléndidamente vestidos que los que felicitaron á Cortés en el fuerte. Formaban dos hileras á los lados de la calle, á fin de impedir que los curiosos se acercasen al emperador. Venian con los piés descalzos, la cabeza baja, y muy inmediatos al muro por respeto á la majestad imperial.

En el centro de esta comitiva venia el emperador sobre una litera, forrada de láminas de oro y cubierta de piedras preciosas, que llevaban en sus hombros cuatro individuos de la primera nobleza, espléndid

mente vestidos, pero tambien descalzos. Un dosel de vistosas plumas cubria á la litera de los rayos del sol.

El traje de Moteuczoma era entónces el que otras veces hemos descrito. Su capa, bordada en las cuatro extremidades, brillaba con el número de piedras preciosas de que estaba salpicada. Sus sandalias, cuya suela era de oro, se sujetaban á las piernas por blancos cordones de algodon, entretegidos con partículas del mismo metal. Adornaba su cabeza un penacho de plumas que el aire agitaba blandamente sobre sus cabellos.

Cuando llegó la comitiva al lugar que hemos indicado, Moteuczoma bajó de la litera y se adelantó hácia el general español, apoyado en los brazos del rey de Tezcoco y del señor de Iztapalapan. El primero era su sobrino, el segundo su hermano. Varios pajes echaban alfombras á su paso para que la tierra no lastimase sus delicadas plantas.

Hernan Cortés, al ver bajar á Moteuczoma, se apeó del caballo y corrió á su encuentro, acompañado de Marina y de algunos capitanes. Todos hicieron una profunda inclinacion de cabeza ante el emperador, y éste correspondió con la dignidad y gracia que acostumbraba en las ocasiones solemnes.

—Sed bien venidos á Tenochtitlan, les dijo por conducto de Marina.—Mis ojos no pueden ménos que contemplar con satisfaccion á los extranjeros que obran tantos prodigios, como los dioses.

—Señor, respondió Cortés: yo tambien os miro con profundo placer, porque hace mucho tiempo que deseaba daros personalmente las gracias por los espléndidos regalos de que me habeis colmado desde que puse los piés en vuestro imperio.

Y para recompensar aquellos espléndidos regalos, el español sacó de sus bolsillos un miserable collar con cuentas de vidrio, que colgó á la garganta del emperador.

Entónces el magnífico señor del Anáhuac tomó de las manos de un paje dos hermosos collares de nácar, de que pendian algunos cangrejos de oro, primorosamente labrados, y se los presentó á Cortés.

Mediaron luego algunos cumplimientos, y el español quiso terminarlos extendiendo los brazos para estrechar á Moteuczoma. Pero los nobles de la comitiva se lo impidieron con cierta aspereza, que indicaba la repugnancia que les causaba esta accion. ¿Quién era aquel aventurero, arrojado tal vez de los abismos del mar, para echar los brazos al cuello de un hombre que era el dios del Anáhuac?

Tras este desagradable incidente, Moteuczoma ordenó al señor de Iztapalapan que condujese á los españoles al alojamiento que se les habia preparado. Montó luego en su litera y los extranjeros le vieron alejarse en la misma direccion que habia traido. Su paso estaba señalado por las cabezas de los nobles que se abatian y por los hombres del pueblo que se arrodillaban.

El ejército no tardó en seguirle por aquella hermosa calle que dividia á dos de los mas populosos barrios de la ciudad: el de *Tecpan* á la derecha y el de *Moyotla* á la izquierda. Los edificios que se levantaban á ambos lados de la calzada, eran cada vez mas hermosos. Sus paredes, en lo general, eran de esa piedra porosa, llamada *tezontli:* algunas azoteas estaban adornadas de almenas y jardines, y otras de parapetos y torres, que indicaban que en un momento dado, podian convertirse en otras tantas fortalezas.

De trecho en trecho atravesaba la calle algun canal, que se extendia de Oriente á Poniente, y por el que corria libremente el agua de las lagunas. El canal estaba cubierto por un nuevo puente levadizo, bajo el cual pasaban ligeramente las innumerables canoas que un momento antes se veian en el lago.

Tristes reflexiones agitaban el ánimo del ejército. ¡Cuán fácil le era á Moteuczoma levantar un dia estos puentes, llenar de soldados las fortificadas azoteas y dar una señal para asesinar á todos aquellos aventureros que habian osado provocar al leon en su guarida!

Acaso para disipar estos fúnebres pensamientos, que Cortés leia en el semblante de sus soldados, la marcha se verificaba á tambor batiente y banderas desplegadas.

No se hallaban ménos preocupados los millares de curiosos, *que en progresion* asombrosa se aumentaban

aún con los que salian al encuentro de los viajeros en los canales y boca-calles. Sus ojos no se cansaban de contemplar á aquellos extranjeros, que con su blanca figura, sus hermosos trajes y sus relucientes armas, parecian confirmar su orígen divino.

El pavimento de las calles que resonaba bajo los cascos de los caballos y los pesados trenes de la artillería, infundia un miedo secreto en sus corazones y les obligaba á guardar un respetuoso silencio. Pero lo que les causaba mayor admiracion, lo que hacia aumentar el respeto con que miraban á los extranjeros, era aquella excesiva deferencia de Moteuczoma en salir á recibirlos á tan considerable distancia de su palacio.

Repentinamente desembocaron los españoles en una gran plaza, en cuyo centro se elevaba una enorme construccion piramidal, coronada de dos torres, que dominaban á todos los edificios de la poblacion. Era el grandioso templo mayor de Tenochtitlan, en cuya cima se verificaban los sacrificios humanos, á presencia de la fanática muchedumbre, que los contemplaba de rodillas y con pavor.

A la derecha de los viajeros se levantaba una gran casa, la mas hermosa de cuantas habian visto hasta allí, y cuya descripcion daremos en otra parte á nuestros lectores. Era el palacio del actual emperador del Anáhuac, sobre cuyos escombros debia levantarse mas tarde el palacio de los vireyes españoles.

Costeando los extranjeros el muro oriental del templo, llegaron en fin á un bello conjunto de casas bajas, situadas en la calle que hoy se llama de santa Teresa la antigua, y que era el palacio del rey *Axayacatl*, padre de Moteuczoma.

Esta era la casa destinada de antemano para alojar á los españoles, y cuando éstos entraron en el gran patio cuadrado, ya encontraron allí al emperador, que solo se les habia adelantado para dispensarles el honor de recibirlos en su alojamiento.

Moteuczoma tomó á Hernan Cortés de la mano y le condujo á una gran sala del palacio, entapizada de telas y alfombrada de esteras. A un extremo de la estancia se veia un banco, cubierto con un rico tapete de algodon y arrimado á una blanca colgadura, adornada de plumas y piedras preciosas.

El emperador hizo sentar al general español en este banco, colgó á su garganta un nuevo collar de conchas, mas rico que el anterior, y le dijo:

—Este palacio es tuyo. Come y descansa en él con tus bravos compañeros, que bastante lo habréis menester.

Hernan Cortés quiso hablar para dar las gracias al emperador. Pero éste se lo impidió, añadiendo:

—Descansa por ahora. Pronto volveré á visitarte para que me digas la embajada que traes de tu soberano.

Y al terminar estas palabras, salió de la sala y del palacio de Axayacatl.

Hernan Cortés se dedicó entónces á visitar su nuevo alojamiento. Era, como hemos dicho, un gran conjunto de casas bajas, tan cómodo y tan espacioso, que el capitan pudo alojar en él, no solo á sus cuatrocientos españoles, sino tambien á todos los aliados tlaxcaltecas, cempoaltecas y totonacas. Y todavía quedó espacio suficiente donde se distribuyó la numerosa servidumbre, que la ciudad habia preparado para la cocina del ejército.

Este palacio que alojaba cómodamente en su recinto mas de siete mil personas, contenia un gran número de habitaciones en que reinaba el aseo mas esquisito. Muchas de las cámaras estaban como la sala principal, alfombradas de esteras y tapizadas de hermosas telas de algodon. En varias de ellas se veian camas bajas al estilo del país, y sillas de madera, hechas de una sola pieza.

Cortés se estableció militarmente en aquel edificio, que con sus gruesos muros y sus torreones que se levantaban de distancia en distancia, se prestaba fácilmente á la defensa. Colocó su artillería en las avenidas del palacio, distribuyó sus retenes y centinelas donde creyó mas conveniente, y previno que ningun soldado saliese de sus cuarteles sin prévia licencia del general.

Tomadas estas precauciones, los viajeros se senta-

ron á la mesa, y es de creer que hubiesen hecho á la cocina imperial la justicia que merecia.

A la caida de la tarde se anunció una nueva visita de Moteuczoma. Hernan Cortés hizo esta vez los honores de la casa y condujo al emperador á la sala de que ya hemos hablado.

Sentados entónces los dos y puestos de pié los capitanes españoles y los nobles que habian acompañado á Moteuczoma, entablóse un diálogo sobre el objeto que habia traido á los extranjeros á la capital del Anáhuac.

El verdadero objeto de la expedicion lo habrán comprendido todos los que hayan hojeado un libro cualquiera sobre la conquista de México. Pero el general español que daba á sus planes ambiciosos el viso de una cruzada, habló únicamente de religion á Moteuczoma y le hizo creer que habia emprendido un viaje dilatado solo para arrancar su alma y la de sus vasallos de las garras de Satanás. Aseguró al emperador que los dioses que veneraban en sus templos, eran otras tantas imájenes del príncipe de las tinieblas, el cual se hacia adorar bajo aquellas espantosas figuras, para tener el gusto de ver derramada en sus altares la sangre de los infelices aztecas.

Y tras este rudo ataque contra los dioses del Anáhuac, el soldado convertido en misionero, se engolfó en los intrincados misterios de la religion católica, *ignorando acaso* que la neófita Marina no po-

dia encontrar palabras propias para expresar sus elevados conceptos en el dulce idioma de Netzahualcoyotl.

Moteuczoma escuchó con paciencia esta larga plática religiosa; pero luego que hubo terminado Cortés, el emperador, con un valor de que no se le habria creido capaz despues de tantas debilidades, tomó la palabra en defensa de sus dioses, y acaso para no ofender al nuevo predicador, le dijo que si en el Oriente era buena la religion cristiana, la de los dioses aztecas era inmejorable en el Anáhuac.

Terminó esta entrevista con un regalo que Moteuczoma hizo á sus huéspedes, digno de su imperial munificencia. Consistia en un número de vestidos de algodon, tan exhorbitante, que hubo uno para cada soldado del ejército, inclusos los aliados. Pero nada de esto habria llamado la atencion de los españoles, si no hubiesen venido luego los presentes de oro y plata, que derramó entre ellos con profusion.

Cuando hubo entrado la noche, Hernan Cortés mandó disparar unos cuantos cañonazos, so pretexto de celebrar su entrada en la ciudad; pero en realidad para amedrentar á los aztecas y hacerles concebir una idea supersticiosa de su poder.

Consiguió su objeto.

Los habitantes de Tenochtitlan al escuchar aquel trueno espantoso, acompañado de una llama que ilu-

a las cercanías y seguido de una nube de humo
perdia en la atmósfera, creyeron que los espa-
debian tener alguna comunidad de orígen con
steriosos genios que habitaban el volcan de Po-
petl.

CAPITULO XVIII

Un proyecto audaz.

Seis dias hacia que los españoles residian en Tenochtitlan. Habian aprovechado este tiempo en pagar su visita al emperador, en recorrer la ciudad y en visitar los edificios mas notables, como los palacios reales, el templo mayor y el gran mercado de Tlatelolco.

El resultado de la segunda entrevista con Moteuczoma, fué tan infructuoso como en la primera vez. La elocuencia sagrada del general español no hizo ninguna mella en el empedernido corazon del pagano. Obstinado en que los dioses del Anáhuac eran tan buenos como los del paraíso cristiano, se negó á cambiar á Huitzilopochtli por Jesucristo. Reconvenido por las víctimas humanas que se inmolaban en los templos, preguntó á Hernan Cortés:

—Hay criminales en vuestro país?

—*Sí, respondió* Cortés.

—Y esos criminales no son condenados alguna vez á la pena de muerte?

El español volvió á responder afirmativamente.

—Pues bien! repuso triunfante el emperador: las víctimas que nosotros destinamos al sacrificio, son hombres condenados á la última pena por las leyes del imperio. Solo que para hacerles propicios á los dioses, regamos con su sangre los altares, en lugar de matarlos en un afrentoso patíbulo.

La visita de la ciudad produjo en el ánimo de Hernan Cortés todo un mundo de sombrías reflexiones. El numeroso pueblo que habia visto en las calles y en el mercado de Tlatelolco, el adusto semblante de los sacerdotes, la veneracion con que los miraba la muchedumbre y aquella abundancia de armas guardadas en los depósitos del templo, todo inducia á creer que en un momento dado, la ciudad podia armarse, levantar cuarenta ó cincuenta mil guerreros, ocupar las azoteas de las casas, alzar los puentes levadizos y hacer en los españoles y sus aliados una espantosa carnicería.

Agitado Hernan Cortés por estos tristes pensamientos, se paseaba precipitadamente á lo largo de su habitacion la sesta noche de su residencia en Tenochtitlan.

Una sola bugía, de las pocas que quedaban en las cortas provisiones de la expedicion, iluminaba tristemente aquella cámara desmantelada. A la vacilante

claridad que arrojaba sobre los muros, las caprichosas pinturas del tapiz adquirian ciertas tintas fantásticas que las hacian parecer figuras cabalísticas. La pobre cama de estera, arrojada sobre el suelo, y cuya almohada consistia en otra estera enrollada, parecia mas bien el lecho de un anacoreta, que el de un soldado ambicioso que soñaba en derribar un trono con la punta de su lanza.

Hernan Cortés estaba empapado en los romances caballerescos de su época; y aunque como hombre de talento sabia dar á este género de literatura el lugar que se merece, no dejaba de halagarle la idea de ocupar un dia en los libros, el lugar que entónces ocupaban Bernardo del Carpio y el paladin Roldan.

El estaba metido ya de piés y manos en la aventura. Se encontraba en un inmenso país, cuya existencia era ignorada de todo el mundo. Su extension, su belleza, sus fabulosas riquezas y el extraño color de sus habitantes, le daban el incentivo de la originalidad y aumentaban mas su semejanza con las fantásticas creaciones de los romancistas. Para colmo de su dicha aquel país gemia bajo el paganismo, y nada era mas honroso para un caballero cristiano que sacar al demonio á lanzasos del cuerpo de los idólatras.

Estaba en el país, era verdad: ¿pero qué habia alcanzado? Lo habia atravesado en una extension de trescientas millas y habia llegado á una capital populosa, digna de aquel imperio prodigioso.

Y qué mas? Nada.

Aquella capital era la residencia de un emperador que contaba á millones sus vasallos y que con una sola palabra de sus augustos labios podia aplastarle bajo el peso de su poder.

Cómo atentar á ese trono? Cuándo?

La empresa iba á dilatarse demasiado, y cada dia que pasaba sin adelantar alguna cosa, era una nueva probabilidad arrancada á la fortuna.

La deferencia misma que le mostraba el emperador indiano era otro obstáculo de consideracion para sus planes. ¿Cómo arrojar del trono al amigo que generosamente le hospedaba y le colmaba siempre de regalos?

Si, pues, no debia perderse aquella ocasion de inscribir un nuevo nombre en el catálogo de los héroes, era preciso buscar un pretexto para romper con el amigo y pagar con la guerra su hospedaje.

Pero aquí entraba Cortés en un género de consideraciones enteramente distintas y que debian conducirle sin embargo al mismo resultado.

¿Y qué probabilidades tenia en la guerra el que solo contaba con el apoyo de cuatrocientos aventureros, que se le insurreccionaban en cada dificultad que se le presentaba?

¿Qué probabilidades tenia el que contaba ademas con seis mil aliados volubles que tenian las mismas costumbres, la misma religion, el mismo idioma de sus

enemigos, y que un dia podian volver repentinamente sus dardos contra el que ahora respetaban?

Pero suponiendo que se conservasen siempre fieles, aventureros y aliados, ¿qué probabilidades de éxito tenia en el centro de aquella inmensa metrópoli, en que cada habitante era un guerrero, cada casa una fortaleza, cada templo un arsenal, cada canal un *foso* inexpugnable?

Y Cortés cerraba los ojos, y veia, como en la mañana, aquellas calles y plazas apiñadas de gente, aquellos puentes de madera que podian levantarse á una órden, á aquellos sacerdotes de cabellera ensangrentada, que los miraban con la codicia del leon cuando va á caer sobre su presa.

Y el español sentia latir su corazon de miedo.

Y recordaba que pocos dias antes habia ido al palacio del emperador, que se habia burlado de sus dioses y le habia excitado á dejarlos.

Sin duda habia sido un insensato. Habia ido á provocar al leon en su guarida.

Porque desde el dia en que se acabase el terror supersticioso con que Moteuczoma miraba á los españoles; desde el momento en que por consiguiente les faltase su apoyo, el pueblo excitado por los sacerdotes, se arrojaria sobre sus cuarteles para devorarlos y los encontraria todavía pocos para su voracidad.

Porque era indudable que el pueblo, celoso de su *independencia*, miraba con odio y recelo á los españo-

les. Si les mostraban alguna deferencia, si les abrian paso en las calles, era porque ese dios de la tierra que se llamaba Moteuczoma, los habia acogido bajo su manto.

Pero qué impedia que Moteuczoma cambiase de un instante á otro? ¿acaso el ejército no tenia ya bastantes pruebas de su versatilidad? El que ahora se ostentaba amigo, ¿no les habia prohibido mil veces con dureza que se acercasen á su capital?

Y sin embargo, no habia mas que un medio de impedir que el pueblo se arrojase un dia sobre el cuartel de los extranjeros y los triturase con sus mismos escombros: obligar á Moteuczoma á ser siempre amigo de los españoles.

¿Pero cómo? El estaba siempre rodeado de consejeros que le debian azuzar contra los enemigos de su patria. Los guerreros debian recordarle á cada instante que le bastaba un soplo de su régio poder para aniquilarlos.

¿Cómo impedir que influyesen un dia en su ánimo los sabios que le ayudaban á gobernar y los capitanes, depositarios de su poder?

Cortés se golpeaba la frente con desesperacion, y hombre devoto y de fé religiosa, pedia á Dios que le iluminase en aquel peligro á que se habia expuesto en su servicio.

Repentinamente se detuvo en un ángulo de la ha-

bitacion, pálido y con el cabello erizado. La luz de la bugía iluminaba sus facciones descompuestas.

Acababa de ocurrírsele una idea; pero tan audaz, tan insensata, tan imposible de realizar, que él mismo sentia que la sangre circulaba con dificultad por sus venas, al considerar los peligros que debia arrostrar para realizarla.

¡Habia concebido la idea de prender á Moteuczoma en su mismo palacio y de darle por prision el cuartel de los españoles!

Realizado aquel plan, eran incalculables las ventajas que sacaria de él el ejército expedicionario.

Moteuczoma en el cuartel de los españoles, no seria influido mas que por los españoles mismos. Nadie le excitaria, nadie le azuzaria contra ellos. El palacio de Axayacatl estaria protegido por la presencia misma del monarca, y los extranjeros podian vivir tranquilos dentro de sus muros.

Pero la dificultad estaba precisamente en poder realizar el plan.

Qué! ¿cuatrocientos extranjeros, venidos de un país desconocido, podian llegar al palacio de un rey, arrancarle en medio de su corte y conducirle preso á la vista de trescientos mil vasallos, sin que éstos se armasen, no ya para librar á su rey, sino para castigar á los sacrílegos españoles?

Y dado caso de que en un momento de estupor pudiese realizarse este plan, ¿no se armaria en seguida

todo Tenochtitlan, todo el Anáhuac, para vengar la ultrajada magestad del soberano?

Cortés habia empezado otra vez á pasearse precipitadamente por la habitacion. Súbitamente se dibujó en sus labios una sonrisa.

En el poco tiempo que tenia de tratar con Moteuczoma, habia llegado á conocer su carácter pusilánime. Una amenaza secreta bastaria para obligarle. Si esta amenaza no era escuchada por sus vasallos, era indudable que el infeliz monarca se dejaria conducir con un terror supersticioso á la prision.

Cortés volvió á detenerse frente á la bugía.

A pesar de las seguridades que se daba á sí mismo, era indudable que el plan podia fracasar. La amenaza podia ser oida: Moteuczoma podia resistirse á esta violencia, como se habia resistido á olvidar á sus dioses.....

Al cabo de un instante de reflexion, Hernan Cortés se encogió de hombros.

Qué importaba que fracasase el plan? ¿Qué importaba que una vez realizado se sublevase contra él todo el imperio?

¿A qué habia venido al Nuevo-Mundo? No habia venido á abrirse paso con la punta de su espada? Este era un medio como otro cualquiera de romper las hostilidades, y era tiempo ya de romperlas para llegar al objeto final de su ambicion.

El *podria perecer en la* demanda. ¿Pero qué em

presa es grande, si no se arrostra en ella un grave peligro?

Habia tomado ya su resolucion. Se apoderaria de Moteuczoma ó comenzaria de una vez y con franqueza la guerra.

Era preciso!

¿Habia de permanecer eternamente y en perpétua inaccion en el palacio de Axayacatl, esperando que Moteuczoma le mandase provisiones para las siete mil plazas de su ejército?

¿Habia de aguardar á que Moteuczoma viniese á poner á sus piés voluntariamente el poderoso imperio del Anáhuac, la querida herencia de sus padres?

Si se quedaba en su palacio, disfrutando en paz del hospedaje del emperador, ¿los aztecas no acabarian por perderle el respeto y asaltar un dia sus cuarteles?

¿No llegaria un dia tambien en que el mismo Moteuczoma, cansado de mantener aquellos extranjeros holgazanes, les intimase súbitamente la marcha?

Y el pueblo, viendo retirarse de la ciudad á aquellos extranjeros, sin haber dado una prueba de su pretendido poder, viendo salir fugitivos á los que habian entrado triunfantes, ¿no acudiria á las armas para perseguirlos en su fuga y despedazarlos?

Cortés se hallaba en una de esas situaciones de la vida en que no es posible detenerse..... en que vacilar un instante es perder para siempre..... en que

como sucedió á la mujer de Lot, hermosa parábola de la Biblia, mirar hácia atras es morir.

Para subyugar á los turbulentos aventureros, para mantener á los aliados vacilantes, para amedrentar á sus numerosos enemigos, no habia mas que un medio..... el que habia empleado siempre con el éxito mas completo.

La audacia!

Pues bien! seria audaz..... estaba decidido!

Se hallaba subiendo una pendiente escarpada, y para recoger el precioso galardon que le aguardaba en la cima, no habia mas que subir..... subir á pesar de todos los obstáculos que encontrase en su camino.....

Cortés estaba resuelto.

Llamó á uno de los soldados de la guardia, que desde la conspiracion de Juan Escudero velaba siempre á las puertas de su habitacion.

—Llamad á los capitanes, le dijo.

Y continuó dando vueltas en el aposento. Repentinamente hirió su imaginacion una circunstancia. ¿Qué pretexto daria para la prision de Moteuczoma? ¿Qué causa habia para pagar el hospedaje del espléndido monarca con tan inaudito atentado?

Qué diria al mismo Moteuczoma, á sus compañeros de aventura, al emperador Cárlos V, al mundo todo, á la posteridad, en fin, para cohonestar aquella accion, que pareceria sublime si triunfaba, ridícula si fracasaba?

Hay una especie de pudor público que quiere ave-

riguar la razon de todas las acciones humanas. Poco importa que esta razon sea verdadera ó falsa. Lo que importa sobre todo, es que se busque un manto que cubra la desnudez de nuestra miseria.

El que tiene la ambicion de inscribir su nombre en el libro de la historia, no quiere que haya una página que le acuse de infame ó de poco previsor.

Era preciso buscar ese pretexto!

Cortés oia ya los pasos de los capitanes que se acercaban, y aun no le habia encontrado. En vano buscaba en el rico arsenal de su imaginacion.

Pero súbitamente soltó una exclamacion de alegría.

Tenia ya su pretexto.

Alvarado, Olid, Velazquez de Leon y los demas capitanes que habia mandado llamar, le encontraron con el semblante radiante de satisfaccion.

—Sentaos, señores, les dijo el capitan, enseñándoles los bancos aztecas esparcidos en desórden por la habitacion.

Este momento le bastó para cambiar la expresion de su rostro. Cuando sus consejeros hubieron acabado de tomar asiento á su derredor, Hernan Cortés parecia preocupado y melancólico.

—Amigos mios, les dijo, tengo que comunicaros una triste noticia.—Os acordais de Juan de Escalante?

—Sí, respondió Alvarado.—El valiente capitan que dejamos de guarnicion con cincuenta hombres en la *Villa de Veracruz*.

—Pues bien, respondió Cortés con solemnidad: rezad por su alma!

Todos los capitanes se agitaron en sus sillas con un movimiento de espanto.

—Sí, amigos amios, prosiguió Cortés.—Ese valiente caballero ha muerto, y el único consuelo que debe quedarnos, como cristianos, es que ha perecido peleando por la Cruz.—Ved aquí cómo. Luego que nosotros nos separamos de Villa Rica, el emperador Moteuczoma, ese hipócrita señor que aquí nos halaga y nos colma de regalos, se atrevió á cobrar á nuestros fieles aliados los totonacas, el tributo que antes le pagaban. Los totonacas se resistieron á obedecer, alegando que ya no eran súbditos suyos, sino de los reyes de Castilla. Entónces el pérfido Moteuczoma, el que blasona de ser nuestro amigo, previno á uno de sus caciques que con una hueste poderosa fuese á obligar ó á castigar á nuestros aliados. Viéndose éstos amenazados, pidieron auxilio á Juan de Escalante. El valiente capitan se los prometió y salió él mismo con treinta españoles y todos los totonacas que pudieron reunirse, á buscar al cacique de Moteuczoma. Dióse la batalla, y aunque los totonacas huyeron desde el principio, los españoles continuaron el combate y lograron derrotar á sus enemigos. Pero habian quedado muertos varios cristianos en el campo, y el mismo capitan recibió tantas heridas que no tardó en espirar.

El *auditorio de Cortés* estaba consternado. Cada

español que moria en la guerra, era un compañero menos en la peligrosa aventura que habian acometido, una probabilidad en contra del éxito, un recuerdo doloroso de la suerte que cada uno podria correr en adelante.

—Pero no es eso todo, continuó el capitan.—Uno de los cristianos muertos ha sido degollado en el campo mismo de batalla y se ha traido á Moteuczoma su cabeza para que sea sacrificada ante sus ídolos.

Todos esos caballeros que se llamaban Alvarado, Olid y Sandoval, todos esos soldados que exponian diariamente su vida ante millares de enemigos, sintieron que la sangre se detenia en sus venas al escuchar estas palabras, y una palidez mortal inundó sus semblantes.

Hernan Cortés habia conseguido su objeto. Estaba bien preparado el ánimo de sus oyentes para escuchar el audaz proyecto que iba á someter á su exámen.

Hizo esta observacion y prosiguió:

—Todo esto nos prueba, que como os he dicho ya, Moteuczoma es un pérfido, un hipócrita, un traidor, que si hoy nos halaga, mañana puede mandarnos asesinar, como á los cristianos de Veracruz.

—Y no creo que espere mucho tiempo para hacerlo, observó uno de los capitanes.—Los tlaxcaltecas que se han paseado por toda la ciudad, aseguran que *aunque la plebe* está entretenida en los juegos que

ha mandado preparar Moteuczoma, la nobleza murmura y ruge en secreto contra nosotros.

—Y bien, señores, repuso Cortés: nuestra situacion en dos palabras, es la siguiente. Estamos rodeados de un número tal de enemigos, que pueden calcularse en ciento por cada español. Moteuczoma que es nuestro único protector, puede faltarnos un dia inesperadamente y no tenemos ninguna garantía contra su volubilidad. Peligran nuestra empresa y nuestra vida. ¿Qué os parece que hagamos para evitar el peligro?

—Señor, dijo uno de los consejeros: ¿es verdad que nuestra situacion es desesperada?

—Lo creo firmemente, respondió Cortés.

—Pues bien; reunid el ejército, y salgamos esta noche secretamente de la ciudad. Nadie aguarda esta súbita resolucion, y estoy seguro que podrémos pasar hasta el último puente, antes que ningun pagano se aperciba de nuestra salida.

Los consejeros, habituados á la superioridad de Cortés, fijaron en él su mirada al terminar estas palabras. Y como no dió ninguna señal de aprobacion al proyecto, todos se prepararon á combatirlo.

—En caso de optar por la salida, arguyó Velazquez, yo preferiria que saliésemos públicamente, á la luz del sol, y despues de despedirnos del emperador Moteuczoma, quien nos acompañaria gustoso hasta una milla *de su palacio.* Esta circunstancia protejeria

nuestra retirada. Pero una salida secreta tiene el carácter de una fuga, y sobre ser esto deshonroso para las armas españolas, nos expondria al peligro de ser descubiertos y perseguidos.

Hernan Cortés continuaba silencioso y meditabundo, señal evidente de que no le hacian impresion las opiniones que acababan de emitirse.

—Señor, dijo con cierto acento de impaciencia Alvarado.—Nosotros no somos mas que soldados y vos sois nuestro capitan. Mandad y obedeceremos.

Un murmullo de aprobacion resonó en los bancos de los consejeros.

—Y bien, señores, dijo entónces Cortés; puesto que os remitís á mi opinion, os diré que toda salida de la ciudad es retroceder en nuestra empresa y condenarla tal vez á que no se realice jamás.

—Pues avancemos! dijo el impetuoso Sandoval.

—Pero cómo? preguntó una voz.

—Yendo mañana á ver á Moteuczoma, respondió Cortés, arrancándolo de su palacio y trayéndolo preso á nuestro cuarteles.

Renunciamos á describir la impresion que estas palabras produjeron en el auditorio de Cortés. Si él mismo se habia estremecido al concebir aquella idea, ¿qué extraño era que la escuchasen mudos de estupor los que se imponian de ella de una manera tan inesperada?

El capitan aprovechó este silencio en desarrollar su

idea y en enumerar las grandes ventajas que sacaria el ejército expedicionario de este golpe de audacia.

Cuando terminó su peroracion, todos estaban decididos.

Se prenderia al dia siguiente á Moteuczoma!

CAPITULO XIX

Se consuma el plan.

Toda aquella noche la pasó el ejército en oracion. El padre Fr. Bartolomé de Olmedo apuró su ciencia teológica en pláticas y sermones, y confesó y administró los sacramentos á los que lo solicitaron.

Como los bandidos católicos que suelen encender una vela á la Vírgen para que los patrocine en sus crímenes, así los españoles imploraban la proteccion del cielo para el atentado que iban á cometer, contra el Anáhuac que los hospedaba y el gran señor que los colmaba de regalos.

A las siete de la mañana estaba ya Hernan Cortés en pié dando sus órdenes para el gran acontecimiento que preparaba. Españoles y aliados se pusieron sobre las armas en sus mismos cuarteles para acudir al primer *llamamiento* del general.

Designó veinte y cinco soldados que saliesen á la ciudad, como para pasearse, segun acostumbraban, y les ordenó que por distintos puntos se encaminasen al palacio de Moteuczoma, á fin de hallarse allí reunidos á una hora determinada.

Llamó luego á sus capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Alonso de Avila y Francisco Lugo, y rodeado de ellos y de los intérpretes Aguilar y Marina, salió del palacio de Axayacatl y se dirigió al de Moteuczoma.

Todos iban armados, lo cual no debia sorprender al emperador, puesto que siempre los habia visto de la misma manera, y no dejaban las armas ni para dormir, segun nos asegura el fiel cronista de la expedicion.

Sigamos á los audaces caballeros, cuyo corazon latia con violencia al ir á cometer aquel atentado.

No es esta la primera vez que introducimos á nuestros lectores en la opulenta mansion de Moteuczoma.

Tampoco era la primera vez que la visitaban los españoles. Y sin embargo, al entrar por una de las veinte puertas que se abrian en la parte exterior del edificio, no dejaron de lanzar sus curiosas miradas hácia todos los ángulos del gran patio en que se hallaban.

Veíase en el centro una gran fuente con pavimento de mármol, que arrojaba de su seno el agua pura y cristalina de Chapultepec. Esta y otras fuentes menores que *murmuraban* al rededor de la principal, sur-

tian de agua á todos los depósitos del palacio y á los innumerables baños construidos en su recinto. Frondosos árboles, indígenas del Anáhuac, mitigaban el calor del sol, y una infinita variedad de flores llenaban de perfumes el ambiente.

A la sombra de los árboles y en las galerías exteriores que rodeaban el patio, se paseaban muchos nobles, sacerdotes y militares que habian ocurrido al llamamiento del emperador, ó que aguardaban la audiencia que habian solicitado. Entre estos grupos vió Hernan Cortés á varios de los españoles que habia despachado con anticipacion.

Pasó junto á ellos como si no hubiese notado su presencia, y continuó su marcha hácia el interior. Como préviamente habia mandado solicitar audiencia del emperador, al fin de una galería le esperaban ya los oficiales encargados de introducir á los cortesanos.

Los españoles habian sido excluidos, desde la primera visita, de someterse á la humillante ceremonia de cubrir sus vestidos con el grosero saco de tela de maguey para presentarse al emperador. Como solo los miembros de la familia imperial gozaban de esta exencion, ya podrán calcular nuestros lectores el grado de estima en que Moteuczoma tenia á sus huéspedes.

Merced á esta circunstancia, pudieron llegar sin ningun tropiezo hasta la sala de audiencia. Moteuczoma *los aguardaba* ya, rodeado de sus cuatro consejeros

y de la hermosa Geliztli, su hija, á quien suponemos no habrá olvidado el lector.

La sala de audiencia era de una capacidad tal, que podia contener en su recinto hasta tres mil personas. Su adorno era muy semejante al de la sala principal del palacio de Axayacatl. El techo estaba artesonado con las maderas mas preciosas del imperio, el suelo alfombrado de esteras y las paredes cubiertas de pintados tapices de algodon.

En una de las extremidades de la sala se levantaba el trono de Moteuczoma, que era una silla cubierta de oro y piedras preciosas. Alzábase entre una colgadura de algodon, recamada de todas las preciosidades del Anáhuac.

Los consejeros y Geliztli se hallaban en pié, como todos los que concurrian á la presencia del soberano. Pero de este ceremonial estaban tambien dispensados los españoles.

Trajéronles sillas, semejantes á las del palacio de Axayacatl, y á una señal de Moteuczoma, se sentaron todos al rededor del trono.

Entónces el emperador tomó á Geliztli de la mano y presentándosela á Cortés, le dijo:

—Quiero daros la prueba mas convincente del aprecio con que os miro. Las hijas legítimas de mi familia solo se dan en matrimonio á los príncipes de la casa real de Acamapichtzin ó á los reyes de Tezcoco ó de Tlacopam. Esta es mi hija legítima, la hija que mas

quiero. Pero me desprendo de ella en obsequio vuestro. Tomadla! Os la doy por esposa.

Geliztli se puso horriblemente pálida bajo su moreno cútis, al escuhar estas palabras, y tuvo necesidad de agarrarse de la colgadura del trono para no caer desplomada sobre las esteras del pavimento.

Pero no era Geliztli la única en quien hubiesen hecho impresion las palabras de Moteuczoma. Otra mujer se habia sentido tambien herida en lo mas vivo de su corazon al escucharlas.

Marina! Marina, la que por amor á Hernan Cortés habia vendido á sus hermanos de Tlaxcala y de Cholula, y estaba dispuesta á vender á todos los hijos del Anáhuac.

Por un instante cruzó por la imaginacion de Marina, el diabólico pensamiento de no traducir á Cortés la proposicion del emperador. El español ignoraba completamente el idioma del Anáhuac, y le hubiera sido fácil inventar cualquiera especie para dársela á Cortés por el discurso de Moteuczoma.

Pero luego reflexionó que era imposible. Hernan Cortés habia visto á Moteuczoma tomar de la mano á su hija, y era muy dificil que se equivocase sobre el verdadero sentido de sus intenciones, con tanta mas razon cuanto que todos los señores de las ciudades por donde habia pasado, le habian tambien presentado á sus hijas.

Ademas, era muy fácil que Moteuczoma y sus con-

sejeros comprendiesen el artificio, notando que el jefe español no se daba por entendido de la honra que le dispensaba el gran señor del Anáhuac.

Marina habia hecho todas estas reflexiones en ménos tiempo del que se necesita para recorrer con los ojos estas líneas. Bastóle, sin embargo, para reponerse; y entónces, sin ninguna alteracion en la voz ni en el semblante, tradujo al español con heróica exactitud las palabras de Moteuczoma.

Hernan Cortés, que habia notado y comprendido las vacilaciones de Marina, le hizo dar la siguiente respuesta, que como es fácil de comprender, la hermosa jóven no tardó en traducir al idioma del Anáhuac.

—Señor, estimo en alto grado la honra que me dispensais. Pero soy casado en Cuba, y como la ley cristiana no nos permite tener mas que una mujer, me veo obligado á rehusar la merced con que habeis querido distinguirme.

—Malinche, [1] repuso Moteuczoma con un acento en que se traslucia su enojo: ningun hombre ha rehusado jamás en el Anáhuac las mercedes que le hace el emperador.

Una nueva turbacion volvió á aparecer en el semblante de Geliztli.

1 Los mexicanos daban á Hernan Cortés el mismo nombre que á su bella intérprete. No sabemos hasta qué punto habrá agradado al conquistador esta confusion.

Marina, un tanto conmovida, tradujo fielmente estas palabras, como habia traducido las anteriores, aunque sentía que producian en su ánimo el mismo efecto que una sentencia de muerte.

Hernan Cortés vaciló un instante.

—Señores, dijo al fin, como dirigiéndose á los españoles que le rodeaban, pero en realidad para que le oyese Marina.—Si yo rehusase esta princesa pagana, tendria con el emperador un grave disgusto, lo cual me parece bastante delicado en las circunstancias que atravesamos.

—Pues aceptadla, dijo Gonzalo de Sandoval, devorando con los ojos á la hermosa Geliztli. Yo os aseguro que si vos no la quereis, no faltará en el ejército un caballero cristiano que se crea digno de emparentar con ese bárbaro coronado.

Hernan Cortés, haciendo un esfuerzo para no reirse de este erótico *ex-abrupto*, hizo transmitir á la celosa Marina las siguientes palabras:

—Señor, acepto con profunda gratitud el valioso presente que me haceis.

Geliztli se puso todavía mas pálida al escuchar estas palabras. Educada, sin embargo, como todas las mujeres aztecas en una ciega obediencia á sus padres, permaneció silenciosa, con los ojos clavados en tierra y sin pensar siquiera en defenderse. Sentia sin embargo, un dolor agudo, que le roia cruelmente las entrañas.

Al cabo de un instante de silencio, Hernan Cortés que no perdia de vista el objeto principal de su visita, y que consideraba ya en palacio á todos los españoles que habia mandado reunir allí, hizo decir al emperador que deseaba comunicarle un asunto de alta importancia, que solo podian escuchar los cristianos allí presentes.

Moteuczoma hizo retirar inmediatamente á Geliztli y á los cuatro consejeros.

Entónces le dijo Cortés:

—Señor, á pesar del magnánimo hospedaje con que honrais en vuestra corte á los extranjeros que han venido á visitaros, los españoles que residen en *Quiabislan*, [1] han recibido notables agravios de vuestros súbditos.

Y con los mas negros colores que pudo, contó á Moteuczoma lo que él llamaba el asesinato de Juan de Escalante y de los demas españoles que perecieron en la batalla de las llanuras de Nauhtlan.

—Yo ignoraba ese suceso, dijo Moteuczoma.

—Señor, replicó Hernan Cortés, faltando por la vez primera al respeto que siempre habia mostrado al emperador:—no sé cómo podais ignorar ese suceso, cuando todo el mundo os acusa de que sois vos quien ha mandadado asesinar á mis españoles.

1 Los españoles que estropeaban horriblemente los nombres aztecas, daban este nombre á Chiahuitztla.

Moteuczoma se puso pálido de indignacion al escuchar estas palabras, y tuvo un instante tentaciones de hacer llamar á sus cortesanos para acabar allí de una vez con los insolentes extranjeros. Pero ¡ah! se habia hecho demasiado débil y supersticioso para tomar una resolucion de tan grave importancia. Y el gran señor del Anáhuac, el que era respetado como un dios por todos sus súbditos, no solo sufrió en silencio el agravio, sino que se humilló hasta disculparse con los audaces extranjeros.

—No he sido yo, dijo, quien ha mandado á *Cuauhpopoca* asesinar á vuestros compatriotas. ¿Quereis una prueba?

—La exijo, repuso Hernan Cortés, cuya insolencia se aumentaba mientras mas se humillaba el soberano.

Moteuczoma dió una voz y no tardó en aparecer un paje, á quien ordenó que llamase á dos oficiales de su guardia.

Salió el paje, y un momento despues entraban en la sala de audiencia los dos oficiales.

Moteuczoma descolgó entónces de su brazo la imájen del dios de la guerra que llevaba siempre consigo, y poniéndola en las manos de aquellos, les dijo:

—Iréis á Nauhtlan, enseñaréis al cacique esta insignia y le intimaréis en mi nombre que os siga á Tenochtitlan. Si se resiste á obedecer, traedle, sin embargo, vivo ó muerto. Indagaréis luego quiénes son *los personajes* de aquella ciudad que mas han contri-

buido á la muerte de los extranjeros de Chiahuitztla, y haréis con ellos lo mismo que con el cacique. Si para cumplir mis órdenes necesitais levantar tropas, levantadlas en cualquiera ciudad del imperio. Con la imájen de Huitzilopochtli os entrego todo mi poder.

Los oficiales tomaron con respeto aquella hermosa imájen de oro, que era la insignia del poder imperial, y hechas las tres reverencias del ceremonial de la corte, partieron sin dilacion á cumplir las órdenes del soberano.

—Estais satisfecho? preguntó Moteuczoma.

—Aun no del todo, respondió Hernan Cortés.—Los caballeros asesinados en Nauhtlan pertenecian á la primera nobleza de mi país, y para probar á mi soberano que sé vengar á sus vasallos de la manera que ellos merecen, necesito todavía una prueba mas palpable de vuestra inocencia.

—Estoy pronto á darla, repuso el débil emperador.

—Venid entónces con nosotros al palacio de Axayacatl, vuestro padre.

—¿A qué? preguntó con voz balbuciente Moteuczoma.

—Resideréis allí con nosotros hasta que lleguen el cacique de Nauhtlan y sus cómplices, y se descubra vuestra inocencia.

Moteuczoma se puso todavía mas pálido que la primera vez, y se preguntó á sí mismo á dónde iria á parar la audacia de los extranjeros, si él seguia con

sus condescendencias. Sentia que el corazon le palpitaba de cólera, y aun creyó que el trono de sus mayores en que estaba sentado, se estremecia bajo su afeminado cuerpo.

La sangre real de Acamapichtzin se sublevó entónces en sus venas, y con el rostro airado y las mejillas encendidas, se volvió á Hernan Cortés, y le *dijo:*

—Yo preso á tus cuarteles! ¿Crees que el señor de una nacion tan poderosa como el Anáhuac, vaya á encerrarse en las prisiones de cuatro advenedizos á quienes hospedo y regalo?

—Señor, repuso Hernan Cortés, un tanto humillado ante la dignidad del monarca.—No es una prision á la que os llevamos. Es á una de vuestras residencias reales: es al palacio de vuestro padre Axayacatl.

—Y crees, temerario extranjero, continuó Motezuzoma, que mis nobles vasallos, viéndome ir entre tus lanzas, no comprendan que me conduces preso, y se armen todos para defenderme?

—No, no harán eso; porque vos, que sabeis muy bien que no vais á una prision, sino á vivir entre vuestros respetuosos amigos los españoles, que os servirán tanto ó mejor que vuestros súbditos, les ordenaréis que se abstengan de atentar contra nosotros.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios del emperador.

—¿Piensas, dijo, que me obedecerán mis vasallos, *si doy* una órden semejante?

—Si osan insultar á la majestad real, aquí estamos los españoles para defenderos con nuestras armas.

—Insensato! exclamó Moteuczoma al escuchar esta fanfarronería enteramente española.—Si mi pueblo llega á levantarse, no seré yo sino vosotros, quienes necesiten de defensa. Y vuestros truenos y vuestros rayos serian entónces impotentes para salvaros. Rogad á vuestros dioses que no llegueis á experimentar nunca la cólera de los aztecas.

Moteuczoma estaba verdaderamente hermoso al pronunciar estas palabras. Con las facciones animadas por el sentimiento de su dignidad y el brazo extendido hácia los españoles, en ademan de amenaza, parecia en aquel momento un jefe digno del magnánimo pueblo del Anáhuac.

Desgraciadamente aquella cólera régia fué instantánea. Sus fuerzas parecieron agotarse con las últimas palabras. Los colores desaparecieron de su rostro, sus ojos se apagaron y volvió á caer en la inercia habitual de su carácter.

Hernan Cortés conoció que estaba vencido y que le faltaba muy poco para abandonarse á su voluntad. Deseoso de aprovechar esta oportunidad, añadió:

—Desde la espléndida mansion de vuestro padre, continuaréis gobernando á vuestros súbditos como los habeis gobernado hasta aquí. Llevaréis allí vuestros criados, vuestros consejeros, vuestros oficiales, y nin-

guna alteracion notará vuestro pueblo, porque hayais cambiado de residencia.

Moteuczoma estaba pálido y silencioso. Acaso oraba en su interior á los dioses del Anáhuac, impotentes para librarle de su propia debilidad.

—Venid, señor, concluyó Cortés.—Dispensad á vuestros fieles amigos los españoles, el alto honor de residir entre ellos por algunos dias.

El emperador continuaba impasible.

Los españoles comenzaban á impacientarse.

Comprendian que de un momento á otro podian entrar en la sala de audiencia algunas personas, sobresaltadas de tan larga conferencia.

Temian que llamase la atencion de los cortesanos la larga permanencia de los veinte y cinco españoles, reunidos en el patio principal del palacio.

Adivinaban que si despues de intentar aquel desacato contra la majestad real, no lo llevaban al cabo, su ruina era inevitable.

Velazquez de Leon, que era el mas impaciente de todos, prorumpió súbitamente en estas palabras:

—¿Qué aguardamos? Si esperamos á que se decida este pagano, el dia de hoy será corto para nuestra empresa. Llevémosle por la fuerza, y si resiste todavía, clavémosle en su trono con nuestras espadas.

Estas palabras pronunciadas con voz alterada y en ademan irrespetuoso, sacaron á Moteuczoma de su impasibilidad.

—¿Qué es lo que dice ese extranjero? preguntó á Marina.

Y Marina, la que habia vendido á tantos de sus hermanos, creyó que tambien debia vender al gran señor del Anáhuac, en obsequio de los españoles.

—Señor, respondió con hipocresía: yo, que como súbdita vuestra solo deseo vuestra felicidad, me atrevo á aconsejaros que sigais á los extranjeros al palacio de vuestro padre. Ellos os tratarán con el respeto que merece vuestra alta dignidad; pero si os negais á seguirlos, como hasta aquí, temo mucho por vuestra preciosa existencia.

Con estas palabras se extinguió la última gota de valor que animaba á Moteuczoma. Creyó que podia ser cosido á puñaladas por los españoles antes que acudiese un solo cortesano en su defensa, y dispuesto á abdicar su dignidad en favor de su vida, pálido y vacilante se levantó del trono. Parecia que con el valor se habia agotado toda la sangre de sus venas.

—Quiero fiarme de vosotros, dijo con voz apagada. —Vamos al palacio de mi padre, pues así lo quieren los dioses.

Algunos instantes despues, el débil Moteuczoma, acompañado solamente de sus consejeros y de Geliztli, atravesaba el corto trecho que separaba su palacio del de Axayacatl, montado en su magnífica litera y rodeado de *los soldados* españoles, que so pretexto de

honrarle, cuidaban de que no fuese arrebatado por la multitud.

Porque una inmensa multitud hervia ya en la plaza del templo mayor y en las calles. Moteuczoma estaba saliendo todavía de su palacio, y ya habia cundido por toda la ciudad la extraordinaria noticia de su prision.

En vano el emperador hacia decir al pueblo por medio de sus oficiales que no iba preso, y que solo acompañaba á los españoles á su morada por ciertos motivos secretos que habia consultado con los mismos dioses.

En vano llegó su debilidad hasta imponer pena de muerte al que osase promover algun alboroto para darle la libertad.

El pueblo le veia preso, á pesar de la magnificencia que le rodeaba, y lloraba el ultraje hecho al Anáhuac en la persona de su rey. Algunos hombres del pueblo llevaban su desesperacion hasta á arrojarse al suelo, dando muestras de profundo dolor.

Moteuczoma procuraba sonreirse y repetia sus protestas de que iba por su voluntad á vivir entre sus buenos amigos los españoles.

Aquel desgraciado no era ya digno de ser el jefe del magnánimo pueblo de los aztecas!

CAPITULO XX

De cómo los celos obligaron una vez á Marina á oponerse á los designios de Cortés.

Geliztli, por respeto á su alto nacimiento, habia sido alojada en una cámara baja, amueblada como las mejores del palacio. No tenia mas compañera que una mujer del pueblo, que la servia á la vez de doncella y dama de honor.

Desde el primer dia de su residencia en aquella prision disimulada, se le habia presentado en su habitacion el padre Olmedo, acompañado de Marina.

Los españoles tenian la manía de catequizar á cuantos paganos caian en sus manos y de arrojarles agua á la cabeza al tercer dia de prédica, hubiesen entendido ó no los incomprensibles argumentos con que se procuraba su conversion. Con esta ceremonia se les declaraba bautizados, y por consiguiente cristianos.

Esta prisa de cristianizar á los perros idólatras, no dejaba de tener disculpa. Los españoles habian acometido su empresa con el principal objeto—segun decian—de despojar á Satanás del trono que se habia hecho levantar en América. Arrancarle sus vasallos era, pues, jugarle una burla pesada, y aumentar los dominios de Jesucristo. Con esto no solo se acarreaban las bendiciones del cielo, sino que podian cometer á mansalva toda clase de crímenes, seguros de que serian perdonados, en gracia del agua bautismal que regaban copiosamente en su tránsito.

Geliztli escuchaba en silencio las exhortaciones del P. Olmedo, transmitidas por la boca de Marina. Traíala demasiado preocupada su situacion actual para que se fijase mucho en los elocuentes discursos del misionero. Solo se admiraba de que se empleasen tantas palabras y tanto tiempo para hacerle cambiar sus dioses por los dioses de los extranjeros. Era una costumbre antigua en el Anáhuac que los vencedores impusiesen su religion á los vencidos, sin alegar otra razon que su triunfo, y Geliztli se consideraba ya vencida por los españoles, puesto que veia en prision á su padre, jefe soberano del Estado.

Geliztli, pues, aguardaba con indiferencia que la llevasen un dia á adorar la gran Cruz que Hernan Cortés habia hecho plantar en el patio principal del palacio, y que ella consideraba el ídolo principal de los cristianos, puesto que los veia arrodillarse ante

aquel leño colosal, ó hacerle una reverencia cuando pasaban.

Lo que sí preocupaba extraordinariamente á Geliztli era aquel regalo que de ella habia hecho su débil padre al jefe de los extranjeros.

En los matrimonios aztecas muy raras veces mediaba la prévia inclinacion de los esposos. Los padres eran los que se tomaban el trabajo de preparar el enlace de sus hijos.

Cuando un jóven habia llegado á la edad nubil, es decir, á los veinte y cinco años, sus padres echaban una mirada sobre todas las muchachas casaderas de la ciudad para escojer entre ellas la que les parecia mas conveniente Es probable que esta conveniencia se fijase siempre con relacion á la posicion social y riqueza de la familia á que pertenecia la novia, pues bien sabido es que los ancianos papás, á quienes siempre parece verso eso del amor y del corazon, no estiman de otra manera la felicidad de sus hijos.

Hecha la eleccion de esposa, se consultaba á los hechiceros y adivinos sobre la conveniencia del matrimonio. Estos consultaban el calendario y el oráculo de Quetzalcoatl, y si predecian alguna calamidad para los futuros contrayentes, los pobres padres se echaban por esos mundos de Dios para buscar una nueva muchacha que mereciese mas las simpatías de los adivinos.

Y cuando tenian la dicha de topar con una á quien estos charlatanes daban el *exequatur* correspondiente,

se buscaba una mensajera que pasase á la casa de la elegida y la pidiese á sus padres con el supersticioso ceremonial autorizado por la costumbre.

Las muchachas, por su parte, no solo tenian que esperar, como sucede con las mujeres de todos los países, sino que tambien tenian que esperar sus padres. El retraimiento en que vivian, especialmente las hijas de familias distinguidas, no les permitia hacer conocer su amor por ninguno de esos recursos encantadores, que saben poner en juego las mujeres de países mas civilizados.

Pero no era esto lo peor. Cuando llegaba la hora de presentarse un candidato, los padres, sin consultar ordinariamente la voluntad de la interesada, concedian su mano, si creian al mancebo digno de emparentar con su familia.

Y era muy comun—á lo ménos en las ciudades populosas—que los novios se viesen por la primera vez de su vida en los momentos de celebrarse el matrimonio ante los sacerdotes y los parientes.

Geliztli conocia todas estas costumbres, elevadas á la categoría de ley, que eran todavía mas severamente observadas entre los miembros de su régia dinastía. Como Moteuczoma habia dicho á Hernan Cortés, apenas se creia dignos á los reyes de Tezcoco y de Tlacopam de aspirar á la mano de una princesa de Tenochtitlan. En sus matrimonios no se consultaba mas fin que las elevadas conveniencias de la política.

Esto era lo que habia impelido á Moteuczoma á ofrecer á Hernan Cortés la mano de su hija.

Desgraciadamente Geliztli habia olvidado por un momento las obligaciones que le incumbian como hija y como princesa, y habia entregado su corazon al jóven sacerdote de Huitzilopochtli.

Pero no era esto todo. Geliztli tenia un miedo supersticioso á los extranjeros. Fuesen descendientes de los dioses, como aseguraban algunos, ó entes sobrenaturales arrojados de los abismos del mar, como creian otros, ella sentia estremecerse todo su cuerpo cuando se encontraba en presencia de alguno, y no podia acostumbrarse á las espesas barbas que cubrian la mitad de su rostro.

Considerábalos ademas como enemigos de la patria y de su familia, y era una hija demasiado digna del Anáhuac, para no sentir hácia ellos un aborrecimiento profundo.

Así, pues, el amor, la superstición y el patriotismo se aunaban en su pecho para hacerle mirar con aversion al esposo que su padre acababa de darle.

¿Pero qué recurso podia tocar para oponerse á la santa voluntad de su padre y al mandato soberano de su rey? Las leyes aztecas no estaban hechas de acuerdo con el corazon de la mujer, y en lugar de protejerla, pronunciaban su sentencia de muerte.

Se hallaba Geliztli una mañana entregada á estas profundas reflexiones, cuando vió entrar á Marina en

su habitacion. La jóven princesa se quedó inmóbil en su silla, aguardando á que entrase el sacerdote cristiano, creyendo que se trataba de una nueva exhortacion religiosa. Pero viendo que se pasaba el tiempo sin que entrase el fraile de la Merced, como le llama Bernal Diaz, se volvió á Marina como para interrogarle sobre la causa de aquella demora.

Marina comprendió el sentido de esta mirada, y respondió:

—Todavía no es hora de que venga el sacerdote cristiano.

Una nueva pregunta brotó de los ojos de Geliztli.

—A qué has venido tú entónces?

—He venido, respondió la perspicaz Marina, á tener con voz una conferencia secreta que acaso os interese demasiado.

—Habla, dijo Geliztli con la dignidad de una reina que va á otorgar una gracia.

Marina se acercó á la princesa, y mirando á todos los ángulos de la habitacion:

—Verdad, dijo, que no está aquí vuestra esclava?

—No: estamos solas.

Marina clavó entónces en Geliztli una mirada que nos seria imposible describir, y le preguntó:

—Amais á Malinche?

Nuestros lectores recordarán que este era el nombre que los aztecas daban á Cortés.

Demudóse el semblante de la princesa al escuchar

estas palabras, y mirando con severidad á Marina, le dijo:

—Por qué me haces esa pregunta?

Marina bajó los ojos, llena de confusion, y respondió balbuciente:

—Yo!..... Como el emperador os ha entregado á Malinche..... y acaso supondréis por esto que muy pronto se anudarán vuestros vestidos..... [1]

—Concluye, dijo Geliztli con un lijero acento de impaciencia.

Marina, antes de concluir su frase, volvió á levantar los ojos sobre su interlocutora, para observar acaso en su semblante el efecto que producian sus palabras.

En seguida añadió:

—Deseo sacaros de un error en que acaso vivís.

—¿Y qué interés puede tener para tí nada de lo que á mí me concierne?

—Señora, respondió Marina que habia tenido ya tiempo para reponerse: cuando vuestro padre os tomó de la mano para ofreceros á Malinche, yo os ví poneros mas blanca que la colgadura del trono, de que os agarrasteis para no caer.

Geliztli miraba de hito en hito á su interlocutora.

—Ah! exclamó de súbito, como herida de una idea

1 La ceremonia principal del matrimonio entre los aztecas, era atar una punta de la capa del esposo con la camisa de la esposa.

repentina.—Yo tambien recuerdo que te pusiste pálida, cuando viste que mi padre me ofrecia á Malinche.

—Sí, repuso Marina con admirable sangre fria.—Temí que cayeseis en el lazo que se os tendia, y esa fué la causa de la turbacion que notasteis en mí.

—De qué lazo hablas? preguntó Geliztli.

—Malinche os ha aceptado como esposa, pero como no puede nunca casarse con vos.....

Marina se detuvo, llena de embarazo; pero al cabo de un instante continuó:

—¿No es verdad que me permitis que os hable con entera franqueza, en gracia del importante servicio que voy á prestaros?

—Ignoro qué clase de servicio será ese. Pero te permito que me digas lo que creas oportuno, siquiera porque eres tú la única persona con quien pueda hablar en este palacio de mis nobles ascendientes.

—Pues bien, señora, prosiguió Marina; como el jefe de los extranjeros no puede casarse con vos, porque es casado en su país, y la ley de Cristo que profesa, no le permite tener mas de una mujer, temo que quiera hacer de vos una cosa indigna de vuestro alto nacimiento..... Su manceba!

Geliztli se levantó de su silla, como movida por un resorte, y se mostró á los ojos de Marina, pálida y severa, con el pudor de la mujer ofendida, con la dignidad ultrajada de una reina.

—*Esclava*, le dijo: ¿quién te ha dado derecho de

venir á pronunciar esas palabras ante la hija de tu señor?

—Señora, tartamudeó confusa Marina; yo os habia rogado que me permitiéseis hablaros con franqueza, para anunciaros el peligro que correis. Yo que conozco las leyes de los cristianos, por el largo tiempo que he vivido entre ellos; yo que os respeto como á hija de mi señor, he creido que debia avisaros de un mal que acaso no conocíais, y hé aquí el motivo de mi visita y mis palabras.

La princesa habia vuelto á caer sobre su silla, y rompiendo en un llanto abundante que inundaba de lágrimas sus mejillas, decia:

—Pero por qué me admiro de que me faltes al respeto? ¿No eres la aliada de esos extranjeros que han insultado á mi padre, aprisionándole en la casa misma de sus ilustres progenitores? ¿No somos ya los vencidos y tus aliados los vencedores? ¿No soy ahora la esclava en vez de ser la señora?

Marina empezaba á compadecerse de aquella princesa desventurada, que al principio no le inspiraba mas que cólera y celos.

—Señora, le dijo luego que hubo terminado sus lamentaciones, si creeis que os he ofendido, os pido licencia para retirarme.

—No, repuso Geliztli; quédate. Los dioses del Anáhuac me han abandonado, sin duda porque he dado oidos al sacerdote de los extranjeros, y quiero saber

los peligros que me amenazan para librarme de ellos con mis propias fuerzas.

—Y con las mias, repuso Marina.—¿No es una prueba bastante de lo que me intereso por vos el paso que acabo de dar?

Geliztli se mantuvo impasible y muda, acaso porque no le inspiraban mucha confianza las protestas de Marina. Continuó mirándola, sin embargo, como para excitarla á hablar.

—Señora, prosiguió Marina con un ligero temblor en su acento.—Para proponeros un medio que os libre del peligro que os amenaza, necesito que respondais á mi pregunta: ¿amais al jefe de los extranjeros?

—Bien sabes, respondió Geliztli, que nunca se hace esa pregunta á una mujer de nuestra raza. Se le dice ahí tienes un esposo, y ella debe aceptarlo, so pena de exponerse á la cólera de los dioses.

—Pero á vos os han presentado un hombre que no puede ser vuestro esposo.

—¿Y puedo acaso desobedecer á mi padre?

—La ley de Dios está sobre todas las cosas de la tierra. Y el Dios de los cristianos, que muy pronto será el vuestro, os prohibe casaros con un hombre que tiene ya otra mujer.

—Pero qué puedo hacer contra el hombre que me ha aceptado y que me tiene ahora en su poder?

Marina se aproximó mas á la princesa:

—*Huir* de este palacio, le respondió en voz baja.

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de la desventurada Geliztli.

—Es acaso eso posible? preguntó, haciendo un esfuerzo para disimular su alegría.

—Ayudada por mí, repuso Marina, no creo que se nos haga muy difícil.

—Pero de qué modo?

—Oh! Yo solo deseaba saber ahora si aceptaríais la fuga que venia á proponeros, para facilitaros en seguida los medios.

—Que si la aceptaria! exclamó Geliztli, como admirada de que se hubiese podido dudar un solo instante de sus intenciones.

Pero como si se hubiese arrepentido al instante de haber dejado ver hasta el fondo de su corazon á aquella mujer, que en último resultado no era mas que una aliada de sus enemigos, no tardó en añadir las siguientes palabras:

—Aguarda! Tú lo has dicho muy bien. Tú vives hace mucho tiempo con los extranjeros, has aprendido su idioma y adoptado sus dioses. A pesar del color de tu semblante, mas pareces compatriota de los hombres blancos del Oriente que de los cobrizos aztecas. Ayudas á los extranjeros en sus iniquidades, has ido al palacio de mi padre para ayudar á su prision y aun se asegura que tú has tenido la culpa de la sangre azteca que se ha derramado en Cholula. Has adoptado

una patria que no es la tuya y has renegado del Anáhuac que te vió nacer.

Marina se habia puesto sucesivamente pálida y roja al escuchar estas palabras, y cuando Geliztli hubo terminado, le preguntó con amargura:

—Me reconvenís por eso?

—No, repuso la princesa con un ligero acento de desprecio. No! Te lo digo únicamente para preguntarte si no vienes por órden de los enemigos de mi patria á tenderme un lazo..

—Ah! exclamó Marina, conociendo cuán justa era la reflexion de la princesa.—Si yo hubiese venido de órden de los extranjeros, no me hubiese recatado de ellos para pasar á vuestra habitacion.

Geliztli recapacitó un instante.

—No importa, objetó.—Muy bien puedes haber fingido que te recatabas para hacerme caer mas fácilmente en el lazo. Necesito una prueba mas convincente de tu sinceridad.

Marina no encontró una respuesta.

La desgraciada empezaba á recoger el fruto de su traicion. Conocia que la noble princesa tenia motivos poderosos para desconfiar de ella, y no encontraba en su imaginacion un pretexto para persuadirla de su buena fe.

Y decimos *pretexto,* porque Marina creia que nunca tendria valor para confesar á Geliztli el verdadero motivo que la obligaba á proponerle la fuga.

Entretanto, la princesa continuó:

—Para fiarme de tí, necesito esa prueba. Y si no me la das pronto, iré á buscar á Malinche y le diré que me has propuesto la fuga.

Marina palideció como un cadáver al escuchar estas palabras, y extendiendo sus brazos hácia la princesa, en ademan suplicante le dijo:

—Guardáos muy bien de hacer lo que decís, si no quereis que vos y yo nos perdamos para siempre!

Era tal el espanto pintado en el semblante de Marina, que Geliztli creyó que podia aprovechar esta oportunidad para arrancarle la prenda que buscaba.

—Y sin embargo, repuso con este propósito, es el único medio que encuentro para averiguar si procedeis de acuerdo con los extranjeros.

—No, dijo Marina, como tomando súbitamente una resolucion.—Yo voy á proporcionaros otro.

Y bajando los ojos y coloreándose ligeramente sus mejillas, añadió:

—Yo le amo.

—A quién? preguntó la princesa.

—Al jefe de los extranjeros..... á Malinche.

—Ah! exclamó Geliztli, empezando á comprender.

—Y estoy celosa de vos.

—Sí! sí! Y por eso te pusiste pálida cuando mi padre me presentó al extranjero.

—Y por eso os propongo la fuga..... porque no *quiero que habiteis bajo* él mismo techo que él.

Geliztli inclinó la cabeza para reflexionar. Al cabo de un instante levantó los ojos. Parecia haber tomado una resolucion.

—Está bien! dijo á Marina.—Acepto tus servicios. Pero que los dioses te castiguen si te atreves á vender á la hija de tu señor.

—No! repuso Marina.—No los dioses del Anáhuac, porque ya no creo en ellos. Que la Vírgen María me abandone, si me atrevo á engañarte.

—Yo creo que hay uno ó muchos dioses en ese cielo que de noche se inunda de estrellas. Acepto tu juramento por esos dioses, sean quienes fueren. . .

—Bien! Voy ahora á preparar los medios para vuestra fuga. La creo un poco difícil. Pero no importa.... Mañana volveré á daros cuenta de mis trabajos.

—Los dioses te acompañen, repusó Geliztli.

Y se levantó de su silla para acompañar á Marina hasta la puerta de la habitacion.

Esta levantó la cortina para salir. Geliztli aventuró una mirada hácia el patio que tenia delante de los ojos, y lanzó un grito de sorpresa.

Marina la miró con asombro. La princesa le dijo:

—Ves á ese jóven que en este momento pasa en frente de vuestro gran ídolo, y se dirige á las habitaciones de mi padre?

—Sí, dijo Marina, siguiendo con los ojos la direccion del dedo de la princesa.

—Es el que mejor puede ayudarnos en nuestros planes. Hazle venir aquí. Se llama Tizoc.

Marina levantó la cabeza para mirar á Geliztli y pedirle acaso explicaciones.

Pero la princesa no se apercibió de nada, embebida como estaba en seguir con la vista al jóven sacerdote.

Marina creyó comprender el lazo que unia á Geliztli con el jóven que le habia designado, y llena de alegría por este descubrimiento que venia á tranquilizarla más con respecto á sus celos, corrió hácia la direccion á que se encaminaba Tizoc.

Geliztli abandonó entónces la cortina que habia levantado, temerosa de ser descubierta por algun indiscreto, y volvió á ocupar la silla que acababa de dejar, sintiendo palpitar precipitadamente su corazon.

———

CAPITULO XXI

Un proyecto de Tizoc.

Cinco minutos despues volvió á alzarse la cortina de la puerta y apareció Marina.

Pero venia sola.

La princesa que todavía se sentia conmovido, la interrogó con una mirada.

—Ya viene, respondió Marina. Está aguardando á que no haya nadie en el patio para que no le vean entrar en vuestra habitacion.

—¿Me guardarás el secreto, no es verdad? preguntó Geliztli, ligeramente ruborizada.

—Seré muda para vuestros dolores y para vuestras alegrias.

—Tus dioses te lo premien.

—No sé acaso lo que es amor? Oh! Y ese mancebo debe amaros con toda su alma, porque yo le ví estremecerse de placer cuando pronuncié en su oido vuestro nombre.

Geliztli, siempre ruborizada, no osaba apartar los ojos de las esteras que alfombraban el pavimento.

—Todo lo he comprendido, continuó Marina, aproximándose á la princesa.—Tizoc es para vos lo que Malinche es para mí!

La princesa irguió la cabeza con orgullo, y lastimada con esta comparacion, respondió con cierta aspereza:

—Te engañas. Malinche te ama porque le has sacrificado tu honor y tu patria; y el amor que Tizoc me tiene, es mas puro que una oracion á los dioses en la boca de un niño.

Marina bajó la cabeza avergonzada y confusa, ante aquella voz que la condenaba, y que probablemente era la voz de todo el Anáhuac.

En aquel momento se alzó por tercera vez la cortina de la puerta, y apareció Tizoc en el dintel.

Marina aprovechó esta oportunidad para salir de su confusion, y se retiró de la cámara, sin osar levantar los ojos sobre aquellos dos jóvenes, dignos hijos del Anáhuac, que con su sola presencia parecian condenar su conducta.

Tizoc y Geliztli se quedaron solos.

Pero el primero, en lugar de avanzar al interior del aposento, se quedó parado en el dintel de la puerta, frio y severo, como una estátua inanimada.

Geliztli, á quien el placer de hallarse ante el objeto amado, le habia hecho inclinar un instante los ojos, los

levantó al fin sobre el jóven sacerdote, y le miró con asombro.

Transcurrió un momento de embarazoso silencio, que ninguno de los dos amantes parecia dispuesto á interrumpir.

Al fin Tizoc pronunció con acento solemne y doloroso estas palabras:

—Me han dicho que me llamábais, y aunque no sé qué pueda decirme la esposa de un enemigo del Anáhuac, he recordado que sois la hija de mi señor, y he acudido á vuestro llamamiento.

—¿Quién te ha dicho que soy la esposa de un enemigo del Anáhuac?

—Los que han visto á tu padre presentarte al extranjero..... los que como yo, te ven ahora habitar el mismo palacio de tu esposo.

—No es extraño que lo digan los que no me han oido invocar á los dioses para hacerlos testigos de mi amor; pero que lo digas tú.....

Y el amargo acento con que la princesa pronunciaba estas palabras, se extinguió súbitamente en sus labios, y dos gruesas lágrimas brotaron bajo sus párpados.

Entónces Tizoc, ébrio de gozo, delirante, transfigurado, corrió hácia la jóven princesa, y avergonzado y gozoso al mismo tiempo, la dijo con un acento que revelaba toda su emocion:

—*Que el* dios de la guerra niegue siempre á mis *armas la victoria*, si en toda mi vida he esperimen-

tado una alegria igual á la que siento ahora al saber que no estás casada con Malinche, como lo dice y lo cree todo el Anáhuac.

—Pero tú.....! tú! murmuraba Geliztli, enjugándose las lágrimas de los ojos.

—Hermosa hija de mi señor, repuso Tizoc, llevándose tambien una mano á los ojos para enjugárselos: —los dioses perdonan al guerrero que ha matado en el campo de batalla á los enemigos de su patria, ¿por qué no me perdonas tú, cuando ya he matado todas mis dudas?

Geliztli extendió al mancebo una mano que éste se apresuró á coger entre las suyas. Inundándola luego con sus lágrimas, dijo á la princesa:

—La hermosura viene de los dioses y debe ser siempre indulgente, como ellos..... No es verdad que me perdonas?

Geliztli llorando y riendo á la vez, y con un ligero rubor en las mejillas, respondió:

—¿No nos han enseñado los sacerdotes en el templo que debemos perdonar las debilidades de nuestros semejantes? Yo te perdono la tuya, Tizoc, y rogaré siempre á los dioses que te hagan grato, para que me recompenses con amor este perdon.

—Ah! exclamó Tizoc, enajenado de alegría.—Bien sabia yo que alguna dicha me esperaba ahora, porque al salir de mi casa en la mañana oí cantar al ave de buen *agüero.*

—De tu casa! repitió Geliztli.—¿Has abandonado ya el templo?

—Sí: hace mucho tiempo. Los dioses se han apiadado de mí, y no solamente he tenido ya el placer de combatir con los extranjeros, sino que el sumo sacerdote se ha dignado ya dispensarme de mis votos por un servicio eminente que, segun dicen, he prestado á la patria.

Estas palabras inundaron de gozo el semblante de la bella Geliztli, y continuó mirando á su amante con una expresion de dulcísima ternura.

—Fué en los campos de Tlaxcala, prosiguió el jóven guerrero, cuando la valiente república no habia abrazado todavía la causa de los extranjeros. Yo habia pedido á Xicoténcatl el lugar mas peligroso en la batalla y accedió á mis deseos, colocándome entre los cien combatientes que marchaban por delante del ejército. Repentinamente se presentaron á nuestros ojos, varios de los hombres blancos del Oriente, montados sobre sus monstruos de guerra y cubiertos con su brillante armadura. Yo que los veia por primera vez, sentí temblar todo mi cuerpo, como en una noche de *Atemoztli*, y no me sentí fuerte, sino despues de haber pedido al dios de la luz que me fortificase con su calor. Los extranjeros se arrojaron sobre nosotros en medio de los alaridos de sus monstruos de guerra y de los truenos y rayos que despedian sus armas. Cuatro *tlaxcaltecas* cayeron á mi lado, heridos por un dar-

do invisible, que hacia brotar la sangre de sus heridas. Mis labios pronunciaron una nueva oracion al dios de la guerra y levanté mi espada. Uno de los extranjeros se dirigia hácia mí con el semblante cubierto bajo su brillante casco. Yo cerré los ojos, dí á mis brazos todo el impulso que me fué posible y dejé caer mi espada sobre el conjunto infernal que me amenazaba. Un grito de satisfaccion que arrojaron todos los tlaxcaltecas, me hizo abrir al instante los ojos. Mi espada habia dividido del tronco la cabeza del monstruo desconocido que montaba el guerrero. Los soldados de la república se apoderaron de aquel sangriento trofeo, que al dia siguiente fué ofrecido á los dioses en el templo mayor de Tlaxcala.

Tizoc estaba verdaderamente hermoso al referir con salvaje sencillez este primer ensayo de su nueva carrera.

Geliztli le contemplaba con orgullo y satisfaccion, y lejos de causarle horror la relacion de aquella hazaña, admiraba sinceramente al que la habia ejecutado.

El jóven guerrero prosiguió:

—Un dia en que referí este combate al noble Cuauhtemotzin, me dijo que la patria debia premiarme por el eminente servicio que le habia prestado, y yo pedí por única recompensa ser despojado de mi carácter sacerdotal. El ilustre príncipe me ofreció que conseguiria mi deseo y me llevó consigo al tempo de Huitzilipochtli. El sumo sacerdote me acogió con benigr

dad y me dijo: « Desde hoy quedas dispensado de tus votos. Este es el galardon con que te premia el dios de la guerra, por haber sido tú el primero que despojó á los extranjeros de su supuesta cualidad de inmortales. Sigue manejando la espada, ya que la sabes descargar con tanto acierto en servicio del Anáhuac.»— Y desde entónces, continuó Tizoc, ando libremente en el campo y en las ciudades, sin temor de que me encuentren los sacerdotes de Huitzilopochtli.

—¡Loados sean los dioses! dijo con un acento de profunda gratitud la princesa.

—Solo era desgraciado, continuó Tizoc, porque no te veia. Pero ayer supe que los extranjeros permitian á Moteuczoma administrar el imperio desde su prision, y hoy he venido con el pretexto de solicitar una audiencia. Los dioses se han dignado escuchar mis votos, puesto que te encuentro, libre todavía como el ave que surca por los aires, y hermosa como la luna en una noche serena.

—Los dioses no solamente han escuchado tus votos, sino tambien los mios, repuso Geliztli.—Yo les pedia que me enviasen un salvador, y tú has llegado en el momento en que mas lo necesito.

—¿Has corrido algun peligro? preguntó Tizoc, palideciendo.

—¿Olvidas que he sido ofrecida como esposa al jefe de los hombres blancos?

—*No! no lo* olvido; pero recuerdo que me has dicho

que debia confiar en la que me habia jurado amarme delante de los dioses.

—Tizoc: yo procuraré conservarme siempre fiel al amor que te he jurado. ¿Pero qué puede una pobre hija del gran señor del Anáhuac, cuando éste manda, y cuando vive aprisionada en la casa de esos séres sobrenaturales, que disponen del trueno y del rayo y tienen hechizados á los aztecas?

Tizoc miró con asombro á la jóven princesa; pero sin atreverse á pronunciar una sola palabra. Geliztli continuó:

—Desde el dia en que fuí trasladada á este palacio, los extranjeros me enviaron á uno de sus sacerdotes para que me instruya en el culto de sus dioses. El sacerdote me apremia todos los dias para que yo consienta en ser bañada con el agua sagrada. ¿Sabes, Tizoc, qué objeto tiene esta ceremonia?

El jóven guerrero respondió con un ademan negativo.

—Cuando el agua bendecida por sus sacerdotes haya mojado mi cabeza, prosiguió Geliztli, los hombres blancos me considerarán de su religion, y el Malinche no temerá irritar á sus dioses si se casa conmigo.

—Pero, objetó Tizoc, los consejeros que asistieron á la audiencia en que tu padre te presentó al extranjero, dicen que éste te rehusaba, alegando que era casado en su país, y que sus dioses no le permitian tener *mas de una mujer.*

—Es verdad. Lo mismo me ha dicho la manceba del Malinche. Pero.....

—Qué? preguntó Tizoc, viendo que la jóven princesa se detenia.

—Es un secreto que á nadie me habia atrevido á revelar. Escucha!

Tizoc se quedó inmóbil y mudo, deseoso acaso de no perder una sola palabra de las que iba á pronunciar la princesa.

—Una noche, continuó Geliztli bajando la voz, una noche en que yo no podia dormir, preocupada con las desgracias de mi familia y de mi patria, ví alzarse repentinamente la cortina de esa puerta y aparecer tras de ella la figura de un hombre.

Tizoc se puso pálido como un cadáver.

—De pronto creí, continuó la princesa, que fuese una de esas formas humanas que suele revestir el dios Tezcatlipoca para venir á anunciar á los mortales la felicidad ó la desventura. Iba ya á arrodillarme sobre mi lecho para adorar á la deidad, cuando advertí que el fantasma que aun no soltaba la cortina, estaba vestido como los extranjeros, tenia barbas en el rostro y llevaba en la cabeza una manta recogida, negra como la noche.

Tizoc sentia rugir un volcan dentro de su pecho y crispaba los puños en actitud de amenaza.

—*Entónces*, en vez del terror sagrado que me im-

pulsaba á arrodillarme, sentí el miedo que produce siempre en mí la presencia de los extranjeros, y llamé á la esclava que duerme constantemente junto á mi lecho.

—Y entónces..... tartamudeó Tizoc.

—Entónces la cortina volvió á caer al instante y el fantasma desapareció.

Tizoc respiró con fuerza, como un hombre que ha tenido necesidad de contener por mucho tiempo el aliento.

Al cabo de un instante prosiguió la princesa:

—La noche siguiente volvió á presentarse el fantasma. Se detuvo de nuevo en la puerta con la cortina levantada, como para cerciorarse de que todo estaba en silencio. En aquel instante, como si los dioses hubieran querido avisarme del peligro que corria, un hombre pasó cerca de la puerta con una antorcha en la mano. Su luz iluminó el semblante del fantasma: era Malinche.

—¡Malinche! rugió Tizoc con un acento de cólera, imposible de describir.

—Sí, Malinche! repuso la princesa; le reconocí muy bien. Y fué tal el espanto que produjo en mí su presencia, que aunque quise llamar á la esclava, como la noche anterior, sentí parada mi lengua y no pude pronunciar una sola palabra. Entónces Malinche dió un paso dentro de la habitacion, dejó caer la cortina y vi que avanzaba hácia mi lecho.

Los labios de Tizoc se movieron como para hablar, pero la rabia y los celos habian puesto un nudo á su garganta. Sus labios estaban cárdenos y sus ojos despedian llamas.

—Yo invoqué á la madre de los dioses, concluyó la princesa, y ésta sin duda escuchó mi ruego, porque un grito agudo salió al instante de mi boca. La esclava se despertó sobresaltada y me hizo una pregunta que no recuerdo ahora. Malinche conoció sin duda en su voz que no era yo la que hablaba, y un momento despues le ví salir de la habitacion.

Al terminar estas palabras la princesa, Tizoc le presentó su mano y con un acento lleno de resolucion, le dijo:

—Vamos!

—¿A dónde? preguntó admirada la princesa.

—Adonde no puede sospechar nunca tu existencia ese odioso extranjero.

—Insensato! ¿Y crees que podríamos salir de este palacio, sin que nos detuviesen?

—Ay! murmuró abatido Tizoc.—Tienes razon..... Y aunque yo sacrificase mi vida para defenderte, siempre volverías á la prision que te ha dado Malinche.— Y sin embargo, añadió al cabo de un instante: es preciso huir.

—Y huiremos! repuso Geliztli con energía.—Tenemos un aliado poderoso dentro de los muros mismos *del palacio* de Axayacatl.

—Para la fuga? preguntó admirado el jóven guer-
o.
—Para la fuga.
—Quién es?
—La manceba del Malinche.
—¡Los dioses nos amparen! exclamó aterrado Ti-
.—Te atreves á fiarte de la que se complace en ven-
á sus hermanos?
—No! no me fio de la que vende á sus hermanos;
o sí de la mujer celosa.
—Ah! repuso el mancebo.—Ya lo comprendo. La
lintzin será nuestra mas fiel aliada, siempre que se
te únicamente de la fuga.
—Pues busca los medios, Tizoc, y si necesitamos
ella, creo que nos ayudará y que podremos huir
ningun temor.
—Sin duda, sin duda, murmuraba Tizoc distraida-
nte.—Aunque yo no sé cómo puedas huir de este
acio, sin que te sientan los extranjeros. De dia y
noche está guardado por hombres que velan con
armas en la mano. De dia están ayudados por los
os del sol; de noche redoblarán su vigilancia.
—Sin embargo, objetó la princesa, la Malintzin cree
ible la fuga.
—A no ser, continuó Tizoc, siguiendo el hilo de su
erior razonamiento,—á no ser que huyas hasta
.....: Pero no! añadió luego con un estremecimien-
nervioso:—acaso seria ya demasiado tarde!

—Tarde! repitió Geliztli.—Qué significan esas misteriosas palabras?

Tizoc llevó á sus labios un dedo, como para recomendarla el silencio. En seguida se acercó á la puerta para escuchar, y no oyendo fuera ningun ruido que le alarmara, volvió á donde estaba la princesa.

—Escucha, le dijo en voz baja.—La prision del emperador ha producido tal irritacion en todos los ánimos, que no hay ahora una sola calle ni plaza en Tenochtitlan, en que no se agrupe la multitud para tratar de salvar á su señor.

—Ah! exclamó Geliztli con el rostro radiante de alegria.—Los nobles aztecas!

—Mil veces se hubiera ya arrojado la multitud sobre este palacio, si no hubiera hombres prudentes que la contuviesen á cada instante, deseosos de aprovechar con mejor éxito sus servicios.

—Han obrado acertadamente. Economizad cuanto podais la sangre de nuestro valiente pueblo.

—Si los pobres aztecas atacaran un dia los muros del palacio de Axayacatl, las bocas de fuego del extranjero harian con ellos lo que con los infelices tlaxcaltecas. Regarian la plaza con sus cadáveres, como el invierno riega la tierra con las hojas de los árboles.

—Qué hacer entonces para salvar á mi padre? preguntó la princesa.

—Escucha, respondió Tizoc.—Malinche ha querido hacerle menos amargo su cautiverio, concediéndole al-

gunas libertades. Ya le ha permitido una vez pescar en el lago de Tezcoco, como cuando era todavía el único árbitro de los destinos del Anáhuac, y otra vez cazar en los sombríos bosques de *Chapoltepec*.

—Ah! suspiró la princesa.—Ya Malinche ha humillado tanto al gran señor de Tenochtitlan, que necesita de la licencia de sus huéspedes para divertirse en sus dominios. ¡Y él, que tiene la debilidad de aceptar de sus manos estas concesiones!

—Por eso el pueblo asegura que los extranjeros han hechizado al emperador.

—Y el pueblo no se equivoca. Si no fuera sobrenatural el poder que ejercen sobre nosotros los hombres blancos del Oriente, ¿cómo hubieran podido conducir preso en medio de su pueblo, al señor de tan vastos dominios?

Al concluir estas palabras, la princesa inclinó la cabeza sobre su pecho y se enjugó furtivamente con la mano algunas lágrimas amargas que habian brotado de sus ojos.

—Pero nosotros acabarémos con ese hechizo, prorumpió enérgicamente Tizoc.—Un dia que el emperador vaya á cazar al bosque de Chapoltepec, nosotros esconderémos un ejército aguerrido entre las montañas y los árboles de aquella régia mansion: caerémos de improviso sobre los extranjeros y los viles aliados que le sirven de escolta, y arrancarémos al emperador de sus garras.

Geliztli soltó un grito de entusiasmo al escuchar estas palabras, y tendió una mano á su interlocutor en señal de gratitud.

Tizoc estrechó suavemente esta mano entre las suyas, y continuó:

—Roguemos á los dioses que me permitan llevar al cabo ese hermoso proyecto, porque si un dia se realizase, como lo espero.....

—Qué? preguntó Geliztli.

—El gran señor del Anáhuac tendria que recompensar al que le hubiese devuelto la libertad. ¿Y sabes cuál es el premio que exigiria su salvador?

La princesa, ligeramente ruborizada, porque empezaba á comprender, se contentó con interrogar á su amante con un ademan hechicero.

—Le pediria el mando de todos sus ejércitos ó el gobierno de una de sus mas hermosas provincias para hacerme digno de la mujer á quien amo.

El placer de que estas palabras inundaron el ánimo de Geliztli, la hicieron enmudecer por algunos instantes; pero repentinamente levantó su hermosa cabeza, y con un acento de dulce reconvencion, dijo á su amante:

—No seamos locos: no perdamos el tiempo en hermosas ilusiones que acaso no se realizarán jamás. ¿No estoy todavía en las prisiones de Malinche? ¿Hemos encontrado acaso algun medio para verificar mi fuga?

—*Oh!* exclamó Tizoc.—Tu fuga se realizará, el mis-

mo dia en que se realice la de tu padre, ó yo perderé la vida.

—Pero cómo?..... cómo? preguntó con ansiedad la princesa.

—Cuando todo esté dispuesto en Chapoltepec, yo te traeré un aviso. Tú entónces pedirás licencia á Malinche para acompañar á tu padre en la cacería, diciéndole que otras veces le has acompañado en esta diversion, tan propia de los príncipes de tu linaje. ¡Y que los dioses me hagan el mas desgraciado de los aztecas, si no consigo darte la libertad al mismo tiempo que al emperador!

En aquel instante se dejó oir en el patio inmediato á la habitacion, un ruido inusitado. Pasos de hombres que andaban precipitadamente, armas de acero que chocaban contra el cuerpo de los que corrian y algunas voces en todos los tonos, que pronunciaban palabras desconocidas para los dos amantes.

Tizoc corrió á la puerta, alzó un tanto la cortina y miró al patio.

Extranjeros y aliados corrian en tropel hácia un punto determinado, decíanse algunas palabras que Tizoc no podia comprender, y todos desaparecian por una misma salida, que conducia sin duda á otro patio.

El jóven guerrero volvió á donde estaba su amada y le dijo:

—Algo extraordinario pasa en el palacio de Axayacatl: los extranjeros.....

—Huye! interrumpió la princesa, con el semblante trastornado de espanto.

—Sí, dijo.—Preciso es huir ahora para salvarte mas tarde. No lo olvides..... yo te avisaré.

—Huye! huye! repetia la princesa cada vez mas alarmada.

Tizoc se dirigió á la puerta, levantó la cortina, arrojó la última mirada sobre Geliztli y desapareció.

La princesa se quedó parada en medio de la cámara, con la mano izquierda apoyada sobre su pecho como para contener los latidos de su corazon.

FIN DEL TOMO

LOS

ARTIRES DEL ANAHUAC.

CAPITULO I

Un rey indigno de un gran pueblo.

Vamos ahora á referir á nuestros lectores la causa de la grande agitacion que reinaba en el palacio de Axayacatl, y que Tizoc no pudo averiguar en aquel momento, por la extraordinaria prisa que se dió en salir de sus muros.

Los españoles y sus aliados corrian al patio principal del palacio, donde habia ya un concurso numeroso, contemplando un espectáculo extraordinario.

El cacique Cuauhpopoca, un hijo suyo y quince señores principales de su corte, acusados de complicidad en la muerte dada á los españoles de Veracruz en la batalla de Nauhtlan, acababan de entrar en aquel patio, acompañados de los dos mensajeros, que como recordará el lector, habia despachado en su busca el débil Moteuczoma.

El cacique, que como todos los grandes señores del Anáhuac, habia hecho el viaje en hombros de sus vasallos, acababa de apearse de la litera, cubierta de plumas y telas preciosas, en que habia venido desde su capital. Rodeáronle al instante su hijo y los nobles que le acompañaban, y sin hablar una sola palabra, se pusieron á aguardar á los dos mensajeros que acababan de entrar en las antecámaras del emperador para darle cuenta de su mision.

Cuauhpopoca y sus vasallos tenian el aspecto enteramente tranquilo. Habian cumplido con su deber, obedeciendo una órden superior que estaba en armonía con sus propios sentimientos, y la tranquilidad de su conciencia se reflejaba fielmente en sus semblantes.

Los españoles, sus aliados y algunos mexicanos que por varios motivos se hallaban reunidos en aquel momento en el palacio, contemplaban á aquellos diez y siete guerreros con diversidad de sentimientos.

Los extranjeros los miraban con terror: los aliados con esa especie de escosor que sienten los pícaros á la presencia de un hombre de bien; y los hijos de Tenochtitlan con la sincera admiracion que el pueblo siempre consagra á los hombres de verdadero mérito.

Los mensajeros no tardaron en salir de las habitaciones de Moteuczoma, y á una señal que hicieron á Cuauhpopoca y sus compañeros, éstos pasaron á las antecámaras imperiales, donde los esperaban los oficiales encargados de introducirlos.

Allí se despojaron de sus sandalias, vistieron sobre sus ricos trajes el humillante saco de tela de maguey, y descalzos, humildes y con los ojos bajos pasaron á la sala de audiencia.

El débil monarca los aguardaba ya, sentado en su irrisorio trono.

Cuauhpopoca se adelantó con dignidad, hizo las tres reverencias prescritas en el ceremonial de la corte, y aguardó á que le interrogase el soberano.

—Qué has hecho, desgraciado? le preguntó con voz vacilante Moteuczoma.

—Cumplir con vuestras órdenes, gran señor, respondió imperturbable el cacique.

—Cumplir con mis órdenes! repuso el desgraciado rey, poniéndose pálido de miedo.—¿Yo te he mandado dar muerte á los extranjeros de Chiahuitztla, que tú has sacrificado inhumanamente en la batalla de las llanuras de Nauhtlan?

—Vos me mandásteis reducir á los rebeldes totonacas que se habian negado á pagaros el tributo, y por eso los ataqué con mis guerreros en donde los encontré reunidos.

—Miserable vasallo! gritó exasperado Moteuczoma. —Responde: yo!..... ¿yo soy quién te ha ordenado sacrificar á esos mismos extranjeros, á quienes recibo y regalo en mi corte?

—Vos me mandásteis atacar á los totonacas y yo los ataqué en las llanuras de Nauhtlan. Si habia en

sus filas algunos extranjeros, amigos vuestros, si algunos de esos extranjeros han muerto en la batalla, ¿qué culpa tiene vuestro fiel servidor que solo se ha apresurado á cumplir vuestro mandato?

La palidez de Moteuczoma crecia á medida que hablaba Cuauhpopoca.

El acento de éste era tan seguro; habia tal aplomo en su actitud, respetuosa á la par que severa, que era imposible dudar que se expresaba con sinceridad.

—Esclavo! dijo Moteuczoma con una voz balbuciente de cólera y temor.—Tú has hecho decir en Nauhtlan que mis amigos, los extranjeros, habian sido muertos por mi expreso mandato: ¿te atreverás á sostener esa calumnia?

—Yo he dicho en público, gran señor, lo que acabo de repetiros aquí. Vos no me mandásteis respetar á los extranjeros si los encontraba en las filas de vuestros enemigos, y siento mucho que algunas de mis flechas les hayan dado la muerte. Pero bien sabeis que en el campo de batalla el guerrero es quien dispara la flecha; pero es la voluntad de los dioses la que la dirige.

—Basta! gritó Moteuczoma, encubriendo bajo este arranque de ira, el temblor que agitaba todos sus miembros.—Basta! Harto mal te has conducido esta vez con tu señor, y vas á ser castigado al instante, como súbdito traidor y desleal.

Y sin atreverse á fijar una mirada en el noble Cuauh-

popoca, que continuaba en su impasibilidad severa y respetuosa, llamó á uno de los oficiales que aguardaban á la puerta de la sala, y señalándole al cacique y sus compañeros:

—Llévaselos á Malinche, le dijo.—Dile que los he examinado, que los creo culpables y que le faculto á que les imponga el castigo que merezcan.

Cuauhpopoca levantó sus ojos sobre el emperador y le lanzó una mirada que no expresaba tanto su desprecio como su asombro.

Parecíale imposible que llegase á tal grado de abyeccion el gran señor del Anáhuac.

No solo entregaba traidoramente á sus vasallos, inspirado por un sentimiento de cobardía, sino que abdicaba su soberanía en favor de sus indignos huéspedes.

Sin duda era cierto que le tenian hechizado!

El hijo de Cuauhpopoca y sus quince guerreros, honra y gloria de la nobleza de Nauhtlan, habian sido envueltos en la misma sentencia, sin haber sido escuchados!

Un instante despues, el cacique y sus llamados cómplices comparecian ante la presencia de Hernan Cortés. Marina estaba á su lado.

—Eres vasallo de Moteuczoma? preguntó el español al cacique.

—Y quién no lo es en el Anáhuac? respondió con orgullo el noble Cuauhpopoca:

Hernan Cortés sabia lo que habia pasado en la en-

trevista del cacique con Moteuczoma, y contempló con admiracion á aquel hombre que hablaba con orgullo de su rey, por quien acababa de ser vendido y humillado.

Como muchos de los hombres que tienen la pretension de elevarse sobre los demas, Hernan Cortés miraba con aversion todo lo que era grande y noble, temeroso de que pudiese sobreponérsele. Así, pues, si no habia preconcebido la idea de sacrificar á Cuauhpopoca, fué en aquel momento cuando la resolvió en su ánimo.

Al cabo de un instante de silencio, Hernan Cortés prosiguió:

—Varios caballeros cristianos han sido sacrificados por tí en las inmediaciones de Veracruz, y yo que debo dar cuenta á mi soberano de esa desgracia, necesito saber por órden de quién han sido sacrificados.

—Dile á tu soberano, respondió con voz pausada y solemne Cuauhpopoca, que han sido muertos en una batalla á que no habian sido provocados.

—Pero quién ordenó esa batalla? preguntó Cortés con tenacidad.

Cuauhpopoca no dió señales de haber escuchado esta pregunta, y continuó:

—Dile que se pusieron del lado de unos vasallos rebeldes, y que los dioses del Anáhuac que protejen al gran Moteuczoma, descargaron su cólera sobre los intrusos.

Hernan Cortés se puso rojo de cólera.

—¿Quién ha ordenado ese asesinato? gritó balbuciente.

—He respondido cuanto podia responderte, contestó con serena dignidad el cacique.—Ya no arrancarás una palabra mas de mis labios!

—Este perro idólatra, murmuró Hernan Cortés, tiene el diablo en el cuerpo.—Véamos si se atreve á cumplir su propósito.

Y arrojando sobre Cuauhpopoca una mirada amenazadora—amenaza inútil, porque el cacique ya no le miraba—continuó:

—La prueba de que tu amo Moteuczoma es quien ha ordenado esa batalla, es que la cabeza de un caballero cristiano ha sido cortada y remitida al emperador. Es verdad que éste la rechazó con horror, pero no se dignó reprender siquiera á quien se la habia mandado.

Cuauhpopoca no solo no respondió, sino que ni se dignó levantar los ojos para mirar al español ni á su intérprete.

—¿Qué respondes á esto? preguntó Hernan Cortés, pateando el suelo de rabia.

Cuauhpopoca continuaba impasible.

—Pagano miserable! gritó Hernan Cortés exasperado.—Vas á pagar tu silencio con la hoguera.

Cuauhpopoca se puso pálido. Pero no despegó los labios.

El capitan español comprendió que ya nada podia sacar de aquel hombre, que llevaba su heroismo hasta á despreciar la hoguera.

Volvióse entónces á su hijo y repitió el mismo interrogatorio.

Pero aquel jóven que llegaba todavía á la adolescencia, se mostró digno de su padre.

No confesó nada de lo que deseaba Hernan Cortés.

Este se dirigió entónces á los quince señores de Nauhtlan y los sujetó sucesivamente al mismo órden de preguntas y á la misma progresion de amenazas.

Pero todo fué inútil. Aquellos héroes de tez cobriza se hubieran creido reos de alta traicion, si hubiesen contestado á las preguntas del enemigo de su patria, y no tuvieron una palabra de reproche para el indigno rey que acababa de abandonarlos á los crueles extranjeros.

Hernan Cortés, ciego de cólera, llamó á uno de sus capitanes que habia presenciado el interrogatorio, y señalándole al cacique y sus vasallos, le dijo:

—Contad á esos perros paganos, y mandad preparar otras tantas hogueras para quemarlos!

El capitan se estremeció.

—Qué aguardais? le preguntó Hernan Cortés, viendo que permanecia inmóbil.

—Qué aguardo? tartamudeó el capitan, á quien parecia tan audaz como peligrosa aquella sentencia.—La

que..... lo que quiero haceros notar es que esos hombres son diez y siete.

—Y qué? murmuró Hernan Cortés, encogiéndose de hombros y con desprecio.

—Qué? que acaso no tengamos en nuestros cuarteles leña bastante para diez y siete hogueras.

—Y eso os apura? preguntó el general con una risa sardónica.

Y tras un instante de silencio, se dió repentinamente una palmada en la frente y añadió:

—Muy cerca de este palacio, sobre una de las puertas del templo mayor ¿no recordais haber visto un gran depósito de arcos, flechas, dardos y espadas?

—Sí, respondió el capitan.

—Pues todas esas armas salvajes me parecen un excelente combustible para vuestras hogueras. Id á recojerlas y no os quejaréis de falta de leña.

El capitan retrocedió horrorizado.

—Todo el frente de este palacio, dijo, está inundado de un gran número de indios, que van á hacerme pedazos cuando me vean despojar de esas armas al templo. Son armas que tienen depositadas allí para defenderse y creerán.....

—Creerán lo que vos les digais, interrumpió el general.—Y vos les diréis que tomais las armas por órden de su señor Moteuczoma. Les diréis tambien que por órden del mismo van á ser quemados vivos sus traidores vasallos que dieron muerte á nuestros cama

radas en Quiabislan. Para que os crean mejor, llevaréis cien españoles que apoyen con sus armas cuanto digais. Llevad tambien algunos aliados.

El capitan no tuvo ya que replicar y salió á cumplir las peligrosas órdenes del general.

Este, entretanto, salió al patio principal del cuartel y dió las órdenes necesarias para que todos los soldados, españoles y aliados, se pusieran sobre las armas. En cuanto á embridar los caballos y cargar los cañones, la órden era inútil, porque siempre lo estaban desde que tenian en prision á Moteuczoma.

Media hora despues estaban cumplidas con exactitud las órdenes del general.

Frente al palacio principal de Moteuczoma se levantaba una inmensa hoguera, formada con todos los arcos, flechas y espadas de madera, que se habian encontrado en la armería designada por Cortés. Habíanse clavado en tierra diez y siete postes para atar á los reos.

Un gran número de curiosos inundaba la plaza en que iba á tener lugar el suplicio, las azoteas de los palacios y casas vecinas, y los muros, las escaleras y el atrio del templo mayor. Este gentío estaba mudo y respetuoso, porque se habia propagado la voz de que el gran señor del Anáhuac iba á imponer aquel terrible castigo á varios de sus vasallos rebeldes. El suplicio del fuego no era muy comun en el Anáhuac. *Pero la* mulitud calculaba que el delito de los rebeldes

lebia ser muy grande, cuando se les imponia tan se-
ero castigo.

Cortés, sin embargo, abrigaba algunos recelos. Ha-
ia visto la muchedumbre reunida en el lugar del su-
licio y temia que ésta llegase á averiguar que no era
l rey quien castigaba á sus vasallos, sino los extran-
eros que vengaban la muerte de sus camaradas. Cor-
és comprendia que sospechado esto siquiera por la
nultitud, arrancaria á las víctimas de la hoguera, se
rrojaria sobre los verdugos y los haria pedazos.

Ya conocen nuestros lectores al audaz aventurero.
Se quitaba siempre el miedo con un nuevo acto de te-
meridad. Su sistema era el terror!

Comprendió que el único que podia hacer salir á la
nultitud de su error, era el mismo emperador Moteuc-
oma. Creyó que en el momento del suplicio podia
entir algun remordimiento por la bajeza que acababa
le cometer, y temió que hiciese un esfuerzo supremo
ara ir á salvar á sus vasallos.

En un instante tomó su determinacion.

Conocia demasiado al débil Moteuczoma para du-
lar de los medios que debia adoptar para precaverse
le él.

Llamó á cuatro de sus capitanes, ordenó á un solda-
lo que cargase unos grillos y precedidos de Marina,
pasaron á la cámara en que se hallaba el emperador.

Moteuczoma estaba rodeado de algunos criados que
escuchaban *con respeto* sus órdenes.

Ni Hernan Cortés ni ninguno de los que le acompañaban, se quitaron la gorra de la cabeza, como tenian de costumbre, al entrar en la cámara imperial.

Esta circunstancia no dejó de sobresaltar al emperador.

—Señor, dijo Hernan Cortés con dureza: han sido ya examinados por mí Cuauhpopoca y sus cómplices, y todos han confesado su crímen.

—Tambien lo han confesado delante de mí, interrumpió Moteuczoma, y por eso te los he enviado para que los castigues.

—Ya los he condenado á la pena de muerte, repuso el general español, y dentro de poco el fuego consumirá sus carnes frente á los muros de vuestro palacio.

Trastornóse el semblante de Moteuczoma al escuchar estas palabras. Su rostro debia ser en aquel instante un espejo fiel de su conciencia.

—Pero no es eso todo, añadió Cortés.—Al confesarse culpables vuestros vasallos, han declarado que fuísteis vos quien ordenó la muerte de mis españoles.

Moteuczoma sintió un vuelco terrible en el corazon.

—Y como seria una injusticia castigar á los que solo fueron vuestros instrumentos y no castigaros á vos, quiero imponeros una pena, aunque menor que la de vuestros vasallos, siquiera por la generosa hospitalidad que nos habeis dispensado en vuestra corte.

El remordimiento, la indignacion y el asombro enmudecian al emperador.

Hernan Cortés se volvió entónces al soldado que traia los grillos, y señalándole con un ademan colérico al infeliz monarca, le dijo:

—Cumplid con lo que he mandado.

El soldado se acercó á Moteuczoma, tomó entre sus manos aquellos piés delicados que jamás habian pisado la tierra, y los oprimió con la infame argolla.

Hernan Cortés y sus capitanes, inmóbiles y severos, contemplaban con estoicismo la operacion que ejecutaba el soldado, como si se tratara de un delincuente vulgar.

La servidumbre de palacio que se hallaba presente, se mantenia atónita y confusa ante aquel nuevo desacato á la majestad del rey.

Moteuczoma..... aquel envilecido monarca que arrastraba su corona á los piés de cuatro miserables aventureros, al sentir oprimidos sus piés bajo el degradante hierro de los presidios..... rompió á llorar como una mujer.

Los criados al ver el llanto de su señor, se arrojaron á sus plantas, levantaron entre sus manos los grillos para aliviarle de su inmundo peso, é introdujeron sus mantas y sus pañuelos entre la argolla y sus carnes, para que el hierro no lastimase sus piés.

Y miéntras ejecutaban esta operacion, derramaban abundantes lágrimas y prorumpian en tristísimos alaridos.

Y el desventurado monarca continuaba llorando cobardemente, y decia:

—Los dioses lo quieren! los dioses lo quièren!

Hernan Cortés arrojó una mirada de desprecio sobre aquella escena, y seguido de Marina y de sus capitanes, salió de la estancia.

CAPITULO II

El suplicio.

Seguia entretanto apiñándose la muchedumbre en la gran plaza del templo mayor.

La hoguera estaba vigilada por doscientos tlaxcaltecas y veinte y cinco españoles.

Estos vigilantes estaban muy unidos entre sí, á fin de que la multitud no osase invadir el recinto del suplicio.

Continuaba reinando un silencio respetuoso entre los espectadores.

Pero de súbito se propagó de un extremo á otro de la plaza un rumor sordo y confuso, como el que produciria una fuerte corriente de aire en una selva frondosa.

Varios brazos se extendieron hácia el palacio de Axayacatl, y los ojos de todos los espectadores se apartaron de la hoguera para mirar en la misma direccion.

De la gran puerta del palacio, en cuyo frontispicio se hallaban esculpidas en piedra las armas de Axayacatl, salian los diez y siete sentenciados, que una hora antes habian entrado por la misma puerta con la cabeza erguida y el semblante tranquilo.

Ahora iba cada uno de ellos con los brazos atados sobre la espalda, entre dos de esos miserables totonacas á quienes habian vencido en leal batalla, y que hoy los sujetaban cobardemente por las cuerdas de sus ataduras.

Los sentenciados caminaban uno en pos de otro, vigilados inmediatamente por los totonacas, y ademas, por una doble hilera de soldados españoles con espada al cinto y arcabuz al hombro.

Como la muchedumbre de la plaza era numerosa y podria encontrarse alguna dificultad en abrirse paso hasta el lugar del suplicio, rompian la marcha seis ginetes, perfectamente montados, á cuya cabeza iba el mismo Hernan Cortés.

Las piezas de artillería habian sido avocadas á los diversos ángulos de la plaza, y los artilleros vigilaban junto á ellas con una mecha encendida en la mano.

La fúnebre procesion marchaba lenta y trabajosa

mente entre la multitud al pausado toque de los tambores. Los caballos que iban por delante, refrenados prudentemente por los ginetes, se abrian paso mas bien por el terror que por la fuerza. Los espectadores retrocedian espantados ante aquellos monstruos de naturaleza desconocida, que mascaban el brillante hierro y echaban espuma por la boca.

Un cuarto de hora tardaron los reos y su doble escolta en recorrer el corto espacio que mediaba entre la puerta de la casa de Axayacatl y la hoguera preparada frente al palacio principal de Moteuczoma.

Este cuarto de hora fué de terrible ansiedad para los españoles. A pesar de las precauciones que habian tomado para llevar al cabo su atentado sin ninguna dificultad, temian á cada instante que se les echase encima la multitud y arrebatase á los reos de su escolta.

Pero la multitud estaba muy agena de pensar en ninguna demostracion hostil. Creia que el gran señor del Anáhuac mandaba hacer aquella terrible justicia en los delincuentes que veia atados, y solamente se admiraba de que para vengar los ultrajes hechos á su poder, se valiese del auxilio de los extranjeros.

Ademas, estaba tan acostumbrado al sangriento espectáculo de los sacrificios, que se renovaba con harta frecuencia en la cima de los templos, que hasta miraba con alguna indiferencia aquel monton de arcos, flechas y espadas guardado por los tlaxcaltecas.

Sus miradas estaban clavadas tenazmente en los sentenciados, como para leer en su rostro la impresion que les causaba la proximidad del suplicio. Aquel pueblo habituado ya con la idea de la muerte, se cuidaba ménos de compadecer á las víctimas que de animarlas á sufrir con valor el tránsito de la vida á la eternidad.

Por fortuna los sentenciados podian salir con honor de este exámen. A no ser por sus ataduras y por los soldados que los escoltaban, se hubiera creido que marchaban á una fiesta. No se notaba la menor alteracion en sus semblantes: sus ojos se fijaban con indiferencia en la hoguera que los aguardaba ó vagaban sobre las cabezas de la muchedumbre: sus labios pronunciaban de cuando en cuando algunas palabras dirigidas á los mismos totonacas que los escoltaban: tenian, en una palabra, esa impasibilidad asombrosa, esa resignacion sin ejemplo, que los pueblos salvajes estiman como una de las primeras virtudes del guerrero.

Cuando llegaron al lugar del suplicio, los tlaxcaltecas que rodeaban la hoguera, abrieron paso á los reos y á sus guardianes los totonacas. Estos hicieron subir sobre la leña á las víctimas, las ataron á los postes y se retiraron.

Entónces cuatro tlaxcaltecas, preparados de antemano, se llegaron á los cuatro ángulos de la inmensa *hoguera*, y con las antorchas encendidas que llevaban *en la mano*, pegaron fuego á la leña.

Aquellas armas guardadas de muchos años atras en el depósito del templo mayor, se habian convertido por su antigüedad en el mas violento combustible.

El fuego cundió con admirable rapidez por toda la hoguera, y los sentenciados no tardaron en verse rodeados de llamas. Pero no hicieron un solo movimiento para defenderse, no exhalaron un solo gemido, no se contrajo un solo músculo de su semblante.

En medio de las llamas se alzó repentinamente una voz.

Era la de Cuauhpopoca!

Hernan Cortés creyó que iba á confesar la complicidad de Moteuczoma, y echando por tierra á dos soldados tlaxcaltecas, se introdujo á caballo en el lugar del suplicio. Su proximidad á la hoguera era tal, que sentia en su rostro la caliente impresion de las llamas.

Marina le habia seguido como una sombra.

Hé aquí las palabras que pudo oir de la boca de Cuauhpopoca y que tradujo fielmente al general español:

—Los dioses son testigos de mi inocencia en el supuesto crímen que se me imputa. Yo no he hecho mas que lo que debe hacer todo hijo del Anáhuac que tenga una espada en las manos y sangre azteca en las venas. Combatir contra los rebeldes totonacas. La bendicion de los dioses caiga sobre Moteuczoma; su maldicion confunda á los extranjeros.

Cuando Hernan Cortés se impuso por Marina del

sentido de estas palabras, mandó que redoblasen los tambores. Pero la precaucion era inútil. La escolta tlaxcalteca, fiel á su consigna, habia cuidado de alejar demasiado á los curiosos.

Pero en medio del ruido de los tambores, todavía se escuchó la voz de Cuauhpopoca que decia:

—Hijo mio! valientes guerreros de Nauhtlan! *No* olvideis en este último trance que habeis cumplido siempre con vuestro deber y que vuestros enemigos os contemplan. Morid con valor y resignacion, como hijos dignos del Anáhuac.

Y tras estas palabras entonó un cántico, solemne como una oracion, y triste como el himno de la muerte. Pedia á los dioses del paraíso que le recibiesen en su seno, como á todos los guerreros que morian honrosamente en servicio de su patria.

Los demas sentenciados repitieron en coro este himno, y mientras lo permitieron las llamas del suplicio, se les pudo ver á todos con los ojos clavados en el cielo, en una actitud verdaderamente sublime.

Hernan Cortés no pudo sufrir el espectáculo de esta resignacion heróica. Volvió á salir del círculo del suplicio y fué á confundirse entre los demás ginetes españoles para echar una mirada sobre la multitud.

Los espectadores continuaban impasibles. Llegaba á sus oidos un rumor confuso de voces que parecia salir del fondo de la hoguera, y se figuraban que los *reos pedian* perdon á los dioses del crímen que habian

cometido. Pero veian su inmobilidad en medio de las llamas y se alegraban de que los extranjeros y sus aliados viesen morir con heroismo á los aztecas.

Muy pronto la noble figura de los sentenciados desapareció entre las llamas.

Muy pronto dejó de escucharse aquel canto monótono, pero lleno y robusto, que parecia elevarse al cielo demandando venganza.

El fuego lo habia consumido todo!

Pero hubo algo que no pudo perecer entónces..... que no perecerá jamás:

La sed de sangre de los conquistadores!

La villanía del rey!

El heroismo de las víctimas!

La historia ha consignado en sus páginas inmortales la infamia de los primeros y la gloria de los últimos. Nuestros ojos se han fijado mil veces sobre esas páginas de sangre, y jamás hemos dejado de estremecernos al recorrerlas!

¡Nobles mártires del Anáhuac, sacrificados á la cobardía de un rey y al canibalismo de vuestros enemigos! Vuestro cadalso fué, como el de otros muchos que ha levantado en todo el ámbito de la tierra la injusticia de los hombres:

El eterno pedestal de vuestra gloria!

La multitud no tardó en disolverse con indiferencia. Se habia terminado el espectáculo con que la habia obsequiado su señor Moteuczoma!

Hernan Cortés recogió entónces á sus españoles y á sus aliados, y atronando el aire con clarines y tambores, entró gozoso y triunfante en sus cuarteles.

Inmediatamente se dirigió á la cámara de Moteuczoma.

El afeminado rey continuaba llorando é imploraba á gritos la proteccion de sus dioses. Sus criados le bañaban todavía los piés con sus lágrimas y le procuraban aliviar del peso de los grillos.

El hipócrita extremeño apartó á los criados, se arrojó á las plantas del emperador y con sus propias manos sacó de las piernas de éste la infamante argolla.

Las lágrimas se secaron al punto de los ojos de Moteuczoma y miró con ansiedad á su verdugo.

—Señor, dijo Hernan Cortés levantándose.—Ha terminado ya vuestro pequeño suplicio. Estais ya libre y absuelto, miéntras vuestros cómplices dan cuenta á Dios en la otra vida de sus crímenes. Vos tambien merecíais la muerte; pero he querido ser benigno con vos en consideracion á los beneficios que me habeis hecho hasta aquí. Espero que no echeis nunca en olvido el servicio que acabo de prestaros.

El rostro del desventurado rey se inundó de alegría al escuchar estas palabras, y para echar un sello á su cobardía, respondió:

—Te doy las gracias, Malinche, por haberme perdonado la vida. Voy á darte ahora una pequeña señal de mi gratitud y espero que mas adelante se me presentarán nuevas ocasiones de manifestártela mejor.

Y del inagotable tesoro de Axayacatl, guardado en el mismo palacio, y que ya habian comenzado á saquear los españoles, mandó sacar muchas alhajas de oro y telas preciosas que regaló inmediatamente á Cortés.

Los soldados que se hallaban presentes participaron tambien de esta cobarde liberalidad.

—Señor, dijo Hernan Cortes, satisfecho de este nuevo regalo:—para que no quede ningun resentimiento entre nosotros, para que veais que los españoles somos esclavos de nuestra palabra, os cumplo ahora lo que os ofrecí desde el dia en que os venísteis á vivir entre nosotros. Sois libre! podeis volveros á vuestro palacio en el momento que os acomode.

Cuando el emperador escuchó la traduccion de estas palabras de boca de Marina, no fué dueño de reprimir una exclamacion de alegría, y aun hizo en su silla un movimiento instintivo para levantarse.

Pero Marina que estaba ya prevenida por Cortés para este evento, le dijo al instante:

—Guardaos de acceder á los desees de Malinche. El quiere realmente dejaros en libertad de volver á vuestro palacio; pero yo sé que sus capitanes y sol-

dados se oponen á esta medida, y que están resueltos á atropellaros si intentais salir de sus cuarteles.

Motecuzoma reflexionó un instante.

¿Qué iba á hacer á su palacio?

En él estaria expuesto á que los extranjeros volviesen á invadirlo un dia y cometiesen un nuevo desacato contra su persona.

Sus súbditos le habian perdido ya probablemente el respeto y no seria extraño que invadiesen su palacio antes que los españoles para pedirle cuenta del honor del Anáhuac, arrastrado á los pies del extranjero.

En el palacio de Axayacatl, al ménos, los soldados europeos por su propia conveniencia, protejerian su vida en caso de una sublevacion.

Motecuzoma tenia un apego extraordinario á la vida, circunstancia muy poco recomendable en un rey, y sobre todo en el rey de una nacion que pasaba entónces por tan duras pruebas.

—Malinche, dijo á Hernan Cortés al cabo de un instante de silencio.—yo deseo seguir viviendo entre mis amigos los extranjeros, hasta que tengan á bien salir de Tenochtitlan.

—Señor, respondió Hernan Cortés.—Os damos gracias por el honor que nos dispensais, y no dudeis que haremos todo lo posible por haceros agradable vuestra mansion entre nosotros.

Media hora despues de esta escena, no quedaba en

el palacio de Axayacatl ni en el resto de la ciudad un solo indicio de la terrible conmocion que acababa de verificarse.

Moteuczoma seguia administrando justicia á sus vasallos; los españoles dormian tranquilamente la siesta en sus cuarteles, y los mexicanos, retirados á sus casas, se entregaban á sus ocupaciones habituales.

Pero nos equivocamos.

Quedaban unos cuantos carbones encendidos frente al palacio principal de Moteuczoma.

Un jóven que contemplaba con tristeza estas cenizas, levantó repentinamente su cabeza, miró sucesivamente el atrio del templo mayor y el palacio de Axayacatl, y volviendo á inclinar los ojos sobre la apagada hoguera:

—Nobles víctimas! exclamó.—Si los dioses son impotentes para vengaros, yo os vengaré!

Aquel jóven era Tizoc.

CAPITULO III

Civilizacion europea.

Cinco meses llevaban los españoles de residir en el palacio de Axayacatl y diez de haber desembarcado en las costas de Chalchiuhcuecan.

Este tiempo habia bastado á tres ó cuatro aventureros para adquirir algunos conocimientos en la lengua azteca, lo cual empezaba á facilitar la comunicacion entre los mexicanos y sus incómodos huéspedes.

La historia menciona en primer lugar á un paje llamado Orteguilla, cuyos conocimientos en el idioma del Anáhuac eran tan extensos, que Hernan Cortés le destinó al servicio inmediato de Moteuczoma. En virtud de este nombramiento, Orteguilla se pasaba los dias en la cámara imperial, ménos para servir al ilustre prisionero, que para espiar por órden del general español lo que pasada entre aquel y sus vasallos.

El novelista, que tiene la obligacion de colocarse una línea mas abajo que el historiador, menciona en segundo lugar á un paje, llamado Villacampa, que podia rivalizar con el mismo Orteguilla en la habilidad de que acabamos de hablar.

Villacampa era uno de esos hombres de aspecto bajo y repugnante, en quienes es imposible fijar por mucho tiempo la vista. No era precisamente un hombre feo; pero sea que la fealdad de su alma se retratase en su rostro, ó por alguna de esas causas misteriosas que la naturaleza no ha querido descubrir á los hombres, la verdad es que el semblante de Villacampa inspiraba muy pocas simpatías en el ejército.

Acaso esta circunstancia que le retraia forzosamente de los círculos de sus compañeros de armas, le obligó á buscar relaciones entre los aliados y los mismos aztecas, y aprender en consecuencia su idioma.

Pero luego que se hizo pública esta habilidad, tan rara entre los bárbaros conquistadores, los mismos que antes huian de él, empezaron á buscarle, y el mismo Hernan Cortés no tardó en hacerle venir á su habitacion.

El capitan y el paje tuvieron una larga conferencia secreta, de la cual salió el último con el rostro radiante de alegría. Pero esta alegría pareció repugnante á cuantos tuvieron lugar de observarla, á causa tal vez de lo poco simpático que era entre sus camaradas el infeliz Villacampa.

De la habitacion de Hernan Cortés, el paje se trasladó á la cámara en que se hallaba prisionera Geliztli. La desgraciada princesa hizo un gesto de disgusto á la súbita aparicion de Villacampa. Pero como no estaba en el palacio de su padre, sino en la cárcel de sus huéspedes, aguardó con los ojos bajos y el corazon oprimido á que se le explicase el motivo de una irrupcion tan intempestiva.

Villacampa paseó una mirada por todos los ángulos de la habitacion, y habiendo tropezado sus ojos con los de la esclava que hacia siempre compañía á la princesa, le ordenó con un ademan imperativo que se saliese de la habitacion. La esclava intentó resistirse, pero el paje invocó el nombre de Malinche, y á este nombre todopoderoso, aquella no tuvo mas recurso que obedecer.

Entónces el paje se volvió á la princesa y le dirigió un saludo cortés en el armonioso idioma del Anáhuac.

Geliztli levantó un instante sus ojos sobre Villacampa, porque era la primera vez que oia salir palabras aztecas de los labios de un español.

Pero le pareció tan repugnante la expresion que se pintaba en los ojos de éste, que muy pronto volvió á inclinar la cabeza sobre su pecho.

Villacampa estaba muy acostumbrado sin duda á producir este efecto entre cuantas personas le miraban, porque sin turbarse en lo mas mínimo, añadió al instante:

—Sé que ayer has sido bautizada en la capilla de este palacio, y vengo á felicitarte por tan fausto acontecimiento.

—Eres acaso sacerdote entre tus compatriotas? preguntó Geliztli.

Una sonrisa maliciosa contrajo ligeramente los labios de Villacampa.

—No, respondió: no soy sacerdote. Pero soy algo mejor que eso. Soy confidente de Malinche.

—Yo creia, repuso con cierta severidad religiosa la princesa—yo creia que nada era preferible entre los extranjeros á ser sacerdote de su religion.

Avergonzóse un tanto Villacampa al escuchar esta leccioncilla de los labios de una neófita que veinte y cuatro horas antes adoraba todavía á Huitzilopochtli. Pero reponiéndose al momento, replicó:

—El sacerdocio es sin duda muy honroso entre los españoles; pero los ministros del culto cristiano no desempeñan en nuestra sociedad el papel que desempeñan entre los aztecas los sacerdotes de su sanguinario culto. No van á la guerra, como los ministros de Huitzilopochtli; no pasan del altar al trono, como Moteuczoma, ni pertenecen forzosamente á los consejos de los reyes, como los sumos sacerdotes del Anáhuac. Dedicados principalmente á predicar el culto entre sus hermanos, solo toman parte en los negocios públicos del Estado, cuando expresamente los llama la voluntad del soberano. En este concepto te decia que como

confidente de Malinche, me considero superior á un sacerdote. Y para probarte hasta qué grado poseo la amistad del general, vengo á hacerte algunas reconvenciones en su nombre.

—Reconvenciones á mí! exclamó admirada la princesa.

—Sí, repuso Villacampa.—Malinche ha venido algunas veces á visitarte á tu habitacion, y tú en lugar de recibirle, has dado voces para llamar á tu esclava.

—Es verdad, tartamudeó Geliztli.

—Malinche ha sentido mucho no poseer el idioma del Anáhuac para explicarte el dolor que le ha causado tu desden.

—Malinche ha entrado de noche en mi habitacion con las precauciones que toma un ladron para introducirse en la casa ajena; y no es extraño que haya dado voces á mi compañera para pedir socorro.

Estas palabras fueron pronunciadas por Geliztli con tanta dignidad, que Villacampa bajó avergonzado los ojos sobre las esteras del pavimento, sin encontrar de pronto una disculpa con que defender á su protector.

Entretanto Geliztli continuó:

—Dile á Malinche que las princesas del Anáhuac solo son visitadas con licencia del emperador; y que cuando quiera dispensar á su prisionera la honra de una visita, que la haga á la luz del sol y en la compañía de alguna persona, que me haga entender que ha *obtenido la* previa licencia de mi padre.

El tiempo que tardó la princesa en pronunciar este corto discurso, bastó á Villacampa para recobrar su serenidad, y con ella, todo el cinismo de que necesitaba para cumplir con su infame comision.

Tan luego, pues, como hubo terminado Geliztli, le replicó:

—Cuando un hombre ha quedado prendado de la belleza de una mujer, en lugar de buscar á sus padres para la licencia de una entrevista, en lugar de buscar un compañero ó de presentarse á la luz del sol, busca las tinieblas de la noche y se recata de todos los hombres, porque el amor vive del misterio y el misterio constituye su principal placer.

La princesa escuchó estas palabras con una calma profunda, como si no hubiese comprendido el verdadero sentido con que el paje las pronunciaba.

Alentado por esta serenidad, cuya causa no penetraba todavía, Villacampa continuó de esta manera:

—Malinche quedó prendado de tu belleza desde el dia en que te vió por primera vez en el palacio de tu padre, y le causa mucha pena conocer que tú estás muy lejos de corresponder á su amor.

Geliztli se puso pálida al escuchar estas palabras, y con un acento lleno de firmeza y dignidad, preguntó á Villacampa:

—Extranjero: ¿quién te ha autorizado para venir á hablarme de esa manera?

—Quién? exclamó Villacampa fingiendo admiracion.

—El mismo que te recibió un dia por esposa de las manos del emperador, tu padre.

—Tú no estuviste presente á la audiencia en que mi padre me presentó á Malinche, y yo voy á contarte lo que pasó entónces para que sepas que el mismo Malinche me rehusó ante los aztecas y los extranjeros, reunidos en la sala.

—El! El te rehusó!

—Sí! Dijo que ya era casado en su país, y que la ley de los cristianos no le permitia casarse mas que con una mujer.

Villacampa volvió á llenarse de confusion al escuchar esta respuesta que no esperaba, y se encerró nuevamente en el silencio para buscar en su imaginacion otro punto de ataque.

—Ya ves, extranjero, continuó entretanto la princesa, que Malinche no puede haberte autorizado para hablarme de amor, cuando él mismo me ha rehusado por esposa ante los capitanes de tu nacion y los consejeros de mi padre.

—Y sin embargo, repuso Villacampa, desesperado de que el respeto que le inspiraba la princesa no le diese valor para hablarla con mas libertad;—y sin embargo, es Malinche quien me ha ordenado que te hable de la manera que acabo de hacerlo.

El rubor de la indignacion coloreó por un instante las mejillas de la princesa; pero haciendo un esfuerzo

para conservar su serenidad, levantó sus negros ojos sobre el miserable mensajero de Cortés y le dijo:

—Extranjero: yo no soy mas que la hija de un pobre rey á quien los guerreros de tu nacion han aprisionado en su mismo palacio. No puedo, pues, exigir de tí ni de nadie el respeto que se debe á una princesa del Anáhuac. Pero si la desgracia de una pobre mujer te inspira alguna compasion, te suplico por la madre en cuyo seno has bebido la existencia, que ceses de importunarme..... que no insultes mas mi dolor..... que me dejes sola.

Y tras este ligero desahogo de aquel dolor encerrado por tanto tiempo en su pecho, algunas lágrimas brotaron de los ojos de Geliztli y corrieron libremente por sus mejillas.

Pero el cobarde Villacampa, en vez de compadecerse de esta delicada niña, bajada de las gradas de un trono á la incomodidad de una prision, se sintió con demasiado valor desde el momento en que comprendió que empezaba á faltarle á la princesa.

—No vengo á insultar tu dolor, le dijo: vengo simplemente á proponerte un enlace, admitido como ley en las costumbres de tu nacion. ¿Acaso las esposas de los aztecas no están acostumbradas á dividir el tálamo nupcial con otras mujeres?

—Olvidas *sin duda* que ayer he recibido el baño *sagrado de tus sacerdotes*, y que la ley cristiana que

me obliga ya, como á vosotros, nos prohibe así á Malinche como á mí, unirnos en matrimonio.

—¡Oh! exclamó Villacampa con una sonrisa cínica en los labios.—Tú no estás bien impuesta todavía de las costumbres de los cristianos, puesto que solo desdè ayer perteneces á la comunidad católica. En nuestro país, cuando un hombre ilustre, como Malinche, se enamora de una mujer y no puede casarse con ella, no prescinde por eso de su amor, sino que le busca un esposo.

Gelizili permaneció tranquila y serena, señal evidente de que su virginal pureza no le habia permitido comprender la infamia que encerraban las palabras del miserable paje.

Pero de repente dió un grito: el peligro mismo que la rodeaba por todas partes, hizo caer por un instante de sus ojos el velo del pudor, y creyó comprender, aunque vagamente, algo de esa nefanda corrupcion de la Europa, de que le hablaba su interlocutor.

Entónces se adelantó hácia él, y revistiéndose de la majestad de una reina, le señaló con un ademan imperioso la puerta de la habitacion.

Villacampa volvió á sonreirse de la manera repugnante que acostumbraba, y acercándose mas á Gelizili, le dijo:

—No olvides, hermosa princesa, que Malinche te *destina* por esposo á un bello extranjero, que no se *cambiaria* ni por el mismo emperador del Anáhuac.

Geliztli permaneció inmóbil y silenciosa, con la mano siempre extendida hácia la puerta.

Entónces el miserable que jamás se habia hecho la ilusion de alcanzar el éxito que deseaba en la primera entrevista, empezó á retroceder en la direccion que le marcaba la princesa, murmurando en español estas palabras:

—Ps! Cualquiera diria que estas mujeres salvajes tienen lo que en nuestro idioma se llama honor. Probablemente tendrá entre esos perros paganos algun amante de tez oscura y cabellos lacios. Pero que el capitan le haga una visita y, ó no me llamo Villacampa, ó le hace olvidar en un instante al mejor de esos gentiles que se alimentan de carne humana, como las fieras.

Aquí llegaba de su soliloquio, cuando se encontró con la puerta. Alzó entónces la cortina y desapareció.

Cuando Geliztli se encontró sola en su habitacion, se dejó caer sobre la silla que antes habia ocupado, y con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las palmas de la mano, dejó correr libremente las lágrimas sobre sus mejillas.

¿Qué era lo que habia venido á proponerle el miserable que acababa de abandonar su habitacion?

Geliztli se hallaba sola, sola con su conciencia, sola con su pudor, y podia hacerse esta pregunta, sin temor de *que alguno* sorprendiese el rubor que encendia sus mejillas.

Lo que habia venido á proponerle el extranjero vil, era el adulterio!

El adulterio ántes del matrimonio!

El adulterio, crímen casi desconocido en el Anáhuac, y que causaba tal horror á los aztecas, que le castigaban con el mas bárbaro de sus suplicios!

Aplastaban entre dos piedras la cabeza del adúltero!

Pero lo que era enteramente desconocido entre los aztecas; lo que no podia existir nunca en aquel pueblo por lo mismo que las leyes autorizaban la poligamia; lo que hubiera hecho ruborizarse al hombre mas prostituido del Anáhuac; lo que apénas podia adivinar vagamente la virginal pureza de aquella princesa salvaje, era lo que habia osado decirle Villacampa, lo que segun aseguraba estaba en uso en la Europa cristiana, que traia á la América la mision de civilizarla.

Dar su fé y su amor á un hombre ante los altares, con la conciencia de no respetar el juramento que se pronuncia.

Tomar un esposo solo para encubrir un crímen!

Y á quién se le venia á proponer este crímen?

A una de las hijas de la familia real de Acamapichtzin, acaso las únicas mujeres del Anáhuac que nunca podian pertenecer á un hombre, sino en calidad de legítimas esposas!

¿A quién se venia á tentar con un amor infame, con un amor impuro?

A una mujer de corazon que amaba con el delirio

del primer amor: á la hija de un rey que se hallaba pronta á rechazar la mano de un príncipe para echarse en los brazos de un oscuro hijo del pueblo.....

El recuerdo de Tizoc secó repentinamente las lágrimas de los ojos de Geliztli, y levantándose de la silla que ocupaba, corrió á la puerta y llamó á su esclava.

Esta, que se llamaba *Xiloxochitl,* entró al instante en la habitacion.

—Vé á la casa de mi primo Cuauhtemotzin, le dijo la jóven princesa, y busca á un jóven guerrero que se llama Tizoc.

—¿El que introduje una mañana en vuestro aposento cuando habitábais en el palacio de vuestro padre?

—Sí, respondió Geliztli, ruborizándose ligeramente.—Dile que arrostrando cualquier obstáculo venga á..... Peró no!..... no le digas que venga.

Y la jóven imaginándose que el cuartel de los españoles no podia prestar ninguna garantía al jóven guerro, añadió:

—Dile que ya es tiempo de preparar la cacería.

—¿La cacería? preguntó admirada Xiloxochitl.

—Sí! él te entenderá. Pero ruégale en mi nombre que sea pronto..... pronto!.....

La esclava inclinó la cabeza en señal de obediencia y salió de la habitacion.

CAPITULO IV

El sumo sacerdote.--Moteuczoma.

Dos dias despues del suceso que acabamos de referir, presentáronse en la sala de audiencia de Moteuczoma, algunos sacerdotes de Huitzilopochtli y varios nobles y guerreros principales del Anáhuac.

Entre los sacerdotes se hallaba Tayatzin, aquel superior de los seminarios que, segun recordará el lector, habia educado á Tizoc, y que ahora tenia el elevado carácter de sumo sacerdote del imperio.

El emperador comprendió que se trataba de algun asunto importante al ver el carácter de las personas que acababan de entrar en la sala.

Confirmóle en esta opinion un hecho que no tenia antecedentes en los anales de su corte, y que tendia á rebajar en algo la dignidad imperial.

Tayatzin hizo una seña desde la puerta de la sala, y todas las personas que se hallaban allí reunidas por haber obtenido audiencia, se salieron inmediatamente de aquel lugar, inclinándose profundamente ante el sumo sacerdote.

Moteuczoma y aquellos próceres del Anáhuac quedaron solos en el salon.

Entónces sacerdotes, nobles y guerreros se acercaron de uno en uno al trono imperial, y saludaron al soberano conforme al ceremonial de la corte que ya conocen nuestros lectores. Cruzaron en seguida los brazos sobre su pecho, y mudos, inmóbiles y con los ojos clavados en la alfombra, esperaron que les interrógase el emperador.

Moteuczoma sentia latir con violencia su corazon, porque temia que aquellos hombres que se hallaban ante su presencia en respetuoso ademan, viniesen á reprenderle en nombre de su pueblo, la conducta indigna que habia observado hasta entónces con los ingratos extranjeros.

Al cabo de algunos instantes que necesitó para reponerse de los temores que le agitaban, preguntó con voz apagada:

—Sacerdotes y capitanes del Anáhuaç, ¿venís á depositar alguna súplica á los piés de mi trono? ¡Hablad! Estoy pronto á escucharos.

—Gran señor, respondió Tayatzin, venimos á hablaros en nombre de los dioses y de todos vuestros

vasallos del Anáhuac, y os suplicamos que nos perdoneis el largo tiempo que vamos acaso á emplear en esta embajada, porque se trata de asuntos de sumo interes para el porvenir y la felicidad de vuestro pueblo.

Turbóse ligeramente Moteuczoma al ver realizados los temores que habia concebido, y no teniendo valor para hablar, se contentó con hacer á Tayatzin una señal para que continuase.

El sumo sacerdote prosiguió en estos términos:

—Cinco meses hace, señor, que se presentaron en Tenochtitlan los extranjeros blancos del Oriente, y desde entónces no ha habido un solo dia que no se señale con algun insulto á la nacion, ó algun desacato á vuestra persona. Hacia apenas tres dias que Malinche residia en el palacio de Axayacatl, vuestro padre, cuando se presentó una mañana en el gran templo de Huitzilopochtli, y sin respeto á la imájen del dios de la guerra, ante cuya presencia estaba, sin respeto á vuestra real persona, sin respeto á los numerosos sacerdotes reunidos en el atrio, sin respeto á los sagrados despojos de las víctimas inmoladas en el altar de los sacrificios, osó pronunciar un discurso sacrílego contra el venerando culto de nuestros padres y llevó su audacia hasta á proponernos que derribásemos de sus aras á Huitzilopochtli para colocar en su lugar á los dioses extranjeros.

—*Pero* yo rechacé con horror aquella proposicion, *interrumpió* Moteuczoma, y nadie sabe mejor que el

sumo sacerdote del Anáhuac, cuántos dias he invertido en la penitencia y en la oracion para aplacar la cólera del dios de la guerra.

—Si la cólera de Huitzilopochtli fué aplacada entónces con vuestras preces, muy pronto volvió á excitarla un nuevo desacato de los extranjeros. Un dia se presentó en vuestro palacio Malinche, acompañado de sus capitanes y de la mala hija del Anáhuac que le sirve de intérprete, y tuvo la audacia de arrancaros de vuestro trono y de conduciros preso al palacio mismo de vuestro padre.

—Yo no vine preso..... yo seguí voluntariamente á los extranjeros.

—Eso fué lo que dijísteis entónces á vuestros súbditos, que os salian al encuentro para ofreceros la libertad, y eso fué lo que les impidió arrojarse sobre vuestros opresores para arrancaros de sus garras. Poco despues han sobrevenido otros sucesos que han venido á probar claramente la verdad de lo que os digo.

Moteuczoma inclinó la cabeza con abatimiento, porque comprendia la exactitud de cuanto le estaba diciendo el sumo sacerdote, y toda su impudencia y su soberbia de rey no le hubieran bastado para contradecirle.

Entretanto Tayatzin continuó:

—Pocos dias despues de este desacato á la majestad real, *los extranjeros* cometieron otro atentado, que *ha llenado de amargura* á los capitanes de vuestro

ejércitos. Diez y siete guerreros, que no habian cometido otro crímen que obedecer vuestras órdenes y combatir contra los enemigos del Anáhuac, fueron sentenciados á muerte por el audaz Malinche, y quemados vivos á las puertas de vuestro palacio.

—Eran unos rebeldes, volvió á interrumpir el emperador, y sufrieron un castigo proporcionado á su delito.

Tayatzin movió tristemente la cabeza en ademan de duda, y prosiguió:

—Eso fué lo que creyó el pueblo que acudió en masa á contemplar el suplicio, y lo que le impidió arrojarse sobre la encendida hoguera para librar á sus víctimas. Pero es tan cierto que no fuísteis vos quien ordenó el suplicio, que Malinche os echó una cadena á los piés para que no saliéseis á reclamar á vuestros servidores.

Moteuczoma se sonrojó de vergüenza al recordar este degradante ultraje, cuyo secreto creia encerrado entre los muros de su prision.

—Pero esto es muy poco, comparado con lo que ha acontecido despues—prosiguió el implacable sacerdote.—Los reyes de Tezcoco y de Tlacopam, vuestros ilustres aliados, los señores de Ixtapalapan y de Coyohuacan, el cacique de Tlatelolco y casi todos los nobles de Tenochtitlan, dónde están ahora? no gimen *como vos*, bajo las cadenas de los extranjeros? no se *hallan* presos donde vos lo estais?

—Son tambien unos rebeldes! tartamudeó el desgraciado Moteuczoma.

—Rebeldes! clamó con acento irónico Tayatzin.—Sí!..... rebeldes, porque intentaron levantarse un dia contra los odiosos extranjeros para libraros de la incomprensible tiranía que ejercen sobre vos! Rebeldes, porque se armaron en defensa de su religion y de su patria! Rebeldes, porque convocaron al pueblo para combatir á sus enemigos!

La lógica del sacerdote era incontestable, y á medida que avanzaba en sus acusaciones contra los extranjeros, levantaba un grado mas la entonacion de su voz, y su semblante, severo de ordinario, adquiria un aspecto terrible de amenaza.

El emperador, supersticioso como el último de sus vasallos, creia que los labios del sacerdote no podian expresar otra cosa que la voluntad de los dioses, y abatido y anonadado ante aquel juez severo de su conducta, empezó á escucharle con el temor de un reo que escucha la sentencia de un tribunal.

Tras un instante de silencio, Tayatzin continuó:

—Un dia hicísteis llamar á vuestros mas distinguidos vasallos, y en presencia de Malinche y de sus guerreros, dijísteis que abdicabais el trono de vuestros mayores, y que regalábais el señorío del Anáhuac á un soberano desconocido..... al rey de los extranjeros. *Todos comprendieron* que la tiranía de los hom*bres blancos os obli*gaba á hacer esta declaracion, Y

que todos veian las lágrimas que al hacerla, corrian de vuestros ojos. Todos lloraron con vos, no tanto por compasion á vuestras lágrimas, cuanto por ver de qué manera tan extraña se perdia la nacionalidad azteca, comprada por nuestros padres al precio de su sangre.

Moteuczoma tembló sobre su trono al escuchar esta nueva acusacion. Creyó ver á sus ilustres antecesores, desde Acamapichtzin hasta Ahuitzotl, levantarse milagrosamente de sus tumbas de Chapoltepec para venir á echarle en cara su cobarde condescendencia.

—Aquella declaracion, prosiguió Tayatzin, fué seguida de un acto, que probó muy pronto á los aztecas el feo vicio de que adolecen sus nuevos amos. Los extranjeros exijieron un tributo en señal de vasallaje, y vos les regalasteis el tesoro de vuestro padre Axayacatl, y vuestros vasallos arrancaron á sus hijas hasta el último pendiente de sus labios para saciar la codicia de nuestros huéspedes!

—Basta! basta! exclamó aterrado el emperador.

—No! gritó el fanático Tayatzin.—Todavía hay un atentado mas, que ha hecho temblar á los dioses sobre sus altares de piedra. Un dia los extranjeros se presentaron en el santuario de Huitzilopochtli, barrieron una capilla consagrada al dios del aire, como si los despojos de las víctimas fueran inmundicias, y sobre el altar en que antes descansaba el divino Quetzalcoatl, colocaron sus falsos ídolos y les tributaron una adoracion sacrílega.

Un silencio sepulcral siguió á estas terribles palabras del acusador.

Moteuczoma inmóbil y silencioso, parecia aguardar con resignacion á que se pronunciase una sentencia digna de aquellas fuertes inculpaciones.

Los sacerdotes, los nobles y los guerreros, que hasta entónces habian asistido como simples espectadores á aquella escena, permanecian con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos clavados en tierra, como subyugados ante la doble majestad del emperador y del sumo sacerdote del Anáhuac.

El primero que rompió este silencio, fué el mismo Tayatzin, quien dijo:

—Emperador Moteuczoma: vuestros vasallos indignados por las condescendencias que teneis para con los hombres blancos del Oriente, y los dioses del Anáhuac agraviados por la presencia de los dioses extranjeros, vienen á demandaros una reparacion por medio de nosotros, ya que vos sois el único que servis de escudo á los enemigos de la patria.

—Yo!..... yo! dijo balbuciente el desgraciado monarca.

—Sí! vos! respondió el sumo sacerdote.—La nobleza y el pueblo, indignados de la preponderancia que los extranjeros van adquiriendo en la nacion, han intentado muchas veces armarse contra éstos y venir á *despedazarlos entre los* muros de este palacio. Y sabeis *lo que los ha* detenido? El temor de desagrad

ros, el temor de faltar al respeto debido al soberano, el temor de que hiera vuestro augusto pecho un dardo disparado contra vuestros huéspedes.

El sumo sacerdote se detuvo un instante, como para hacer notar mejor á Moteuczoma las palabras que en seguida iban á pronunciar sus labios.

—Salid, señor, de este palacio—le dijo—y los sacerdotes y los guerreros que estamos aquí reunidos, os juramos en nombre de todo el Anáhuac, que mañana estaréis ya vengado de los ultrajes que habeis recibido. Los extranjeros que no mueran en su defensa, habrán expiado ya sus crímenes en el altar de los sacrificios.

Moteuczoma levantó con lentitud su cabeza y fijó sucesivamente sus ojos en cada uno de los próceres que se hallaban en el salon.

Y los sacerdotes, los nobles y los guerreros respondieron á esta muda interrogacion, levantando uno á uno su brazo hácia el trono y diciendo con acento solemne.

—Lo juramos!

Pero aquel rey era indigno de tales servidores. Despues de esta noble protesta, apartó los ojos de sus vasallos y volvió á caer en su habitual indolencia.

El sumo sacerdote clavó una mirada de desesperacion en sus compañeros.

—Insistid! le significaron éstos con otra mirada.

—Señor, dijo entónces Tayatzin volviéndose á Mo-

teuczoma:—escuchad las súplicas de vuestros súbditos que solo se dirijen al bien y prosperidad del Anáhuac. Salid de este palacio, donde vivís bajo la tutela de los extranjeros; recobrad vuestra autoridad y restableced el brillo de vuestra corona. No deis pábulo á que se diga lo que ya creen muchos de vuestros vasallos, que los extranjeros os tienen hechizado! Venid, señor! venid á vivir otra vez entre vuestros súbditos!

Pero Moteuczoma continuaba inmóbil y silencioso.

—Señor! exclamó con un ligero acento de impaciencia el sumo sacerdote.—No decís que no estais preso en este palacio?

—Ciertamente que no, respondió Moteuczoma.

—¿Por qué entónces os negais á salir de él?

—Por qué? tartamudeó el emperador.—Porque los dioses lo quieren así!

—¡No! replicó Tayatzin.—Los dioses no quieren vuestra humillacion..... los dioses no quieren que sacrifiqueis al Anáhuac!

El emperador clavó una mirada tímida y supersticiosa en el semblante de Tayatzin. El sumo sacerdote comprendió las ventajas que podian sacarse del nuevo giro que habian dado á las ideas de Moteuczoma sus últimas palabras, y añadió:

—Ayer he consultado á los dioses y Huitzilopochtli se ha dignado hacerme escuchar su divina palabra. La presencia de los extranjeros en Tenochtitlan le ti

ne irritado y solo puede aplacar sus iras la sangre de sus enemigos.

Moteuczoma palideció horriblemente. Pero no quedó convencido. Todavía intentó argüir.

—Pero cómo luchar, dijo, con esos extranjeros que disponen del trueno y del rayo, que los mismos dioses han colocado en sus manos?

—Señor, salid de este palacio, y vuestros súbditos se encargarán de destruir á los extranjeros, aunque perezcan ciento por cada uno de vuestros enemigos.

—No! no es posible salir de este palacio, dijo aterrorizado Moteuczoma.—Los extranjeros me asesinarian á mí y á todos los que me acompañasen, antes que lográsemos salir de sus muros.

En aquel momento se destacó del grupo de los guerreros un jóven de elevada estatura y de continente marcial, que se aproximó al trono hasta colocarse á la misma distancia que Tayatzin.

—Señor, dijo á Moteuczoma con la emocion natural que debia causarle la presencia del soberano.—Si es lícito á un jóven guerrero tomar parte en los graves consejos del gran señor del Anáhuac, dignaos escuchar un medio que he discurrido para libraros de los extranjeros, sin que corra peligro vuestra preciosa existencia.

Moteuczoma fijó una mirada sobre este jóven que *parecia* desconocer el severo ceremonial de la corte. *Pero en* lugar de reprenderle, le dijo:

—Eres muy jóven. Debes de ser muy nuevo en el ejército; y sin embargo, creo haberte visto alguna vez.

—Señor, respondió el mancebo, me llamo Tizoc. Cuando era todavía sacerdote de Huitzilopochtli, me presenté un dia en la sala de audiencia de vuestro palacio para cantar un himno compuesto por el sumo sacerdote.

—Y bien, Tizoc, repuso Moteuczoma al cabo de un instante de silencio.—¿Cuál es ese medio que has discurrido para libertar á tu soberano de sus enemigos?

—Señor, yo creo como vos que si ahora intentáseis salir de aquí con nosotros, ninguno llegaria con vida á la puertas de este palacio. Los extranjeros comprenden que la seguridad que disfrutan en Tenochtitlan se la deben á vuestra presencia en sus cuarteles, y se opondrán siempre con todas sus fuerzas á que salgais de aquí. Pero empleemos, señor, la astucia, y acaso seremos mas afortunados.

Todos los circunstantes, incluso el mismo Moteuczoma, se hallaban colgados de los labios de Tizoc. Su juventud, su bizarría, la misma emocion con que se explicaba y la importancia del consejo que acaso iba á salir de sus labios, daban un encanto indefinible á su discurso.

Tayatzin le contemplaba con esa tierna complacencia que disfruta un padre al ver á su hijo salir del *círculo vulgar de los* hombres.

—*Señor, continuó* Tizoc: yo os he visto ir algun

veces á cazar al bosque de Chapoltepec. Nosotros podemos esconder un buen número de guerreros en la espesura del bosque, y caer un dia durante la caza sobre los extranjeros y los tlaxcaltecas que os custodian, para arrancaros de su poder.

Todos los circunstantes, á excepcion de Moteuczoma, hicieron un gesto de aprobacion al escuchar estas palabras.

—Gran señor, añadió el jóven guerrero, animado por esta buena acogida de sus compañeros;—todos los habitantes de Tènochtitlan se disputarán el honor de armarse para esta empresa; y nosotros no tendremos otro trabajo que el de impedir á todos vuestros vasallos que concurran á Chapoltepec.

—Señalad el dia de la caza, terció el sumo sacerdote, y aunque elijais el dia de mañana, no dudeis que todos los preparativos estarán dispuestos para el momento oportuno.

Un ligero temblor agitó el cuerpo de Moteuczoma; y volviéndose á los leales vasallos que le rodeaban, les dijo con acento balbuciente:

—Un combate con los extranjeros!..... Un combate con los descendientes de Quetzalcoatl!..... Desechad ese proyecto. Yo no quiero que por mí—escuchadlo bien—se derrame una sola gota de la sangre de mis súbditos.

—Ah! exclamó Tayatzin, no pudiendo contener por mas tiempo su indignacion. Decid mas bien que no

quereis que se derrame la sangre de vuestros huéspedes. Pues bien, emperador Moteuczoma, escuchad la voluntad de vuestros vasallos..... escuchad la prediccion de los dioses.

Moteuczoma abatió su cabeza, y pálido y consternado, fijó los ojos sobre la alfombra.

Tizoc habia vuelto á confundirse entre sus compañeros, llevando la muerte en el corazon, porque habia fracasado la tentativa que acababa de hacer para salvar á su adorada Geliztli.

Los demas circunstantes continuaban escuchando en actitud respetuosa.

Y entre el silencio sepulcral que dominaba en el salon, se oyó la voz del sumo sacerdote que proseguia, diciendo:

—Tus vasallos cansados de tu debilidad, y deseosos de tener un rey que los conduzca al combate, en lugar de servir de escudo á sus enemigos, van á convocar á los electores de Tenochtitlan para elegir un nuevo soberano. Tu estátua de Chapoltepec será derribada por el pueblo, tu efigie será borrada del lienzo sagrado de los emperadores del Anáhuac, y tu nombre quedará proscrito para siempre en la memoria de los aztecas.

Un gemido sordo se escapó del pecho de Moteuczoma.

El sumo sacerdote prosiguió:

—Pero no serás tú solo el que sufra el castigo de

tu cobarde conducta. Los dioses emigrarán de Tenochtitlan, la lluvia del cielo faltará á los campos y tus pobres vasallos morirán de hambre, maldiciendo tu memoria. Esto es lo que me encargan que te diga en su nombre, los dioses protectores del Anáhuac.

Al terminar estas fatídicas palabras, el sumo sacerdote volvió las espaldas á Moteuczoma, como si no fuera ya emperador, y señaló con un ademan á los próceres que le acompañaban, la puerta de la sala de audiencia.

Y nobles, sacerdotes y guerreros, sin inclinarse siquiera ante el solio del soberano, le volvieron tambien las espaldas y echaron á andar hácia la puerta.

Este movimiento hizo salir á Moteuczoma de su indolencia.

Levantó la cabeza, y al ver que se retiraban de su trono esos vasallos tan nobles, tan leales, tan decididos, al ver que le abandonaban, que le dejaban solo, sintió que el corazon se le oprimia fuertemente y que las lágrimas se agolpaban á sus ojos:

—Tayatzin! Tayatzin! dijo entónces con voz angustiada.—Una palabra en nombre de los dioses!

Tayatzin y sus acompañantes se detuvieron en medio de la sala.

—Acercáos! añadió Moteuczoma, mas bien como un igual que suplica, que como un soberano que manda.

Nobles, sacerdotes y guerreros obedecieron sin vacilar.

—Escuchad, continuó Moteuczoma: yo deseo tanto como vosotros ver libre á Tenochtitlan de la presencia de los extranjeros. Pero un combate con ellos me hace estremecer. Sus armas que despiden el trueno y el rayo asesinarian impunemente á la mitad de mis súbditos.

—Para qué nos habeis llamado entónces? preguntó con cierta dureza el sumo sacerdote.

—Para proponeros un medio que no cueste al Anáhuac una sola gota de la sangre de sus hijos. Yo llamaré hoy mismo á Malinche, le intimaré la voluntad de los dioses y le ordenaré que se salga de Tenochtitlan con todos los extranjeros y con todos sus aliados.

—Y de todo el imperio, añadió el sumo sacerdote.

—Y de todo el imperio, repitió Moteuczoma.

—Hacedlo, repuso Tayatzin.—Yo me voy á prosternar ahora ante el altar de Huitzilopochtli para pedirle que os ayude con su sobrenatural poder, y mañana volveré á saber si Malinche se halla dispuesto á obedeceros.

Al terminar estas palabras, Tayatzin hizo una profunda reverencia al soberano, y nobles, sacerdotes y guerreros despejaron respetuosamente la sala de audiencia.

CAPITULO V

El sumo sacerdote.--Geliztli.

Aquel mismo dia hizo llamar Moteuczoma al general español, y con un valor de que no se le hubiera creido capaz, despues de las humillaciones á que le habian sometido sus huéspedes, intimó á Hernan Cortés lo que él llamaba la voluntad de los dioses.

—Largos dias, le dijo, os he hospedado en mi corte, y creo que no teneis que quejaros de la munificencia del soberano. Pero ya es tiempo de que os vayais á vuestra patria. Así lo quieren los dioses y así lo exige la tranquilidad del Anáhuac. Mis súbditos andan alarmados con vuestra larga permanencia en el país, y temo que un dia se levanten todos en masa para destruiros. ¡Idos! y yo os colmaré de nuevos presentes para que volvais ricos á vuestra patria.

Sobresaltóse Hernan Cortés al escuchar estas pa-

labras, y tuvo necesidad de guardar silencio un instante, para que el emperador no conociese en su acento la impresion que le habia causado la órden que acababa de recibir.

—Señor, respondió, yo no puedo regresar á mi patria tan pronto como vos deseais, porque los barcos en que he venido de Cuba, los he destruido en Chiahuitztla.

Moteuczoma se mantuvo mudo al escuchar esta objecion.

—Sin embargo, prosiguió Hernan Cortés, yo deseo cumplir con vuestras órdenes, y para verificarlo no encuentro otro recurso que mandar construir nuevos bajeles para embarcar á todos mis españoles. Pero para esto necesito carpinteros y madera, y nada de esto tengo á mi alcance. Yo he visto cerca de Quiabislan unos hermosos pinares, que me proporcionarian toda la madera que necesito. Si vos me diéseis licencia para disponer de esos pinares y me proporcionáseis algunos operarios que los cortasen y los trasladasen á mi villa de Veracruz, yo pondria inmediatamente en astillero mis bajeles.

—No tengo ningun inconveniente, repuso Moteuczoma.—Dad vuestras órdenes y sereis inmediatamente obedecido. Entretanto yo aplacaré á mis súbditos para que aguarden con calma á que se concluyan vuestras *piraguas*.

Así terminó esta conferencia, de que Hernan Co

tés sacó grandes ventajas, gracias á la rara presencia de espíritu que nunca le abandonaba.

En primer lugar ganaba tiempo. Miéntras se construian los bajeles, podian llegar noticias de la mision que habian llevado á España Montejo y Puertocarrero, ó podian venirle refuerzos de la misma España ó de la isla de Cuba. Entónces con mejores elementos de los que ahora tenia, podia dar cima á sus ambiciosos pensamientos.

En segundo lugar, se construian aquellos bajeles que así podian servir para navegar en el golfo, como para surcar el agua de las lagunas que rodeaban á Tenochtitlan, á fin de reducirla por tierra y agua en el caso probable de un sitio. Tiene tantas peripecias una conquista!

Despues de su entrevista con Moteuczoma, Hernan Cortés hizo llamar al paje Orteguilla, que como recordarán nuestros lectores, habia sido destinado al servicio del emperador, gracias á sus conocimientos en el idioma del Anáhuac.

Orteguilla, adivinando de qué se trataba, acudió temblando al llamamiento.

—Hoy han venido muchos indios á ver á Moteuczoma, le dijo el capitan.

—Sí señor, respondió el paje.—Y muchos de ellos *eran Papas.*

Este era el nombre que los españoles daban á los *sacerdotes* principales del Anáhuac.

—Y cómo sabes tú que eran Papas?

—Porque se los he oido decir á los mismos indios que los vieron entrar.

—Tú estarias presente á la conferencia que tuvieron con Moteuczoma.

Ortegüilla vaciló un instante. Hernan Cortés temió que fraguase una mentira.

—Dime únicamente la verdad, añadió, ó te mando aplicar una carrera de baquetas.

Esta amenaza hizo estremecer al paje de piés á cabeza, y respondió:

—Yo no estaba precisamente en la sala cuando entraron los Papas, pero.....

—Pero entraste despues.

—Tampoco.

Hernan Cortés hizo un gesto mas espantoso todavía que la misma carrera de baquetas.

—Pero, señor capitan, se apresuró á añadir el paje, si yo hubiese entrado en la sala, el emperador me habria señalado á los Papas, y éstos no habrian podido expresarse con entera libertad.

—Luego no escuchaste lo que esos perros le dijeron á Moteuczoma?

—No perdí una sola palabra.

Desarrugóse el ceño del capitan y miró con cierto *interes al paje*.

—*Me coloqué en* una de las puertas de la sala, pro

siguió éste, animado con el bondadoso gesto de Cortés; —y oculto tras de la cortina, escuché y ví.

—Eres un chico de provecho, repuso el capitan, y yo me encargo desde ahora de hacer tu carrera.—Veamos, añadió: ¿qué fué lo que dijeron los Papas?

Orteguilla bajó los ojos.

—La verdad, señor, respondió temblando, hablaban con tanta prisa y tanta vehemencia, que no era fácil comprender sus discursos.

Hernan Cortés sintió tentaciones de estrangular al paje con sus propios dedos.

—Lo único que pude comprender, prosiguió Orteguilla, es que amenazaban á Moteuczoma con la cólera de sus dioses. Tambien les oí pronunciar muchas veces vuestro nombre. El que hablaba mas alto que todos y hacia temblar á Moteuczoma con sus amenazas, es un viejo Papa que trae el pelo muy largo y la manta muy llena de pinturas.

—Serás capaz de reconocer á ese Papa?

—Entre otros ciento de su especie.

—Pues bien! Mira cuidadosamente á todos los indios que entran á ver á Moteuczoma, y cuando veas entrar á ese Papa, avísame inmediatamente.

Y Hernan Cortés volvió las espaldas al paje, quien no quedó poco satisfecho de haber salido á tan poca costa de esta entrevista, cuyas consecuencias temió tanto al principio.

Al dia siguiente, Tayatzin, fiel á su promesa, se

presentó en la sala de audiencia. Moteuczoma le informó del resultado de su conferencia con el general español, y el sumo sacerdote, aunque no muy satisfecho de este resultado, se despidió del emperador, prometiéndole que transmitiria esta esperanza á sus vasallos.

Al salir de la sala de audiencia, el sumo sacerdote se internó en el palacio de Axayacatl, y algunos momentos despues entraba en la habitacion de Geliztli.

La jóven princesa soltó una exclamacion de alegría al ver al sacerdote, y se precipitó á su encuentro.

—Padre mio, le dijo, los dioses del Anáhuac se han apiadado sin duda de mí, aunque haya abrazado la religion de los extranjeros, y por eso te han traido á mi presencia en los momentos en que mas necesito de tus sabios consejos:

—¿Tú has abrazado la religion de los extranjeros? preguntó el sumo sacerdote, mirando con severidad á la princesa y deteniéndose en medio de la habitacion.

Geliztli bajó los ojos avergonzada, y se detuvo tambien delante de Tayatzin.

—Padre mio, dijo, no se ha consultado mi voluntad para hacerme cambiar de religion. Un dia los extranjeros me arrastraron al pequeño templo que han levantado á sus dioses en este palacio, un sacerdote blanco bañó mi cabeza con agua, y desde aquel instante me obligan todos los dias á adorar á los ídolos extranjeros.

—Hija mia, repuso con acento de bondad el sumo sacerdote: si los dioses de tu patria son siempre dueños de tu corazon, si el culto que reciben de tí los ídolos blancos es solamente exterior, todavía eres digna de la estimacion de los patriotas aztecas, y voy á darte al instante una prueba de lo mucho que te amo el anciano maestro de tu niñez.

—Te escucharé, señor, como cuando niña oia tus lecciones en el seminario.

—Pero sentémonos antes. He andado mucho esta mañana y necesito de algun reposo.

El anciano y la jóven tomaron dos sillas, y se sentaron muy cerca el uno del otro.

—Hija mia, prosiguió Tayatzin: antes de explicarte el motivo que me trae á tu habitacion, quisiera pedirte perdon por lo mucho que involuntariamente te hice sufrir en tus primeros años.

—Tú, padre mio? preguntó admirada Geliztli.

—¿No me oponia á que Tizoc te amase?

—Ah! exclamó la princesa con las mejillas encendidas de rubor.—Y ahora?

—Ahora, respondió Tayatzin, todo ha cambiado. Tizoc, mi amado hijo, no es ya un sacerdote de Huitzilopochtli: es un jóven guerrero que puede amar á una mujer, sin temor de ofender á los dioses. Y no á una mujer del pueblo, no á la hija de un noble feudatario, sino á una princesa de Tenochtitlan, á una hija del mismo Moteuczoma. Los grandes servicios que he

prestado á la patria, los que tengo esperanzas de que le prestará en adelante, le hacen digno de una mujer que le lleve en dote el imperio del Anáhuac.

El rubor continuaba coloreando las mejillas de Geliztli, y algunas lágrimas de placer brotaban de sus ojos.

—Pero antes de que llegue ese hermoso dia, continuó el sacerdote, él, tú, yo, los aztecas todos, tenemos que pasar por las grandes pruebas á que han querido someternos los dioses. Tizoc es fuerte, como los añosos árboles de nuestros bosques, y bravo como el leon al arrojarse sobre su presa. Roguemos á los dioses que nos conceda á todos la misma fortaleza y el mismo valor, y un dia el Anáhuac, en lugar de estar humillado á las plantas del extranjero, como ahora, se alzará soberbio y majestuoso sobre todos sus enemigos, como en los gloriosos tiempos de Ahuitzotl.

—Padre mio, dijo Geliztli, si una pobre mujer puede contribuir con sus débiles esfuerzos á la salvacion de la patria, señálame mi tarea y estoy pronta á obedecerte.

—Quién sabe, hija mia! repuso el sacerdote.—Hasta el ave que canta en la víspera de una batalla, suele decidir de la suerte de las naciones. Pero por ahora no se trata de exigirte ningun sacrificio. Solamente se quiere que aguardes con calma los grandes acontecimientos que se preparan para salvar al Anáhuac de sus opresores.

—Tizoc me habia hablado de una cacería en Chapoltepec.....

—Ah! exclamó Tayatzin exhalando de su pecho un suspiro.—Todo estaba preparado para esa cacería..... todo dispuesto para la fuga; pero ayer fué propuesta al emperador, y el emperador la rechazó.

La princesa bajó los ojos avergonzada. Sentia que le humillaba la cobardía de su padre.

—Tizoc me ha confiado, prosiguió el sumo sacerdote, el objeto secreto con que propuso á tu padre la fuga. Tenia la esperanza de que su hija pudiese huir con él.

—Y si no puedo huir pronto de esta casa, padre mio, ¿que va á ser de mí?

—Tizoc me envia á tu lado para darte una esperanza.

—Pero qué esperanza nos queda?

—Los extranjeros van á salir pronto de Tenochtitlan y de todo el Anáhuac. Solo aguardarán á que se concluyan las grandes piraguas que han mandado construir para regresar á su patria.

—Padre mio, preguntó la princesa bajando los ojos ¿Tizoc no os ha hablado del peligro de que me veo amenazada?

El sumo sacerdote movió la cabeza en ademan negativo.

—No os ha dicho que mi padre me dió por esposa á Malinche?

—Tú! exclamó con vehemencia el sumo sacerdote. —Tú, esposa del extranjero?

—Nada temas, respondió Geliztli.—Yo me he resistido á aceptar á Malinche con tanta mas razon cuanto que él mismo ha dicho que no puede tomarme por esposa, á causa de que se lo prohiben sus dioses. Pero él no cesa de importunarme con su amor..... con el amor impuro que se dice ha concebido por mí..... y como vivo fuera de mi casa, como habito un lugar donde todos le obedecen..... tengo miedo, padre mio..... miedo de él, miedo de todo el que se acerca á mi habitacion, y la vida que aquí arrastro, es un continuo sobresalto.

Y tras estas palabras, la jóven princesa refirió á Tayatzin la visita de Villacampa y la infame proposicion que le habia hecho en nombre de Hernan Cortés.

El sumo sacerdote escuchó á la princesa con profunda atencion, y cuando hubo terminado su relato, se levantó de la silla que ocupaba y empezó á pasearse agitadamente por la cámara.

Parecia que algun pensamiento terrible habia germinado en su espíritu y que le devoraba alguna lucha interior.

Geliztli le seguia ávidamente con los ojos, y un estremecimiento involuntario recorria todos sus miembros al ver aquella adusta frente entregada á la reflexion.

El sumo sacerdote se detuvo repentinamente en medio de la habitacion.

—¡Sí! exclamó entónces, como hablando consigo mismo.—Los dioses del Anáhuac son los que me inspiran este pensamiento. El enemigo de la patria caerá en el lazo, y su sangre será derramada en expiacion en el altar de los sacrificios!

Y levantando en seguida su cabeza, se dirigió á Geliztli con una sonrisa en los labios. Pero esta sonrisa era mas feroz que cualquiera amenaza, y hacia temblar en vez de inspirar confianza.

—¡Yo te saludo, noble vírgen del Anáhuac! dijo á la princesa, tendiendo hácia ella su mano.—Los dioses te han escogido para salvar de la esclavitud al pueblo de tus mayores y han colocado en tus manos su porvenir. Dichosa tú, que has merecido ser el instrumento de su venganza, y cuyo nombre será repetido con gratitud de generacion en generacion por todos los habitantes del imperio!

Era tan solemne el acento con que el sumo sacerdote pronunciaba estas palabras, que Geliztli, dominada de un terror supersticioso, no osaba levantar los ojos para mirarle á la cara.

—Los dioses te han dado la belleza, continuó el sumo sacerdote, para inspirar al enemigo de la patria el amor que le domina, y para arrojarle á la perdicion cuando él piense arrojarse á tus brazos. Y su perdicion será la salvacion del imperio..... Cuando él haya

caido en el lazo, sus compatriotas se disiparán, como el viento disipa las hojas secas de los árboles en un dia de tempestad. Y los aztecas los perseguirán de ciudad en ciudad y de monte en monte, hasta aniquilarlos á todos ú obligarlos á huir por el gran lago de Chalchiuhcuecan. Y el Anáhuac volverá á florecer con su antiguo esplendor, y sus hijos volverán á respirar el aire de la libertad, y la heroina, la noble mujer que hubiese salvado á su pueblo, no escuchará en derredor de sí mas que las bendiciones de todos sus compatriotas.

Aquí se detuvo el sumo sacerdote, y adelantándose todavía mas á la princesa, añadió:

—Tú me has dicho que deseabas contribuir á la salvacion del Anáhuac.

Geliztli sintió un estremecimiento nervioso en todo su cuerpo y respondió con un ademan afirmativo.

—Pues bien! prosiguió Tayatzin: hé aquí el puesto que te señalan los dioses en el combate..... en ese combate á que deben concurrir todos los aztecas para destruir el poder sobrenatural de sus enemigos.

Reinó en la cámara un instante de silencio, interrumpido únicamente por la respiracion dificultosa que se escapaba del pecho de Geliztli, y al cabo del cual prosiguió el sacerdote:

—*Fingirás* acceder á los deseos de Malinche y le *darás una cita* en tu habitacion.

Geliztli se levantó de su silla con el rostro pálido de indignacion.

—Sacerdote de Huitzilopochtli! exclamó con vehemencia.—¿Sabes lo que osas proponer á la hija del gran señor del Anáhuac?

—Le propongo la salvacion de su pueblo.

—Le propones su deshonra.

—Calla y escucha, repuso con severidad el sacerdote.—Son los dioses de nuestros padres los que hablan por mis labios.

Los ojos del sumo sacerdote despedian un brillo siniestro al pronunciar estas palabras, y la supersticiosa hija del Anáhuac sintió que los cabellos se le erizaban sobre la frente.

Un instante despues continuó Tayatzin.

—Darás una cita al Malinche y prepararás un banquete para obsequiarle. Los extranjeros se entregan sin temor á los placeres de la mesa, y durante la comida podrás arrojar en alguno de sus platos, una sustancia que yo prepararé.

La princesa levantó su cabeza para mirar al sumo sacerdote.

—Y el extranjero morirá, ¿no es verdad? preguntó creyendo que empezaba á comprender.

—No! respondió con acento feroz Tayatzin.—Huitzilopochtli tiene derecho á su sangre y ésta se verterá al dia siguiente en el templo mayor de Tenochtitlan.

—*Entónces*..... objetó Geliztli.

—El extranjero quedará sumergido en un sueño profundo.

La princesa continuaba mirando al sumo sacerdote, porque aun no acababa de comprender su pensamiento.

—Cuando el sueño le haya privado del conocimiento, continuó Tayatzin, irás tú misma á un lugar de este palacio que yo te designaré, y dirás á un azteca que pronuncie mi nombre, estas palabras: « ya es tiempo. »

—Y entónces?

—Entónces nosotros que contamos con algunos amigos entre los aliados mismos de Malinche, procuraremos sacar de aquí al extranjero dormido, protegidos por las sombras de la noche.

—Y luego? preguntó la princesa.

—Al rayar el alba del dia siguiente, Malinche será sacrificado en la cima del templo mayor, y su cabeza se fijará en una asta para presentarla á la vista de los extranjeros. Entónces los diez mil guerreros de Tenochtitlan que estarán preparados desde la noche anterior, atacarán fuertemente este palacio; y sus defensores, viendo muerto á su capitan, procurarán huir ó morirán á nuestras manos.

—Padre mio, dijo la princesa despues de escuchar con profunda atencion al sumo sacerdote,—yo creia que me proponias el sacrificio de mi virtud.....

—Y ahora?

—Ahora que sé que no tengo necesidad de envile-

cerme para contribuir á tus designios, estoy pronta á cumplir con tus mandatos.

—Noble hija del Anáhuac! exclamó con ferviente entusiasmo el sacerdote.—La cobarde sangre de tu padre no se ha transmitido á tus venas, y los dioses han querido reparar con tu valor las faltas de su debilidad. Bendita seas mil veces, heróica rama de Acamapichtzin! Tu nombre será repetido con veneracion por todas las generaciones, y acaso llegue un dia en que te erijan altares en sus templos.

—Una palabra, padre mio, repuso la princesa: ¿no dices que los extranjeros han prometido á mi padre salir del Anáhuac?

—Pero cuándo, hija mia? preguntó con viveza Tayatzin.—Cuando se hayan concluido sus grandes piraguas, cuya madera vejeta todavía en los bosques de Chiahuitztla. Entretanto, tu virtud peligra y el Anáhuac continúa humillado.—Oh! añadió con acento apasionado.—No desmayes! El porvenir de la patria se halla en tus manos, y los dioses te castigarian si no supieses aprovechar esta oportunidad que te presentan para servir.

Al terminar estas palabras, el fanático sacerdote dirigió la postrera mirada á Geliztli, como para infundirla valor, y con paso grave salió de la habitacion.

CAPITULO VI

La Judit del Anáhuac.

Era de noche.

La habitacion de Geliztli presentaba una extraña mezcla de las costumbres casi salvajes del Anáhuac y de los hábitos un poco bárbaros todavía de la Europa.

La cámara estaba adornada, como otra vez hemos dicho, con alfombras de estera, con tapices de tela de algodon y con unas cuantas sillas bajas y sin respaldo.

Pero en el centro se elevaba una mesa cubierta con blancos manteles, sobre los cuales descansaban una botella de vino, algunos vasos de vidrio y unos cuantos platos aztecas del famoso barro de Chololan. Todo esto se hallaba alumbrado por dos bugías colocadas sobre la misma mesa, en candeleros de metal.

En los momentos en que introducimos al lector en la habitacion, la princesa se hallaba sola contemplando con cierto terror supersticioso aquellos objetos europeos, que tanto excitaban la admiracion de los americanos.

Aquellos vasos de vidrio, al través de los cuales se transparentaban los objetos, aquellas bugías tan endebles y que producian, sin embargo, una luz bastante viva para iluminar toda la habitacion, no parecian efectos fabricados por la mano de hombre, sino por séres sobrenaturales.

Pero la pueril admiracion de la princesa fué de muy corta admiracion.

Otros pensamientos mas graves preocupaban su espíritu.

Dentro de breves instantes iba á entrar en su habitacion un hombre, á quien ella tendia un lazo para entregarle dormido en manos de sus enemigos.

Un hombre que vendria á buscar el amor con que le brindaba y que solo encontraria la muerte.

Es verdad que ese hombre era el enemigo de la patria, el enemigo de los dioses!

Pero esto no bastaba para tranquilizar á Geliztli.

La idea de que se valia de la traicion para vengar al humillado Anáhuac, no se apartaba un instante de su imaginacion. Era un remordimiento cruel é incesante que le roia sin piedad las entrañas!

Pero no era esto todo. La muerte del caudillo es-

pañol seria seguida de un combate rudo y sangriento, en que moririan probablemente todos los extranjeros y algunos millares de guerreros aztecas.

Y á quién se deberia todo esto? A ella, á Geliztli, que habia tenido la debilidad de hacer una promesa imprudente al fanático Tayatzin!

El sumo sacerdote le habia traido anticipadamente envuelto en un pedazo de tela de algodon, el narcótico que debia adormecer al caudillo.

Geliztli habia guardado este funesto presente en su seno, y sentia que le quemaba la piel al hacer estas reflexiones.

Veia ya á Hernan Cortés dormido en su habitacion, conducido luego á la cima del templo mayor, y clavada finalmente su cabeza en una asta que servia de bandera á los aztecas. Oia el rumor del combate que se encendia despues, el estampido de las armas de fuego de los extranjeros, el grito de guerra de los salvajes y las quejas y las imprecaciones de los moribundos. Contemplaba, finalmente, los cadáveres que yacian en tierra y la sangre que manaba de sus heridas, y su corazon se estremecia de espanto.

En vano invocaba la creencia tan generalizada en la América de entónces, de que el paraíso estaba reservado para los guerreros que mas enemigos de la patria hubiesen muerto en el campo de batalla.

—Ah! exclamaba.—Sin duda porque soy una débil mujer, no encuentro en mí las fuerzas suficientes par

inmolar en el altar de los dioses al mayor enemigo del Anáhuac.

Cuando mas agitada se hallaba la princesa con esta lucha interior, sonaron algunos pasos en el patio inmediato, la cortina de la puerta se alzó y dos extranjeros se presentaron en la habitacion.

Geliztli levantó tímidamente los ojos sobre ellos para mirarlos.

Eran Hernan Cortés y Villacampa.

El odiado general de los extranjeros y su infame mediador!

El mayor enemigo de la patria y el mayor enemigo de su virtud!

Geliztli sintió renacer en su corazon todo su odio contra el primero: toda su repugnancia contra el segundo.

Se levantó pálida y agitada de la silla que ocupaba, y correspondió friamente al doble saludo que le hicieron el capitan y el paje.

Villacampa se volvió inmediatamente hácia la puerta, y sin salir de la habitacion, alzó la cortina y miró hácia el patio.

Hernan Cortés se adelantó entónces hácia la princesa con la sonrisa en los labios y el brazo extendido hácia ella, con la intencion bien marcada de apoderarse de una de sus manos.

Geliztli retrocedió instintivamente delante del caudillo, hasta sentir que sus espaldas tocaban contra el muro.

Hernan Cortés seguia avanzando. Pero repentinamente se oyó la voz de Villacampa que decia:

—Ponedlo todo sobre la mesa y retiraos.

El capitan volvió la cabeza. Un negro, esclavo suyo, y dos criados mas habian invadido la cámara, trayendo en las manos los platos que debian servir para la cena.

Colocáronlos sobre la mesa, segun la órden de Villacampa, y despejaron inmediatamente la habitacion.

—Cuando usarced guste, dijo el paje á Hernan Cortés, señalándole la mesa.

—Invitad, pues, á esa huraña princesa á que nos honre con su compañía.

—Huraña! exclamó el paje con una sonrisa repugnante en los labios. Ba!..... No os ha dado una cita!

—Pues miradla arrimada á esa pared, observó el capitan.

—Aguardad, repuso el paje.

Y acercándose á Geliztli, le dijo algunas palabras en el idioma del Anáhuac, que como es fácil de adivinar, Hernan Cortés no pudo comprender.

Entónces la princesa, siempre pálida, pero con paso firme, se acercó á la mesa y se sentó al lado del capitan en la silla que éste le designaba.

Villacampa se sentó tambien y dióse principio á la cena.

Hernan Cortés levantaba de cuando en cuando su mirada del plato para buscar los ojos de Geliztli. Pero no los encontraba jamás. La jóven no tenia sobre su

voluntad el dominio suficiente para mirar á la cara del hombre á quien pensaba asesinar.

—¿Sabeis, preguntó el capitan á Villacampa, que me parece muy poco enamorada vuestra princesa?

—¿De dónde deducís eso, señor capitan? preguntó el paje.

—Toma! respondió Hernan Cortés.—De que no levanta siquiera los ojos para mirarme.

—Señor capitan, repuso Villacampa con una sonrisa: yo respeto vuestros conocimientos en materia de galantería; pero aquí me permitiré observaros que el encogimiento de esta bella princesa no dimana de que os tenga mas ó menos amor. Dimana simplemente y sencillamente de que nos tiene miedo..... ó respeto.

—Miedo!..... respeto!

—¿No nos tienen por descendientes de sus dioses todos estos paganos?

—Teneis razon. ¿Pero no habeis intentado nunca sacarla de su error?

—Nunca!

—Por qué?

—Por la misma razon que vos habeis tenido para no sacar del suyo á todos los indios que creen lo mismo. Es muy cómodo pasar por un ente sobrenatural entre gentes que tienen la modestia de creerse simples mortales. Vos habeis pensado que esa creencia ayudaba mucho á vuestros designios de conquistador, y yo he pensado que tambien podria servir al amante.

—Admiro mucho vuestra prevision, observó Hernan Cortés.—Pero entretanto, esa creencia solo hará de ella una estúpida admiradora de estos dioses de carne.

—¡Ba! exclamó el paje con un acento picaresco.—Echad en su vaso un poco de ese vino que teneis delante de vos, y yo os aseguro que no tardará en perder el respeto á vuestra divinidad.

Sonrióse ligeramente el capitan y apoderándose de la botella, echó una cantidad no escasa de vino en el vaso que Geliztli tenia delante de sí.

—Hermosa princesa, le dijo entónces Villacampa, gustad de ese licor delicioso de los países de Oriente. Es un vino que hace la delicia de los extranjeros, y acaso es mas delicado que el que extraen vuestros compatriotas de la planta del maguey.

La princesa se llevó á los labios el vaso y sorbió una cantidad insignificante de su contenido.

—Es delicioso, dijo, depositando el vaso sobre la mesa.

Villacampa tradujo esta frase al capitan.

—Pues excitarla á beber mas, dijo éste, cambiando con el paje una mirada de inteligencia.

Cualquiera hubiera creido que habia un plan preconcebido entre los dos españoles.

—Graciosa Geliztli, dijo Villacampa volviéndose á la princesa, ya que os parece delicioso el *octli* [1] de mi

1 Este era el nombre que los aztecas daban al jugo del *maguey, ó pulque.*

patria, os invito á tomar en nuestra compañía la cantidad que habeis dejado en vuestro vaso.

—Extranjero, respondió la princesa sin apartar los ojos del mantel, las mujeres aztecas no gustan jamás el vino en los banquetes, y cuando los convidados empiezan á beberlo, tienen el deber de retirarse de la mesa.

—Pero tú no estás ahora entre los aztecas, sino entre dos de los extranjeros del Oriente, que tienen la costumbre de asociar siempre á la mujer en sus placeres.

Y sin aguardar la réplica de Geliztli, Villacampa empuñó á su vez la botella, y echó una dósis regular, primero en el vaso de Cortés, luego en el suyo.

Entónces las tres personas que se hallaban sentadas á la mesa, se llevaron simultáneamente el vaso á los labios, y con excepcion de Geliztli, apuraron su contenido.

Villacampa y Hernan Cortés volvieron á cambiar otra mirada.

—Que quereis! exclamó el segundo.—A pesar del pomposo nombre de princesa con que la designais, es tan bárbara como cualquiera de los vasallos de su padre, y mal puede gustar de la bebida de las gentes civilizadas.

—Y á fé que se necesita ser un salvaje, exclamó *Villacampa*, chasqueando su lengua contra el paladar, —*para no* gustar de este vinillo de nuestra hermosa

Andalucía. Sabeis, señor capitan, que hacia poco ménos de un año que no probaba el vino?

—Es muy posible!

—Como que desde Veracruz consumimos nuestra provision, y yo creia que no quedaba una sola gota en el ejército. El mismo P. Olmedo me dijo ayer que dentro de poco tendria que dejar de decir misa por falta de vino. Figuráos el placer que habré experimentado al ver esta botella sobre la mesa.

—Ps! exclamó Hernan Cortés.—A buen seguro que no han quedar otras dos como ésta en mi despensa.

—Y bien, señor capitan! Como es evidente que yo no he de probar una sola gota de esas dos botellas reservadas para vuestra señoría, permitidme recetarme otra dósis de la presente.

Y sin aguardar la vénia del capitan, Villacampa volvió á empuñar la botella, llenó su vaso hasta los bordes y lo apuró. Sirvió tambien á Cortés una dósis igual á la que quedaba en el vasó de Geliztli; pero aquel no la probó.

—Bebed cuanto querais, repuso Hernan Cortés.—Pero no os olvideis por eso de vuestra bella princesa que no aparta los ojos de su plato.

—A propósito, señor capitan, ¿por qué cada vez que me hablais de esa pagana, la llamais *vuestra princesa?*

—Ba! respondió Hernan Cortés: ¿no está convenido que será vuestra esposa?

Villacampa soltó una cínica y ruidosa carcajada, que hizo estremecer á Geliztli sobre su silla, sin adivinar el motivo.

—Vamos! continuó el capitan.—Cumplid con vuestro deber de marido, y conrvesad algo con vuestra esposa, siquiera para que admiremos sus lindos ojos.

—Pero qué diablos quereis que le diga! A no ser que le cuente la prision de ese Papa que ha venido á visitarla dos veces.....

—Solemne pícaro es ese pagano! interrumpió Hernan Cortés.—Ya yo le habia prevenido á Orteguilla que me avisara la primera vez que se presentase en el cuartel, despues de la entrevista que tuvo con su rey. Al dia siguiente se presentó, como he sabido despues; pero yo no sé qué trazas se dió para que no le viese Orteguilla. Por fortuna volvió hace tres dias, estuvo en esta habitacion con la princesa, y al salir del cuartel le sorprendió el paje, y cumplió con mi órden de mandarlo aprender.

—Y bien, repuso Villacampa: como seguramente no os agradaria que yo le contase esos pormenores.....

—¡Enamoradla entónces! exclamó Hernan Cortés con una sonrisa que hubiera humillado á cualquier otro hombre, que no llevase el nombre de Villacampa.

Una sonrisa repugnante se dibujó en los labios del miserable.

—Señor capitan, dijo á Cortés: en materia de galantería os cedo la preferencia; y todo lo que puedo

hacer para animar á esa bella estatua morena, es traducir vuestras propias palabras.

—Preguntadle entónces en mi nombre cuál es la causa de su tristeza.

Villacampa se volvió á la princesa.

—Bella Geliztli, le dijo, el Malinche siente mucho no poderte expresar en el idioma del Anáhuac la admiracion que le causa tu belleza. Me encarga, sin embargo, que yo te manifieste el placer con que ha acudido á tu cita, y la admiracion y el dolor que le causa verte entregada á la melancolía.

—Sabeis, señor Villacampa, dijo á esta sazon el capitan, que es muy incómodo hacer el amor á una mujer por medio de intérprete?

—Por qué? ¿Teneis alguna queja del que os sirve en este momento?

—No, ninguna. Pero yo os he encargado hacer una pregunta en cuatro palabras, y vos habeis pronunciado como cincuenta.

—No he hecho mas que ampliar vuestro pensamiento, repuso Villacampa.

Y tradujo en seguida á Hernan Cortés la pregunta que habia hecho á Geliztli.

—Sois la perla de los intérpretes! exclamó Hernan Cortés.—Solo os falta ahora exigir la respuesta de vuestra pregunta.

—El capitan insiste en saber la causa de vuestra tristeza, dijo Villacampa á Geliztli.

La princesa se estremeció al escuchar estas palabras, como si hubiese sido tocada por alguno de esos aparatos eléctricos que se inventaron dos siglos despues.

Al cabo de un instante de vacilacion, y con una voz temblorosa, que así podia atribuirse al pudor, como á la lucha interior que la devoraba, respondió:

—La mujer que ama, solamente puede demostrar su amor y su placer, cuando se halla sola con el objeto amado.

—Ea! señor capitan, exclamó Villacampa.—Qué dareis en cambio de la brillante respuesta que voy á traduciros?

—Es buena?

—Como vos no la esperais.

—Decid.

—Pero dadme mi recompensa antes, porque de lo contrario temo que no volvais á acordaros de mí.

—Qué quereis?

—Otro vaso de ese excelente vino, que acaso no volveré á probar en mi vida.

Hernan Cortés llenó por tercera vez el vaso de Villacampa.

El paje lo sorbió trago á trago, como para hacer desesperar á Cortés.

—Señor capitan, dijo á éste, despues de haber apurado hasta la última gota: nuestra princesa es una mu-

jer encantadora. Dice que está triste porque no está sola con la persona que ama.

—Por vida de!..... exclamó Hernan Cortés.—Y os estais ahí paladeando mi vino, en lugar de buscar el camino de la puerta?

—Cuando yo os decia que tenia razon en pedir anticipadamente mi recompensa!.....

Hernan Cortés hizo un gesto imperioso y el paje se levantó de la mesa.

Geliztli se puso mas pálida que antes, al advertir este movimiento.

—Os dejo sola con Malinche, segun vuestro deseo, le dijo Villacampa.

Y apartando la silla con sus piés, se dirigió á la puerta.

Un instante despues desaparecia de la habitacion.

Pero en el momento en que la cortina caía tras él, Hernan Cortés dejó escapar un grito, se levantó de la mesa y corrió á la puerta.

Acababa de recordar que se habia olvidado de dar una órden importante.

Alzó la cortina y llamó á Villacampa.

Este que no habia tenido tiempo de retirarse ni diez pasos, acudió al instante.

Preciso es que nuestros lectores se formen una idea exacta de la posicion que en este momento guardaba cada uno de los personajes de esta escena.

Geliztli se habia quedado sentada á la mesa, y mas

pálida y agitada que nunca apretaba convulsivamente contra su seno un objeto invisible.

Hernan Cortés, vuelto de espaldas á la mesa, hablaba en secreto con Villacampa.

Villacampa, oculto en parte por la cortina y en parte por el cuerpo de Cortés, se mantenia en un lugar á que no llegaba la luz de las bugías, sin embargo de que se hallaba frente á la mesa.

—Id á dormir á mi habitacion, decia el capitan al paje, y por ningun motivo digais á nadie el lugar en que me encuentro. Si ocurre algun asunto verdaderamente grave, ya sabeis donde estoy..... Venid á buscarme vos mismo.

—Señor, arguyó el paje: ¿olvidais que tambien saben este lugar los criados que nos han servido la cena?

—Hacedlos llamar y encargadles el secreto, pena de la vida.

—¡Señor! ¡señor! exclamó repentinamente el paje con cierta agitacion.

—Qué hay? preguntó Cortés.

—Os ruego que no volvais á ver hácia la habitacion, á pesar de lo que voy á deciros.—Geliztli se ha puesto en pié, ha sacado de su seno un objeto que no he podido distinguir, y lo está arrojando en este momento en vuestro vaso.

Hernan Cortés sintió que los cabellos se le erizaban sobre la frente.

El espanto le embargó por algunos instantes el uso de la palabra.

Pero pronto se repuso y preguntó:

—Estais seguro, de lo que decís?

—Tan seguro, como que me llamo Villacampa. En este instante acaba de sentarse y dirige hácia vos una mirada recelosa. La veo temblar como si tuviera frio!.... Oh! esa mujer maquina algo contra vos. Basta mirarle la cara para comprenderlo..... Y luego..... esta cita, cuando se manifestó tan fiera y desdeñosa en nuestra primera entrevista..... Y ese deseo de quedarse sola con vos.....

Mientras Villacampa hablaba, Hernan Cortés meditaba.

Al cabo de un instante habia ya tomado su resolucion.

—Vais á prestarme un servicio, le dijo á Villacampa.—Volved aquí dentro de un instante. Paraos en el lugar en que yo estoy ahora, de modo que os vea la princesa y decid ó haced lo que querais para llamarle la atencion. No necesito mas que vuelva la cara hácia esta puerta por algunos instantes.

—Así lo haré, aunque no comprendo.....

—Ya vereis y comprendereis. Idos!

Y antes de que el paje tuviera tiempo de replicar, dejó caer la cortina y se volvió hácia la mesa. Su exterior aparecia tranquilo. Geliztli aventuró una mirada sobre él, y le vió tan sereno como siempre.

Hernan Cortés se sentó tranquilamente en su silla y clavó una mirada en la princesa. Esta parecia atacada de un acceso nervioso, que no le permitia alzar los ojos del mantel.

Súbitamente se alzó la cortina de la puerta y apareció en el dintel un hombre.

Era Villacampa.

—Señor capitan, dijo, aquí estoy en cumplimiento de vuestras órdenes.

Geliztli levantó la cabeza con sobresalto y clavó sus ojos en el paje.

—Aprovechad el tiempo, continuó éste, ahora que la muchacha me mira con tanta desconfianza, cómo si adivinara que vengo á arrancarle su presa.

Mientras Villacampa hablaba, Hernan Cortés cambió su vaso con el de la princesa, sin que ésta advirtiera nada. El cambio era tanto menos sospechoso, cuanto que ambos vasos contenian igual cantidad de vino.

—Idos! dijo Hernan Cortés al paje.—Ya no necesito mas de vuestra presencia.

—Sin embargo..... tartamudeó Villacampa.

—Idos, repito, insistió el capitan, y que no se me incomode para nada.

El paje dejó caer la cortina y desapareció.

Geliztli respiró entónces con fuerza, como si hubiesen aliviado de algun peso enorme su corazon. En seguida volvió los ojos sobre Hernan Cortés.

El capitan la miraba con la mas apasible de sus sonrisas.

Geliztli quiso tambien ensayar una sonrisa para alejar de su convidado cualquiera sospecha que hubiese podido concebir. Pero sus labios se crisparon sin producirla.

Aquella princesa salvaje no acertaba á ser hipócrita!

Entónces se apoderó de su vaso, como por un movimiento galvánico, hizo seña á Hernan Cortés de que tomase el suyo, y ambos se llevaron simultáneamente el vino á los labios.

El español y la princesa se devoraban mutuamente con los ojos.

El primero aparecia tranquilo.

Pero la princesa habia adquirido la palidez de un cadáver, y era tal el temblor que agitaba sus dedos, que algunas gotas del vino que bebia, cayeron sobre el mantel.

Uno y otro apuraban trago á trago aquel delicioso licor!

Un instante despues, y por un movimiento casi simultáneo, ambos bajaron el brazo y depositaron los vasos sobre la mesa.

Estaban vacíos!

Transcurrieron algunos instantes de inmobilidad y de silencio que al capitan y á la princesa parecieron siglos.

El español creyó que para disimular mejor, debia hacer el papel de enamorado.

Extendió, pues, su brazo, y buscó á tientas la mano de la princesa.

Geliztli se estremeció á este contacto; pero le abandonó su mano.

Hernan Cortés la levantó entónces á la altura de sus labios é intentó besarla.

Pero Geliztli no fué ya dueña de sí misma y retiró violentamente su mano.

El español volvió á bajar su brazo para buscar aquella mano, suave como la seda, que acababa de derramar un veneno en su vaso.

La princesa no solo se resistió, sino que se levantó de la mesa y dió algunos pasos hácia la puerta.

Hernan Cortés se levantó tambien, abandonó la mesa y la siguió.

Geliztli continuaba andando hácia la puerta.

Entónces el español se detuvo en medio de la habitacion, y levantó sus brazos en ademan de súplica como para rogar á su compañera que no le abandonase.

Geliztli se detuvo.

Pero en aquel instante creyó sentir una laxitud extraordinaria en todos sus miembros, y una pesadez incomprensible que cerraba involuntariamente sus párpados.

Por uno de esos movimientos instintivos que hacen *buscar los* contrastes en circunstancias de esta natu-

raleza, Geliztli abrió desmesuradamente los ojos para fijarlos sobre el español.

Hernan Cortés continuaba mirándola en ademan suplicante.

Geliztli le contempló un momento con esos ojos azarados de las personas que luchan entre el sueño y la vigilia, y que miran sin ver.

Pero sintiendo que las fuerzas le flaqueaban ya hasta el punto de no poder mantenerse en pié, se acercó á una silla y cayó pesadamente en ella.

Entónces volvió á hacer un esfuerzo para abrir los ojos y mirar á Cortés.

El español continuaba mirándola. Pero ya no era suplicante su actitud. Una sonrisa extraña, una sonrisa que parecia de triunfo, se dibujaba en sus labios.

La princesa le contemplaba alelada.

Pero de repente dió un grito, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó de la silla como impulsada por un resorte.

Acababa de sospechar vagamente lo que habia sucedido!

Sin duda ella habia bebido el brebaje que habia dispuesto para el español.

Pero cómo?

Ah! el extranjero era el hijo predilecto de los dioses, y ellos sin duda habian hecho emigrar el narcótico al vaso de la infeliz azteca.

Y en medio de aquel sueño involuntario que se apo-

deraba visiblemente de todos sus miembros, un pensamiento súbito hirió la imaginacion de la princesa.

Iba á caer irremisiblemente en un sueño profundo, cuya duracion era incierta.

Y estaba sola!..... sola con aquel odiado extranjero, que la habia declarado sus impúdicos deseos por medio de Villacampa.

El pudor le hizo ensayar el último esfuerzo é intentó dar un paso hácia la puerta.

Pero aquel esfuerzo le hizo perder el equilibrio y cayó pesadamente sobre el pavimento.

Entónces quiso gritar..... pedir socorro!

Pero el narcótico de Tayatzin le habia quitado hasta la facultad de hablar.

Lanzó la última mirada..... una mirada opaca sobre el español.

La misma sonrisa infernal se dibujaba en sus labios!

La princesa se agitó con un movimiento convulsivo y apartó los ojos de aquella vision diabólica.

Entónces le pareció que se apagaban las luces y que la habitacion quedaba sumergida en la mas completa oscuridad.

Despues..... nada..... aquel sueño pesado y profundo que el gran sacerdote del Anáhuac habia preparado para su mayor enemigo.

CAPITULO VII

Un recuerdo de Diego Velazquez.

Ocho dias despues del suceso referido en el capítulo anterior, Moteuczoma mandó rogar á Hernan Cortés, por medio de Orteguilla, que pasase á su habitacion.

El general español acudió temblando al llamamiento, porque creia que el emperador iba á reiterarle la órden de abandonar el Anáhuac.

—Malinche, le dijo Moteuczoma, ya no tienes necesidad de construir tus grandes piraguas para volver á tu patria.

—¡Cómo! exclamó Hernan Cortés agradablemente sorprendido.—Acaso me retirais ya la órden de partir?

—Al contrario. Es probable que os volvais á vuestra patria mas pronto de lo que pensais.

Una nube oscureció la frente de Hernan Cortés.

—Porque han llegado á Chalchiuhcuecan, continuó el emperador, diez y ocho naves extranjeras, muy semejantes á las que habeis destruido en Chiahuitztla.

Hernan Cortés volvió á pasar súbitamente del temor á la alegría.

—Diez y ocho naves españolas! exclamó.—Estais bien cierto de eso?

—Mirad, respondió Moteuczoma.

Y extendió ante los ojos del capitan una tela, en cual se hallaba escrito por medio de gereoglíficos aztecas, el hecho que le revelaba el emperador.

Esta pintura tenia una exacta semejanza con la que habia visto trazar á los enviados de Teuhtlile en su tienda de Chalchiuhcuecan.

Representaba una nave europea con sus mástiles y velámen. Bajo el casco de la nave se contaban diez y ocho puntos que representaban el número de las embarcaciones. Algunos soldados con su traje europeo y su arcabuz al hombro ocupaban otra parte del lienzo. Bajo de ellos se veian tres de esos signos gereoglíficos que los aztecas empleaban para designar la cantidad numérica de cuatrocientos. Algunos cañones y otros objetos de menor importancia ocupaban el resto de la tela.

—Qué decís de esto? preguntó Cortés á Alvarado, *que examinaba* con él la pintura.

—*Lo que* yo digo, respondió éste, es que la Provi-

dencia se ha dignado al fin escuchar nuestros votos, y nos envía el socorro de que tanto necesitamos.

—Así lo habia yo creido de pronto, repuso el general.—Pero reflexionándolo mejor, ¿de dónde quereis que nos vengan diez y ocho naves con un mil doscientos soldados de socorro?

—Cerca de un año hace que mandamos á la corte á Montejo y Puertocarrero. Estos habrán visto á S. M. le habrán presentado el oro y plata que le enviamos, y la corte, comprendiendo la importancia de nuestro descubrimiento, nos mandará ese auxilio poderoso para que llevemos al cabo nuestra empresa.

Hernan Cortés movió su cabeza en ademan de duda.

—No conoceis bien la corte, le dijo.—Acordáos que el Presidente del Consejo de Indias es el obispo Fonseca, pariente de Diego Velazquez. Este se hallará prevenido contra nuestra empresa, por solo estarlo su pariente. Acordáos de la enemistad que juró á Cristóbal Colon por un disgusto pasajero.

—Pero si esa flota no viene de España, ¿de dónde quereis que venga?

—Quién sabe! murmuró Hernan Cortés.—Pero no tenemos en la isla de Cuba un enemigo implacable?

—Ah! Ba! exclamó Alvarado.—¿De dónde quereis que Velazquez saque diez y ocho naves y mil doscientos soldados? A nosotros no nos dió mas de once naves y seiscientos hombres, á pesar de que vos y al-

gunos de nosotros contribuyeron en mas de la mitad á los gastos de la armada.

—El odio es la pasion mas poderosa en cierta clase de hombres. En fin..... quiera el cielo que tengais razon. Por ahora, lo que conviene hacer comprender al campamento es que nos ha llegado un poderoso socorro de la corte. Tiempo nos quedará para desengañarlo, si es que se confirman mis temores.

Y volviéndose á Moteuczoma, que veia la conferencia sin comprenderla, le dijo:

—Señor, os agradezco mucho la nueva que acaba de comunicarme. Pronto tendré noticias de mis compatriotas, y no tardaré en participároslas.

Dichas estas palabras, salió de la habitacion, seguido de los pocos españoles que habian asistido á la entrevista.

Un momento despues reinaba una alegría extraordinaria en el palacio de Axayacatl.

Los soldados victoreaban á la madre patria, los ginetes hacian correr locamente á sus caballos y los artilleros hacian salvas con los falconetes.

Pero esta alegría duró solamente algunas horas, porque en la tarde se presentó en el cuartel un soldado de los que se hallaban de guarnicion en Veracruz.

Todos sus camaradas le rodearon al instante.

—Pedro de Solís! exclamaban con admiracion.

Y le contemplaban de piés á cabeza, como para asegurarse de que no se engañaban.

—¿Habeis hecho solo el viaje de Veracruz á *Temistitan?* le preguntaban con asombro.

—Por qué no? respondia con cierta petulancia Solís.

—Toma! Atravesar un solo cristiano entre tantos perros infieles.....

—Ba! Desde que Don Hernando Cortés aprisionó á Moteuczoma, no hay indio que deje de temblar al aspecto de cualquier español.

Los soldados se miraron entre sí con cierto aire de satisfaccion.

—Pero estoy perdiendo un tiempo precioso, dijo Solís.—Traigo una carta de nuestro gobernador Sandoval para el capitan. Enseñadme su habitacion.

—¡No! ¡no! exclamaron en coro los soldados.—Decidnos antes: ¿qué hay del socorro que nos ha llegado de España?

Pedro de Solís dirigió una mirada de asombro á sus camaradas.

—Del socorro! balbuceó entre dientes.—Mi mision es secreta, añadió en voz alta.—Llevadme á donde está el capitan, y él os dirá, si le parece conveniente, lo que diga la carta.

Los soldados se apartaron con resignacion y dejaron pasar al mensajero á la habitacion de Cortés.

El general se hallaba encerrado con algunos de sus capitanes, comunicándoles reservadamente sus temores con respecto á la flota que habia llegado á la costa.

Al ver entrar á Pedro de Solís, Hernan Cortés soltó una exclamacion de gozo.

—Venís de Villa Rica? le preguntó presuroso.

—Con esta carta de vuestro gobernador Gonzalo de Sandoval, respondió el mensajero.

Y presentó al general una carta que acababa de extraer de su jubon.

Hernan Cortés tomó la carta, rompió precipitadamente la cubierta y leyó para sí.

A medida que avanzaba en su lectura, los capitanes que se hallaban presentes comprendian que no debian ser muy buenas las noticias de Sandoval, segun el gesto que contraia el semblante del lector.

Un momento despues, Hernan Cortés separó los ojos de la carta y echó una mirada en derredor de sí. Todos los que le rodeaban eran muy adictos á su persona.

—Amigos mios, les dijo, se han confirmado mis temores. Leed!

Pedro de Alvarado alargó la mano, tomó la carta y se puso á recorrerla con los ojos.

—En voz alta! añadió Hernan Cortés.

Alvarado obedeció y leyó:

« Han llegado á la costa donde nosotros desembarcamos el año pasado, diez y ocho naves con cerca de mil cuatrocientos soldados, entre los cuales se cuentan ochenta de á caballo, noventa ballesteros y sesenta escopeteros. Es un ejército que manda contra nosotros

el gobernador de Cuba, á pretexto de que somos rebeldes y traidores, y el capitan de toda esa gente, llamado Pánfilo de Narvaez, jura que ha de llevaros encadenado á la capital de aquella isla. »

« Voy á referiros lo que he podido averiguar sobre esta expedicion. »

« Cuando Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Puertocarrero pasaron á España con cartas vuestras y de los Regidores de esta Villa Rica, tocaron en uno de los puertos de la isla de Cuba, no obstante vuestras terminantes disposiciones en contrario. Al instante cundió por toda la isla la noticia de la riqueza de este país y de lo que llamaron allí vuestra sublevacion. Diego Velazquez se llenó de enojo contra vos y contra todos nosotros, y juró desde entónces nuestra perdicion. »

« Nuestros enviados llegaron á España á principios de Octubre del año anterior. Hallábase á la sazon en Sevilla un tal Benito Martin, capellan del gobernador de Cuba, quien inmediatamente presentó una queja á la Real Casa de Indias, acusando á Montejo y Puertocarrero de rebeldes contra las autoridades de aquella isla y traidores á la corona de Castilla. A consecuencia de esta acusacion, el buque fué confiscado y nuestros enviados que milagrosamente no fueron aprehendidos, pasaron inmediatamente á Medellin, buscaron á D. Martin Cortés, vuestro hermano, y los tres juntos se pusieron en marcha para ver al monarca. »

«Este que se hallaba haciendo los preparativos de un viaje á Alemania, que acababa de elegirle emperador, andaba entónces visitando á España, y nuestros comisionados le alcanzaron en Tordesillas. Cárlos V acababa de recrearse con los presentes de oro y plata que le enviamos de esta Villa Rica, y escuchó benignamente á Montejo y Puertocarrero. Indudablemente habrian conseguido éstos sus pretensiones, á no haberse interpuesto el obispo Fonseca, pariente como sabeis de Diego Velazquez y Presidente del consejo de Indias. S. M. le dió oidos, é impaciente por marcharse á Alemania, despidió á nuestros comisionados, asegurándoles que á su vuelta les haria saber su resolucion.»

«Velazquez, sin aguardar ninguna resolucion de España, y apoyado únicamente en el nombramiento de Adelantado de estas tierras que solicitó y obtuvo de la corte, se puso entretanto á preparar la expedicion que ha llegado á la costa para castigar lo que llama nuestra rebelion. Tuvo intenciones al principio de colocarse él mismo al frente de la armada, pero impidióselo su mucha obesidad, y dió entónces el mando á Pánfilo de Narvaez.»

«La noticia de la expedicion que se preparaba contra nosotros, llegó á la Española. La Real Audiencia se estremeció de las consecuencias que podia traer un choque de las armas españolas en esta tierra de infieles, y deseosa de evitar este conflicto, diputó de su

mismo seno al Lic. Ayllon para que pasase á Cuba y obligase al gobernador á desistir de su intento. Pero Velazquez recibió al licenciado con aspereza, contestó á todos sus razonamientos con que él debia hacer obedecer su autoridad, y acabó por negar á la Real Audiencia la facultad de entrometerse en sus negocios.»

«Viendo el oidor el poco éxito de su mision cerca de Velazquez, y sabiendo que Narvaez iba á darse muy pronto á la vela, se metió en una de las carabelas de la expedicion é hizo el viaje con nuestros enemigos, creyendo que de este modo podria evitar entre ellos y nosotros un rompimiento. Dícese que Narvaez viene muy disgustado de él, y de esto os podrán informar mejor los prisioneros que os mando».....

—Ah! exclamó Hernan Cortés, interrumpiendo la lectura de la carta.—¿Dónde están esos prisioneros?

Esta pregunta iba dirigida á Pedro de Solís, que estaba de pié en medio de la habitacion, y que habia escuchado como todos, el contenido de la carta.

—Señor, respondió el enviado de Sandoval, los he dejado en un punto que se llama Xoloc, y yo me he adelantado con la carta, segun mis instrucciones.

—¿Pero quiénes son los prisioneros? preguntó impaciente Cortés.

—Un clérigo, un escribano y cuatro soldados, respondió con flema el enviado. El primero se llama el P. Guevara, el fiel de fechos, Vergara, y los otros cua-

tro..... perdonad, señor capitan, no recuerdo en este instante los nombres de los soldados.

—Yo no os pregunto nombres, repuso Cortés.—Lo que os pregunto es el delito de èsos hombres que traeis presos en nombre del gobernador.

—El delito de esos hombres! Decid mas bien los delitos, señor capitan. En primer lugar son del ejército de Narvaez.

—Ah! exclamaron algunos de los circunstantes.

—En segundo lugar se presentaron un dia en la Villa Rica y pretendieron obligar al gobernador á que se rindiese á Narvaez, como delegado del gobernador de Cuba.

—A que se rindiese, ¿eh? preguntó Alvarado con una sonrisa de fisga.

—Sí, señor, repuso Solís.—El P. Guevara dirigió al gobernador una arenga para demostrarle que Velazquez era el único que tenia derecho para conquistar y poblar estos países: que para este objeto le habia honrado la corte con el título de Adelantado: que vos y todos los que seguimos vuestra bandera, somos rebeldes y traidores; y que en consecuencia le intimaba que rindiese á Narvaez la ciudad de que se titulaba gobernador, y los soldados que se hallaban bajo sus órdenes.

—Y Sandoval? preguntó impaciente Hernan Cortés.

—Don Gonzalo de Sandoval, continuó Solís, se puso rojo de cólera al escuchar al bendito padre y le aseguró que solo su santo hábito podia librarle del casti-

go que merecia su insolencia. Y le enseñó la horca que pocos dias antes habia mandado levantar en la plaza misma de la Villa, para colgar al primero que osase desconocer su autoridad.

—Valiente Sandoval! exclamó Cortés en un arranque de entusiasmo.

—Oh! prosiguió el enviado.—El padre no se intimidó con esta amenaza, y dijo que debia de cumplir hasta el fin con su mision. Entónces llamó al escribano que le acompañaba y le ordenó que diese fe de las palabras que acababa de proferir el gobernador. El escribano se llevó la mano á la oreja, donde traia prendida una pluma.

—Y Sandoval permitió.....

—No señor. Hizo saber al fiel de fechos que si se atrevia á escribir una sola letra en su presencia, le mandaria azotar en medio de la plaza de la Villa.

Una carcajada universal interrumpió por un instante al enviado.

—Pero el padre tampoco se intimidó con esta segunda amenaza, continuó Solís; y ordenó al escribano que leyese las provisiones que traia en el seno.

—Provisiones! exlamó Hernan Cortés, palideciendo ligeramente.—De la corte sin duda.

—Lo ignoro, señor capitan, repuso el enviado.—El gobernador se negó á escuchar la lectura de los papeles que el escribano sacaba ya de su seno, alegando que él no era mas que un teniente de vuesa merced,

y que las provisiones ó cualesquiera clase de papeles que trajese, debian leerse á vos en persona en esta ciudad de Temistitan. El clérigo quiso insistir; pero el gobernador que habia perdido ya la paciencia, hizo llamar á varios indios que trabajaban en la fortaleza, les ordenó que cargasen al clérigo, al notario y á los cuatro soldados, y los trajesen presos á esta ciudad.

—Que los cargasen! interrumpió Alvarado, como no hubiese entendido bien la frase de que se habia servido Solís.

—Sí, señor, prosiguió éste.—Los indios los colocaron en una especie de redes que llaman hamacas, sujetaron éstas en un palo, y cargándolos dos indios por cada una de sus extremidades, los han traido hasta Xoloc, como os dije antes.

—Santo Dios! exclamó Cortés.—¿Y de ese modo tan incómodo y ridículo ha sido conducido un sacerdote y un notario que acaso es del rey?—Señor Alonso de Avila, añadió dirigiéndose á uno de los capitanes, tomad dos caballos, id á donde están los presos, haced que monten el clérigo y el escribano, y traedlos inmediatamente á mi presencia.

Alonso de Avila salió de la habitacion para cumplir con estas órdenes.

Media hora despues volvió á presentarse á Cortés con el clérigo y el notario.

—Vírgen purísima! exclamó el primero, mirando con espanto en derredor de sí.—Estamos ya por fin entre cristianos?

—Siempre lo habeis estado, padre, murmuró una voz á sus espaldas.

El clérigo se volvió vivamente y reconoció en el que le hablaba á Pedro de Solís, jefe de los soldados que le habian custodiado desde Veracruz.

—Vos, murmuró, vos no sois cristiano, puesto que habeis tratado con tan poco comedimiento á un ministro del altar.

—Todo lo que se ha hecho con vos ha sido sin mi conocimiento, dijo á esta sazon Hernan Cortés; y yo estoy dispuesto á haceros olvidar los malos tratamientos que habeis recibido hasta aquí.

—Sois el capitan Don Fernando Cortés? preguntó Guevara, mirándole fijamente.

—Y un servidor vuestro, padre mio, respondió el capitan.

El padre alzó de su cabeza la gorra que la cubria.

—Ya el capitan Alonso de Avila, dijo, me explicó el horror que os ha causado el modo con que hemos sido conducidos hasta esta ciudad.

—Desde este momento han cesado todos vuestros padecimientos, repuso Cortés.

Y como para probar que estas palabras no encerraban una vana promesa, el capitan hizo sentar inmediatamente al clérigo y al notario, á una mesa abundan-

temente servida, que les hizo olvidar por un instante los sufrimientos del viaje.

Esta comida tan oportuna, empezó á predisponer al clérigo en favor de Cortés.

El capitan habló luego del tesoro de Axayacatl, y presentó á Guevara algunas piezas de oro para que mismo juzgase de su valor.

El bendito padre no supo resistir al peso de talisman, y anunció á Cortés que se hallaba dispu á interponer todo su influjo para evitar un con entre él y Narvaez.

Hernan Cortés se aprovechó de las buenas dis ciones del padre, tomó la pluma y escribió varias tas. Una era para el mismo Pánfilo Narvaez, otra pa el licenciado Ayllon y otras para varias personas qu conocia, y que segun el mismo clérigo, habian venido con la armada.

El objeto de todas estas cartas era procurar conciliacion con Narvaez.

Hablábase en ellas del peligro que correrian en Anáhuac las armas cristianas, si los infieles las vein volverse unas contra otras: excitábase á Narvaez y sus compañeros á que uniesen sus esfuerzos con lo del ejército de Cortés: asegurábase que esto bastaria para hacer rodar en poco tiempo el vacilante trono de Moteuczoma; y el capitan concluia ofreciendo montes de oro á todos los que tomasen parte en tan gloriosa empresa.

Instruido bien de su papel, el P. Guevara se regresó al dia siguiente al campamento de Narvaez, acompañado del notario y de sus cuatro compañeros de infortunio.

Pero juzgando Cortés poco suficiente el paso que acababa de dar, reunió su consejo de capitanes, les expuso con franqueza la gravedad de la situacion y les consultó sobre el medio que debia adoptarse, en caso de que sus cartas y la mediacion del P. Guevara no obtuviesen el éxito que se deseaba.

—Amigos mios, les dijo el capitan en conclusion: creo que debemos apurar todos los medios para atraer á Narvaez á nuestro partido. Un combate con él seria de funestas consecuencias para nuestra causa. Vencidos ó vencedores, siempre tendriamos que lamentar la pérdida de algunos de nuestros camaradas. Y quién nos asegura que saldremos vencedores? Nuestro número está bastante disminuido. Sandoval tiene mas de cincuenta hombres frescos y sanos, que no han agotado sus fuerzas, como nosotros, en penosas marchas y numerosos combates.—Pensadlo bien, señores, la situacion es grave y creo que deben adoptarse todos los medios que aconseja la prudencia antes de llegar á las manos.

Esta era la opinion de todos los consejeros, y despues de una ligera discusion, se acordó mandar un nuevo comisionado al campamento de Narvaez.

Se temió que el primero no tuviese bastante valor

para trabajar en favor de la conciliacion, y se pensó en elegir otro que estuviese mas identificado con la causa de Cortés.

La eleccion recayó en el P. Olmedo, capellan del ejército.

Los clérigos en aquella época no solo eran los mediadores entre el hombre y Dios, sino tambien entre estos pícaros individuos de la especie humana, que en todos los tiempos y en todos los países han debido trabajar tanto para destruirse entre sí.

Hernan Cortés repitió sus cartas á Narvaez y á Licenciado Ayllon. Escribió tambien á Andrés del Duero, aquel secretario de Velazquez, que tanto habia trabajado en otro tiempo para que éste le nombrase jefe de la expedicion con que vino á México, y que ahora se hallaba en el ejército de Narvaez.

El P. Olmedo llevaba instrucciones de hablar principalmente con cada uno de estos individuos y con los oficiales y soldados mas influyentes del ejército. Debia decirles á unos y á otros que Cortés se hallaba dispuesto á recibirlos á todos con los brazos abiertos y á hacerles partícipes en la gloria y utilidades de la empresa. Para que sus palabras tuviesen mayor peso, debia acompañar á cada discurso unas cuantas piezas de plata ú oro del inagotable tesoro de Axayacatl. Si Narvaez se negaba á todo avenimiento, el comisionado debia tentar hasta el desesperado recurso de una insurreccion.

Cargado de estas instrucciones y de una buena cantidad de oro, el capellan del ejército salió de Tenochtitlan para esta mision de nuevo género.

Algunas novedades habian ocurrido á la sazon en el campamento de Narvaez.

En primer lugar, cansado de que el licenciado Ayllon no cesase de aconsejarle todos los dias un avenimiento con Cortés, le mandó prender una mañana, lo embarcó en una carabela y lo despachó para Cuba. Pero el licenciado sedujo durante el viaje al capitan del buque, y sin tocar en Cuba, pasó á Santo Domingo, donde se vengó, levantando un informe de lo ocurrido, que elevó á la corte.

En segundo lugar, Narvaez habia abandonado su primer pensamiento de fundar una ciudad en la costa, y habia pasado á Cempoala, donde el obeso cacique que ya conocen nuestros lectores, le habia recibido generosamente, creyéndole amigo y compañero de Cortés.

A pesar del sagrado carácter del comisionado, Narvaez le recibió con arrogancia. Repitió su frase sacramental de que Hernan Cortés era un traidor y aseguró al fraile que le llevaria encadenado á Cuba.

Estas baladronadas no desanimaron al P. Olmedo, quien se metió de lleno entre los oficiales y soldados y empezó á sembrar la cizaña entre el ejército. Como sus palabras iban acompañadas siempre de oro y como aseguraba que Hernan Cortés daria mas todavía,

empezó á ser acogido favorablemente en todos los círculos.

Y fué tanto lo que adelantó en sus trabajos el santo misionero de la cruz, que Narvaez, alarmado, pensó en prenderle y remitirle á Cuba como al desgraciado Ayllon. Pero entónces se interpuso Andrés del Duero, y consiguió hacerle salir secretamente para el campamento de Cortés.

Entretanto llegó á México una carta de Sandoval, en que pedia al general que reforzase á Veracruz, si no queria que cayese en poder de sus enemigos. Hernan Cortés conoció que ya era tiempo de obrar y volvió á reunir á sus capitanes.

—Señores, les dijo, hemos agotado ya todos los medios que aconseja la prudencia. Ninguno ha súrtido el éxito que deseábamos. No nos queda otro recurso que el de medir nuestras armas con Narvaez.

—Señor capitan, dijo Alvarado con esa fe ciega que habia tenido siempre en la superioridad de Cortés—mandad y obedéceremos.

—Escuchad, dijo éste: ya que no nos queda otro recurso que defender con las armas nuestros derechos, lo mas importante es procurar vencer en una sola batalla á nuestros enemigos. ¿Dónde y quién ha de dar esta batalla? Si aguardásemos aquí á Narvaez, reforzaria sus filas con la guarnicion de Veracruz, á la cual venceria fácilmente por su corto número, con todos los indios que encontrase en su camino y con los de

esta ciudad, pues los ha estado halagando diciéndoles que viene á libertar á Moteuczoma. Podria caer, pues, sobre nosotros con doscientos ó trescientos mil hombres que nos despedazarian en un instante.

Ninguno de los circunstantes pestañeó siquiera al escuchar estas palabras, y continuaron mirando á Cortés con la confianza que les inspiraba su génio.

Entretanto el capitan prosiguió:

—Si por el contrario, nosotros salimos en busca de Narvaez que no nos espera, y caemos inopinadamente sobre su campamento.....

—Pero abandonamos á Temistitan? interrumpió con sorpresa Alvarado.

—No tal, repuso Cortés.—Vos os quedaréis aquí con una pequeña guarnicion.

—Sabeis el número de españoles con que contamos en este momento?

—Unos doscientos veinte hombres, respondió el capitan sin vacilar.

—Exactamente, repuso Alvarado.

—Y bien! Os dejo ciento cincuenta cristianos y todo el ejército aliado.

—Y vos os vais á buscar á Narvaez con solo setenta hombres?

—Por qué no? Mi *ejército* se aumentará en Cholula con los ciento cincuenta hombres de Velazquez de Leon y con cincuenta ó sesenta de la guarnicion de Villa Rica.

Con estas palabras terminó el consejo.

Al dia siguiente, Hernan Cortés salió de Tenoch tlan con sus setenta españoles. Moteuczoma le aco pañó hasta el fuerte de Xoloc, y se despidió de asegurándole que rogaria á los dioses para que triu fase de sus enemigos.

CAPITULO VIII

Donde se prueba que la fortuna no abandonaba á Hernan Cortés ni en las situaciones mas difíciles.

Hernan Cortés tomó desde luego el camino de Cholula. En esta ciudad encontró á Juan Velazquez de Leon con los ciento cincuenta españoles que pocos dias antes habia sacado de México para fundar una colonia en Coatzalcoalco.

Aunque Cortés habia manifestado en el consejo que encontraria allí á Velazquez, no dejaba de abrigar algunos temores. Se recordará que éste era pariente muy inmediato del gobernador de Cuba, que en Chalchiuhcuecan se habia sublevado contra Cortés y que éste habia tenido necesidad de imponerle un severo castigo. No faltaba razon para temer que ahora que habia llegado Narvaez con poderes amplios del gobernador de *Cuba para* castigar á Cortés, Velazquez d

Leon recordase sus antiguos resentimientos y aprovechase esta oportunidad para tomar una venganza.

Así, pues, su presencia en Cholula causó tal alegría á Hernan Cortés, que echó los brazos al cuello de su antiguo enemigo y le renovó las protestas que antes le habia hecho de hacer su fortuna cuando terminase la conquista.

Aumentada la fuerza de Hernan Cortés con este importante refuerzo, se prosiguió la marcha sin pérdida de tiempo, hasta Tlaxcala.

En esta ciudad recibió el capitan noticias del campamento enemigo.

Traíalas el mismo P. Olmedo que se presentó á Cortés, cubierto de polvo y lodo.

—Válgame Dios! padre, exclamó Hernan Cortés al verle; yo creia que el bueno de Narvaez os habia tragado, segun lo que tardábais en dar la vuelta al campamento.

—Señor capitan, respondió alegremente el fraile: si el Narvaez no me ha tragado, no ha sido por falta de voluntad, sino porque no me han faltado amigos entre los suyos.

Y contó á Hernan Cortés el modo brusco con que le habia recibido Narvaez, el veneno que habia introducido en el campamento de Cempoala con el tesoro de Axayacatl, y los buenos servicios de Duero para librarle de las garras de aquel.

—¿Y os sentís con ánimo de volver á Cempoala

preguntó Cortés al fraile, despues de concluida su narracion.

—Si vuesa merced lo cree necesario.....

—Lo creo al menos conveniente, repuso Hernan Cortés.—Iréis con Juan Velazquez de Leon, que como pariente inmediato del gobernador de Cuba, será recibido con mucha deferencia por Narvaez.

Y llamando aparte á Velazquez de Leon, le dijo:

—Amigo mio: aunque habia resuelto ya no entrar en mas pláticas con Narvaez, quiero todavía intentar por vuestro conducto el último medio de conciliacion. Id á Cempoala, decid á Narvaez que le renuevo mi promesa de enriquecerle si quiere tomar parte en nuestra empresa; decid lo mismo á todos los capitanes y soldados que le acompañan, y distribuid entre los que os parezca mejor, el oro que lleva el P. Olmedo, vuestro compañero de comision. Llevad sobre vuestro traje todas las cadenas y joyas de oro con que os ha regalado Moteuczoma, y haced morir de envidia á todos esos míseros soldados de Narvaez.

Velazquez de Leon y el P. Olmedo partieron á Cempoala.

Entretanto el pequeño ejército continuó su marcha. Al llegar apenas á los límites de la tierra caliente, se les unió otro refuerzo, que no por ser corto carecia de importancia. Era Sandoval con sesenta de los vecinos de Veracruz, que venian á correr la suerte de su capitan.

Sandoval traia tambien noticias muy importantes del campamento enemigo. Habia disfrazado de indios á dos españoles, y éstos se habian introducido en Cempoala vendiendo algunas frutas de la tierra y soltando á la ventura alguna palabra azteca que habian aprendido en Chiahuitztla. Los de Narvaez se habian engañado completamente con el disfraz, y merced á esta circunstancia los dos espías pudieron ver y estudiar detenidamente las posiciones de Narvaez.

Hernan Cortés mandó regalar algunos tejuelos de oro á los dos soldados de Sandoval, y continuó aproximándose á Cempoala.

Pero todavía tuvo otro encuentro en el camino. Repentinamente se presentaron á sus ojos Velazquez de Leon y el P. Olmedo que volvian ya del campamento de Narvaez.

—Cómo! exclamó Hernan Cortés al verlos.—Tan pronto habeis ya cumplido con vuestra comision?

—Oid y juzgad, repuso Velazquez de Leon.—Apenas supo Narvaez mi llegada á su campamento, salió á recibirme alborozado, creyendo que os habia defeccionado y que iba á engrosar sus filas. Le desengañé al instante y le dí cuenta de mi comision. Narvaez por toda respuesta me volvió las espaldas.

—Y ese recibimiento os desagradó sin duda y os regresasteis.

—*No*, capitan, repuso Velazquez.—Tenia que ha-

blar todavía con varios individuos del ejército, segun vuestras instrucciones, y con este objeto me quedé.

—Y conseguísteis algo?

—Habia hablado con muy pocos capitanes, cuando recibí un recado de Narvaez que me invitaba á comer á la casa en que estaba alojado.

—Hola! Sin duda empezaba á ablandarse.

—Así lo creí al principio. Pero muy pronto me desengañé. Durante la comida, algunos de sus capitanes que estaban sentados con nosotros á la mesa, profirieron varias palabras contra vos.....

—Llamándome probablemente desleal y traidor.

—Yo no pude sufrir con paciencia aquellos discursos y les dije que cualquiera que tuviese de vos la opinion que acababa de manifestarse, se sirviese apartarse de la mesa un poco conmigo para saber mi respuesta.

—Valiente amigo! exclamó Hernan Cortés, estrechando la mano de su interlocutor.

Velazquez de Leon continuó:

—Entónces se alzó de la mesa un mozo, pariente mio y del gobernador de Cuba, que se llama como éste Diego Velazquez, y me dijo que él se hallaba dispuesto á sostener que el capitan D. Fernando Cortés era rebelde y traidor. Díjome ademas que yo no debia de tener sangre de Velazquez en las venas, puesto que me atrevia á defender á un hombre que se habia rebelado contra mi deudo el gobernador de Cuba.

—Supongo que al escuchar estas palabras, sacaríais la espada.

—Bien me conoceis, capitan, puesto que adivinais con tanto acierto mis acciones. Saqué en efecto la espada, cuando aun no habia acabado de hablar el mancebo. Pero Duero y otros amigos nuestros que se hallaban presentes, me detuvieron antes que llegase á mi adversario, y me hicieron comprender que era una locura batirme en aquel lugar rodeado de enemigos.

—Sobrábales razon, interrumpió Hernan Cortés.

—Señor capitan, repuso Velazquez, ya sabeis que en circunstancias de esa naturaleza, la razon del hombre desaparece. Yo no hubiera envainado la espada si los amigos del jóven Velazquez no le hubiesen hecho desaparecer de la sala. Desde ese momento comprendí que yo no valia nada para comisionado, y buscando á mi compañero el P. Olmedo, nos salimos juntos de Cempoala.

—Ah! exclamó Hernan Cortés.—Ya se hace preciso castigar tanta arrogancia.

Y el pequeño ejército volvió á emprender su marcha tantas veces interrumpida.

Pero todavía debia ser interrumpida la última vez por nuevos comisionados.

Estos eran enviados por Narvaez, y Hernan Cortés soltó una exclamacion de alegría al reconocer entre *ellos á* su antiguo amigo el secretario Duero.

Corrió á sus brazos, le estrechó contra su corazon y le dijo con acento conmovido:

—Querido amigo, no contaba con volver á veros.

—¿Por qué? preguntó Duero, afectando la misma emocion que el capitan.

—Ay! amigo mio, respondió Cortés, desprendiéndose de sus brazos.—Son tan terribles las aventuras en que me he visto envuelto desde que nos separamos.....

—Pero habeis salido rico de ellas, á lo que parece, interrumpió el secretario.

Y con una mirada ávida de codicia, recorria las cadenas, anillos y demas alhajas de oro, que así Hernan Cortés como sus capitanes y soldados, llevaban con profusion sobre sus vestidos rotos y cubiertos de polvo. Algunas de aquellas cadenas eran tan largas, que daban varias vueltas al rededor del cuello de los que las traian.

Hernan Cortés se sonrió ligeramente, recordando que el antiguo secretario tenia derecho á una parte de aquel oro, puesto que se lo habia prometido formalmente, si conseguia de Diego Velazquez el nombramiento que consiguió.

—Vos tambien sereis rico, le dijo.—¿Creeis que he olvidado la promesa que os hice en Cuba á vos y á Amador de Lares?

—Amador de Lares ha muerto, amigo mio.

—Tanto mejor para vos. La parte del difunto acrecerá la vuestra.

Una sonrisa que parecia de duda, contrajo los labios del secretario.

—Estais haciendo castillos en el aire, dijo á su interlocutor.—¿Quién os ha dicho que esas riquezas serán vuestras mañana?

—A ménos que yo me muera.....

—Lo cual no tiene nada de difícil, puesto que teneis á pocas leguas un ejército dispuesto á daros una batalla.

—Y creeis que el señor Narvaez me mate? preguntó con fisga el capitan.

—O que os cargue de cadenas y os mande prender gobernador de Cuba.

—¿Pero no tengo entre mis enemigos, continuó Hernan Cortés en el mismo tono, á un señor Andrés del Duero, que se dignará interceder por mí?

—Burlaos cuanto querais, repuso un tanto amostazado el secretario.—La verdad es que Narvaez tiene un ejército cuatro veces mayor que el vuestro y que es muy fácil que os desbarate á la primera embestida.

—Amigo mio, los tlaxcaltecas llegaron á arrojar sobre mí hasta cien mil combatientes y no pudieron desbaratar á mis quinientos españoles.

—Oh! quereis comparar á los soldados de Narvaez con infelices indios?

Hernan Cortés consideró un instante en silencio á su interlocutor.

—Amigo mio, le dijo, supongo que no habreis ve-

nido aquí á discutir estérilmente el éxito de una batalla entre mis tropas y las de Narvaez. Si traeis alguna comision, exponedla francamente, y veamos el partido que puede sacarse de esta entrevista.

El secretario extrajo de su jubon una carta, y presentándosela á Hernan Cortés, le dijo:

—Os traigo esta carta de Pánfilo de Narvaez, cuyo contenido sé de memoria. En ella os requiere de nuevo á que reconozcais su autoridad suprema sobre esta tierra, y en cambio os ofrece echar un velo sobre lo pasado. Pone sus naves á la disposicion de los que quieran regresarse á Cuba, y ofrece dejarlos embarcar con todas sus riquezas, sin meterse en averiguaciones.

Hernan Cortés rompió la cubierta de la carta y vió confirmadas en ella las palabras del secretario.

—Amigo mio, le dijo éste, yo os aconsejo que acepteis las condiciones de este avenimiento. Es el medio mas honroso que teneis de salir del apuro en que os encontrais, porque os repito que os seria probablemente adverso el resultado de una batalla.

—Decidme, preguntó Hernan Cortés: ¿Narvaez trae algun despacho directo de S. M. para que yo le reconozca como superior? Si lo trae, mucho ha tardado en mostrarlo. Pero que me lo enseñe, y yo no tardaré ni un instante en obedecerle.

—Trae sus despachos firmados por Diego Velaz-

quez, que está nombrado por S. M. Adelantado de estos países.

—Y yo tengo mis despachos firmados por el Ayuntamiento de la Villa Rica de Veracruz, cuya aprobacion se halla pendiente en la corte. Y como no reconozco en esta tierra mas autoridad que la de la citada Villa, solo cederé mis derechos ante una órden expresa de S. M.

Ante esta firmeza de carácter empezó á doblegarse la voluntad de Duero. Hernan Cortés le renovó su promesa de hacerle partícipe en las utilidades de la empresa, le regaló algunos objetos de oro, y el secretario volvió á Cempoala mas dispuesto en favor de Cortés que del que le habia enviado á reducirlo.

Al dia siguiente, las tropas de Hernan Cortés se detuvieron á las márgenes de un riachuelo, cuyas aguas habian aumentado de tal manera las lluvias, que era imposible vadearlo.

El riachuelo distaba una legua del campamento enemigo. Hernan Cortés permitió á sus soldados que se echasen sobre la menuda yerba que alfombraba la rivera para descansar de las fatigas de la marcha. El entretanto se puso á meditar.

El sol empezaba á ocultarse tras de los bosques del ocaso. El calor del dia estaba mitigado por una lluvia ligera, que á ratos dejaban caer las nubes que vagaban en el firmamento. Los rudos soldados de Cortés, habituados á los rigores de aquella penosa campaña, ape-

nas si se dignaban sacudir las gotas de agua que humedecian sus rotos vestidos y sus semblantes tostados por el sol.

Muy pronto la noche envolvió entre sus sombras al campamento. La luna se abria paso trabajosamente entre los densos vapores de las nubes, y solo alumbraba á intervalos aquel vivac que parecia entregado al reposo, pero que en realidad vigilaba.

Suenan de súbito el pífano y el tambor, tan conocidos en el ejército; los soldados se levantan presurosos, toman sus armas y corren al llamamiento.

Hernan Cortés se halla en pié, rodeado de sus capitanes y guarecido bajo las ramas de un árbol corpulento. Dos hogueras encendidas á corta distancia, alumbran su semblante varonil y el de los hombres que le acompañan.

En un instante se halla reunido todo el ejército bajo las ramas de aquel árbol.

Hernan Cortés hace callar entónces el pífano y el tambor, pasea una mirada entre todos los circunstantes, como para asegurarse de que no falta en aquella reunion ninguno de sus compañeros de empresa, y pronuncia las siguientes palabras:

—Señores: pocas veces, acaso ninguna, desde que desembarcamos en las playas de este hermoso país, nos hemos encontrado en circunstancias tan difíciles como la presente. Por un lado tenemos millares de millares de gentiles que desearian arrojarse sobre no-

sotros y despedazarnos, para librar á su rey cautivo y vengar á sus dioses. Por el otro tenemos un ejército de cristianos, cuatro veces mayor que el nuestro, que amenaza aniquilarnos si no vamos á rèndir á sus piés el producto de nuestros afanes. Ahora mas que nunca, amigos mios, necesitamos del esfuerzo que hemos desplegado en tantas batallas, y de la misericordia divina que nos ha acorrido siempre en nuestras cuitas.»

«Quiénes son esos cristianos que vienen á arrebatarnos la gloria de nuestra empresa? Unos enviados de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, el mismo que nos dió poder á nosotros para conquistar y poblar esta Nueva-España. Pero me equivoco: nosotros somos algo mas que unos comisionados del gobernador de Cuba. Desde que fundamos la Villa Rica de Veracruz, nos independimos de su autoridad para el mejor servicio del Rey y mayor gloria de Dios.»

«Vosotros os reunísteis en una comunidad civil, nombrásteis vuestras autoridades y les dísteis todos vuestros poderes. Estas autoridades me nombraron á mí capitan general y Justicia mayor de la tierra, no porque faltasen entre vosotros caballeros esforzados que pudiesen ejercer este encargo tan bien ó mejor que yo, sino en consideracion á que yo habia hecho de mis bienes propios la mitad de los gastos de la expedicion. Pero no contentos con esto, sometísteis todos vuestros actos á la aprobacion de S. M. y enviás-

teis á la corte unos comisionados que se encargasen de encarecerle vuestros servicios.»

«Desde aquel momento ¿qué es para nosotros el gobernador de Cuba? Nada. ¿Qué derecho tiene para arrebatarnos la gloria y las utilidades de nuestra empresa? Ninguno! Nosotros dependemos directamente de S. M. que tiene ya noticia de nosotros, y sabe cuánto nos afanamos por servirle. Si S. M. creyera que somos rebeldes y traidores, como tiene la osadía de apellidarnos Velazquez, ¿por qué no manda castigarnos? ¿por qué no me destituye? ¿por qué Narvaez, en lugar de órdenes de Velazquez, no trae despachos firmados por el Rey?»

«Amigos y compañeros: nunca como en esta ocasion, repito, se necesita de vuestro valor. Vencer ó morir: tal debe ser nuestra divisa en el encuentro que vamos á tener con nuestros enemigos. ¿Sabeis cuál seria nuestra suerte si fuésemos vencidos? Narvaez nos cargaria de cadenas, como á grandes criminales, y nos llevaria en triunfo á Cuba. El gobernador haria levantar en la plaza pública una horca, y nos colgaria á todos para escarmiento de rebeldes y traidores.»

«Pero esto no sucederá nunca. Nosotros debemos vencer. La justicia está de nuestra parte y Dios proteje nuestra causa. Vamos á buscar á Narvaez, y enseñémosle que los soldados que han vencido á los tlaxcaltecas y aprisionado á un rey en medio de su corte, valen cada uno por diez de los suyos.»

Aquí terminó Cortés su arenga, y Velazquez de Leon le manifestó en nombre de todo el ejército, que todos sabrian cumplir con su deber.

—Todavía mas, añadió el altivo pariente del gobernador de Cuba. No solamente estamos decididos todos á emplear nuestros mayores esfuerzos para derrotar á Narvaez, sino que os prevenimos que si os viésemos flaquear, ó dar algun nuevo paso para entrar en tratados con nuestros enemigos, os darémos de estocadas en presencia de todo el ejército.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Cortés y estrechó á Velazquez entre sus brazos.

CAPITULO IX

Continuacion del anterior.—La batalla.

—Y ahora, señores, dijo Hernan Cortés, apartándose á un lado con sus capitanes: creo que no debemos perder el tiempo y que esta misma noche debe empeñarse la batalla.

Algunos de los capitanes hicieron un movimiento de admiracion.

—Señor, dijo uno, observad que la noche está oscura y lluviosa, y que las aguas de este rio han crecido de tal manera que no será posible vadearlo.

—Lo mismo que me haceis observar, repuso Hernan Cortés, me ha decidido precisamente á dar esta noche la batalla. Narvaez habrá hecho las mismas observaciones que vos; creerá imposible que nos aventuremos en este riachuelo y dormirá á pierna tendida

en sus colchones, como un reverendo en su celda. Nuestro ataque será, pues, una sorpresa, y en las sorpresas el que ataca tiene todas las probalidades del triunfo. ¿No lo creeis así, señores?

Todas las cabezas se inclinaron en señal de asentimiento.

El que habia hecho la objecion, procuró ocultarse entre las sombras.

—Vosotros recordareis perfectamente, continuó Hernan Cortés, la plaza mayor de Cempoala, donde Narvaez ha situado su campamento. En el centro se eleva el adoratorio principal sobre una altura en forma de pirámide, á cuya cima se sube por un gran número de escalones de piedra.

—Me acuerdo como si lo estuviera viendo, interrumpió una voz.

—Sobre esa cima, continuó Cortés, hay una torrecilla ó templete, techado de paja, donde los indios ocultaban á sus dioses que nosotros derribamos un dia.

—Y en donde despues pusimos una imájen de la Vírgen María, añadió otra voz.

—Recordaréis tambien, prosiguió Cortés, que este adoratorio principal se halla entre otros dos templos, inferiores al primero.

Todos los circunstantes dieron á entender con sus ademanes que eran exactas las descripciones topográficas del capitan.

—Pues bien, repuso éste: hé aquí cuáles son las

posiciones de Narvaez, tales cuales han sido observadas hoy por una persona digna de crédito. Ha situado su artillería al pié de la colina en que se eleva el templo mayor. Destinará probablemente una parte de su caballería á sostener sus cañones. La cima del templo la ocupa él mismo con sus arcabuceros y ballesteros.

—El templo mayor es entónces su posicion principal.

—No por eso se ha olvidado de los dos adoratorios vecinos. Sus capitanes Diego Velazquez y Salvatierra se han fortificado en ellos con el resto del ejército.

—Y creeis que guarden estas posiciones hasta esta noche? preguntó Velazquez.

—Son las que han ocupado, respondió con seguridad Hernan Cortés, despues de la excursion que han hecho en la tarde fuera de Cempoala.

—Cómo! exclamó Cristóbal de Olid.—¿Acaso intentaban atacarnos?

—Probablemente, repuso Cortés.—Pero apénas se habian alejado media legua de su campamento, cuando la lluvia empezó á caer á torrentes, y los soldados, sintiéndose mojados, empezaron á murmurar.—Es una locura, decian, arrostrar inútilmente estos torrentes de agua, cuando podiamos dormir ahora tranquilamente en nuestro campamento y salir mañana en busca de esos traidores.—Narvaez escuchó estas quejas, y como él tambien tenia mas deseo de dormir que de mo-

jarse, contramarchó de muy buena voluntad á Cempoala.

Hernan Cortés daba estos pormenores con tanta seguridad, que los capitanes se persuadieron de que los sabia por medio de algun espía.

Esto no era cierto, sin embargo. Los sabia por un conducto mas fidedigno.

Miéntras los soldados reposaban á las márgenes del rio, un indio le habia traido una carta del campamento mismo de Narvaez. Esta carta que algunos historiadores atribuyen á Duero, le daba todos los detalles y noticias que acababa de repetir con fidelidad á los capitanes.

Al cabo de un instante de silencio, Hernan Cortés continuó:

—Conocidas ya las posiciones del enemigo, fácilmente comprenderéis las instrucciones que voy á daros.—Vos, señor Gonzalo de Sandoval, que habeis sido honrado en la Villa Rica de Veracruz con el nombramiento de Alguacil mayor, imponéos de esta órden que es de la incumbencia de vuestro empleo.

Y buscando en la oscuridad la mano de Sandoval, colocó un papel entre sus dedos.

El Alguacil mayor se acercó á la hoguera mas próxima, desdobló el papel y leyó:

« Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor desta Nueva-España por su Magestad, yo os mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os de

fendiere, matadle, que así conviene al servcio de Dios y de su Magestad..... Dado en este Real del rio de las canoas, &c.»

La órden estaba firmada *Hernando Cortés* y refrendada por su secretario Pedro de Hernandez.

Gonzalo de Sandoval se guardó el papel en el pecho, y volviendo á incorporarse al grupo que formaban los capitanes al rededor de Cortés:

—Cumpliré con vuestra órden, dijo á este último, ó moriré en la demanda.

—Creo que sesenta hombres os bastarán para eso, le dijo el general.—Pero como la empresa es arriesgada, os permito que los elijais á vuestra satisfaccion.

—No haré á nuestros compañeros la injuria de creer á unos inferiores á otros, repuso con delicadeza Sandoval.—Tomaré, capitan, los que me deis.

—Sois el espejo de los caballeros, replicó Hernan Cortés.—Los señores Alonso de Avila y Diego de Ordaz participarán con vos de las glorias de ese peligro.

Avila y Ordaz se inclinaron con orgullosa satisfaccion ante el general.

—Vos, señor Velazquez de Leon, continuó Hernan Cortés, os dirigireis con cuarenta hombres al adoratorio que ocupa vuestro pariente Diego Velazquez y le prendereis en nombre del Rey.

—Qué me place, señor capitan, repuso con alegría

Velazquez de Leon.—Supongo que el mancebo se defenderá, y esto me vengará de sus baladronadas.

—Pero aguardad, interrumpió Cortés.—Vos no os dirigiréis desde luego á las posiciones de vuestro pariente. Concurriréis primero al asalto del adoratorio principal, que comenzarémos por quitar su artillería al enemigo. Vos, señor Cristóbal de Olid, estais encargado de mandar ese peligroso ataque, de que depende principalmente el éxito de la batalla. Tomad todas las fuerzas, excepto los sesenta hombres de Sandoval y veinte que yo me reservo para acudir á donde sea mas necesario.

Cristóbal de Olid se inclinó ante el capitan.

—Cuando hayais tomado la artillería, continuó Cortés, ayudareis á Sandoval que tiene que escalar la cima del templo para prender á Narvaez.

Cristóbal de Olid volvió á inclinarse en la oscuridad.

—Y ahora, señores, concluyó el capitan, encomendemos á Dios nuestras almas y marchemos.

Dada esta órden y comunicado á los capitanes el santo de aquella noche que era *Espíritu Santo*, por ser víspera de Pentecostés, los soldados empezaron á vadear el rio en silencio.

El pífano y el tambor estaban mudos por órden expresa del general.

Esta precaucion daba una probabilidad mas en favor de la sorpresa que se intentaba.

El ejército estaba armado de unas grandes lanzas

que Hernan Cortés habia mandado construir anticipadamente en un pueblo que acababa de reconocer el señorío de Castilla, y que se llamaba *Chinantla*. Los chinantecas se habian esmerado en la construccion de aquellas lanzas, y los soldados de Cortés que se habian ensayado en su manejo, fiaban en ellas la mitad del éxito del combate.

Pero no solamente debian servirles para la batalla. Los soldados se resbalaban al poner el pié en las piedras lisas que formaban el lecho del rio. Entónces hincaban en el fondo sus largas lanzas chinantecas, y apoyados en ellas y guardando el equilibrio entre las sombras de la noche, lograban pasar á la orilla opuesta.

Era tal, sin embargo, la abundancia de las aguas, que dos soldados fueron arrebatados por la impetuosidad de la corriente.

Cuando todo el ejército hubo vadeado el rio, la luna apareció tras un espeso nubarron que la habia ocultado hasta entónces, y alumbró el terreno con su plateada claridad. Los soldados miraron en derredor de sí.

De súbito una exclamacion de alegría salió de los labios de todos.

Acababan de descubrir en un claro del bosque una cruz rústica de madera, que ellos mismos habian plantado allí, despues de la destruccion de los ídolos de Cempoala.

—Amigos mios, dijo Hernan Cortés: el cielo sin

duda proteje nuestra empresa, puesto que hace salir á nuestro encuentro el signo santo de la rendencion.

Y corriendo donde estaba la cruz, se postró de hinojos ante su base de piedra.

Todos los soldados se creyeron obligados á imitarle y se arrodillaron tambien.

Por un instante la luna no alumbró mas que una confusa multitud de cabezas abatidas ante aquella insignia santa elevada en medio de la soledad. Sobre esas cabezas se destacaban las largas lanzas chinamecas, en cuyas brillantes cuchillas se quebraban los rayos del astro de la noche.

Repentinamente se alzó de entre la multitud el P. Olmedo, capellan del ejército, y con voz robusta y sonora comenzó á recitar una oracion que todos los circunstantes repitieron en coro. Entonces el sacerdote levantó el brazo y bendijo al ejército, invocando el santo nombre de Dios.

Al ver á aquellos hombres arrodillados ante dos toscos pedazos de madera, atados con mimbres; al ver á aquel sacerdote de venerable aspecto, cuya espaciosa frente iluminaba la luna, un espectador cualquiera se hubiera creido transportado á los primitivos tiempos de la Iglesia, en que los monasterios se elevaban en medio de los páramos.

Y sin embargo, aquellos hombres que oraban así, *aquellos* hombres que eran absueltos por un sacerdote cristiano, habian saqueado pocos meses antes los

tesoros de Moteuczoma, habian violado á las vírgenes del Anáhuac y habian manchado sus manos con la sangre de las víctimas indefensas de Cholula!

Los soldados se levantaron confiados en que Dios los ayudaria contra Narvaez, merced á aquella breve oracion. Los pocos ginetes que iban en el ejército ataron sus caballos á los árboles del bosque, dejaron todos los trenes pesados que conducian y continuaron su marcha.

De súbito los soldados que caminaban á la vanguardia, oyeron delante de sí la carrera de un hombre. Comprendieron que podia ser un centinela avanzado de Narvaez, y dos soldados se precipitaron tras él.

Algunos instantes despues otra sombra se deslizó entre los árboles y emprendió tambien la carrera en la misma direccion.

El jefe de la vanguardia destacó otros dos hombres en su seguimiento.

Los soldados de Narvaez corrian como liebres perseguidas en una cacería.

Los de Cortés devoraban el espacio.

Repentinamente resonó el bosque con una doble exclamacion de triunfo.

Uno de los perseguidos habia sido alcanzado.

El otro seguia huyendo hácia el campamento de Narvaez, y apenas se percibian ya sus pisadas y las de los soldados que corrian tras él.

El aprehendido fué conducido á presencia de Hernan Cortés.

—Ah! exclamó el general.—Ahora vamos á confirmar nuestras noticias sobre las posiciones del enemigo. Ea! añadió dirigiéndose al soldado de Narvaez: desembuchad todo lo que sepais. Pero cuidado con engañarme, porque os haré ahorcar de las ramas del primer árbol que encontremos en el camino.

El soldado se despojó de la gorra que llevaba en la cabeza y dijo:

—Señor capitan, ya que quereis que os diga la verdad, os aconsejo que no vayais á Cempoala, porque es segura vuestra derrota.

—Yo no os pido consejos, repuso Cortés con altanería.—Lo que deseo saber, lo que os pregunto, es que me digais lo que en este instante se hace en el campamento de Narvaez.

—Lo que es en este instante, respondió con sangre fria el soldado, mi compañero que no ha podido ser alcanzado por los vuestros, habrá dado ya la alarma en Cempoala y el señor Narvaez estará dando sus órdenes para recibiros.

Hernan Cortés se mordió los labios en la oscuridad, y continuó:

—Qué ha hecho Narvaez de su caballería?

—Señor capitan, respondió con modesta dignidad el soldado.—Es inútil que continueis vuestras preguntas. Yo no he de vender á mis compañeros.

—Miserable! exclamó irritado el capitan.—Voy á dejarte colgado en este lugar.

Y le señaló un árbol cuyas ramas se extendian sobre el mismo camino que seguia el ejército.

Como este interrogatorio se hacia sin dejar de andar hácia el campamento de Narvaez, el soldado se detuvo repentinamente y se paró bajo las ramas del árbol.

—Estoy pronto á morir, dijo con firmeza.

Esta entereza espartana desarmó á Cortés. Descolgó de su cuello una cadena de oro, y poniéndola en manos del sòldado, le dijo con dulzura:

—Eres un valiente! Vé á incorporarte á la retaguardia, y cuidado con intentar huir, porque entónces mis soldados te ensartarán en la punta de sus lanzas.

El soldado tomó la cadena, la ocultó en su jubon y desapareció en la oscuridad.

Algunos instantes despues regresaron los otros dos hombres que habian perseguido al segundo centinela. Habian llegado hasta las primeras casas de Cempoala sin lograr dar alcance al perseguido. Este habia entrado dando voces en la ciudad de que se acercaba el enemigo.

Esta circunstancia hizo á Hernan Cortés redoblar su marcha, temeroso de que se malograse su sorpresa.

Pero cuál fué su admiracion cuando al llegar á los suburbios de Cempoala encontró á la ciudad sumergida en el mas profundo silencio!

Narvaez habia llamado visionario al centinela y habia continuado durmiendo.

Hernan Cortés recomendó mas que nunca la pru-

dencia á sus soldados, y el pequeño ejército se aventuró con cautela en las calles de la dormida ciudad.

Pero sus precauciones no tuvieron entónces el mejor éxito, porque repentinamente se dejaron oir voces de alarma en el campamento enemigo, y el sonido de los tambores y de los clarines que interrumpian el silencio de la noche.

—Apretad el paso ahora, dijo Hernan Cortés á sus soldados sin desconcertarse.

Y llamando á su lado á Sandoval, le hizo notar una luz que brillaba á poca distancia en la oscuridad de la noche.

—Esa luz, le dijo, está en el adoratorio principal, en el alojamiento de Narvaez, sin duda. No la perdais de vista!

En aquel momento desembocaron los invasores en la calle principal, que conducia en línea recta al campamento de Narvaez.

La falda del templo mayor se iluminó repentinamente y varias detonaciones de artillería hicieron temblar en sus bases los endebles edificios de la ciudad.

Las balas de los cañones pasaron silbando formidablemente sobre las cabezas de los soldados de Cortés. Tres de ellos cayeron sin embargo, en medio de la calle, espantosamente mutilados por el bárbaro proyectil.

Los soldados se arrimaron entónces á las dos aceras de la calle y continuaron avanzando en silencio hácia el adoratorio principal, protegidos por la oscuridad.

Los de Narvaez continuaron sus fuegos; pero no habiendo advertido la estrategia de sus enemigos, no les hacian daño alguno con sus proyectiles.

Cortés caminaba tras del último soldado, calculando con la vista la distancia.

Repentinamente lanzó el grito convenido de antemano.

—Espíritu Santo y á ellos! gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Los soldados rompieron violentamente sus filas, en un instante devoraron el espacio que los separaba del templo mayor y cayeron como un torrente impetuoso sobre los aturdidos artilleros de Narvaez.

Revolviéronse amigos y enemigos en una espantosa confusion. Los artilleros pugnaban todavía por dar fuego á sus cañones con las mechas encendidas que agitaban en sus manos; pero se los impedian las largas lanzas de sus adversarios, que amenazaban su pecho cuando intentaban acercarse á la batería.

Sandoval aprovechó esta confusion para lanzarse con sus sesenta soldados á las escaleras del templo. Los soldados que defendian la cima á las órdenes inmediatas de Narvaez, empezaron á arrojar sobre los asaltantes un diluvio de balas y de ballestas.

El animoso Sandoval y sus bravos compañeros se cubrian con sus rotos escudos y avanzaban impertérritos bajo los proyectiles del enemigo.

Ninguno de los soldados de Cortés estaba ocioso. El general mismo y sus veinte hombres la habian emprendido con la caballería y la habian dispersado al instante.

Faltando á la artillería este apoyo, los artilleros abandonaron sus cañones y buscaron su salvacion en la fuga. Pero entónces los soldados de Narvaez que dominaban esta posicion desde la cima del adoratorio, empezaron á arrojar una lluvia de proyectiles contra los de Cortés, que ya intentaban volver la artillería contra sus enemigos.

Entretanto el valiente Sandoval continuaba su peligrosa ascension.

Ya habia sido rechazado una vez al poner el pié en la plataforma. Empezaba ya á bajar las escaleras, pero sin volver las espaldas al enemigo, cuando vino á su socorro una parte del victorioso escuadron de Olid. Hizo entónces un esfuerzo supremo, y no tardó en llegar con todos los suyos á la plataforma.

Allí se trabó un nuevo y sangriento combate. Narvaez animaba á sus soldados con la palabra y con el ejemplo y acudia á los lugares de mayor peligro.

Pero las largas lanzas chinantecas daban una superioridad incalculable á los soldados de Cortés. Los de Narvaez ya no se atrevian á hacer uso de las armas de fuego, porque amigos y enemigos se hallaban revueltos en espantosa confusion.

Entre el rumor de la batalla, se alzó repentinamente una voz, muy conocida de todos los combatientes.

—Santa María! gritaba.—Socórreme..... me han muerto!

Era la voz de Narvaez, quien amén de otras heridas, acababa de recibir un lanzaso en el ojo izquierdo que le habia derribado por tierra.

Un grito unánime se alzó entónces entre los soldados de Cortés.

—¡Victoria! decian.—¡Victoria por los de Espíritu Santo!

Los de Narvaez levantaron á su herido general y lo metieron al santuario, que como recordará el lector, estaba techado de paja. Colocáronse entónces en la puerta decididos á defenderse hasta el último extremo, y comenzó de nuevo el combate.

Un soldado de Cortés, llamado Martin López, se desprendió repentinamente de sus compañeros, se acercó á la hoguera que ardia en la plataforma, tomó un tizon y pegó fuego al techo del santuario.

Sus defensores lanzaron gritos de maldicion, y salieron en desórden de su recinto.

Entónces un soldado, llamado Farfan, se lanzó sobre Narvaez que apenas podia moverse, y ayudado de otros compañeros suyos que sobrevinieron inmediatamente, le aprehendieron y cargaron inmediatamente de cadenas.

La prision de Narvaez hizo cesar desde luego el

combate. Sus soldados se precipitaron por las escaleras del templo, sin escuchar las voces de los de Cortés que les prometian á gritos el perdon.

Los defensores de los dos adoratorios inmediatos apenas osaron defenderse. Cuando vieron abocada contra ellos su propia artillería y supieron la suerte de su general, se rindieron á discrecion. Todos fueron perdonados generosamente, á excepcion de Diego Velazquez y Salvatierra, que fueron cargados de cadenas como su comandante.

Cuando Hernan Cortés entró en la habitacion de Narvaez á descansar de las fatigas de la batalla, encontró al vencido general en manos de un cirujano que estaba reconociendo sus heridas.

El desgraciado miró á su vencedor con el único ojo que le quedaba sano, y le dijo:

—Mucho teneis que agradecer al cielo la victoria que acabais de conseguir. Y sobre todo, añadió con un ahogado suspiro, el haber aprehendido mi persona.

—Mucho tengo que agradecerle en efecto, respondió el soberbio vencedor; pero os aseguro que la menor hazaña que he hecho en este país, es haber aprehendido vuestra persona.

Hernan Cortés destinó el resto de la noche á recibir á los oficiales de Narvaez que venian á presentarle sus respetos, y á atraerse á los soldados vencidos que andaban fugitivos por la ciudad.

Cuando brilló la luz del dia siguiente, todos sus ene-

migos de ayer le habian reconocido ya como á su general y le habian prometido seguir su suerte.

¡Un golpe de la fortuna habia triplicado inesperadamente sus fuerzas!

Pero cuando el ejército se hallaba mas ufano con su triunfo, hé aquí que se recibe una carta de Alvarado, que nubla la frente del general y apaga en los labios de los soldados el cántico de la victoria.

CAPITULO X

Tonatiuh.

Veamos ahora lo que habia sucedido en Tenochtitlan, mientras Cortés derrotaba á Narvaez en Cempoala.

Pero antes tenemos que cumplir la palabra que varias veces hemos empeñado á nuestros lectores, de describirles el templo mayor de la ciudad, dedicado al dios de la guerra.

Este soberbio edificio se levantaba en el centro de la gran capital del Anáhuac, y ocupaba el espacio que hoy ocupa la catedral, parte de la plaza mayor y parte de las calles y edificios que se ven ahora á espaldas del templo cristiano.

El teocalli propiamente dicho, se hallaba encerrado dentro de un muro de piedra y cal, bastante grueso,

de ocho piés de altura y coronado de almenas ó merlones en toda su longitud. La parte exterior se hallaba adornada con inmensas serpientes realzadas, ese emblema sagrado que se empleaba con tanta frecuencia en la escultura azteca. El muro tenia la forma de un cuadro: cada lado tenia ochenta y seis toesas de longitud y en el centro de cada uno se elevaba una enorme puerta coronada de una especie de arsenal, donde se guardaban toda clase de armas para la defensa de la ciudad. Estas cuatro puertas que miraban á los cuatro puntos cardinales, estaban enfiladas con las principales calles de la ciudad. La puerta del Oriente conducia por un camino recto al lago de Tezcoco y las otras tres á las magníficas calzadas de Iztapalapan, Tacuba ó Tlacopam y Tepeyacac.

En el centro de este cuadro se levantaba una enorme construccion piramidal de tierra maciza, revestida exteriormente de piedras labradas. Componíase de cinco cuerpos, de los cuales el primero era mayor que el segundo, el segundo que el tercero y así sucesivamente hasta el quinto, menor que todos los anteriores. Esta forma de construccion dejaba en la parte superior de cada cuerpo, ménos en el último, un espacio ó corredor abierto, por el cual podian andar de frente cuatro personas unidas.

En el ángulo del Mediodia estaba practicada una escalera de piedra que conducia hasta la cima, compuesta de ciento catorce escalones, cada uno de la al-

tura de un pié. Como esta escalera ocupaba el espacio excedente de un tramo á otro, no era continuada, sino que se componia de tantas partes ó trozos, cuantos eran los cuerpos del edificio. Subido el primer trozo ó tramo, habia que dar una vuelta entera por el corredor de que hemos hablado y al rededor de la base del segundo cuerpo, para encontrar el otro tramo que conducia á la parte superior de éste. Lo mismo sucedia para subir á los demas, de manera que para llegar al último, ó sea al atrio superior del templo, habia que dar vuelta cuatro veces al edificio.

Este atrio superior era una plataforma, toda enlosada de piedras lisas, y tan vasta como propia para contener á la larga gerarquía de sacerdotes que asistian á las ceremonias religiosas. Sobre esta plataforma se levantaba la gran piedra de los sacrificios, cuya cara superior era convexa para facilitar al sumo sacerdote la diabólica tarea de abrir el pecho á la víctima y arrancarle el corazon.

En la extremidad oriental se levantaban dos torres, compuesta cada una de tres cuerpos, de los cuales el primero era de piedra y cal y los dos últimos de madera, preciosamente labrada. Una de las torres era el santuario de Tezcatlipoca y otra el de Huitzilopochtli y demas dioses de la guerra. El primer cuerpo era propiamente el santuario, donde se guardaban los dioses en sus altares. Los otros dos cuerpos estaban destinados á contener los utensilios que servian para el culto.

Tal era el templo mayor de la gran capital del Anáhuac.

Entre el *teocalli* y el muro exterior se elevaban otros cuarenta santuarios destinados al culto de los demas dioses del imperio. En el mismo espacio se levantaban tambien las habitaciones de los sacerdotes y los seminarios donde se educaba á los jóvenes de la primera nobleza. En el mismo espacio, por último, habia una plazoleta donde se verificaban los bailes sagrados en las ceremonias que lo requerian.

Rogamos al lector tenga presente esta descripcion para lo que hemos de referirle en este capítulo y los siguientes.

Pocos dias despues de la salida de Hernan Cortés de Tenochtitlan, Moteuczoma mandó llamar á Alvarado, como acostumbraba hacerlo con el general. El Alcaide de aquella fortaleza acudió inmediatamente á la cámara de su real prisionero.

—*Tonatiuh*, [1] le dijo el monarca: mañana es la gran fiesta de Huitzilopochtli, que se acostumbra celebrar en el templo mayor con toda la pompa del culto de nuestros padres. He querido prevenírtelo para decirte que el gran señor del Anáhuac tiene obligacion de asistir á la ceremonia.

—Señor, respondió respetuosamente Alvarado, porque Hernan Cortés le habia prevenido que tratase con

1 Con este nombre, que era el del sol, designaban los aztecas á Alvarado, á causa de que era rubio.

toda deferencia al soberano:—señor, ya sabeis que Malinche me ha dejado órdenes terminantes, que no me es permitido quebrantar.

—Y qué órdenes son esas? se aventuró á preguntar el emperador.

—Una de ellas es que no os permita salir del palacio de Axayacatl.

Moteuczoma se sintió herido en su dignidad real y guardó silencio.

—Por lo demas, continuó Alvarado, yo no me opongo á que se celebre esa fiesta, con la condicion de que no se sacrifique en ella ninguna víctima humana.

Moteuczoma no despegó los labios. Alvarado concluyó:

—Mis soldados y yo asistirémos á la fiesta para cerciorarnos de que no se quebrantarán mis prohibiciones.

Inclinó la cabeza ante el soberano y salió de la habitacion.

Pero un momento despues volvió á presentarse á Moteuczoma y le dijo:

—Tambien es condicion indispensable que no lleven armas los que concurran á la fiesta.

Hizo una nueva inclinacion y desapareció.

Al dia siguiente el atrio inferior del templo se hallaba inundado de una concurrencia no muy numerosa, ya sea porque en aquella fiesta tomaban mas bien parte los sacerdotes y los nobles que el pueblo,

ó á causa de que la asistencia de los extranjeros la hacia poco simpática ó sospechosa á los habitantes de Tenochtitlan.

A pesar de esta circunstancia, habia mucho que admirar en el atrio del templo.

Los nobles estaban lujosamente vestidos. Se habian ataviado con sus mejores galas para honrar al dios de la guerra, y aparte de sus hermosas capas bordadas de plumas y de pelo de conejo, eran de admirar los brazaletes, los pendientes y los collares de oro que adornaban sus brazos, sus orejas y sus piernas. Brillaban tambien algunas piedras preciosas y partículas de oro en los bordados de su capa, en las extremidades de su ceñidor y en los cordones que sujetaban sus sandalias.

Cada uno de aquellos nobles valia un tesoro.

Habia tambien algunos hombres del pueblo y varios hidalgos, que aunque no ostentaban todo el lujo de los nobles, no dejaban de llevar por eso algunas alhajas de oro y plata, en que consistia acaso toda su riqueza.

Solo los sacerdotes no llevaban ningun adorno, porque la austeridad de sus costumbres les impedia gastarlos.

Prohibidos los sacrificios humanos por los españoles, la parte principal de la fiesta la constituia el baile sagrado. Pero como los extranjeros no se habian presentado aún en el templo, los sacerdotes no habian querido comenzarlo por deferencia á aquellos.

En el centro del atrio estaba ya colocada la música. Consistia ésta en un *huchuctl* y en un *teponaztli*. Era el primero una especie de tambor, curiosamente labrado y pintado, cuya parte superior estaba cubierta de una piel do ciervo curtida, que se sujetaba por unas cuerdas al cilindro de madera ó cuerpo principal del tambor. Un hombre que tenia delante de sí este instrumento, se ocupaba en templarlo, tocando pausadamente la piel con los dedos de la mano izquierda, y apretando ó aflojando las cuerdas con la derecha.

El teponaztli era un trozo de madera tambien cilíndrico y hueco, pero sin piel en las extremidades. Tenia en el centro dos aberturas paralelas en forma de rayas y poco distantes la una de la otra. Otro hombre que se hallaba de cuclillas junto á este segundo instrumento, golpeaba suavemente en el espacio que mediaba entre las dos aberturas, con unos palillos cubiertos de resina en sus extremidades.

Repentinamente se observó un movimiento general en la concurrencia.

Era que los españoles acababan de entrar al recinto sagrado. Venian armados como para asistir á un combate. Pero esta circunstancia no llamó la atencion á los mexicanos, porque jamás habian visto un extranjero sin armas.

Alvarado empezó por colocar algunos soldados á las *cuatro* puertas del muro que rodeaba el atrio, y luego *fué á* ocupar con los que le quedaban, el lugar que le

lesignaron los sacerdotes. Este otro incidente sí llanó la atencion de algunos aztecas; pero preocupados con su fiesta, no tardaron en olvidarlo.

Un instante despues de la llegada de Alvarado, los sacerdotes dieron la señal para que comenzase la solemnidad.

Los nobles mas ancianos y los sacerdotes se agolparon entónces al centro del atrio y formaron un triple círculo al rededor de los músicos. Los demas nobles se acercaron en seguida y formaron otro círculo triple, pero mas extenso, al rededor del primero. Los hombres del pueblo y los jóvenes se aproximaron luego y formaron un tercer círculo de la misma naturaleza al rededor del segundo.

El huehuetl y el teponaztli hicieron oir entónces sus poco armoniosas vibraciones, y todos los danzantes empezaron á girar bailando al rededor de los músicos.

Este baile se verificaba con tal arte, que á pesar de que los plebeyos tenian que girar en un círculo mucho mas extenso que los sacerdotes, no se apartaban nunca de las líneas rectas ó radios que formaban entre sí los danzantes.

Los españoles hubieran admirado la profunda destreza con que se ejecutaba este baile, si se los hubiesen permitido los perversos designios que en aquel *momento agitaban* en su imaginacion. A la vista de *ro y piedras preciosas* de que estaban adornados

danzantes, sus ojos se sentian deslumbrados y la sed del pillaje empezaba á devorar interiormente sus corazones.

—¿Sabeis, decia uno de los soldados á Pedro de Alvarado, que cada uno de esos idólatras trae sobre su cuerpo una verdadera mina de oro?

—La verdad es, respondió el capitan; siguiendo con ojos codiciosos á un noble que en aquel momento se agitaba delante de él con las convulsiones de aquella danza salvaje,—la verdad es que con solo el oró que hay entre estos danzantes, tendríamos cada uno de nosotros para hacernos ricos por toda nuestra vida.

Un relámpago de codicia brilló en los ojos de todos los españoles que rodeaban á Alvarado.

—Ba! exclamó uno.—Y nos seria tan fácil hacernos de todas esas riquezas!

—De qué modo? preguntó una voz.

—Nosotros estamos armados, ellos no..... Nuestros soldados guardan las puertas..... y..... y no se nos escaparia uno solo.

Un estremecimiento general recorrió todo el círculo de los españoles.

—Pero, objetó el menos cruel de aquellos tigres feroces, los gritos que arrojen esos desdichados cuando nos avalancemos sobre ellos, van á sublevar á todos los indios de la ciudad contra nosotros.

—O correrán á esconderse en sus montañas por el

miedo que les infunda nuestro arrojo. ¿No recordais como se dejaron matar los de Cholula?

—Señores, volvió á objetar el que habia recibido esta respuesta: el capitan Don Fernando Cortés nos reconvendrá por esta matanza.

—Nosotros le diremos que recordamos la de Cholula y quisimos imitar su ejemplo.

—Oh! En Cholula se habia descubierto una conspiracion.....

—¿Y quién nos impide decir que aquí hemos descubierto otra?

—Seria necesario probarla.

—La probaremos cuando el capitan nos pruebe la de Cholula.

El humano soldado no supo qué contestar á esta réplica y guardó silencio.

Otro soldado se separó entónces del grupo que rodeaba á Alvarado y fué á dar algunas órdenes á los centinelas que guardaban las puertas.

Entretanto los mexicanos continuaban su baile. Gruesas gotas de sudor caian ya de su frente á causa de la agitacion; pero no por eso habian perdido un solo instante la línea que debian seguir en la danza, ni habian dejado de agitar en su mano derecha el *ayacaxtli* al compás de la música.

Repentinamente se oyó la voz de Alvarado que daba el grito de guerra de los españoles:

—Santiago y á ellos!

El miserable invocaba al santo patron de las Españas para un asesinato.

Sus soldados desnudaron entónces sus aceros y cayeron sobre los danzantes indefensos.

El huehuetl y el teponaztli dejaron de sonar al instante, y solo se escucharon ya los agudos gritos de los indios que pedian misericordia ó demandaban venganza.

Las primeras víctimas cayeron bañadas en su sangre en el lugar mismo donde se verificaba la danza sagrada.

Tan inesperado y brusco fué el ataque de los españoles!

Los que no habian sido heridos á la primera embestida, se dieron á correr por todo el atrio, lanzando gritos de espanto.

Los asesinos se precipitaron en pos suya y los derribaban en la carrera con las cuchillas de sus lanzas. Una vez en tierra, los concluian con sus espadas ó sus puñales, y se lanzaban sobre nuevas víctimas.

Algunos indios corrian á las puertas en demanda de salvacion. Pero allí los recibieron las largas picas de los centinelas, y los fugitivos retrocedieron llenos de espanto.

Otros se arrojaban al muro del atrio, intentando escalarlo. Pero como este tenia ocho piés de altura, segun hemos dicho, los desgraciados no conseguian su

objeto y volvian á caer al interior del atrio, de donde no se levantaban jamás.

No quedó con vida uno solo de los aztecas que se hallaban en el atrio.

La sangre corria, como si hubiera llovido, segun la expresion de un historiador.

Las losas del pavimento se hallaban regadas de miembros palpitantes, que solo parecian conservar un resto de vida para pedir venganza.

Los asesinos se arrojaron, ávidos de codicia, sobre aquellos despojos sangrientos, y empezaron á arrancar todo el oro y joyas que brillaba entre la sangre.

Cuando se hubieron persuadido de que no quedaba ninguna partícula de oro entre los restos de sus víctimas, se retiraron de aquel lugar de desolacion y entraron triunfantes en sus cuarteles.

Pero muy pronto empezó el cielo á tomar venganza de aquellos horribles asesinatos.

Apenas se habian retirado los españoles del atrio, cuando los mexicanos que sin duda habian escuchado los aullidos de las víctimas, inundaron en tropel el lugar de la catástrofe. Un grito unánime se escapó de sus labios y se desparramaron por las calles y plazas, contando á sus compatriotas el sangriento suceso y convocándoles para vengar aquel atentado.

No hubo un solo mexicano que se negase á tomar las armas, y pocos instantes despues, el palacio de Axayacatl se hallaba cercado de una inmensa mu-

chedumbre que arrojaba piedras y flechas á los as
sinos.

Los españoles temblaron al ver la actitud de aq
pueblo guerrero que acudia á vengar á sus com
triotas.

Pero sacaron fuerzas de su propia cobardía y
dieron á sus muros. Verdad era que comprendian
si no luchaban, su muerte era inevitable.

Cortés habia dejado en Tenochtitlan toda su ar
ría, y á ella acudieron los españoles como el
mas eficaz de defensa.

Cada tiro de cañon abria una brecha espant
tre la compacta masa de aztecas que cercaban
lacio. Pero los que estaban mas próximos hacia
aparecer instantáneamente los cadáveres, y nu
enjambres de indios se colocaban en lugar de
muertos. Y lanzando gritos de venganza, levanta
sus arcos y arrojaban diluvios de flechas sobre l
tiados.

Los españoles y los aliados se multiplicaban
acudir á todos los puntos atacados. Siete de los
meros y un centenar de los últimos habian queda
convertidos en cadáveres. El número de los herid
era incontable.

Repentinamente advirtieron los españoles que l
mexicanos habian empezado á demoler un lienzo d
muro que les servia de defensa.

Los mas animosos se sintieron desfallecer, porq

comprendieron que una vez revueltos con sus enemigos dentro del recinto del palacio, no quedaria uno solo con vida.

Abocaron los cañones contra los que demolian el muro y comenzaron á vomitar fuego sobre ellos. Pero los valientes aztecas se arrojaban sobre los cadáveres mutilados por los falconetes y continuaban la terrible obra de la demolicion.

Alvarado reunió precipitadamente á algunos de sus capitanes en la azotea, en donde se habia constituido para dirigir las operaciones. Enseñó á sus compañeros el muro que empezaba á caer á trozos y la furiosa muchedumbre que hervia á sus piés, y les dijo:

—Dentro de un cuarto de hora esa pared habrá caido del todo y cada uno de nosotros tendrá sobre sí un centenar de enemigos. ¿Qué hacemos?

—Huyamos! dijo una voz.

—Huir! exclamó Alvarado con irritante ironía.—Si no hemos podido defendernos entre nuestros muros, ¿cómo podremos defendernos sin ellos? A buen seguro que no podriamos salir ni de la plaza principal.

—Muramos aquí entónces, dijo otra voz con esa resignacion sombría que dá la desesperacion.

—Me ocurre una idea, dijo un tercero.—Esa estúpida muchedumbre no sabe respetar mas que á sus *ídolos y á su rey.* Saquemos á Moteuczoma sobre *esta azotea, desde* aquí puede ser visto y oido y

esos paganos; hagámosle que les diga algunas palabras y acaso logremos calmar el tumulto.

—Acepto desde luego ese pensamiento, dijo Alvarado.

Y seguido de dos españoles, á quienes designó con el dedo, bajó inmediatamente á la cámara de Moteuczoma.

—Señor, dijo al emperador: todo vuestro pueblo rodea en este momento nuestros cuarteles. Nosotros podiamos dispersarlo á cañonazos, porque sabeis cuán terribles son nuestras armas. Pero no queriendo derramar inútilmente la sangre de vuestros vasallos, deseamos antes apelar á otro recurso. ¿Quereis mostraros á la multitud y ordenarle que desista de su ataque?

El débil monarca no opuso ninguna resistencia. Fingió creer todo lo que le decia Alvarado y se dejó conducir á la azotea entre varios españoles.

La supersticiosa muchedumbre, al ver al monarca, suspendió sus hostilidades y guardó un profundo silencio. Algunos de aquellos feroces guerreros arrojaron sus armas lejos de sí y se prosternaron de rodillas.

Moteuczoma pronunció una larga arenga, que ninguno de los españoles que le rodeaban pudo comprender. El paje Orteguilla que les servia de intérprete, no habia osado subir con ellos á la azotea.

La muchedumbre escuchó con respeto al soberano y no tardó en disolverse.

Los españoles rendidos de fatiga, pudieron dormir tranquilamente aquella noche. Su real prisionero los habia salvado por un momento.

Y decimos por un momento, porque al dia siguiente amaneció el palacio de Axayacatl rodeado todo de fortificaciones. Los aztecas velaban armados tras ellas y parecian muy dispuestos á defenderlas.

Pero no se limitaron á esto sus precauciones. Mandaron cerrar el mercado de Tlatelolco, á fin de que Alvarado, caso de que lograse burlar su vigilancia, no pudiese proveerse de víveres. Pero Alvarado no lo intentó por entónces, porque se hallaba todavía abundante de provisiones.

Solo una vez lograron engañar á los sitiadores dos tlaxcaltecas que Alvarado envió á Cortés. Estos eran los mensajeros de la carta que hemos visto recibir al general en Cempoala, despues de su triunfo sobre Narvaez.

CAPITULO XI

Una voz desconocida y una mano invisible.

Desde que Hernan Cortés tuvo noticias de la difícil situacion en que se hallaba Alvarado, emprendió su marcha á grandes jornadas hácia Tenochtitlan.

Su triunfo sobre Narvaez habia aumentado de una manera considerable su ejército. En Tlaxcala pasó revista á sus tropas y se encontró con noventa y seis ginetes y mil trescientos peones españoles. Con esta fuerza y con dos mil tlaxcaltecas que le dió la república, hizo su entrada en México á 21 de Junio de 1520.

Los mexicanos, sea por lo numeroso de su ejército, ó por cualquiera otra razon que no ha podido penetrar la historia, no opusieron á su entrada ninguna resistencia.

Pero esta tranquilidad aparente era semejante á la calma que en el oceano precede á la tempestad.

Las calles se hallaban desiertas, la ciudad estaba envuelta en un silencio sepulcral, y en lugar de la muchedumbre que otras veces habia acompañado á los extranjeros, solo se veian de trecho en trecho algunos aztecas armados, que huian á la aproximacion del ejército.

Preocupado Hernan Cortés con este indicio siniestro, entró con torvo semblante en el palacio de Axayacatl á la cabeza de sus tropas.

Moteuczoma, que por miedo á sus vasallos no habia salido á recibirle hasta Xoloc, le aguardaba en el patio del palacio. El desgraciado monarca pronunció algunas palabras para felicitarle por su triunfo sobre Narvaez. Pero el orgulloso español pasó delante del soberano sin dignarse arrojar sobre él una mirada siquiera.

Moteuczoma se retiró á sus aposentos penetrado del mas vivor dolor.

Hernan Cortés buscó con los ojos á Alvarado entre la muchedumbre de españoles, que habian salido á recibirle, como á su salvador, hasta las puertas del palacio.

El futuro conquistador de Guatemala, avergonzado sin duda con lo mal que habia cumplido su encargo, se hallaba medio oculto en un rincon, contemplando el

desfile del numeroso ejército que venia á sacarle de sus cuitas.

Pero cuando los ojos del general le encontraron, á pesar de sus precauciones, se adelantó hácia él, y saludándole profundamente, le dijo:

—Os felicito por el brillante triunfo que acabais de alcanzar.

—Siento al alma no poder deciros otro tanto, respondió con acento desabrido el general.—¿Por qué encuentro sobre las armas á la ciudad que os dejé tranquila?

Alvarado estaba ya preparado para responder á esta pregunta, y habló de una conspiracion que habia descubierto semejante á la de Cholula.

—¡Ah! exclamó Hernan Cortés, retirándose.—Estoy seguro que si hubiérais observado al pié de la letra mis instrucciones, no se hubiera venido á mezclar esta amargura á nuestros triunfos de Cempoalá.

Palideció Alvarado al escuchar esta dura reconvencion, y se retiró á su aposento á devorar en silencio su cólera.

Pero no tardó en irle á buscar allí el mismo Hernan Cortés, y le dirigió algunas palabras de afabilidad para hacerle olvidar las anteriores.

¿Qué derecho tenia para reconvenir al asesino de *Tenochtitlan*, el asesino de Cholula, el verdugo de *Cuauhpopoca* y de los héroes de Nauhtlan?

¿Obró algo en el ánimo de Hernan Cortés este sen

timiento, al ir á buscar á Alvarado? Lo ignoramos. Pero lo que principalmente le obligó á dar este paso, fué que, siendo Alvarado uno de los mejores oficiales del ejército, le convenia tenerle contento en la crísis que atravesaban ahora los españoles en el Anáhuac.

Con las nuevas fuerzas que trajo Hernan Cortés, el ejército invasor ascendia ya á mas de nueve mil hombres: mil quinientos españoles y el resto de aliados.

Los primeros estaban alojados en los varios departamentos del palacio. Para los segundos se habian construido unos cobertizos de paja en el gran patio del cuartel.

Hernan Cortés comprendió que muy pronto iban á faltarle víveres para mantener á tan excesivo número de gentes. Con tal motivo mandó decir á Moteuczoma que hiciese abrir el mercado, si no queria morirse de hambre él mismo con todos los españoles en el palacio de Axayacatl.

Moteuczoma respondió que para dar aquella órden necesitaba de algunos de los personajes que el general español tenia presos en su cuartel.

Hernan Cortés puso entónces en libertad al príncipe *Cuitlahuatzin*, hermano de Moteuczoma y señor de Iztapalapan, como recordará el lector. Creyó que este príncipe tendria bastante autoridad sobre sus compatriotas, y que no solo haria abrir el mercado, sino que los persuadiria á que depusiesen las armas.

Pero Cuitlahuatzin, en lugar de servir á los propó-

sitos de Hernan Cortés, luego que se vió en libertad, recogió la corona que habia dejado escapar de sus sienes el débil Moteuczoma, y se puso á la cabeza de sus vasallos para atacar formidablemente á los españoles.

El dia en que éstos hicieron su entrada en Tenochtitlan, los mexicanos no cometieron ningun acto de hostilidad contra sus cuarteles.

Hernan Cortés se hizo por un momento la ilusion de creer que su sola presencia habia bastado para calmar la efervescencia de la ciudad; y en la carta que puso al dia siguiente al jefe de la guarnicion que habia dejado en Veracruz, le noticiaba que la paz se habia restablecido completamente en Tenochtitlan.

Pero muy poco tiempo le duró esta ilusion.

Media hora hacia apenas que habia partido el mensajero de la carta, cuando volvió al cuartel, herido por una flecha, y con el semblante trastornado de espanto.

Hernan Cortés le interrogó con severidad sobre el motivo de aquella vuelta intempestiva.

—Señor, respondió el mensajero que era un tlaxcalteca: tus enemigos han levantado los puentes de las calzadas, y no he encontrado por donde salir de la ciudad.

Hernan Cortés palideció ligeramente al escuchar estas palabras, y miró con recelo al tlaxcalteca, temeroso de que éste quisiera engañarle.

—Hubieras buscado una barca para salir, le dijo.

—Lo intenté, repuso el tlaxcalteca; pero no hub

un solo barquero que quisiera pasarme en su canoa. Quise entónces arrojarme al agua, pero los aztecas que vigilaban el canal y que conocian mis intenciones, dispararon contra mí sus flechas y me causaron la herida que ves.

Al decir esto el tlaxcalteca enseñó la ancha herida abierta en su pecho y que manaba sangre.

Hernan Cortés miraba el pecho ensangrentado del mensajero y todavía parecia dudar.

—En las calles, continuó éste, he encontrado muchos mexicanos armados, las azoteas de las casas empezaban á cubrirse de combatientes, y sus instrumentos de guerra resuenan por todos los ámbitos de la ciudad.

—¡A las armas! gritó en aquel momento una voz desde la azotea del palacio.

—¡A las armas! ¡á las armas! repitieron los demas soldados apostados de centinelas en los muros.

Hernan Cortés corrió á las azoteas para juzgar del motivo que ponia en alarma al cuartel. Una inmensa muchedumbre de combatientes, una masa abigarrada de indios, avanzaba en tropel hácia el palacio.

Habian sido reparados los muros, que durante la ausencia del general habian sufrido tan rudo ataque de los mexicanos. Habíanse practicado varias aberturas para los trece cañones con que ya contaba el ejército y otras mas pequeñas para los arcabuces y escopetas.

Los mexicanos comenzaron sus hostilidades, arrojando un diluvio de flechas y de piedras que inundaron el patio principal del cuartel.

Los extranjeros respondieron con el formidable estampido de sus cañones.

Centenares de víctimas cayeron abatidas por los proyectiles extranjeros.

Pero los animosos mexicanos, en lugar de retroceder, arrojaron una nueva multitud de piedras y flechas sobre el palacio y siguieron avanzando.

Los cañones y los arcabuces continuaban cebándose en los mexicanos. Como estos formaban una masa compacta, las balas hacian un estrago horroroso en sus filas.

Pero á pesar de todo seguian avanzando.

Y llegó un momento en que avanzaron tanto, que empezaron á escalar los muros.

Los españoles los recibieron con sus largas picas desde el recinto en que se hallaban guardados y los pocos aztecas que se habian atrevido á intentar el asalto, tuvieron que retroceder.

Pero alcanzaron á dar fuego á algunos de los cobertizos en que se guarecian los aliados, y los sitiados *los* vieron arder, sin poder remediarlo, porque el agua andaba muy escasa en el cuartel.

Sobrevino en este momento la noche y los sitiadores suspendieron el combate.

Pero al dia siguiente lo renovaron con mayor ímpetu.

Los sitiadores concibieron el proyecto de incendiar el cuartel, y con mayor arrojo que el primer dia, se aproximaron á los muros y pegaron fuego donde quiera que encontraron materias inflamables.

Los cobertizos de los aliados empezaron á arder casi simultáneamente, y los españoles se vieron sériamente amenazados de perecer todos bajo las llamas.

A falta de agua, no tenian mas que un recurso para apagar el incendio.

Este recurso era desesperado y de fatales consecuencias tal vez. Pero era el único.

Derribar los muros para arrojar sus escombros sobre las llamas.

Así se hizo. Los aliados demolieron instantáneamente un gran trozo de la muralla y el incendio quedó sepultado bajo la tierra de que estaba construido.

Los cañones fueron separados entónces de las troneras, y traidos á esta inmensa brecha, que la necesidad habia hecho abrir á los mismos sitiados.

Pero los sitiadores, á pesar del estrago que hacia en ellos la artillería, ó á causa tal vez del mismo estrago, empezaron á arrojarse sobre ella con tanto valor, que los artilleros comprendian ya que pronto iban á ser despojados de sus cañones.

En tan críticas circunstancias, Hernan Cortés recordó que Alvarado habia sido salvado por Moteuczoma en un aprieto semejante.

El P. Olmedo y Cristóbal de Olid se hallaban en aquel instante á su lado.

—Id, les dijo, al aposento de Moteuczoma é instad-le en mi nombre á que venga á arengar á sus vasallos. Prometedle cuanto exija.

Cristóbal de Olid y el P. Olmedo pasaron al régio aposento.

—Señor, dijeron al emperador: Malinche se duele de la sangre azteca que se vé obligado á derramar en defensa de su vida, de la vuestra y de todos sus dados. Cree que si quereis economizar la sangre de vuestros vasallos, debeis hacer ahora lo que hicisteis dias pasados á súplica de *Tonatiuh:* arengar al pueblo desde el terrado de este palacio para que deponga las armas.

Moteuczoma estaba pálido: un círculo amoratado rodeaba sus párpados, y era fácil descubrir en sus mejillas algunas huellas de recientes lágrimas.

Levantó su melancólico semblante hácia los dos extranjeros, y con un acento de profundo abatimiento, les dijo:

—Decidle al Malinche que ya no quiero hacer nada por él, ni por mí, ni por mis vasallos. Que ya solo quiero llorar y morir.

—Señor, repuso el capellan del ejército, no os entregueis de ese modo á la desesperacion. Recordad que unas cuantas palabras vuestras bastarian para librar de la muerte á un gran número de hombres.

Una triste sonrisa de ironía contrajo los labios del desgraciado rey.

—¿Creeis, le preguntó, que los aztecas escucharian ahora mi voz? Yo he mirado ayer la batalla desde una de las almenas de este palacio, y he visto á mi hermano Cuitlahuatzin mandando el combate con sus insignias de general. Esto me hace sospechar que mis vasallos le han elegido ya rey y que en este momento yo no soy á sus ojos mas que un enemigo, como cualquiera de vosotros. ¿Qué éxito quereis que tengan ahora mis palabras sobre esos hombres que ya no son mis súbditos?

—Señor, terció Cristóbal de Olid, Malinche os faculta para que digais á la multitud que saldrá de Tenochtitlan, tan pronto como los aztecas depongan las armas. Creo que esta promesa hará que seais escuchado con todo el respeto que mereceis.

—Ay! suspiró el monarca.—Ya los aztecas no deben tener mucha fe en mis palabras. ¿No les prometí un dia que saldríais todos del Anáhuac?

—Señor, insistió Cristóbal de Olid, Malinche os empeña su palabra de que esta vez saldrá de Tenochtitlan, tan pronto como vuestros súbditos depongan su actitud hostil.

Moteuczoma, mas bien por debilidad que por conviccion, accedió al fin á los deseos de Cortés. Púsose sobre los hombros sus insignias reales, como para protestar contra la nueva eleccion que acababan de hacer

sus vasallos, y precedido de dos oficiales que llevaban en sus manos las varas de oro, insignias de la dignidad real, se dejó conducir al terrado del palacio, donde ya le esperaban doscientos españoles que Hernan Cortés habia dispuesto para guardarle.

A la aparicion del rey, á la vista de su rico traje imperial, al movimiento que hacian los oficiales con sus varas de oro, la multitud, como en dias anteriores, se sobrecogió de respeto, suspendió el combate y guardó silencio. Algunos aztecas llevaron su veneración hasta á postrarse de rodillas.

Moteuczoma no esperaba esta respetuosa acogida. Sintió que el corazon se le dilataba dentro del pecho, y paseó una mirada de satisfaccion y orgullo sobre la abatida multitud.

Todavía se sentia rey. Todavía sus vasallos no osaban mirarle á la cara, temerosos de ser ofuscados por la majestad del trono.

Este dulce sentimiento le dió valor para hablar, y con la majestad que solia en mejores tiempos, pronunció las siguientes palabras:

—¿Por qué os veo armados, ó mexicanos, delante del palacio que habita vuestro rey? Si es porque me creeis prisionero, ya os he dicho otra vez que estoy aquí por mi voluntad, y que podria trasladarme á mi antigua habitacion tan pronto como lo desease. Si es porque aun permanecen los extranjeros en Tenochtitlan, ellos me han dado ya su palabra de que saldrán

de la ciudad tan pronto como depongais las armas. Cesad, pues, en vuestras hostilidades y no tardareis en recoger el fruto de vuestra prudencia.

Un silencio sepulcral sucedió á estas palabras. El pueblo se disponia ya sin duda á retirarse para obedecer las órdenes de Moteuczoma, cuando se alzó entre la multitud una voz para reprender al rey su pusilanimidad.

—Rey cobarde, dijo aquella voz: eres débil como una mujer. No mereces gobernar un pueblo tan valiente como el Anáhuac.

Y sobre las olas de cabezas humanas que se agitaban delante del terrado, se vió surgir un arco que disparó instantámente una flecha. La flecha cortó el aire, silbando siniestramente, y fué á clavarse en un brazo del emperador.

Una vez perdido el respeto á la majestad real por aquella voz desconocida, por aquel brazo invisible, la multitud prorumpió en una grita espantosa, apostrofando al rey de cobarde y de traidor.

Y en medio de aquella grita que estremecia de pavor á los sitiados, los sitiadores arrojaron un diluvio de piedras y de flechas sobre el terrado en que se hallaba Moteuczoma.

Dos de aquellas piedras alcanzaron al soberano: una en una pierna, otra en la cabeza.

Entónces sus oficiales le levantaron en sus brazos y le condujeron á su aposento.

No tardó en presentársele un cirujano español que Cortés le enviaba para que reconociera y curase sus heridas.

El cirujano practicó un reconocimiento y vendó las heridas.

Pero apenas se quedó solo Moteuczoma, arrancó con furor sus vendas y dijo á sus criados que intentaban impedírselo:

—¡Dejadme! Mis súbditos me han insultado y yo no puedo sobrevivir á esta desgracia. Los dioses quieren mi muerte y serian inútiles todos vuestros esfuerzos para salvarme.

Entretanto el palacio de Axayacatl seguia sitiado por aquella imponente muchedumbre que habia jurado la muerte de sus enemigos. Las piedras y las flechas que habian hecho llover sobre los sitiados cubrian ya completamente las azoteas y el gran patio del cuartel.

Hernan Cortés quiso ensayar otro recurso. Subió al terrado donde acababa de ser herido Moteuczoma, y llamó á algunos de los nobles y sacerdotes que parecian capitanear á la multitud.

—¿Por qué me haceis tan cruda guerra? les dijo.— No comprendeis que esta guerra redunda mas en perjuicio vuestro que en el mio? ¿No veis que vuestros guerreros caen á centenares ante el poder de mis armas?

—Qué importa eso? dijo una voz entre la multitud.

—Aunque por cada diez mil aztecas solo muriese un extranjero, siempre vosotros os acabaríais antes que nosotros. Seguid aniquilando á nuestros guerreros con vuestras armas infernales; pero nosotros os juramos en nombre de los dioses, que no saldreis uno solo con vida del recinto de Tenochtitlan.

Un aullido espantoso siguió á estas palabras, y el aire no tardó en poblarse de flechas y de piedras que fueron á morir sobre el terrado.

—¡Oid! ¡oid! prosiguió Hernan Cortés cuando se hubo calmado la grita.—Si lo que deseais es libraros de nuestra presencia, yo os prometo salir de Tenochtitlan con todos mis guerreros tan pronto como depongais las armas.

—Otra vez has hecho la misma promesa, respondió un noble al pié del terrado, y no solo no la cumpliste, sino que volviste con mayor número de extranjeros á Tenochtitlan. Malinche! eres un hombre sin fe y sin palabra; pero confiamos en que los dioses te pondrán en nuestras manos para saciar nuestra justa venganza.

Hernan Cortés se estremeció al escuchar estas palabras y bajó del terrado.

En estos momentos sobrevino la noche y cesó por entónces el ataque.

Al dia siguiente pensó Hernan Cortés anonadar á sus enemigos con un golpe de audacia.

En lugar de aguardarlos en su cuartel, hizo una salida con varios españoles y aliados y se estuvo ba-

tiendo medio dia con los aztecas que inundaban las calles.

Una semana entera duraron estos combates, que solo se interrumpian durante la noche. Los españoles se batian con desesperacion dentro y fuera de sus cuarteles. Los mexicanos desplegaron un valor inaudito y parecian dispuestos á cumplir su juramento de no dejar salir con vida un solo extranjero de Tenochtitlan.

Quinientos nobles se situaron un dia en la cima del templo mayor, y desde allí causaron tanto daño á los defensores del palacio de Axayacatl, que éstos se resolvieron á desalojarlos de aquella fuerte posicion, á costa de cualquier sacrificio.

Hernan Cortés á la cabeza de sus mejores soldados se dirigió al *teocalli*, y precedido de sus terribles mosquetes, empezó á escalar la peligrosa cima.

Los nobles aztecas, á pesar de la inferioridad de sus armas, defendieron el asilo de sus dioses hasta el último grado del heroismo. Los extranjeros triunfaron, es verdad, pero hasta que no hubo muerto el último de sus defensores.

Las gradas del templo quedaron regadas con sus cadáveres y su sangre.

CAPITULO XII

El astrólogo.

En los primeros dias de aquella semana tan fecunda en grandes acontecimientos, circuló en el palacio de Axayacatl una noticia, que produjo honda sensacion entre todos sus defensores.

Moteuczoma habia muerto.

Esta muerte se halla envuelta todavía entre las sombras del mas profundo misterio.

Los historiadores nacionales aseguran que el emperador fué muerto por los españoles.

Los historiadores españoles aseguran que murió de las heridas que los mexicanos le infirieron en el terrado.

Cuál de las dos versiones es la mas probable?

Nos parece que la segunda.

La naturaleza de nuestro libro no nos permite entrar en esta cuestion histórica, que nuestros lectores podrán encontrar extensamente examinada en Prescott y Clavijero.

La primera cuenta con este apoyo: las heridas que recibió Moteuczoma en el terrado eran tan leves, que no se concibe cómo hayan podido ocasionarle la muerte.

La segunda se apoya en un raciocinio. Moteuczoma habia sido siempre la egida que habia defendido á los españoles. Sin su intervencion, muchas veces habrian perecido á manos de los aztecas. ¿Qué interes, pues podrian tener en matarle?

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que la mayor parte de los soldados españoles se estremecieron de miedo, cuando supieron la muerte del emperador.

Comprendian que el respeto que los mexicanos profesaban á su señor, habia defendido hasta entónces el palacio de Axayacatl, tanto ó mas que sus mismos escuadrones. Faltando el soberano, los ataques al cuartel serian cada vez mas rudos y crueles.

Nuestros lectores recordarán que entre los personajes que Hernan Cortés tenia presos en sus cuarteles, se hallaba Tayatzin, uno de los sumos sacerdotes del Anáhuac. El general español sacó á éste de la prision, le entregó el cadáver de Moteuczoma, y con muchos de sus antiguos servidores le envió al campamento enemigo.

Hernan Cortés habia encargado al sumo sacerdote

que dijese á sus compatriotas que el emperador habia muerto á consecuencia de las heridas que habia recibido en el terrado.

Pero Tayatzin, al enseñar el cadáver á la multitud de combatientes que pululaban en la ciudad, se habia limitado á decirles estas palabras:

—Era un gran rey..... venguémosle!

—Sí, venguémosle! repetian todos al contemplar aquellos tristes despojos.

Y los magnánimos aztecas lloraban á aquel rey que los habia entregado al extranjero por su debilidad, y lanzaban gritos de maldicion contra los españoles.

Estos escuchaban desde sus cuarteles aquellas voces que demandaban venganza á los dioses, y temblaban de pavor tras de sus débiles muros.

Entretanto los combates se sucedian unos á otros sin intermision.

Los españoles peleaban dentro y fuera de sus cuarteles.

Los mexicanos morian á millares; pero como si aquella sangre que regaba las calles de su capital, tuviese la virtud de reproducirse, nuevos combatientes parecian brotar del centro de la tierra para aniquilar á los imprudentes extranjeros.

Estos se hallaban transidos de miedo y rendidos de fatiga.

Ocho dias hacia que peleaban sin descanso, y lo que era peor todavía, sin esperanza de ningun éxito favo-

rable. En estos combates sucesivos habian muerto ya mas de cien españoles, y los demas, incluso el general y sus mejores capitanes, estaban casi todos heridos.

No era posible sostener por mas tiempo aquella situacion difícil.

Permanecer en Tenochtitlan equivalia á aguardar una muerte segura.

Pero la evacuacion de la ciudad ofrecia tambien grandes dificultades.

En las salidas que los españoles habian hecho fuera de sus cuarteles, habian observado que estaban levantados los puentes que cubrian los canales de las calzadas.

Hernan Cortés habia hecho derribar las casas inmediatas para rellenar con los escombros los canales. Pero cuando el combate le conducia al dia siguiente por el mismo sitio, ya los aztecas habian separado los escombros y el agua seguia corriendo tranquilamente por el foso.

Hernan Cortés llamó á consejo á sus capitanes. La dificultad de la situacion no era para nadie un misterio, y así se limitó simple y sencillamente á pedirles su opinion en aquellas graves circunstancias.

Recordóles que los indomables aztecas no eran el único enemigo contra quien tenian que combatir; tenian otro enemigo mas temible todavía: el hambre. Era ya tal la escasez de víveres en el campamento

que solo se daba á los soldados la racion necesaria para no morir de inanicion.

No hubo mucho que discutir en el consejo. Todo el mundo convino en que era necesario salir á la mayor brevedad posible de Tenochtitlan.

Sobre el modo con que debia verificarse esta salida hubo diversidad de opiniones. Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon y los mas animosos capitanes opinaban que debia verificarse á la luz del sol, aunque hubiese que pelear desde la salida del cuartel hasta las últimas calles de la ciudad.

Los mas débiles opinaban que debia hacerse de noche, y se fundaban en que acaso podrian salir de la ciudad sin ser sentidos por el enemigo, y en que los pueblos del Anáhuac no acostumbraban batirse durante la noche. Pero sobre todo, se fundaban en el testimonio de un soldado llamado Botello.

—¿Quién es ese Botello? preguntó uno de los oficiales de Narvaez, que no habia tenido tiempo de conocer á los antiguos soldados de Cortés.

—Un astrólogo, respondió una voz.

—Y un astrólogo, añadió Hernan Cortés, cuyas predicciones he visto muchas veces realizadas.

Todos los circunstantes sintieron correr por su cuerpo un estremecimiento nervioso.

—Haced venid al astrólogo, dijo Hernan Cortés á uno de los capitanes que asistian al consejo.

El capitan que habia recibido esta órden, se separó

de la habitacion, y un instante despues volvió ac
pañado de un soldado, en cuyo semblante se fij
al punto todas las miradas.

Era un hombre como de cincuenta años, pálido,
cilento, cubierto casi de andrajos, y cuyos ojos n
apartaban nunca del suelo.

Levantóse la mugrienta gorra que cubria su c
za, al encontrarse en presencia del general, y le
dó con una profunda inclinacion de cabeza.

—¿Habeis hablado con álguien, le preguntó He
Cortés, de nuestra salida de Tenochtitlan?

—A los que me han preguntado cuál seria
de nuestras desgracias, respondió el astrólogo, le
contestado que solo podia salvarnos una salida d
ciudad.

—¿Y habeis manifestado vuestra opinion sob
hora de esa salida?

—He dicho que la mejor hora seria la media n

—¿Y por qué no de dia?

—Porque ninguno de nosotros escaparia con
del furor de los paganos.

Todos los circunstantes, incluso el mismo ge
sintieron un nuevo estremecimiento que recorria
sus miembros.

Al cabo de un instante de silencio que Hernan
tés necesitó para reponerse, continuó de este mod
preguntas.

—En que se funda esa opinion?

—En el libro que Dios ha escrito en los cielos, respondió el astrólogo con solemnidad.

Muchos de los capitanes palidecieron al escuchar estas palabras.

No hubo uno solo que no sintiese un vuelco terrible en el corazon.

—Luego creeis que debemos salir de noche? añadió el general.

—Si no quereis que mueran todos los hombres que Dios ha colocado bajo vuestras órdenes.

Hernan Cortés hizo una seña y el astrólogo se retiró al instante.

Ya no hubo mas discusion en el consejo. Los españoles que se burlaban de los aztecas, porque creian en las predicciones de sus sacerdotes, se fiaron en la opinion de un farsante, que acaso no tenia otro orígen que su miedo.

Cara les debia costar esta supersticion!

La tarde de aquel mismo dia vió entrar Geliztli en su habitacion al paje Villacampa.

La princesa que se hallaba como clavada en el centro de la cámara, con los brazos caidos y la cabeza inclinada sobre el pecho, levantó los ojos para mirar al paje y retrocedió instintivamente delante de él, hasta colocarse cerca del muro.

—Supongo que estaréis ahora contenta, le dijo Villacampa con una de aquellas sonrisas repugnantes, de que ya hemos hablado á nuestros lectores.

La princesa, como si no hubiese escuchado al paje, no respondió una sola palabra.

—No sabeis acaso lo que pasa? continuó admirado Villacampa.

Geliztli movió la cabeza en ademan negativo, sin levantar los ojos del suelo.

—En la noche de hoy salen los extranjeros de Tenochtitlan.

—Ah! exclamó la princesa, cuyas mejillas se tiñeron de un carmin momentáneo.—Con que al fin huyen los extranjeros?

Una nueva sonrisa se dibujó en los labios de Villacampa.

—Sí, hermosa princesa, le dijo: huyen de Tenochtitlan. Pero lo que acaso ignoras, lo que tal vez vá á apagar la alegría que parece causarte esa fuga, es la noticia de que tú tendrás que huir con los extranjeros.

Geliztli permaneció impasible. Habia vuelto á caer en la especie de enagenamiento en que la habia encontrado el paje, y ya no parecia prestar ninguna atencion á sus palabras.

—Huirás con nosotros, prosiguió el paje.—Eres nuestra prisionera y Malinche tiene el derecho de conducirte á donde quiera que vaya.

Al oir el nombre de Hernan Cortés, un estremocimiento galvánico recorrió el cuerpo de la princesa y levantó los ojos sobre su interlocutor.

Villacampa comprendió que éra esta una oportunidad de hacerse escuchar.

—Hermosa princesa, le dijo, vengo á excitarte á que te prepares para la marcha. Malinche me ha dispensado la honra de confiarte á mi cuidado, y yo seré quien te escolte á nuestra salida.

—Tú! exclamó Geliztli.

—No soy tu esposo? preguntó el paje.

Geliztli pareció insensible á estas palabras que en otras circunstancias le habrian repugnado.

—Oh! prosiguió Villacampa.—Y te prevengo que como soy muy celoso y amo mucho á mi mujer, la mataré al primer movimiento que haga para escaparse.

—La matarás? preguntó Geliztli, adelantándose á su interlocutor.—Crees que tendrás valor para matarla?

—Por qué nó? dijo Villacampa con la mas horrible de sus sonrisas.—Con esa condicion me ha confiado Malinche tu persona. Prometió á tu padre en su lecho de muerte que velaria por todos sus hijos, y Malinche es un hombre que sabe cumplir con su palabra.

—Muy bien! repuso la princesa casi con alegría.—Estoy pronta á seguirte.

Villacampa salió un poco preocupado de la habitacion.

¿Por qué la princesa no habia manifestado ningun sentimiento al saber que debia seguir á los extranjeros, ella que tanto los odiaba y amaba tanto su libertad?

¿Por qué habia recibido con satisfaccion la noticia de que seria muerta en caso de que intentase huir? Acaso la princesa habia perdido la razon?

Pero muy pronto dejó de ocuparse Villacampa de estos pensamientos para dedicarse únicamente á los preparativos de la marcha.

El general hacia mucho tiempo que no se ocupaba de otra cosa.

Habia mandado construir un puente portátil de madera, que debia servir para el paso del ejército sobre los fosos que cortaban la calzada de Tlacopan, por donde debia verificarse la fuga. Confióse este puesto á un oficial llamado Magarino, y se le dieron cuarenta soldados para que lo arrojase sucesivamente sobre las cortaduras y lo defendiese hasta el último trance.

Hernan Cortés se ocupó en seguida de las riquezas que habia reunido en su alojamiento. El rico tesoro de Axayacatl y los abundantes regalos que incesantemente habia recibido de Moteuczoma, habian sido reducidos á barras y tejos de oro y de plata, que se hallaban esparcidos por el suelo, en una cámara de palacio.

El general llamó á los regidores y demas autoridades nombradas en Villa Rica, les entregó el quinto de aquel tesoro que correspondia al rey, y les ordenó que lo condujesen con todas las seguridades posibles, protestando que el cuidado del ejército no le permitia desempeñar por sí mismo aquella comision.

nseñó luego á sus soldados las riquezas fabulosas
ıdas en el centro de la cámara, como en un cuento
ıs *Mil y una noches*, y les dijo:

-Tomad lo que querais. Pero os prevengo que no
ɪene llevar mucho peso para estar mejor dispues-
ı la defensa.

lgunos soldados se arrojaron sobre aquellas rique-
y llenaron de oro sus vestidos y sus alforjas. Los
prudentes se contentaron con tomar algunas jo-
de mucho valor y de poco peso.

l último preparativo del general español fué una
na de sangre.

ɔmprendió que los príncipes y nobles que tenia
oneros embarazarian su marcha y aun procurarian
ɔdirla, si los llevaba consigo.

ra preciso, pues, ó darles libertad ó matarlos. Her-
Cortés se decidió por este último extremo. Man-
ar á todos garrote, y sus cadáveres fueron arroja-
ı un lugar desierto, inmediato al palacio de Axa-
tl.

ɔlo fueron exceptuados del patíbulo la princesa
ztli y algunos otros pocos prisioneros de menor
ɔrtancia.

CAPITULO XIII

La noche triste.

Llegó por fin aquella noche tan ansiosamente esperada por los españoles.

Negros y espesos nubarrones cubrian la atmósfera, la oscuridad era profunda, y una lluvia menuda, pero incesante, caia sobre la tierra.

A las doce de la noche el P. Olmedo dijo una misa en la capilla construida en el cuartel. Concluyó la sagrada ceremonia con una absolucion del celebrante, que todos los españoles recibieron con golpes de pecho.

Abriéronse entónces las puertas del palacio de Axayacatl, y el ejército empezó á desfilar en silencio por la gran plaza del templo mayor.

La vanguardia compuesta de veinte ginetes y doscientos infantes españoles, iba al mando de Gonzalo de Sandoval.

El centro, á las órdenes inmediatas de Cortés, se componia de cinco ginetes y cien infantes. En él se conducian los prisioneros, la gente de servicio y el bagaje del ejército.

La retaguardia, que era el puesto mas peligroso, se componia de todo el resto de las tropas españolas, é iba á las órdenes de Pedro de Alvarado y Juan Velazquez de Leon.

Los aliados iban repartidos en los tres cuerpos del ejército.

La inmensa plaza mayor estaba desierta. La lobreguez de la noche habia hecho huir á todos los combatientes que la habian ocupado durante el dia.

Merced á esta circunstancia, el ejército pudo atravesar toda la plaza sin ser sentido. Tomó entónces la gran calzada de Tlacopan—por creerla menos vigilada que las demas—y continuó con todo el recato que pudo, su marcha.

Pero no era posible que los fugitivos guardasen un silencio absoluto.

Los cascos de los caballos y los pesados trenes de la artillería resonaban fatídicamente sobre el pavimento de la calzada. Las hogueras encendidas en la cima de los templos, reflejaban sus rayos en las armas y

cascos de acero y proyectaban sombras acusadoras en las paredes de los edificios.

En el momento en que los españoles llegaban á la primera cortadura de la calzada, oyóse una voz en la plataforma del templo mas próximo, y luego otra y otras en los demas templos de la gran capital. Muy pronto se mezcló á aquellas voces el ruido de los tambores y de la corneta sagrada que convocaba al pueblo á la defensa.

Entónces la ciudad pareció despertar del profundo letargo en que se hallaba sumergida, y un sordo rumor, como el que anuncia desde lejos la tempestad, recorrió todos los ámbitos de la poblacion.

De cuando en cuando se elevaba sobre este rumor una voz que gritaba:

—A las armas! á las armas, valientes aztecas, que ya huyen los extranjeros!

Los españoles se estremecian en sus filas y apretaban el paso.

Magarino, fiel á su consigna, se habia anticipado á la misma vanguardia y acababa de echar el puente sobre la primera cortadura.

Sandoval con sus veinte ginetes, sus doscientos infantes españoles y sus tropas auxiliares, pasó felizmente al lado opuesto del canal.

Empezó á pasar el centro, compuesto como hemos dicho, de la parte mas numerosa y pesada del ejército.

Pero hé aquí que repentinamente cae sobre los fu-

gitivos una lluvia de flechas y de piedras, arrojadas en la oscuridad por manos invisibles.

Un instante despues los canales que desembocan en la calle se inundan de canoas, las azoteas se ven coronadas de combatientes y el aire resuena con el formidable grito de guerra de los aztecas.

Y se traba un combate sangriento desde el frente del ejército, ocupado por los ginetes de Sandoval, hasta los últimos aliados que marchan á las espaldas de Alvarado.

El centro continuaba desfilando por el puente bajo un diluvio de proyectiles.

Como el puente era angosto, muy pocos eran los soldados que podian pasar á la vez, y la operacion se hacia con demasiada lentitud.

Aun no habia empezado á pasar la retaguardia cuando llegó un correo de Sandoval pidiendo el puente, porque habia llegado ya á la segunda cortadura, y no tenia modo de pasarla.

Recibió la órden de detenerse y de combatir sin tregua hasta qué acabase de pasar todo el ejército.

Mas de una hora duró el desfile del centro. Siguió luego la retaguardia y Alvarado dió tanta prisa á sus soldados, que muy pronto se hallaban todos al extremo opuesto de la cortadura.

Entónces Magarino y sus cuarenta soldados intentaron levantar el puente.

Pero les fué imposible.

Las extremidades de los maderos sobre que se hallaba construido, se habian enterrado de tal manera en las paredes de la calzada con el peso de los soldados y de los bagajes que habian pasado encima, que todos sus esfuerzos fueron impotentes para levantar la pesada máquina.

Añádase á esto que la operacion se hacia en las tinieblas de la noche y bajo los proyectiles de los aztecas, y se comprenderá que Magarino y sus compañeros no tardaron en abandonar la empresa, viéndose aislados del resto del ejército.

Por lo demas, los mexicanos no tardaron en arrojarse sobre el puente y hacerlo pedazos, temerosos acaso de que sus enemigos volviesen á recojerlo.

Los fugitivos se encontraron entónces detenidos entre la primera y segunda cortadura. Los edificios eran ya muy escasos á la orilla de la calzada, y á derecha é izquierda se veia la laguna tan henchida de canoas que cubrian casi completamente la superficie de las aguas.

La noticia de que el puente se habia roto, no tardó en circular por todo el ejército.

Un terror pánico se apoderó de los fugitivos. Ya no podia volverse adelante ni atrás. Los dos lados de la calzada estaban amenazados por enemigos tan audaces, que se les veia saltar de las canoas á tierra y esgrimir sus mazas y sus espadas de obsidiana, contra los extranjeros y sus aliados.

Entónces se acabaron el valor y la disciplina militar. Ya no hubo jefe, no hubo oficiales, no hubo soldados. Cada fugitivo tuvo que atenerse á sus propios esfuerzos para defenderse de los enemigos que picaban su retaguardia y de los que le salian al encuentro, saltando de las canoas. Un vago instinto les decia que solo adelante podria encontrarse la salvacion, y todos sus conatos tendian á llegar á la segunda cortadura.

Sandoval que se habia detenido á la orilla del foso, aguardando el puente, no tardó en verse rodeado de un número infinito de enemigos que le asediaban por los costados y por el frente.

Batíanse sus soldados con el valor que dá la desesperacion, cuando se sintieron empujados por el centro del ejército, que ya desmoralizado, buscaba su salvacion en la fuga.

Entónces los soldados de la vanguardia se arrojaron al canal de grado ó por fuerza para pasarlo á nado ó como pudiesen. Los indios de las canoas se echaban sobre los que caian al canal, y el agua de los lagos no tardó en teñirse con la sangre de los combatientes.

Algunos lograban pasar á la orilla opuesta con el traje desgarrado y el cuerpo cubierto de heridas. Pero la mayor parte quedaban muertos en el foso, y los que eran apresados vivos, inmediatamente se les conducia al templo mas próximo para ser sacrificados.

El centro corrió la misma suerte que la vanguardia.

Llegó su vez á los soldados que lo componian de pasar la cortadura fatal.

Hemos dicho que los prisioneros iban en el centro.

Villacampa caminaba casi cosido al vestido de Geliztli y rodeado de un buen número de tlaxcaltecas que se hallaban bajo sus inmediatas órdenes.

Repentinamente pega á la calzada una barca henchida de guerreros, salta á tierra un azteca de elevada estatura, y los demas que parecen reconocerle como jefe, saltan tras él. Levantan inmediamente sus espadas y se arrojan sobre la escolta.

Un tlaxcalteca, poseido de terror, alzó de súbito la voz y gritó:

—No nos mateis, valientes aztecas, y os prometemos en cambio una rica presa.

Uno de los aztecas respondió:

—¿Qué mejor presa podemos apetecer que los cuerpo de los traidores para ofrecer en holocausto á los dioses?

—¿Ni una hija de Moteuczoma? replicó el tlaxcalteca.

—Una hija de Moteuczoma! exclamó en la oscuridad una voz que hizo temblar á Geliztli.

La princesa se acercó cuanto pudo á Villacampa y deslizó en su oido esta frase.

—Oyes esa voz?

—Sí, respondió el paje, cuyos dientes crugian de miedo.

—Es la voz de un guerrero, llamado Tizoc, que me arrancará muy pronto de tu poder, aunque te opongas tú con todos tus tlaxcaltecas.

—Entónces me ha llegado la hora de matarte, repuso el miserable.

—Hiere! dijo con voz tranquila la princesa sin apartarse del sitio que ocupaba.

—Ah! ah! exclamó el paje.—Se me figura que no me crees con el valor suficiente para matarte.

—Al contrario: porque te creo bastante cobarde para asesinar á una mujer, te suplico que hieras.

—Entónces deseas morir?

—Sí, antes que caer en manos de ese hombre, respondió sordamente la princesa.

El miserable llevó la mano á su cuerpo para buscar el puñal que traia pendiente del cinto.

Pero en aquel instante, Tizoc que habia abatido á todos los tlaxcaltecas que osaron ponerse delante de él, se acercó al grupo que formaban el español y la princesa.

Se apoderó con la mano izquierda de un brazo de Geliztli, y levantó su terrible espada sobre Villacampa.

El menguado paje tuvo voluntad de huir, pero antes de que lograse dar un paso, la pesada arma del Anáhuac cayó impetuosamente sobre su cabeza y le derribó en tierra sin vida.

Entónces Tizoc levantó entre sus brazos á la princesa, como si fuera una pluma, corrió con tan preciosa

carga á su canoa y la depositó allí. Llamó luego á cuatro de sus guerreros, les dijo en voz baja algunas palabras y éstos con Geliztli en la canoa, abandonaron el lugar del combate.

Tizoc se detuvo un instante á verlos partir; pero luego que la barca se perdió entre las tinieblas de la noche, se llevó la mano á los ojos para enjugar las lágrimas de satisfaccion que brotaban de sus párpados y volvió con nuevo ardor al combate.

Este se hallaba casi terminado ya con la total derrota de los españoles.

Una gran parte del cuerpo del ejército habia perecido al pasar la segunda cortadura. Los cañones, el tesoro de Axayacatl, todo el bagaje del ejército habia caido al fondo del canal. Vinieron sobre estos objetos los cadáveres de los españoles, de los aliados y de los aztecas que se disputaban encarnizadamente aquel paso, y llenaron de tal manera el foso que la retaguardia pudo pasar perfectamente sobre aquel puente de carne.

Los destrozados restos del ejército volaron á la tercera y última cortadura.

Tuvieron la fortuna de que sus enemigos, que habian creido destrozarlos en la anterior, no los aguardaban allí. Arrojáronse entónces al agua, y la mayor parte pudo pasar sana y salva al extremo opuesto.

Pero no sucedió lo mismo con la retaguardia. Esta fué asediada tan crudamente en el trecho que media

ba entre el segundo y tercer foso, que pereció casi toda á manos de sus enemigos.

Alvarado, aguijoneado por el miedo, avanzaba delante de todos, olvidando que dejaba en el mayor peligro á Velazquez de Leon y á muchos de los hombres confiados á su cuidado.

Llegó casi solo á la cortadura, y era tal el número de aztecas que le amenazaban, que comprendió que si se arrojaba al agua, un centenar de enemigos se arrojaria sobre él y le haria pedazos en el foso.

Entónces concibió uno de esos atrevidos pensamientos que sugiere la desesperacion, y que solo se llevan al cabo una vez en la vida.

Hincó la cuchilla de su lanza en el fondo del canal, apoyó la otra extremidad en su cuerpo, y tomando un impulso extraordinario, saltó á la orilla opuesta con ligereza.

Este prodigio de agilidad dejó tan atónitos á los aztecas que no se atrevieron ya á perseguir á Alvarado, á pesar de que huia solo por el camino de Tlacopan.

En Popotla se encontró con Hernan Cortés, Gonzalo de Sandoval y algunos otros caballeros que salian á su encuentro. Estos fijaban sus asombrados ojos en Alvarado y en vano buscaban á su derredor á los valientes compañeros de su desgracia.

—Y Velazquez de Leon? preguntó balbuciente Hernan Cortés.

—Ha muerto! respondió con voz sorda Alvarado.

—Y Francisco de Morla, y Francisco Saucedo y Amador de Lariz?

—Todos han muerto! todos! Yo me he salvado por un milagro de la Providencia.

—Pero los habeis abandonado.....

—Como vosotros me abandonásteis á mí, repuso Alvarado con amargura.

Hernan Cortés no habia tenido tiempo de escuchar este reproche.

Acababa de caer sentado al pié de un árbol corpulento, y á la primera luz de la mañana que coloreaba ya el horizonte, contemplaba los miserables restos de su ejército que se apiñaban en derredor suyo, transidos de dolor y de fatiga.

En vano buscaba entre aquellos rostros pálidos y demudados á muchos de sus antiguos compañeros que le habian seguido desde Cuba. Habian muerto!

Entónces no pudo sufrir ya más. Un torrente de lágrimas, las primeras acaso que derramaba en su vida, brotaban de sus ojos y corrian libremente por sus mejillas.

Lloraba la muerte de sus amigos? Lloraba la humillacion de su derrota?.....

Este acontecimiento dejó una huella profunda en los anales del Anáhuac.

La noche en que se verificó la derrota, recibió de

los españoles el nombre de *noche triste*, y bajo esta denominacion es conocida en la historia.

El sitio donde se hallaba el foso que saltó Pedro de Alvarado se llamó el salto de Alvarado.

Y el árbol bajo el cual lloró Cortés, el *árbol de la noche triste*. Todavía se enseña ahora al viajero el secular *ahuehuetl*, encerrado dentro de los muros de la iglesia de Popotla.

CAPITULO XIV

La confesion.

Dejemos á los españoles llorando su desgracia en la pequeña aldea de Popotla y sigamos á Geliztli, la heroina de nuestra historia, que como recordará el lector, habia sido transportada á una barca por los guerreros de Tizoc.

Estos se introdujeron por el dédalo de canales que surcaban á la ciudad en todas direcciones, y no tardaron en detenerse al pié de una casa de hermosa apariencia.

Hicieron pegar la barca al pequeño terraplen que se alzaba delante de la puerta, y dos de los guerreros saltaron á tierra con ligereza.

Uno de ellos ofreció entónces su mano á Geliztli para ayudarla á subir al terraplen.

—¿Qué casa es esta? preguntó la princesa á uno de los guerreros que se habian quedado en la barca.

—Es la casa de tu primo Cuauhtemotzin, respondió el guerrero.

La princesa se estremeció, y si las tinieblas de la noche lo hubiesen permitido, habria sido fácil observar la palidez momentánea que cubrió su semblante.

—¿Y por qué me habeis traido aquí? preguntó al cabo de un instante de silencio.

—Porque es la órden que recibimos de nuestro capitan.

El guerrero que habia saltado á tierra continuaba presentando su mano á Geliztli. Pero ésta, en vez de aceptarla, se habia retirado al fondo de la barca.

—Señora, dijo uno de los conductores: nada tienes que temer de la casa á que te hemos conducido. Serás recibida por la esposa del noble Cuauhtemotzin, para quien traemos un recado de nuestro capitan.

—Nunca! nunca! exclamó la princesa con terror.—Escucha!—añadió dirigiéndose al que acababa de hablarla.—¿No puedes conducirme á tu casa?

—Mi casa, señora, respondió el guerrero aturdido, no es digna de recibir á la ilustre hija del emperador Moteuczoma.

—Pero puesto que ella lo solicita..... repuso Geliztli.—Tienes alguna familia?

—Solo una jóven, señora, con quien me he desposado hace dos meses.

—Pues vamos allí, dijo la princesa con acento de autoridad.

El guerrero vaciló un instante.

—Qué aguardas? preguntó Geliztli con impaciencia.

El guerrero llamó á sus compañeros y se pusieron á hablar en voz baja.

Entretanto el Oriente empezaba á colorearse con las rosadas tintas de la aurora.

La princesa que parecia temer á la luz del dia, interrumpió al cabo de un momento la conferencia de sus conductores para repetirles su órden de marcha.

—Señora, dijo el guerrero con quien acababa de hablar, las órdenes de nuestro capitan son terminantes, y nos castigaria si os llevásemos á mi casa.

—¡Cómo! exclamó colérica la princesa.—Rehusaríais obedecer á la hija de vuestro antiguo señor?

Los conductores inclinaron la cabeza ante esta insistencia, volvieron á empuñar sus remos y se alejaron de la casa de Cuauhtemotzin, bogando hácia el rumbo de la calzada de Iztapalapan.

Un cuarto de hora despues, la barca se detenia ante una casa de pobre y rústica arquitectura. Sobre cuatro paredes bajas de adobe descansaba un techo, compuesto de hojas de maguey. La entrada que daba hácia el canal, estaba cubierta con una cortina de estera.

Geliztli saltó á tierra, sin apoyarse en ninguno de sus conductores, y entró en la casa. Uno de los guer-

reros saltó tras ella y entró tambien. Era el propietario de aquella mísera cabaña.

Su jóven esposa salió á su encuentro, y no se quedó poco asombrada de verle entrar, acompañado de Geliztli, cuyo ilustre nacimiento acusaban las joyas de que estaba adornada.

—Xocotzin, le dijo el guerrero, la jóven que se halla en tu presencia.....

—Os pide hospedaje por el dia de hoy, interrumpió Geliztli, temerosa de que el imprudente guerrero revelase á Xocotzin su nombre ó su nacimiento.

La jóven esposa, en lugar de responder, miraba alternativamente á su marido y á Geliztli con cierta especie de inquietud y de recelo.

El guerrero estaba tambien embarazado, porque le causaba pena ver á la hija del orgulloso Meteuczoma entre las paredes de su rústico albergue.

La princesa le sacó de su embarazo con estas palabras:

—Vé á donde te llama el deber. Cuando se haya concluido el combate y vuelvas aquí, ya yo habré tomado mi resolucion.

El guerrero inclinó la cabeza en señal de asentimiento y salió de la cabaña.

Geliztli se volvió entónces á la jóven que no cesaba de mirarla y le dijo:

—*Hermosa* Xocotzin, dentro de breves instantes *acaso volverá* tu esposo acompañado de un guerre

de quien necesito huir. ¿Podrás proporcionarme un albergue donde no pueda encontrarme?

—Señora, respondió Xocotzin, mi esposo te ha traido aquí y yo no sé.....

—Nada temas por eso, repuso la princesa.—Tu esposo me ha visto hoy por la primera vez al rayar el dia y yo soy quien le ha obligado á traerme aquí.

—Pero si me pregunta.....

—Le dirás que tuviste un momento de descuido, que yo aprovèché este momento para salir y que no viste la direccion en que huí.

Xocotzin vacilaba.

Gèliztli empezó á despojarse de las joyas que adornaban sus piernas y sus brazos para ofrecérselas á la jóven en cambio del servicio que solicitaba.

Pero Xocotzin se negaba, alegando que no tenia bastantes relaciones en aquella parte de la ciudad para ofrecerle un asilo seguro.

Repentinamente se alzó la cortina de la puerta y dos hombres aparecieron en el dintel.

El primero era Tizoc. El segundo el esposo de Xocotzin.

La princesa dió un grito y cayó sentada sobre un banco.

Xocotzin vió que su esposo le hacia una seña, y precedido de él, salió de la cabaña.

La princesa y Tizoc quedaron solos.

Geliztli pálida y desconcertada no osaba fijar los ojos en el guerrero.

Este la miró un instante en silencio y con voz pausada le dijo:

—Duéleme verte en esta mísera cabaña. Pero los hombres á cuyo cuidado te confié, me han dicho que rehusaste entrar á la casa de Cuauhtemotzin.

—Es verdad, respondió la princesa con voz apagada.

Siguió á estas palabras un instante de silencio, durante el cual Geliztli continuaba esquivando las miradas de Tizoc, clavadas tenazmente sobre su semblante.

—Ignoro, continuó el guerrero, la causa que te ha obligado á rehusar la hospitalidad de Cuauhtemotzin. Pero si esa causa no es muy poderosa, espero que muy pronto mudarás de resolucion, porque despues de muerto tu padre, ningun asilo es mas digno de tí, que la casa de tus parientes mas inmediatos. En el canal nos espera una barca qué nos conducirá allí en breves instantes.

—Nunca! exclamó Geliztli con energía.

El asombro de Tizoc crecia por grados. El acento con que la princesa habia pronunciado esta palabra, parecia indicar que su resolucion era invariable.

Tizoc adelantó algunos pasos hácia la princesa y le dijo:

—*Acabas de pasar* por una dura prueba. Tus ojos *acostumbrados* á fijarse únicamente en las tranqui

habitaciones del palacio de tu padre, acaban de contemplar una horrible batalla, en que la sangre y los cadáveres de los combatientes han oprimido el corazon de los guerreros mas experimentados. Dime que ese espectáculo ha trastornado tu espíritu..... porque de lo contrario ¿cómo podias rehusar la hospitalidad del príncipe mas noble de tu familia?

Geliztli parecia embebida en algun pensamiento secreto que embargaba todas sus potencias, y que le impedia escuchar á su interlocutor.

—Pero supongo, continuó éste, que no tratarás permanecer en esta pobre cabaña.

La princesa movió la cabeza en ademan negativo.

—¿A dónde irás entónces?

—Aun no lo sé, respondió la jóven sin mirar al guerrero.

Tizoc empezaba á temer verdaderamente que el espectáculo de sangre que la princesa habia contemplado durante la noche, hubiese trastornado su juicio.

Acaso para disipar esta duda, le dijo:

—Voy á buscar al noble Cuauhtemotzin para que él mismo te conduzca á su casa.

Y dió algunos pasos en direccion á la puerta.

—Detente! exclamó la jóven con un acento lleno de terror.

Tizoc se detuvo, y clavando en la princesa una mirada de compasion, le dijo:

—*Geliztli!* se ha obrado en todo tu sér una revolu-

cion que yo no comprendo..... En nombre de los dioses..... ¿qué es lo que tienes?

Y adelantándose nuevamente á la jóven, extendió hácia ella su brazo é intentó apoderarse de su mano.

Pero Geliztli se levantó violentamente del banco que ocupaba y retrocedió algunos pasos delante del guerrero.

Tizoc se quedó parado y miró un instante á la princesa con asombro.

Pero muy pronto se dibujó en sus labios una sonrisa, y con un acento lleno de amargura, dijo:

—Perdonadme, señora. Habia olvidado que corre por vuestras venas la ilustre sangre de Moteuczoma, y que un pobre hijo del pueblo, como yo, no es digno de tocar vuestra augusta mano. Pero como os habíais dignado concederme un dia vuestro amor, creia..... creia.....

Y el jóven no pudo concluir su frase. El dolor puso un nudo á su garganta y dos lágrimas involuntarias brotaron ardientemente bajo sus párpados.

Geliztli levantó los ojos por primera vez sobre el guerrero, y al ver aquel semblante varonil trastornado por el dolor, la estoica entereza de que se habia armado, pareció abandonarla por un instante, y sus ojos se enrojecieron, pero sin dejar escapar una lágrima.

—Tizoc, le dijo: no eres tú el que es indigno de mi amor. Es mi mano la que es indigna de ser tocada por tí.

—¡Oh! exclamó Tizoc, intentando todavía adelantarse hácia la princesa.

La jóven extendió su brazo para detenerle.

—No, le dijo: no te acerques á mí..... escucha! Yo queria evitar esta explicacion..... Por eso habia intentado huir..... pero la fatalidad me lo ha impedido.....

Tizoc continuaba mirando á la jóven con espanto. Pero repentinamente palideció como un cadáver, sus ojos se inyectaron de sangre y un mugido se escapó de su pecho.

Una idea terrible acababa de cruzar por su imaginacion!

—¡Mi mano es indigna de ser tocada por tí! habia dicho Geliztli..... ¿qué significaba esta frase en los labios de la princesa?

Tizoc levantó la cabeza y lanzando sobre la jóven una mirada, imposible de describir, con voz ahogada le dijo:

—Habla!

Geliztli, que habia vuelto á apartar los ojos de su interlocutor, continuó:

—Quise un dia prestar al Anáhuac un servicio eminente..... el sumo sacerdote me dijo que los dioses exijian de mí este sacrificio..... me dió un narcótico para adormecer á Malinche..... Pero la fatalidad que persigue hoy á todos los aztecas lo dispuso de otro modo..... ¿Cómo fué?..... Yo lo ignoro todavía.....

Pero el narcótico destinado para Malinche..... lo bebí yo!

Tizoc escuchaba á la princesa con avidez. A medida que ésta avanzaba en su confesion, se aumentaba la palidez del antiguo sacerdote.

Geliztli pronunciaba sus frases entrecortadas, sin mirar al guerrero, y como si estuviese hablando consigo misma.

Al cabo de un instante continuó:

—Cuando sentí que las fuerzas me faltaban..... cuando caí desplomada sobre el suelo de mi habitacion..... el infernal extranjero me miraba con una sonrisa feroz..... Oh!..... el narcótico de Tayatzin era terrible!..... No desperté sino hasta el dia siguiente..... cuando el sol empezaba á descender en el horizonte!..... .

Geliztli se interrumpió un instante, ocultó luego su rostro en sus manos, y dejándose caer sobre un banco, murmuró con voz apenas inteligible:

—El infame abusó de mi sueño..... no tardé en conocer que era madre.....

Siguió á esta confesion un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por los sollozos que se escapaban del pecho de Geliztli.

Tizoc habia quedado inmóbil y mudo. Pero esta insensibilidad aparente era mas terrible todavía, que cualquiera demostracion exterior. En la tirantez de

sus facciones, en la palidez mate de su cútis, era fácil adivinar la lucha interior que lo devoraba.

Pero poco á poco se obró en él una reaccion visible. Su rostro pareció serenarse, y mirando con cierta especie de compasion aquellas lágrimas que se deslizaban entre los dedos de la princesa, le dijo:

—Evitabas mi presencia para no verte obligada á hacerme la explicacion que acabo de escuchar. Ahora que lo sé todo, supongo que no intentarás huir de mí.

La princesa permaneció impasible.

—Al menos, añadió Tizoc, ¿me prometes no salir de esta cabaña hasta el medio dia en que vuelva á verte?

Geliztli, sin apartar las manos de su semblante, inclinó la cabeza en señal de afirmacion.

Tizoc arrojó la última mirada sobre aquella pobre princesa, agobiada bajo el peso del dolor y de la vergüenza, y con paso tranquilo salió de la cabaña.

CAPITULO XV

Un nuevo rasgo del carácter de Tizoc.

El sol empezaba á descender en el horizonte, cuando Tizoc volvió á la casa donde se habia refugiado Geliztli.

Encontró á la jóven princesa en la misma posicion en que la habia dejado.

Sentada sobre el mismo banco, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre sus manos.

Inmóbil como una estátua, apenas separó un instante los dedos para mirar á Tizoc. Pero luego que le reconoció, volvió á cubrir su semblante.

Tizoc estaba todavía pálido, pero sereno. Aquella incursion que habia hecho fuera de la cabaña, le habia probado bastante bien.

El aire libre y el calor del sol parecian haber disipado las tintas sombrías que la terrible confesion de la princesa habia hecho aparecer en su semblante.

Ahora solo conservaba cierto aspecto de gravedad, que no se amoldaba mucho con su juventud.

Pero Tizoc, en aquellas cortas horas de ausencia, habia vivido doble número de años.

Despues de un instante de silencio que el guerrero empleó en mirar á Geliztli, con un sentimiento de ternura mezclado de compasion, le dijo:

—El motivo que te ha obligado á rehusar la hospitalidad de Cuauhtemotzin, es en mi concepto tan poderoso, que el tiempo que he estado ausente de esta cabaña, lo he dedicado á buscar una casa donde puedas refugiarte y á formar un proyecto para el porvenir.

Geliztli no dió señales de haber escuchado estas palabras.

—La casa, continuó Tizoc, no es ciertamente un alojamiento digno de una princesa de tu nacimiento. Pero tampoco es tan mezquina como esta cabaña, y espero que quedarás contenta de mi eleccion.

—Oh! exclamó Geliztli con un acento de profunda amargura.—¿Soy yo acaso digna de vivir siquiera entre los hombres? ¿La jóven esposa que vive bajo este rústico techo, no es mil veces mas digna de estimacion que yo?

Tizoc sintió en sus ojos ese escozor que precede á

las lágrimas. Pero haciendo un esfuerzo para contenerlas, y como si las sentidas palabras de la princesa no hubiesen hecho ninguna impresion en su espíriru, continuó:

—El proyecto que he formado durante mi ausencia, creo que tambien merecerá tu aprobacion. Haremos correr la voz de que has muerto en la batalla de anoche.

Geliztli separó las manos de su semblante, y dirigió á su interlocutor una mirada profunda como si quisiese leer en su rostro algo mas de lo que expresaban sus palabras.

Tizoc continuó:

—Nadie tendrá dificultad en creer esta noticia, porque todo el mundo sabe que vivias en el cuartel de los españoles, que éstos sacaron consigo á todos sus prisioneros, y que los aztecas dispararon diluvios de flechas en la oscuridad sobre todos los grupos de extranjeros que huian por la calzada. Ademas, se han encontrado muchos cadáveres de mujeres entre los de los guerreros, y como todos han sido violentamente sepultados, ninguno podrá asegurar que tú no te hallabas entre las víctimas.

—Ah! exclamó Geliztli con acento sombrío.—Pluguiera á los dioses que yo descansase ahora sobre el helado lecho de la tumba!

—¿*Y la creencia* general de que hemos muerto, no *es igual á la muerte* misma?..... Cuando se divulg

la noticia de tu fallecimiento, todos los que han tenido la dicha de conocerte, te llorarán algunos dias, recordando tus virtudes. Pero pronto les consolará la idea de que has ido á aumentar en el paraiso el número de las diosas protectoras del Anáhuac.

—Sí, murmuraba Geliztli, como hablando consigo misma.—Los aztecas no sabrán nunca mi dolor..... ignorarán siempre mi vergüenza..... Pero yo..... yo misma..... podré olvidar..... nunca.....? Oh! Tizoc..... levanta sobre esta infeliz mujer tu valiente espada..... y arráncale una vida que detesta.....

Tizoc parecia no escuchar á la jóven princesa y continuaba exponiendo su plan:

—El encierro en que has vivido hasta aquí en el palacio de tu padre, favorece mucho á nuestro proyecto. Muy pocas personas te conocen en Tenochtitlan, y con cuidarte un poco en la nueva casa que vas á habitar, esas personas no te verán nunca. Jamás habrá por consiguiente, una sola que se atreva á desmentir tu muerte.

—Tizoc, volvió á interrumpir la princesa, tienes un corazon noble y generoso. Adivinaste que yo necesitaba de la soledad y del aislamiento para ocultar mi vergüenza, y me has buscado un asilo donde pueda llorar á solas mi desventura..... Oh! Por grande que sea mi dolor, yo pediré algunas veces á los dioses que te recompensen el bien que me has hecho..... Llévame allá, Tizoc. Ya tengo deseos de verme en mi

nueva habitacion para dar rienda suelta á mis lágrimas..... Nadie sabrá que vive allí la hija del gran señor del Anáhuac..... Los que me vean alguna vez creerán que soy una pobre muchacha extraviada que ha huido de la casa de sus padres y..... y cuando.....

La princesa se interrumpió un instante, como si le hubiese faltado valor para pronunciar las palabras, próximas ya á salir de sus labios.

—Y cuando, añadió al fin, cuando el hijo del crímen haya salido de mi seno.....

Tizoc se estremeció á estas palabras y se hizo mas intensa la palidez de su rostro.

—Nadie sabrá al menos, concluyó la princesa, que se ha deshonrado Geliztli..... una hija de Moteuczoma.....

Transcurrió un instante de embarazoso silencio, durante el cual no osaban mirarse los dos interlocutores. Cada uno de ellos parecia embebido en sus propios pensamientos.

—Esta mañana, dijo repentinamente Tizoc, he presenciado un espectáculo sangriento, que me ha sido imposible evitar. Una pobre muchacha que habia sido obligada á servir en el cuartel de los extranjeros, atravesaba la calle procurando disimular su estado. Repentinamente se alzó una voz que la acusaba de haber amado á un enemigo del Anáhuac y de llevar en su seno el fruto de aquel amor criminal.

Geliztli que al principio habia escuchado á Tizoc

con indiferencia, levantó esta vez su cabeza para mirarle con ansiedad.

Tizoc prosiguió:

—Apenas se alzó aquella voz acusadora, un gran número de gentes del pueblo se agolpó al rededor de la jóven y varios hombres se apoderaron de ella, gritando:—¡llevémosla á sacrificar!—¡Sí, sí! gritaron otras muchas voces, al templo! al templo con ella!—Pero repentinamente se alzó entre la muchedumbre la voz de un sacerdote que decia:—no! la que ha manchado su cuerpo con el amor de un enemigo de los dioses, no es digna de morir en las aras de Huitzilopochtli! Castigadla vosotros aquí..... aquí mismo!

Geliztli continuaba escuchando con ansiedad. Tizoc concluyó:

—El sacerdote desapareció al instante; pero sus palabras habian condenado ya á la desventurada jóven. Un diluvio de piedras llovió al instante sobre su cabeza, y aquella víctima, acaso inocente, no tardó en caer exánime á los piés de sus verdugos, que la insultaban todavía despues de su muerte.

—¡Ah! exclamó Geliztli. Es muy terrible morir así..... Y sin embargo.....

Y dirigió una mirada hácia la puerta de la cabaña, como si tuviese la ambicion de ir á arrostrar aquel sangriento martirio de manos del pueblo.

—Todo esto, dijo Tizoc, te hará comprender las

precauciones que tienes que adoptar en tu nueva habitacion, para no ser insultada de la misma manera.

—Qué importa la muerte, cuando se lleva consigo la deshonra?

—Y si la muerte y la deshonra pudieran evitarse? preguntó tímidamente Tizoc.

—Evitarse! murmuró Geliztli, mirando con asombro al guerrero.

—Por qué no? repuso éste.—Escucha Geliztli..... Tú has sido víctima de una infamia..... de una infamia como solo podia haberla concebido uno de esos miserables extranjeros que tantos males han causado al Anáhuac..... Pero tu alma se conserva pura todavía..... las virtudes de que te adornaron los dioses son todavía tu mejor adorno..... la belleza de tu rostro te hace todavía superior á todas las mujeres de Tenochtitlan.....

La princesa continuaba mirando sorprendida á Tizoc, como si no acertase á comprender el objeto á que le conduciria tan extraño razonamiento.

—Yo he estado pensando en esto, prosiguió Tizoc, en las pocas horas que me he separado de tí, y me he preguntado: ¿por qué Geliztli no encontraria un azteca que se casase con ella?

—Casarme! exclamó Geliztli con un acento imposible de describir.

—*Oh! no seria* ciertamente tu esposo un príncipe de *la casa real* de Acamapichtzin. Pero supuesto que h

mos convenido en que se divulgue la noticia de tu muerte..... puesto que has consentido en descender de la altura del trono para confundirte con las mujeres del pueblo..... ¿faltará un hombre honrado que aspire á la dicha de hacerte olvidar tu dolor?

Geliztli ocultó su rostro en sus manos.

—Los que te conocen, añadió el guerrero, los que han sabido apreciar tus virtudes..... ¿dudarán siquiera un momento de que has sido víctima de una infamia?

—Ah! murmuró la princesa sollozando.—¿Por qué te complaces en destrozar mi corazon?..... ¿Por qué hablar de amor..... de dicha..... de una vida honrada..... á la que está condenada á sufrir eternamente?

Tizoc dirigió una mirada llena de compasion sobre aquella pobre mujer que lloraba una falta que no habia cometido, y como si no hubiese escuchado las anteriores palabras, continuó:

—Tu matrimonio nos acarrearia grandes ventajas y nos evitaria muchos peligros..... En primer lugar, una jóven soltera, bella como tú, que viviese sola en una casa de la ciudad, excitaria forzosamente la curiosidad de los vecinos. De la curiosidad se pasaria á la maledicencia, de la maledicencia á saber quién eras..... Y ya sabes cuánto nos importa que nadie llegue nunca á saber tu nombre.

La princesa continuaba escuchando en silencio. Su seno se levantaba ligeramente de cuando en cuando para dejar escapar un sollozo.

—En segundo lugar, prosiguió el guerrero con voz apenas inteligible,—sabiendo que eres casada, nadie osará sospechar jamás que el niño que llevas en tu seno, sea el hijo de un enemigo del Anáhuac.

Geliztli apretó mas las manos sobre su rostro, temerosa de que las miradas de Tizoc pudiesen penetrar entre los intersticios que dejaban sus dedos.

Pero en aquel momento, el jóven guerrero estaba muy lejos de pensar en mirar á su interlocutora, porque el recuerdo que acababa de evocar, hacia bullir de indignacion la sangre en sus venas.

Tras un instante de pausa, Tizoc volvió á levantar la voz y continuó:

—Sabiendo tu matrimonio el vecindario, nadie se cuidará de saber tu nombre, los maledicientes sellarán sus labios y no habrá quien piense en exponerte á la vergüenza del pueblo. Pero hay todavía mas..... ¿Sabes lo que seria de ese niño, si se llegase á averiguar que era hijo de un extranjero?

Geliztli sintió correr por todo su cuerpo un estremeciento nervioso.

—Oh! exclamó el guerrero.—Yo conozco muy bien á los sacerdotes de Huitzilopochtli. Arrancarian al hijo de Malinche de tu regazo, y sin tener compasion de su tierna edad, le ahogarian en el lago ó le arrancarian el corazon en el templo.

La princesa dejó escapar un ligero grito.

—Todo eso se evitaria casándote. Tu esposo adop-

taria al niño y nadie osaria nunca arrancarle de sus brazos.

—Tizoc, murmuró la princesa: ya te he suplicado que no sigas desgarrando mi corazon. ¿Quién puede consentir en casarse con una mujer deshonrada?

—Quién? quién consentiria?..... A no ser que fueses muy exijente.....

—Tizoc! amigo mio!..... hermano mio!..... ¿por qué te burlas de mí?

—Oh! no me llames hermano!

—Puedes ser ya otra cosa para mí?

—No! no me llames hermano..... Las leyes de los aztecas prohiben á los hermanos casarse entre sí..... y yo..... y yo.....

La princesa se quedó mirando sin pestañear á su interlócutor, esperando con ansiedad que terminase su frase.

—Y yo..... y yo, balbuceó Tizoc, soy ese hombre que aspira á casarse contigo.

—Tú! exclamó Geliztli, retrocediendo asombrada ante el guerrero.

—¡Ah! sin duda te parezco un esposo muy poco digno de tí.

Geliztli se enjugó con la mano las lágrimas que brotaban de sus ojos, miró al guerrero, y revistiéndose de cierto aire de solemnidad, le dijo:

—Tizoc, sabes cuánto te he amado..... cuando te no aún..... si es que la infamia de que he sido víc-

tima, me permite todavía albergar un sentimiento tan delicado en el corazon. Las palabras que acabas de pronunciar, me indican que no me equivoqué al juzgarte el mas noble de los aztecas.

—Ah! exclamó Tizoc, creyendo ya en su triunfo.

—Pero, hermano mio, añadió la princesa, yo no acepto tu sacrificio.

—Sacrificio! Sacrificio llamas á lo que seria para mí la suprema felicidad?

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de Geliz tli y prosiguió:

—Tizoc, yo leo en el fondo de tu noble corazon, como los sacerdotes leen en el lienzo sagrado de Quetzalcoatl. Tú te has dicho: esa pobre muchacha está expuesta á la maledicencia del vulgo..... el furor popular puede castigar un dia su desgracia ó su crímen..... la libraré de todos esos peligros casándome con ella.....

Tizoc inclinó la cabeza sobre su pecho, sin atreverse á replicar á la jóven princesa, por temor de herir aquella susceptibilidad extremada.

—Pero yo, te lo repito, Tizoc, no quiero aceptar tu sacrificio. Tú tienes un porvenir brillante..... tu valor y tus virtudes te colocarán muy pronto á la altura de los primeros capitanes del Anahuac, y las mujeres mas hermosas de Tenochtitlan se disputarán el honor de llamarte esposo. Tizoc..... no desperdicies los dones con que los dioses te brindan.

Goza de tu dicha y resérvate para una mujer digna de tí.....

—Geliztli, yo no conozco en la extensa ciudad de Tenochtitlan una mujer que me parezca mas digna de ser amada que tú.

—¡Ah! suspiró la princesa.—En otro tiempo esas palabras me hubieran hecho ruborizar de placer. Hoy, al escucharlas, siento que la sangre huye de mis venas. ¿No ves cómo palidece mi semblante?

—¿Te niegas á hacer mi felicidad? preguntó Tizoc con lágrimas en los ojos.

—Yo!..... yo!..... Puedo acaso hacer ya la felicidad de nadie?

—Cuando yo te lo suplico.....

—Tizoc! Te estimo demasiado para consentir en ese matrimonio.

—Escucha, Geliztli. Quiero hablarte con toda la sinceridad de mi alma. Si las palabras que voy á pronunciar ahora no te deciden..... creeré..... creeré que te repugna mucho un matrimonio con el pobre Tizoc..... con el humilde sacerdote de Huitzilopochtli que acaba de transformarse en guerrero.

Tizoc se detuvo un instante, como para calcular mejor el valor de las frases que iban á salir de sus labios.

Geliztli le escuchaba inmóbil y silenciosa con los ojos inclinados sobre el pavimento.

—Si el amor que encendiste en mi corazon, hubiera podido apagarse, ¿crees que seria capaz de amar á

otra mujer? No!..... Si la llama del amor pudiese extinguirse en mi pecho, la mujer mas hermosa del mundo seria impotente para volver á encenderla.....

—Tizoc! Tizoc! interrumpió la princesa, yo no soy digna de escuchar esas palabras!

—Así, pues, continuó el guerrero, aun cuando yo no te amase, no haria ningun sacrificio..... no renunciaria á nada, uniendo mi suerte á la tuya. ¿Qué es lo que renuncia, qué sacrifica el que á nada aspira? Muerto mi amor, Geliztli, el mundo es para mí un vasto cementerio en que nada me atrae.

La princesa se ahogaba con sus sollozos.

Tizoc concluyó:

—Hecha esta confesion, Geliztli, yo te pregunto: ¿quieres negarme el placer de salvarte? Tú me has llamado hermano..... Pues bien! seamos hermanos en realidad..... Pero consiente en que un sacerdote anude nuestros vestidos para que nos crean esposos..... para que nadie murmure de tí..... para que un dia el fanático pueblo de Tenochtitlan no te sacrifique..... no sacrifique á tu hijo.....

Geliztli cayó de rodillas, y no permitiéndole hablar los sollozos que se escapaban de su pecho, regó con sus lágrimas los piés del generoso Tizoc.

Este se inclinó sobre ella, la tomó de las manos y la obligó á levantarse.

—Consientes ahora? le preguntó con dulzura.

—*Ay! respondió* la princesa.—Yo he pedido mil ve-

ces la muerte á los dioses..... no se han dignado escuchar todavía mis votos..... pero no tardará mucho..... yo lo espero así..... Yo consiento, Tizoc, porque estoy firmemente persuadida de que tu sacrificio no se prolongará mucho.

—Ven, pues, dijo Tizoc.

Y echó á andar hácia la puerta de la cabaña seguido de la princesa.

Una ligera piragua se balanceaba en las aguas del canal.

Tizoc saltó á ella, dió la mano á la princesa, y ésta se sentó pálida y triste en el fondo de la barca. Un toldo de mantas la defendia de los rayos del sol.

El guerrero empuñó entónces su largo remo y la canoa empezó á deslizarse ligeramente sobre la cristalina superficie del canal.

CAPITULO XVI

La boda.

El encierro en que la princesa habia vivido durante toda su vida, no le permitia conocer bastante la topografía de la ciudad para saber el lugar á que la conducia Tizoc.

Hacia un cuarto de hora que el ligero esquife bogaba tranquilamente entre dos hileras de casas, cuando se detuvo á las espaldas de un edificio, cuyo frente daba á una de las tres calzadas principales de la ciudad.

Tizoc clavó su remo en el fondo del canal y saltó á tierra.

Geliztli se apoyó en la mano que le presentaba su conductor y saltó tambien.

—Hemos llegado? le preguntó mirando con asombro en derredor suyo.

—Sí, respondió Tizoc.

—Pero esta me parece una mansion bastante espléndida para la que desea ocultar su ilustre nacimiento.

—No es esta la casa que debes habitar. Es el lugar en que te aguardan las nobles matronas que deben conducirte á la casa de tu esposo para que se verifique el matrimonio.

—El matrimonio! exclamó Geliztli estremeciéndose. —Tan pronto?

—La ceremonia tendrá lugar hoy mismo al ocultarse el sol en el ocaso, segun está prevenido en el ceremonial del Anáhuac. He querido que no se omita ninguna de las solemnidades, para que todos los vecinos del cuartel donde vas á habitar sepan que te has casado conmigo.

Geliztli inclinó la cabeza sobre su pecho. Tizoc añadió:

—No olvides que te llamas *Ilancueitl.* Este es el nombre con que te he designado á las mujeres que te aguardan en este lugar. Voy á dejarte con ellas para aguardarte luego en la casa que habitarás en adelante. Sígueme.

Tizoc y la princesa entraron entónces en la casa. El primero habló unas cuantas palabras con una mujer que salió á recibirle, y dirigiendo una mirada de despedida á la princesa, salió de la casa.

Pero en lugar de tomar la barca que habia dejado

á espaldas del edificio, salió á la calle formada por la calzada de que acabamos de hablar.

Diez minutos despues se detenia frente á una casa de bonita apariencia que se levantaba al lado derecho de la calzada.

Esta era la mansion destinada para Geliztli y en ella debia verificarse la boda.

Componíase de una sola pieza, como la mayor parte de las casas aztecas. No contenia entónces otros muebles que unas cuantas sillas de juncos y una estera curiosamente labrada, extendida en el centro de la habitacion.

No lejos de la estera veíanse apilados algunos haces de leña, que debian encenderse en el momento de la celebracion de la boda. Los cuatro ángulos de la estancia hallábanse adornados con cañas verdes y espinas de maguey, con las cuales debian sacarse sangre los esposos para hacer penitencia, segun el rito establecido en el Anáhuac.

La casa solo contenia dos puertas: una que daba á la calle y otra á un extenso patio, donde algunas mujeres del pueblo se ocupaban en preparar el banquete que debia seguir á la boda.

Empezaba el sol á ocultarse en el horizonte cuando se dejó oir una música triste y monótona, como todas las de los aztecas, que avanzaba hácia la casa.

Tizoc y todos los convidados que se habian reunido ya en la habitacion, salieron entónces á la puerta

de la calle, precedidos de cuatro mujeres, que llevaban luces en las manos.

El acompañamiento con que Geliztli avanzaba hácia la casa de su futuro, era verdaderamente numeroso. Dos hileras de mujeres, primorosamente vestidas, marchaban á cada uno de los lados de la calle. La luz rojiza que arrojaban las teas que llevaban en la mano, luchaban todavía con el crepúsculo de la tarde.

En el centro de esta procesion caminaba Geliztli entre dos nobles matronas, que hacian las veces de sus padres, exhortándola á cumplir con los deberes que iba á imponerle su nuevo estado. Cerraban la marcha los músicos y unos cuantos ociosos que por curiosidad se habian unido al acompañamiento.

Cuando la procesion hubo llegado á la casa en que la aguardaba Tizoc, éste se adelantó á la princesa, levantó un incensario que llevaba en la mano y arrojó su perfumado vapor sobre el rostro de la que iba á ser su compañera. Geliztli tomó entónces un pebetero de barro de mano de una de las mujeres que la rodeaban, é incensó tambien á su esposo.

En seguida la tomó Tizoc de la mano y seguidos de todos los convidados y del acompañamiento de la princesa, entraron en la habitacion.

Los dos esposos se colocaron entónces sobre la estera, que como hemos dicho se hallaba extendida en el centro de la sala. Un sacerdote llamado al efecto,

tomó una extremidad de la camisa de Geliztli y la ató á la capa de Tizoc.

La princesa se estremeció al sentir que tocaban su vestido, porque comprendió que quedaba ya consumado aquel sacrificio, que por compasion á ella, se habia impuesto el jóven guerrero.

Sacóla de sus tristes reflexiones la voz del sacerdote que la excitaba á cumplir con el resto del ceremonial. Geliztli tartamudeó algunas palabras de disculpa, se adelantó al fuego que ardia cerca de la estera y dió siete vueltas al rededor de él.

Volvió en seguida á donde estaba Tizoc, y tomando ámbos el incensario que les presentaba el sacerdote, ofrecieron á los dioses el humo del copal que se desprendia de los carbones encendidos para que se dignasen bendecir su union.

Terminada esta ceremonia, varios criados invadieron la sala para preparar el banquete. Arrojaron sobre el pavimento gruesas esteras de juncos, las cubrieron con blancos manteles, y pusieron sobre éstos las fuentes de barro en que humeaban todavía los suculentos manjares de la cocina azteca. Las tortillas de maiz y los jarros del pulque estaban servidos con la mayor abundancia.

Tizoc y Geliztli comieron separados de los demas en la misma estera donde el sacerdote habia verificado el matrimonio.

Durante la comida, los convidados que como es

prenderá el lector, fijaban muy á menudo sus miradas en los dos esposos, empezaron á notar que aquellos dos jóvenes tan gallardos, tan arrogantes, tan favorecidos por el cielo con todas las dotes físicas y morales, más parecian dos reos condenados á un inmediato suplicio, que dos amantes llegados con el matrimonio al apogeo de la felicidad.

Geliztli estaba pálida y sombría, y no se habia atrevido á levantar una sola vez los ojos ni sobre su esposo, ni sobre los concurrentes.

Tizoc estaba grave y sereno; pero su gravedad no parecia propia de aquellos momentos en que debia sonreirle el amor.

Los convidados se entregaban á mil extrañas conjeturas para poder penetrar el sombrío misterio que parecia envolver aquella union. Si se añade á esto que la esposa era desconocida para todos los circunstantes, que no habia tenido padres que la presentasen á los padres del novio, segun la costumbre establecida entre los aztecas, se comprenderá hasta qué grado estaba excitada la curiosidad de la concurrencia.

—Yo he visto mas de cien matrimonios, decia una grave matrona: en casi todos he visto á la novia derramar lágrimas; pero pálida y triste como esta..... nunca!

—*Yo* tampoco he visto nunca á un novio tan serio *como Tizoc*, añadió otra.

Pero pronto los vapores del vino hicieron cambiar el curso de estos sombríos pensamientos.

Todos empezaron á emitir en voz alta sus ideas, hablóse de la derrota que acababan de sufrir los españoles, y comentóse de mil maneras este acontecimiento tan glorioso para el Anáhuac.

Repentinamente se alzó entre los convidados una voz que gritaba:

—A bailar! á bailar!

Todos los circunstantes, á excepcion de los esposos, abandonaron las esteras en que comian, y se lanzaron impetuosamente al patio.

Pocos instantes despues, hombres y mujeres formaban varios círculos al rededor del *huehuetl* y del *teponaztli*, y comenzaba el baile favorito de los aztecas.

Luego que Tizoc y Geliztli se quedaron solos, se retiraron ambos á sus respectivos lechos.

Consistian estos en dos esteras de juncos, cubiertas con blancas sábanas, y los separaba un corto espacio, en que las matronas habian colocado varias plumas y la piedra preciosa llamada *chalchihuitl*.

El rito azteca exigia que durante aquella noche y las tres siguientes, los esposos se entregasen á la oracion y á la penitencia, mientras los convidados los vigilaban en el patio inmediato. Los castigos mas terribles del cielo estaban reservados para los esposos que osasen contravenir á este precepto sagrado.

Tizoc y Geliztli eran demasiado religiosos para no cumplirle al pié de la letra.

Ambos, pues, oraron fervorosamente, no para que los dioses bendijeran su union, porque es preciso confesar que ninguno de los dos esposos se imaginaba que aquel enlace pudiese ser feliz. Tizoc oró para que el cielo se dignase tener compasion de aquella pobre jóven tan villanamente ultrajada por los extranjeros, y Geliztli para que derramase todos sus bienes sobre aquel ilustre guerrero, que tan noblemente se sacrificaba por ella.

En la noche del cuarto dia, despues de un espléndido banquete con que Tizoc regaló á sus convidados, éstos se retiraron definitivamente de la casa en que se habia celebrado el matrimonio, deseando á los esposos toda clase de prosperidades.

Las matronas que habian conducido á Geliztli á su nueva habitacion, se retiraron tambien, despues de exhortarla por última vez á cumplir con los deberes que le imponia su estado.

Estaban ya terminadas las ceremonias del matrimonio, y desde aquel momento los esposos se pertenecian uno á otro.

Cuando el último convidado se hubo retirado de la sala, Tizoc se volvió hácia la princesa, que pálida y confusa, acababa de sentarse sobre una silla de juncos.

—Se ha realizado ya nuestro proyecto, le dijo con acento tranquilo el guerrero. Tu verdadero nombre

ha quedado sepultado en el olvido, y todo el barrio donde vas á habitar ahora, te ha visto tomar un esposo con todas las solemnidades consagradas por nuestro rito. Nadie te inquietará en adelante..... nadie te preguntará quién eres, sabiendo que has tomado por esposo á Tizoc.

La princesa escuchaba en silencio, sin atreverse á levantar los ojos para mirar al guerrero.

Tizoc continuó:

—Xiloxochitl, la esclava que te ha servido desde tu niñez, está aguardando en el patio inmediato á que yo la llame. El dia de nuestra boda la encontré en la calle, le referí mi proyecto y ella lo aplaudió, derramando lágrimas de gozo. Hizo mas..... ofreció continuar en tu servicio, jurando guardar un profundo secreto sobre tu existencia anterior.

Tizoc se detuvo un instante, como para tomar aliento, y prosiguió:

—Ella será desde ahora tu única compañera. Yo!.... yo, en los dias de peligro porque atraviesa el Anáhuac, necesito hallarme al lado del ilustre Cuauhtemotzin, el general de los ejércitos aztecas, para tratar de salvar á la patria.

Y avanzando algunos pasos hácia la princesa y tendiéndole la mano en señal de despedida, añadió:

—Que los dioses queden contigo..... No sé cuando volveremos á vernos..... Pero yo te prometo que cuantas veces me lo permita la guerra, vendré á vis

tarte..... siquiera para que no se murmure de mí..... siquiera para que no se diga que amo muy poco á mi esposa.

Geliztli se apoderó temblando de la mano que le extendia Tizoc. Pero repentinamente se levantó, calló de rodillas ante él, y con el rostro inundado de lágrimas, le dijo:

—Tizoc, yo te agradezco el sacrificio que te has impuesto por mí..... que los dioses te bendigan..... que derramen sobre tí todas las bendiciones del cielo.

Y como un esclavo que tributa á su señor el respeto que le debe, como un mortal que rinde el culto debido á un sér sobrenatural, Geliztli apoyó sus labios sobre la callosa mano del guerrero, que tenia entre las suyas.

Tizoc retiró vivamente su mano, porque sintió que aquel ligero beso encendia la sangre en sus venas.

Tartamudeó luego algunas palabras incomprensibles, y con paso vacilante salió de la habitacion.

Geliztli se quedó por mucho tiempo arrodillada en el mismo sitio, regando el suelo con sus lágrimas.

CAPITULO XVII

Ultimas discusiones en el senado.

Hemos dejado á los españoles en Tlacopan, descansando de las fatigas de aquella terrible batalla que habia arrancado á Hernan Cortés lágrimas de despecho.

La humillacion de la derrota, la pérdida de una tercera parte de sus europeos y la notable diminucion que se observaba en las filas de los aliados, le impidieron cerrar un instante los ojos, mientras sus fatigadas tropas se entregaban un momento al reposo.

Aquel mismo dia continuó el ejército su march hácia Tlaxcala.

Caminaba Hernan Cortés, preocupado con el re bimiento que le haria aquella república. La amist que le habia jurado, la alianza que el senado ha *hecho con él*, el odio inveterado que tenian los

caltecas á los mexicanos, no bastaban á tranquilizar el ánimo del general español.

Cuando la república le habia jurado aquella amistad, era porque le creia invencible: si le habia confiado sus tropas, habia sido con la seguridad de que la vengaria de sus eternos enemigos, los mexicanos. Hoy que le veria derrotado, disminuido considerablemente su ejército y lanzado ignominiosamente de Tenochtitlan, ¿le recibiria con arcos y flores, como cuando la primera vez habia entrado victorioso en su capital?

¿No preferiria armar á todos sus guerreros para darle el golpe de gracia y captarse así la voluntad de los mexicanos, para que le perdonasen la alianza que habia hecho con los extranjeros? ¿Tendria nada de extraño que aquella nacion salvaje á quien en otro tiempo habia humillado en tres derrotas sucesivas, le volviese las espaldas en el momento de la desgracia?

Entregado Hernan Cortés á estas tristes reflexiones, llegó con su ejército, al tercer dia de marcha, á las inmediaciones de Otompan.

Allí le sobrevino una nueva calamidad. Presentóse á su vista un ejército poderoso, cuyo número centuplicó á sus ojos el miedo. Hubo soldado español que contase doscientos mil combatientes; pero esta era una exajeracion ridícula, porque los mexicanos no habian seguido á los fugitivos, y ningun pueblo de aquellas *cercanías* hubiera podido levantar por sí solo y en tan *corto espacio* de tiempo tal número de guerreros.

Hernan Cortés desplegó ante el enemigo los mutilados restos de su ejército, pronunció una de sus mejores arengas para animarlos á la lucha y dió la señal del combate.

Acaso habria sido esta la última batalla que los españoles hubiesen dado por entónces en el Nuevo Mundo, si el astuto extremeño no se hubiera valido de un ardid para amedrentar á sus contrarios.

El general del ejército enemigo venia sobre unas andas, que cargaban cuatro de sus soldados, espléndidamente vestido, y llevando atado á un brazo el estandarte de la nacion á que pertenecia. Consistia éste en una red de oro, que pendia de una asta primorosamente pintada.

Hernan Cortés recordó haber oido decir que cuando los aztecas habian perdido al general ó el estandarte que conducia, se creian irremisiblemente derrotados.

Llamó entónces á Sandoval, á Olid y Avila, se rodeó de sus soldados mas animosos, y abriéndose paso con la punta de sus espadas entre la muchedumbre enemiga, logró llegar hasta donde estaba el general y derribarle de la litera. Él desgraciado murió al instante, y el estandarte de oro cayó en poder de los audaces españoles.

Los indios huyeron despavoridos á esconderse tras las montañas vecinas.

El ejército continuó su marcha, y al dia siguiente *entró en los dominios* de Tlaxcala.

Hernan Cortés preocupado siempre con la actitud que tomaria la república despues de su desastre de Tenochtitlan, se detuvo en un pueblo de la frontera para observar á sus aliados y adoptar el partido que creyese mas conveniente.

Pero muy pronto comprendió que sus temores habian sido infundados.

Los cuatro señores de la república, seguidos de un numeroso acompañamiento, no tardaron en ir á visitarle á la aldea en que habia acampado. Le manifestaron su sentimiento por el revés de la noche triste, le animaron á seguir combatiendo y le prometieron todos los guerreros de Tlaxcala para vengar su derrota.

Hernan Cortés les dió las gracias por su generosidad, y tres dias despues se presentó con su ejército en la capital de la república.

Los tlaxcaltecas recibieron á sus aliados con mayor entusiasmo que la primera vez.

La muchedumbre se agolpaba en las calles, regaban de flores y de ramas su tránsito y se les dispuso una abundante comida y un alojamiento magnífico.

Reanimábanse los españoles con esta lealtad inesperada, y el espíritu ambicioso de Hernan Cortés veia aclararse ante sus ojos el porvenir.

Pero verificóse repentinamente un acontecimiento, que oscureció por algunos instantes con la nube de la duda, aquellos magníficos horizontes.

Un dia se presentaron en Tlaxcala cuatro embajadores del nuevo emperador del Anáhuac.

Reunióse precipitadamente el senado, y los cuatro enviados de Cuitlahuatzin, adornados con los atributos de su elevada mision, fueron introducidos en su recinto.

El de mayor edad tomó entónces la palabra y dijo:

—Nobles y valientes tlaxcaltecas: el ilustre Cuitlahuatzin, gran señor del Anáhuac, nos envia á vosotros para proponeros una alianza que ponga término á las desavenencias que nos han dividido hasta aquí. Tlaxcala y Tenochtitlan son dos pueblos que debian vivir eternamente unidos entre sí, porque el color de nuestra piel, el idioma que hablamos, el traje que vestimos, los dioses que veneramos en nuestros altares, el culto que les tributamos, nos están revelando que descendemos todos del mismo orígen. Tiempo es ya de que se verifique esta union, principalmente ahora en que los extranjeros blancos venidos del gran lago de Chalchiuhcuecan, pueden ser destruidos con un solo esfuerzo de vuestro animoso pueblo. ¿Qué esperais de esos extranjeros sacrílegos? ¿Creeis que agradecerán algun dia la generosa hospitalidad con que les habeis brindado en la hora de su desgracia?..... Ved lo que han hecho con el débil Moctezuma. Los recibió en su capital, los alojó en el palacio de su padre, satisfizo su voracidad con el tributo de cien ciudades y consumió en obsequiarlos los inmensos tesoros

apilados por sus mayores. ¿Cómo pagaron tantos beneficios?..... Ya lo sabeis. Le redujeron á prision, le vejaron, le insultaron, asesinaron á la flor de sus guerreros, á la flor de su nobleza, profanaron los altares de los dioses, destruyeron sus templos y condenaron á las llamas los mas bellos edificios de Tenochtitlan. Tlaxcaltecas: abrid los ojos. Los extranjeros que hoy abrigais en vuestro seno, morderán mañana vuestra carne para infiltraros su veneno. Harán con vosotros lo que hicieron con el desgraciado Motezzoma..... Volved sobre vuestros pasos. Declaraos enemigos de los sacrílegos extranjeros y todas las naciones del Anáhuac bendecirán vuestro nombre: el gran señor de Tenochtitlan hará con la república una alianza firme y duradera, la cólera de los dioses será aplacada con la sangre de las víctimas y harán llover sobre vuestro pueblo todas las bendiciones del cielo.

Todo el senado escuchó con profunda atencion este largo discurso.

Cuando la última palabra se hubo extinguido en los labios del embajador, Maxiscatzin, en nombre de sus colegas le respondió:

—Hemos escuchado lo que nos propone el gran señor de Tenochtitlan. Retiraos á la casa donde habeis sido alojados. Allí se os hará saber muy pronto la *resolucion* del senado.

Los cuatro embajadores hicieron una profunda reverencia y despejaron la sala.

Los senadores, luego que se quedaron solos, se miraron unos á otros con curiosidad, como si cada uno pretendiese adivinar la opinion de su compañero en la expresion de su semblante.

Al cabo de un instante de silencio, el jóven Xicotencatl alzó la voz y dijo:

—Las proposiciones que acabamos de escuchar, son una prueba palpable del amor que los dioses profesan á Tlaxcala. ¿Qué mayor felicidad para la república que formar una alianza con el poderoso señor de Tenochtitlan? La paz quedaria para siempre establecida en nuestro territorio, porque ese es el único país de Anáhuac capaz de provocar nuestra cólera. El comercio entre las dos naciones nos proveeria de muchos artículos de que hace tantos años estamos privados, y nuestros hermanos y nuestros hijos nos bendecirian eternamente por la prosperidad que daria al pueblo nuestra sabiduría. Tlaxcaltecas: el que ha vencido varias veces á los mexicanos en los campos de batalla, es el primero que os aconseja hoy que acepteis su alianza.

—Mancebo, interrumpió con severidad Maxiscatzin: ¿no has oido á qué precio se impone esa alianza á la república?

—Al precio de declarar la guerra á los extranjeros.

—Y bien! ¿Crees que la noble república de Tlaxcala, que ayer ha jurado amistad á los extranjeros, puede romperla hoy solo para complacer á Cuitlahuatzin?

—*Lo que yo sé*, replicó con arrogancia Xicotencatl

es que los extranjeros son el enemigo comun de nuestra raza, de nuestra religion, de nuestras costumbres. Lo que yo sé es que desde que esos pretendidos descendientes de Quetzalcoatl pisaron nuestro territorio, los dioses airados sin duda por la proteccion que les habeis dispensado, han hecho llover todo género de calamidades sobre la república. ¿Qué es del valor de nuestros guerreros, celebrado desde tiempo inmemorial en toda la gran mesa del Anáhuac?..... Preguntádselo á los extranjeros que derrotaron tres veces nuestro ejército..... preguntádselo á los aztecas que nos han lanzado ignominiosamente de su capital. Ay! Antes de que los blancos pisasen nuestro territorio, nunca los tlaxcaltecas volvian la espalda á sus enemigos. Los acontecimientos nos están indicando el partido que debemos adoptar. Unámonos con los mexicanos para destruir á los extranjeros, y la república de Tlaxcala volverá á ser respetada, como siempre, de todos los pueblos que la rodean.

Un murmullo de aprobacion acogió estas enérgicas palabras. Pero era fácil notar que aquella demostracion partia únicamente de los pocos jóvenes que ocupaban asiento en la asamblea.

Maxiscatzin se levantó indignado de su banco, y arrojando una mirada de cólera sobre aquella falange *juvenil* que se atrevia á contrariar sus designios:

—Tlaxcaltecas, dijo: ¿así permitís que se os hable de una perfidia en este recinto sagrado, donde se ha

concertado todas las grandes acciones que han hecho célebre el nombre de la república?..... Perfidia..... sí! ¿Qué otro nombre merece la accion á que quiere induciros ese mal aconsejado mancebo? ¡Haber hecho alianza con los extranjeros cuando los creiamos invencibles, y declararnos enemigos suyos hoy que están en la desgracia! Oh! Esto no seria nunca digno de la noble, de la leal, de la magnánima nacion que nos legaron nuestros padres!

La cólera enrojeció el rostro de Xicotencatl al ver la interpretacion que el anciano Maxiscatzin daba á sus palabras.

—Yo no os aconsejo una infamia, replicó.—Yo no os digo que os apodereis á traicion de los extranjeros para entregarlos maniatados á sus enemigos. Yo os propongo que les ordeneis que salgan de nuestro territorio, y que si rehusan obedeceros, nos unamos con los aztecas para vencerlos en leal batalla.

—Nunca! exclamó con vehemencia el octogenario. —El gran señor de Tenochtitlan ha sido siempre pérfido y desleal con la república, y ningun motivo hay para creer que observará ahora una conducta menos inicua. Despues que le ayudásemos á destruir á los extranjeros, volveria sus armas contra Tlaxcala, como lo ha hecho siempre para proveer de víctimas á sus sacerdotes. Los extranjeros son nuestros aliados naturales, y con su valor destruiremos un dia el tiránico poder de los aztecas.

Una amarga sonrisa contrajo los labios de Xicotencatl, y añadió:

—Y cuando gracias á nuestra alianza, hayan reducido á escombros á Tenochtitlan, mexicanos y tlaxcaltecas seremos esclavos de los extranjeros.

—Ellos no serán nunca ingratos con la república.

—Como no lo fueron nunca con Moteuczoma. Ellos atribuirán vuestra generosidad á debilidad, y llegará un dia en que llorareis con lágrimas de sangre el error que cometeis.

Estas palabras irritaron de tal manera al susceptible Maxiscatzin, que alzó su brazo, y empujando al guerrero hácia la puerta, con voz airada le dijo:

—Retírate!

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en los labios de Xicotencatl.

¿Cómo aquel débil octogenario se atrevia á medir sus fuerzas con él?

Levantó los ojos para observar el efecto que habia producido la accion de Maxiscatzin.

Todos los ancianos de que se componia el senado, parecian aprobar con su aspecto severo la conducta de aquel, y le señalaban con los ojos la puerta de la sala.

Xicotencatl no fué dueño ya de contenerse.

—Débiles ancianos, les dijo: aceptad la alianza que se os propone, y la juventud tlaxcalteca expulsará de Anáhuac á los pérfidos extranjeros! Tened valor para hacer la felicidad de vuestra patria.

Maxiscatzin volvió á levantar su brazo, y con una fuerza de que no se le hubiera creido capaz en vista de sus años, precipitó á Xicotencatl por las gradas del edificio.

Este acontecimiento era verdaderamente extraordinario en la circunspeccion que aquella asamblea observaba siempre en sus deliberaciones.

En medio del silencio que reinó en la sala despues de la expulsion del guerrero, se alzó la voz del anciano Xicotencatl, quien dijo:

—El jóven á quien acabais de despedir, ha faltado al profundo respeto que se debe á esta augusta asamblea. Para que este ejemplo pernicioso no corrompa á la juventud de Tlaxcala, se hace necesario imponerle un castigo proporcionado á su culpa.

Ninguna voz se alzó en defensa del jóven Xicotencatl, señal evidente de que todos aquellos adustos ancianos participaban de la misma opinion. Acaso alguno habria tomado la palabra para apoyar al anciano senador, si no le hubiese detenido la consideracion de que éste acusaba á su propio hijo.

Entónces el octogenario volvió á tomar la palabra, y con lágrimas en los ojos, propuso al senado que mandase prender á su hijo.

Todos los senadores inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

Un *momento* despues se prendia en su misma casa al *general de los* ejércitos tlaxcaltecas, que no tenia

otro delito que amar demasiado á su patria y leer con mas acierto en el porvenir, que aquellos próceres débiles y gastados.

Entretanto el senado continuaba ocupándose de la embajada de Cuitlahuatzin.

El castigo que acababa de imponerse al jóven Xicotencatl, era un indicio bastante claro de la disposicion en que se hallaba la asamblea.

La discusion tuvo desde entónces muy poco interes, y al cabo de un instante ya se habia acordado la respuesta que debia darse al gran señor de Tenochtitlan.

El senado no rehusaba la alianza que se proponia á la república; pero se negaba á aceptarla, si se le exigia como condicion precisa, el sacrificio de los extranjeros.

Esta respuesta que parecia dictada por un gran sentimiento de generosidad, era tan astuta y doble, como la que el año anterior se habia dado á los cempoaltecas.

La república temia tanto á Hernan Cortés, como al poderoso señor de Tenochtitlan, y con estas palabras creia dejar satisfechos á ambos.

Buscóse á los embajadores de Cuitlahuatzin para comunicarles la resolucion del senado.

Pero habian ya desaparecido de la casa en que se les habia alojado.

Cierta agitacion que habian notado en las clases del pueblo, les habia infundido el temor de ser tratados

como los embajadores cempoaltecas, enviados diez meses ántes por Hernan Cortés, y habian emprendido secretamente la vuelta de Tenochtitlan.

Los españoles supieron muy pronto lo que habia acaecido en el senado.

Hernan Cortés hizo una visita á Maxiscatin, acompañado de sus principales capitanes, y le dió las gracias por la generosa consecuencia que el senado guardaba á los españoles, á pesar de sus últimos reveses.

—Extranjero, respondió Maxiscatzin: la república ha sabido ser siempre tan fiel con sus aliados, como terrible con sus enemigos. Tlaxcala se hundirá contigo, ó librará para siempre al Anáhuac del tiránico poder de los señores de Tenochtitlan.

—Vuelvo á daros las gracias por vuestros generosos sentimientos, repuso Hernan Cortés, y ya que me dispensais esa amistad que tanto me honra, voy á haceros una súplica en favor de un jóven á quien estimo mucho y que ha caido en vuestra desgracia.

El anciano Maxiscatzin miró lleno de asombro á su interlocutor.

—Hablo del jóven Xicotencatl, añadió Hernan Cortés con hipócrita modestia.

—¿Sabeis que su mismo padre fué quien propuso al senado el castigo que se le ha impuesto?

—Todo lo sé; pero eso no me impide rogaros que repitais mi súplica al anciano Xicotencatl y á todos vuestros colegas, para que se ponga en libertad á ese

valiente mancebo que ha tenido tantas veces el honor de dar la victoria á vuestras armas.

Ningun senador se atrevió á oponerse á los deseos del general español.

El jóven Xicotencatl fué puesto inmediatamente en libertad, y el primer español que le encontró en la calle, corrió al alojamiento de Hernan Cortés á darle la noticia.

—Ya lo esperaba, dijo tranquilamente el general. —Yo mismo habia intercedido por él, y el senado me estima demasiado para no obsequiar en cuanto pueda mis deseos.

El soldado retrocedió espantado, y haciendo un ligero saludo, se retiró del aposento.

—En libertad..... sí! murmuró Hernan Cortés con una sonrisa terrible en los labios.—Pero pronto saldrá conmigo á la guerra, y yo encontraré entónces una ocasion para castigarle mejor que esos débiles senadores. ¡Meterle en una jaula cuando debia ya haber pagado en la horca sus imprudentes palabras!.....

CAPITULO XVIII

Preparativos.

La derrota que en la noche triste habian sufrido los españoles en Ténochtitlan, no habia hecho desmayar un solo instante á Hernan Cortés en sus propósitos.

Los primeros dias que pasó en Tlaxcala, los empleó en combinar su plan.

Necesitaba en primer lugar de algunas embarcaciones para oponer á las innumerables canoas que los indios hacian jugar en el lago y en los canales de Tenochtitlan.

Si hubiese tenido estas embarcaciones al salir de aquella ciudad, acaso se habria evitado el desastre de la noche triste, en que tantos españoles y aliados habian perecido en los fosos despues de la destruccion del puente portátil.

Mandó, pues, cortar la madera necesaria para sus buques, y pidió al senado de Tlaxcala que le diese trescientos hombres de carga para conducir desde Villa Rica, las jarcias, clavazon y demas materiales de la flota que el año anterior habia destruido en Chiahuitztla.

Dedicóse en segundo lugar á instruir á sus fieles aliados los tlaxcaltecas, en el arte de la guerra, para que pudiesen batirse ventajosamente con los aztecas, enemigos irreconciliables de la república.

Empezó tambien á acopiar todas las provisiones necesarias para la grande empresa que iba á acometer, y cuya duracion y dificultades no podian ocultarse á aquellos mismos hombres que habian llorado con lágrimas de sangre su desastrosa salida de Tenochtitlan.

Hernan Cortés no era hombre que podia permanecer mucho tiempo en inaccion.

Aprovechó, pues, la primera oportunidad que se le presentó para probar á sus enemigos y á sus aliados, que la victoria seguia todavía sonriendo á sus armas.

La provincia de Tepeyacac, que confinaba con la república de Tlaxcala, se habia sometido á los españoles despues de la matanza que éstos habian hecho en Cholula. Pero el desastre de la noche triste hizo creer á los señores de aquel pueblo, que los extranjeros estaban perdidos para siempre, y queriendo atraerse las simpatías de los aztecas, habian sorprendido y mata-*do algunos* españoles que se dirigian de Villa Rica á *Tenochtitlan*.

Hernan Cortés resolvió castigar este atentado, y salió con este objeto de la capital de la república con cuatrocientos veinte españoles y seis mil guerreros tlaxcaltecas.

Despues de algunos combates parciales en que obtuvo siempre la victoria, y en que cayeron en su poder varias ciudades de segundo órden, se presentó en la capital de la provincia, orgulloso con sus triunfos y precedido de la fama de las terribles venganzas que acababa de ejecutar.

La ciudad no opuso ninguna resistencia é imploró la compasion del vencedor.

Pero Hernan Cortés no se dejó ablandar con sus súplicas. Declaró esclavos á la mayor parte de sus habitantes, y los hizo marcar con un hierro candente.

De Tepeyacac marcharon los españoles á Cuauhquechollan, en cuyas inmediaciones derrotó á un ejército azteca, mandado en persona por el emperador Cuitlahuatzin.

Sometida aquella provincia, no tardaron en sometérsele igualmente las de Itzocan, Jalatzingo, Tecamachalco y Tochtepec. Lo mismo hicieron otros pueblos circunvecinos.

Los españoles y sus aliados no tardaron en dar la vuelta á Tlaxcala, cargados con los despojos de tantas victorias. El pueblo y el senado los recibieron con aclamaciones de júbilo, porque en los triunfos de F

nan Cortés creian ver el futuro engrandecimiento de la república.

¿Qué sucedia entretanto en Tenochtitlan?

Los mexicanos, despues de haber expulsado de la ciudad á sus enemigos, se dedicaron con ahinco á reconstruir los edificios públicos y privados que habian sido demolidos ó sufrido algun detrimento durante la guerra. Limpiáronse los fosos, los puentes levadizos volvieron á ser colocados y mandaron construir una exhorbitante cantidad de armas para reponer las que los españoles habian arrancado de los depósitos del templo mayor.

Mandaron luego comisionados á todos los pueblos circunvecinos y á todas las ciudades tributarias del imperio, para excitarlas á levantar tropas, á fin de que los esfuerzos unidos de todos los aztecas, pudiesen acabar de una vez con los sacrílegos extranjeros.

Cuitlahuatzin decia que ningun azteca debia dejar de armarse en defensa de la patria, y él mismo quiso dar el ejemplo, poniéndose al frente del ejército que marchó á proteger á Cuauhquechollan.

Ya hemos visto la suerte que corrió el ejército imperial en esta infausta jornada.

Pero este revés no bastó para desanimar á los patriotas aztecas, y continuaron preparándose para defender á la capital del Anáhuac de un asedio que creian ya inminente.

Cuando mas animados estaban con sus preparativos

sobrevino una gran desgracia que estaban muy lejos de aguardar.

El emperador Cuitlahuatzin, en la fuerza de su juventud y de sus ilusiones, acababa de morir de una enfermedad desconocida hasta entónces en toda la extension del Anáhuac.

Un negro, esclavo de Narvaez, que habia residido mucho tiempo en Cempoala, fué atacado de viruelas en esta ciudad, y de allí se comunicó el mal con increible rapidez á todas las demas poblaciones del imperio.

Los médicos aztecas se quedaban pasmados ante aquella horrible enfermedad que desfiguraba á los pacientes y los hacia morir entre los mas atroces suplicios. Ignoraban aún el medio de combatirla, y el funesto presente de los conquistadores se cebaba impunemente en un número extraordinario de víctimas.

Cuitlahuatzin fué sepultado en Chapoltepec con la pompa y ceremonias acostumbradas en los funerales de los emperadores aztecas. ¡Aquellas debian ser las últimas cenizas que los mexicanos depositaban en el régio panteon de los soberanos de Tenochtitlan!

Reuniéronse luego los electores del imperio para designar á la persona que debia ocupar el trono, que acababa de dejar vacante la temprana muerte de Cuitlahuatzin.

El trono del Anáhuac no era por cierto en aquellas *circunstancias* un lecho de rosas.

Necesitábase de un hombre bastante experimentado en la guerra y en el arte de gobernar, que tuviese bastante valor y bastante patriotismo para combatir heróicamente contra los extranjeros, á quienes tenia ensorbebecidos la debilidad de Moteuczoma.

La eleccion recayó en el príncipe Cuauhtemotzin, sobrino de los dos últimos soberanos, y con quien el lector ha hecho ya conocimiento en uno de los capítulos anteriores.

Cuauhtemotzin era todavía un jóven de veinte y cinco años; pero habia demostrado ya tanto valor en los combates y tanto juicio y sabiduría en los consejos de Moteuczoma y Cuitlahuatzin, que ninguno de los electores se atrevió á negarle su voto, á pesar de su juventud.

Cuando éstos se trasladaron á la casa del príncipe á participarle su decision, Cuauhtemotzin les dió las gracias sin modestia y sin orgullo, y les dijo que aceptaba por lo mismo que eran muy difíciles las circunstancias que atravesaba entónces el Anáhuac.

Ah! El animoso príncipe no presentia tal vez que el cetro que en aquel instante colocaban en sus manos los electores, debia convertirse muy pronto en la palma del martirio! .....

Por este tiempo Hernan Cortés habia ya concluido sus preparativos para la nueva expedicion que proyectaba sobre Tenochtitlan.

Habiendo pasado revista á sus tropas, se encontr

con cuarenta ginetes y quinientos cincuenta soldados españoles. Los aliados ascendian á la fabulosa suma de ciento cincuenta mil combatientes, entre tlaxcaltecas, huexotcingos, cholultecas y tepeyaqueses.

El 28 de diciembre de 1520, despues de haber dirigido una alocucion guerrera á sus soldados, Hernan Cortés se puso en marcha para Tezcoco con todas sus tropas españolas y una gran parte de la de los aliados. Por supuesto que se oyó préviamente misa y se invocó el auxilio del Espíritu-Santo, para aquella empresa sanguinaria que debia arrancar tantas almas de las garras del príncipe de las tinieblas.

No és nuestro ánimo referir pormenorizadamente las guerras que emprendió Cortés en el valle de México y otros pueblos vecinos, antes de asediar definitivamente á Tenochtitlan.

Una ligerísima reseña de aquellos importantes acontecimientos, bastará á nuestro objeto.

La noche del dia en que Hernan Cortés llegó á Tezcoco, fugóse de la ciudad el rey Coanacotzin y se refugió en Tenochtitlan, con gran pesar del caudillo español que hubiera deseado haberlo á las manos, como habia hecho con su antecesor.

Hernan Cortés hizo llamar entónces al príncipe Ixtlilxochitl, á quien tenia detenido, no se sabe por qué motivo en Tlaxcala, y obligó al pueblo á aceptar por rey á aquel jóven que aguijoneado por su ambicion,

se habia declarado hacia mucho tiempo amigo de los españoles.

Tres ciudades inmediatas á Tezcoco, mandaron inmediatamente sus embajadores á Cortés y le ofrecieron su alianza, á pesar de las amenazas de los mexicanos.

Establecido el cuartel general en Tezcoco, la primera expedicion se hizo contra Iztapalapan. Hernan Cortés salió á ella en persona con una gran parte de sus tropas. Estas no encontraron casi ninguna resistencia en la ciudad; pero tres horas despues de haberla ocupado, salian violentamente de ella, á causa de que sus vecinos habian soltado los diques, y aquel bello paraiso del Anáhuac empezaba á inundarse con el agua de las lagunas.

Otompan, Chalco, Mizquic y otras muchas ciudades, intimidadas acaso con la suerte que habia corrido Iztapalapan, no tardaron en enviar sus embajadores á Tezcoco para solicitar la alianza de los españoles, que Hernan Cortés, como es de suponerse, aceptó de mejor buena voluntad.

Por este tiempo llegaron al campamento los materiales de los bergantines que Cortés habia preparado y mandado traer con mucha anticipacion.

Martin López, el ingeniero de la expedicion, habia construido un bergantin, y á semejanza de éste, los carpinteros tlaxcaltecas se habian ocupado en la construccion de los otros doce.

Mientras se armaban y arreglaban convenientemente para ser echados al agua en el lago de Tezcoco, Hernan Cortés se empeñó en nuevas conquistas y expediciones sobre los pueblos vecinos, á fin de que los mexicanos se encontrasen aislados completamente en los momentos en que se emprendiese el asedio de Tenochtitlan.

Xaltocan, Tlacopan, Huaxtepec, Yacapichtla, Xochimilco, Cuauhnahuac y otras muchas provincias y ciudades mas ó menos inmediatas á México, cayeron sucesivamente en poder de los españoles y de sus fieles aliados los tlaxcaltecas.

Era llegado ya el momento de botar los bergantines al agua y de hacer los últimos preparativos para sitiar á la ciudad, cuando ocurrió en el campamento un grave suceso, que por poco dá al traste con los ambiciosos proyectos del caudillo español.

Presentóse una tarde en el alojamiento de Cortés un soldado castellano, quien despues de pedirle perdon por un crímen que habia intentado cometer, le reveló que existia en el campamento una conspiracion, acaudillada por los antiguos parciales de Diego Velazquez.

Hernan Cortés quiso saber pormenores y sujetó al denunciante á un escrupuloso interrogatorio.

—Qué objeto tiene esa conspiracion? preguntó con aparente serenidad al soldado.

—Mataros á vos, á los capitanes Sandoval, Olid y Alvarado y otros amigos vuestros, retirarse luego á

la Villa Rica, embarcarse en las naves que trajeron á Pánfilo de Narvaez y su expedicion, y hacerse á la vela para la isla de Cuba.

Una sonrisa forzada se dibujó en los lábios del general y murmuró:

—¿Tan fácil creen esas gentes matarme á mí y á mis mas valientes capitanes?

—Os habrian asesinado á traicion, respondió sordamente el denunciante. Los conspiradores debian presentarse aquí en el momento en que estuviéseis sentado á la mesa, comiendo con vuestros capitanes, segun acostumbrais: habrian sacado entónces de su seno unos papeles, fingiendo que habia llegado un correo de Villa Rica; y mientras todos os entretuviéseis en abrir los paquetes, se habrian arrojado sobre vosotros para coseros á puñaladas.

—Ah! exclamó Hernan Cortés con una satisfaccion irónica.—El plan no me parece mal combinado y mucho me alegraria de saber los nombres de tan ingeniosos conspiradores.

—Yo no conozco mas que al jefe, dijo el denunciante.—Es un antiguo soldado de Narvaez, que se llama Antonio Villafaña. Pero yo he visto en sus manos una lista que contiene los nombres de todos los conjurados.

Hernan Cortés mandó llamar inmediatamente á Alvarado, Olid y Sandoval, impúsoles en secreto de lo que ocurria, y todos juntos se trasladaron sin pérdida de tiempo al alojamiento de Villafaña.

El jefe de la conspiracion se hallaba en aquel momento en conferencia privada con otros dos soldados antiguos de Narvaez, que fueron aprehendidos al instante.

Villafaña, al ver entrar al general, se levantó de la silla que ocupaba, y por un movimiento instintivo, se llevó la mano á su pecho.

—Ya sé que ocultais un papel entre vuestro jubon, le dijo Hernan Cortés adelantándose.—Dádmelo.

El jefe de los conjurados sacó efectivamente del pecho la lista de sus cómplices, y se llevó la mano á la boca con la intencion bien marcada de tragarse el papel.

Pero la mano de Hernan Cortés detuvo á tiempo su brazo y arrancó de sus dedos la lista.

El general recorrió con los ojos los nombres de aquellos enemigos ocultos, y una sonrisa de decepcion contrajo ligeramente sus labios.

Habia allí hombres, en cuyos brazos se habria arrojado el dia anterior, lleno de confianza.....

En la noche se reunió un consejo de guerra, presidido por el mismo Hernan Cortés, para juzgar á los conjurados.

Cuando amaneció el dia siguiente, todo el mundo pudo contemplar el cadáver de Villafaña, colgado de una ventana del cuartel de los españoles.

El consejo de guerra habia condenado á muerte al jefe de los conjurados, y habia sido ahorcado durante la noche, sin dejarle mas tiempo que el necesario para confesar sus culpas ante el capellan del ejército.

En aquella misma mañana, Hernan Cortés hizo formar á sus españoles delante del cuartel, y enseñándoles el cadáver de Villafaña, les reveló la conspiracion que se habia urdido en las tinieblas para detener su empresa, en el momento mismo en que tocaba á su fin.

Díjoles que aquella habria sido la suerte de todos los conjurados, si el capitan hubiese podido averiguar sus nombres. Pero que Villafaña habia burlado á la justicia, llevándose á la boca la lista de sus cómplices en el momento de ser aprehendido.

Concluyó su arenga exhortando á sus soldados á la fidelidad y hablándoles de la gloria y riqueza con que seria premiada su constancia, si, como era de esperarse, daba fin á su gloriosa empresa con la conquista de Tenochtitlan.

Hernan Cortés era un general muy hábil.

Al hacer pedazos la lista de los conjurados para que no quedase ningun indicio de su delito, habia conseguido dos objetos importantes.

El primero, ser servido con mas celo y eficacia por los delincuentes, por temor de que la menor omision ó desliz hiciese recaer sobre sus personas alguna sospecha del capitan.

El segundo, no disminuir con un severo castigo aquel pequeño ejército que tenia que pelear con millares de enemigos para coronar su empresa colosal.

Pocos dias despues tuvo lugar en el campamento un acontecimiento notable.

La construccion de los bergantines se habia ya terminado, y el 28 de abril de 1521 fueron votados al agua y bendecidos por el P. Olmedo á presencia de todo el ejército.

Cuando aquellas pequeñas embarcaciones desplegaron sus velas y comenzaron á surcar las aguas del lago, españoles y aliados prorumpieron en entusiastas aclamaciones, porque creian ver el logro de todos sus deseos en aquel milagro obrado por el genio y la actividad de su jefe.

Cantóse en seguida un solemne *Te-Deum*, y todos los aventureros que habian confesado y comulgado aquella mañana, asistieron á él con el corazon henchido de regocijo y de esperanzas.

Estaban ya concluidos todos los preparativos para el asedio de Tenochtitlan.

No faltaba por hacer mas que la distribucion del ejército para comenzar la obra.

Con este objeto hizo Hernan Cortés una reseña de sus tropas y de sus provisiones.

Desde su salida de Tlaxcala á aquella fecha, unas y otras se habian aumentado considerablemente con varios recursos que le habian llegado de las Antillas y de la misma España.

Contaba con ochenta y seis ginetes, ochocientos *treinta infantes* españoles, tres grandes cañones

hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora y una gran cantidad de balas y de saetas.

En cuanto al ejército aliado, solo la república de Tlaxcala habia mandado ya cincuenta mil combatientes que habian llegado á Tezcoco á las órdenes de Xicotencatl. Huexotcingo, Cholula y las demas ciudades aliadas de los españoles, habian reunido ya tan exhorbitante número de guerreros, que durante el asedio de México ascendieron á doscientos mil.

La distribucion del ejército se hizo de la manera siguiente:

Pedro de Alvarado debia situarse en Tlacopan para impedir que entrasen recursos á los aliados por aquel punto. Cortés le dió dos cañones, treinta caballos, ciento sesenta peones españoles y veinte y cinco mil tlaxcaltecas.

Cristóbal de Olid fué destinado á Coyohuacan con dos cañones, treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles y veinte y cinco mil aliados.

Gonzalo de Sandoval debia destruir la ciudad de Iztapalapan y situarse en sus inmediaciones con dos cañones, veinte y cuatro ginetes, ciento sesenta y tres peones españoles y todos los aliados de Chalco, Huexotcingo y Cholula que ascendian á mas de treinta mil.

Hernan Cortés se reservó el mando de los bergantines, porque creyó que en ellos era mas necesaria que en ninguna otra parte su presencia. La flotilla es-

taba dotada con trescientos veinte y cinco españoles y trece falconetes.

Dadas estas disposiciones, Alvarado y Olid partieron juntos de Tezcoco para ocupar el puesto que les habia sido designado en la distribucion.

Pero antes de llegar á Tlacopan, tuvo lugar un incidente que no debemos dejar de referir á nuestros lectores.

Iba entre los tlaxcaltecas, mandados por Xicotencatl, un primo de éste, llamado *Pilteuctli*, el cual fué herido en una disputa por un soldado español.

Resentido Xicotencatl de este ultraje inferido á su pariente y disgustado sobre todo con aquella odiosa alianza extranjera tan contraria á sus sentimientos patrióticos, llamó á Pilteuctli y algunos compatriotas suyos, y una mañana abandonaron juntos el campamento, tomando el camino de Tlaxcala.

Alarmóse Alvarado al saber esta noticia, y mandó violentamente un propio á Tezcoco, participando á Hernan Cortés la desercion de Xicotencatl.

El caudillo español comprendió que era llegada la ocasion que hacia mucho tiempo esperaba, de vengar el odio que el general tlaxcalteca profesaba á los aventureros.

Mandó á Alonso de Ojeda en persecucion del fugitivo, y cuando le tuvo en su poder, mandó levantar una horca en las inmediaciones de Tezcoco.

Xicotencatl fué conducido al suplicio y ejecutado

durante la noche, por temor de que los tlaxcaltecas intentasen sublevarse contra los extranjeros para impedir la ejecucion.

Así terminó sus dias aquel ilustre caudillo que tantos dias de gloria habia dado á su patria.

Hernan Cortés estaba satisfecho.

El general tlaxcalteca era su constante pesadilla, y su presencia en el campamento hacia huir el sueño de sus párpados.

El ejército aliado le seria fiel en adelante y le ayudaria sin temor á sojuzgar á los aztecas.

Ya no habria quien les recordase á cada instante que los extranjeros eran los mayores enemigos de los dioses y de la patria.

Ya no se alzaria de la tumba aquella voz profética para anunciarles que al ayudar á los españoles en su obra de destruccion, estaban forjando sus propias cadenas!

CAPITULO XIX

Pobre madre!

Tiempo es ya de que el lector se traslade con nosotros á la ciudad de Tenochtitlan.

A principios de aquel año que debia ser tan fatal para el Anáhuac, Geliztli habia dado á luz un niño.

Aquel fruto del crímen que Xiloxochitl habia recibido del seno maternal, era hermoso como un sol.

Cuando la princesa postrada en el lecho del dolor, arrojó sobre él la primera mirada, un sentimiento inexplicable oprimió su corazon.

Creyó ver en el semblante de aquel niño retratadas las facciones del hombre que habia abusado de ella; creyó notar en la finura de su cútis un color que no era el de las razas aborígenas; y en lugar de ese inmenso cariño de madre que sublima y santifica á la mujer, sintió hácia su hijo..... hácia el hijo de sus entrañas, *una* especie de terror..... una repugnancia *inexplicable.*

Aquel niño que era el retrato vivo de Malincho, el enemigo de la patria, el ladron de su honra, el asesino de su padre, iba á prolongar indefinidamente su tortura.

Cada vez que sus ojos se fijasen sobre él, recordaria necesariamente al caudillo español y á la infamia de que habia sido víctima, y ningun acontecimiento humano, por ruidoso que fuese, bastaria nunca para borrar de su memoria tan odiosos recuerdos.

Ah! sin duda los dioses del Anáhuac la castigaban por haber adorado un dia á los dioses extranjeros y por haberse prestado á ayudar á Tayatzin en el lazo traidor que habia urdido en las tinieblas para asesinar al extranjero.

Estas eran las dos únicas acciones que Geliztli sentia pesar sobre su conciencia, y en el fondo de su corazon se confesaba culpable y digna del mas severo castigo.

Aquel niño, pues, era la pena impuesta á sus crímenes.

Viviria constantemente á su lado, como un perpétuo remordimiento, porque mientras mas atroces habian sido sus delitos, mas severa debia ser la penitencia.

La princesa se habia incorporado sobre su lecho al hacer estas reflexiones, y con los ojos fijos en sus rodillas en actitud de abatimiento, pedia á los dioses que se dignasen compadecerla.

Xiloxochitl tenia en sus brazos al niño, y la infeliz princesa, aunque le tenia presente en su imaginacion, no osaba levantar los ojos para mirarle.

Pero repentinamente la esclava se arrodilló ante el lecho, murmurando:

—Mírale! Es el niño mas hermoso que haya nacido jamás bajo el cielo del Anáhuac.

Y levantándole sobre las palmas de la mano, lo acercó al rostro de la princesa, como si intentase provocarla á depositar el primer beso sobre su tierno semblante.

Una sonrisa deliciosa se dibujó en los labios de la princesa, tendió hácia el niño sus brazos é inclinó su cabeza sobre él como para besarle.

Pero esto fué instantáneo.

Apenas sus ojos contemplaron aquel rostro infantil, retiró violentamente su cabeza y extendió su mano hácia la esclava, como para rechazarla lejos de sí.

Xiloxochitl, sin abandonar su posicion, miró llena de espanto á la princesa.

Pero ésta habia vuelto á inclinar la cabeza con abatimiento, y no pudo ver el efecto que su extraña repulsión habia producido en la esclava.

Un momento despues, ésta que miraba al niño sin saciarse, pronunció estas palabras:

—Mira como agita sus tiernos labios. Parece que te *pide el alimento* que los dioses han depositado en *u pecho.*

Ninguna voz se alzó de la cama para responder á la esclava.

Esta levantó entónces los ojos y aventuró una mirada sobre el lecho.

Geliztli estaba desmayada!

La infeliz madre no habia podido resistir al dolor moral que despedazaba su alma, y habia caido en esta insensibilidad momentánea, como si los dioses del Anáhuac, á quienes invocaba de todo corazon, hubiesen querido dar aquella tregua á su angustia.....

Xiloxochitl buscó una nodriza que alimentase al niño, mientras su pobre madre se ponia en estado de cumplir con aquel deber que le imponia la naturaleza.

Pero pasaron muchos dias y la princesa no daba todavía señales de recobrar la salud.

El médico azteca que velaba á la cabecera de su lecho, apuraba todos los conocimientos adquiridos por sus antepasados y por sí mismo en el arte de la medicina, y la rebelde dolencia no habia podido ceder á sus esfuerzos.

La princesa, sin otra enfermedad aparente que una calentura tenaz que enardecia su piel, se empeoraba visiblemente de dia en dia, y ningun esfuerzo humano parecia bastante para levantarla del lecho, en que yacia desde el nacimiento de su hijo.

Xiloxochitl estaba verdaderamente alarmada.

En los accesos de delirio que con harta frecuencia atacaban á Geliztli, la enferma habia dicho cosas

espantosas, que habian hecho estremecer á la fiel esclava.

Los nombres de Malinche y de Tayatzin se hallaban continuamente en sus labios, y cuando solia mentar á su hijo, un estremecimiento nervioso recorria todo su cuerpo.

Cuando la enferma recobraba el conocimiento, empezaba á recorrer con la mirada todos los ángulos de la habitacion.

Sus ojos se detenian un instante en el niño que la nodriza tenia en sus brazos.

Mirábale con indecible ternura..... habia momentos en que parecia envidiar á aquella mujer extraña que daba á su hijo la leche de sus pechos..... algunas veces vió Xiloxochitl brillar una lágrima entre sus párpados.....

Pero todo esto era instantáneo.

La princesa, despues de haber cedido un momento á su amor de madre, retiraba violentamente la mirada de su hijo, volvia á reclinar la cabeza sobre la almohada de estera, y cerraba los ojos.

Era que Geliztli continuaba siendo víctima de los terribles sentimientos que la habian agitado desde el dia en que nació su hijo.

Habia momentos en que la desgraciada princesa creia amarle con ese cariño intenso y profundo que Dios ha concedido á todas las madres.

Entónces se creia mas feliz que todas las criaturas

que habitaban sobre la tierra, experimentaba un vivísimo deseo de saltar de su lecho, correr á donde estaba el niño, arrebatarle de los brazos de su nodriza, y cubrir de besos y de lágrimas su tierno semblante.

Pero cuando abria los ojos y los fijaba sobre el niño, cuando notaba aquella semejanza entre él y el odiado extranjero, cuando esta circunstancia le hacia recordar la escena del narcótico, cerrábanse violentamente sus párpados, como para no ver aquel reproche vivo de sus debilidades con Tayatzin.

Y cuando con los ojos cérrados y la cabeza inclinada sobre la almohada, recorria el pasado con el pensamiento y se atrevia á aventurar una mirada en el porvenir, su imaginacion calenturienta concebia proyectos espantosos que la hacian estremecer.

Una noche en que Xiloxochitl velaba segun costumbre, á la cabecera de su lecho, la enferma, presa de uno de sus frecuentes delirios, pronunció las siguientes palabras:

—Tayatzin!..... tú me empujaste al crímen..... y los dioses me han castigado..... Malinche, el miserable extranjero á quien tendimos un lazo..... no cayó en él..... pero se vengó cruelmente..... Fué mas cruel conmigo que con Cuauhpopoca..... que con todos sus enemigos..... Me robó mi amor..... me robó mi porvenir..... hizo de mí la mas infeliz de las mujeres..... El hijo del crímen ha nacido..... y yo..... yo que debia amarle..... porque es el hij

de mis entrañas..... porque le he alimentado con mi sangre..... porque los dioses quieren que todas las madres amen á sus hijos..... horror!..... maldicion!..... veo en él las faccionss del maldito extranjero..... y le odio..... le detesto..... Tayatzin!..... dioses todos del Anáhuac!..... tened compasion de mí!..... maldecidme!..... aborrezco á mi hijo!

Al terminar estas palabras, la enferma se estremeció sobre su lecho, abrió un instante sus ojos de una manera espantosa y volvió á quedar inmóbil.

Un instante despues el delirio abrió por segunda vez sus labios y continuó:

—Tizoc me lo ha dicho..... lo recuerdo muy bien..... Si los sacerdotes llegaran á saber que ese niño es hijo de Malinche..... le ahogarian en el lago..... ó le sacrificarian en el templo de Huitzilopochtli..... Tayatzin..... yo me muero..... por qué dejas morir á tu víctima?..... por qué no vienes á revelarle la voluntad de los dioses?..... Si Huitzilopochtli quiere una víctima mas..... si su sangre puede servir para aplacar la cólera de los dioses..... para dar al Anáhuac la victoria sobre los extranjeros..... tómale! Sálvese la patria y muera yo!.....

Estremecióse Xiloxochitl al escuchar estas palabras, porque creyó comprender el pensamiento de la enferma, á pesar de la incoherencia con que la hacia *explicarse el delirio.*

La esclava empezaba á comprender mejor que

médico, la extraña enfermedad que tenia postrada á Geliztli hacia mucho tiempo en la cama.

Desde aquel instante pudo ya explicarse la conmocion que agitaba á la princesa, cada vez que nombraba á su hijo..... las extrañas miradas que le lanzaba desde su lecho.

Xiloxochitl habria deseado comunicar á alguna persona sus observaciones para saber si convendria separar al niño de la habitacion, ó tomar otra determinacion cualquiera, para salvar á la pobre madre de las garras de aquella terrible enfermedad.

Pero á quién dirigirse?

La nodriza sabia menos que ella y era incapaz de comprenderla.

El médico era una persona extraña, y no se creia facultada para comunicarle un secreto que habia obligado á la princesa á tomar tantas precauciones.

El único que podia darla un consejo sobre el particular, era Tizoc.

Pero dónde estaba Tizoc?

Desde el dia de la boda, en que se habia despedido de Geliztli, no habia vuelto á poner los piés en la casa.

Una mañana en que Xiloxochitl se hallaba entregada á estas reflexiones, la enferma abrió los ojos, y sin buscar esta vez á su hijo con la mirada, llamó á la esclava por su nombre.

—Aquí estoy, respondió esta.

—Nadie nos oye? preguntó Geliztli.

—Nadie.

La princesa guardó silencio un instante, al cabo del cual continuó:

—Vé al templo mayor, pregunta por Tayatzin el sumo sacerdote, y cuando te halles en su presencia, solicita de él una audiencia secreta. Entónces le dirás que no es cierto que yo haya muerto, como se ha divulgado, que me hallo gravemente enferma y que deseo hablar con él antes de morir.

Estremecióse Xiloxochitl al escuchar este discurso, porque al instante recordó involuntariamente las palabras que la princesa habia pronunciado en su delirio.

Este recuerdo la hizo vacilar un momento y permanecer clavada en su sitio.

—Qué aguardas? le preguntó la princesa.

—Señora, tartamudeó la esclava, muy bien sabeis cuán peligroso es revelar vuestro secreto, y aunque esto se haga al sumo sacerdote.....

—Obedece, interrumpió con acento imperioso la princesa.

Y volvió á reclinar la cabeza sobre la almohada, como si no tuviese ya necesidad de pronunciar otra palabra para hacer obedecer sus órdenes.

Xiloxochitl salió de la casa para ir en busca del sumo sacerdote.

Era tal el hábito que habia adquirido de obedece *á la princesa,* que aunque comprendia el peligro

paso que iba á dar, ningun poder humano habria bastado para detenerla en la habitacion de Geliztli.

Pero una vez en la calle, Xiloxochitl entró en reflexiones consigo misma.

El sumo sacerdote era indudablemente el hombre con quien menos debia consultarse la princesa, en el estado febril á que la habia reducido su enfermedad.

Las frases incoherentes que habia pronunciado durante su delirio, indicaban el riesgo que corria de apelar á la conciencia del fanático Tayatzin.

La esclava hubiera dado gustosa diez años de su vida, por encontrar á Tizoc en el corto trayecto de su casa al templo de Huitzilopochtli.

Más habituada á obedecer que á pensar, el jóven guerrero habria sido el único obstáculo, capaz de detenerla en su marcha. Desgraciadamente Tizoc no se atravesó en su camino, y Xiloxochitl llegó al templo mayor, resuelta á cumplir con el mandato de la princesa.

La esclava era bastante conocida en el templo, y no encontró ningun embarazo para llegar hasta la habitacion del sumo sacerdote.

Tayatzin se sorprendió agradablemente cuando supo que la princesa vivia, y prometió que al dia siguiente *estaria* á la cabecera del lecho de la enferma para consolarla.

CAPITULO XX

La conciencia de un sacerdote.

Tayatzin fué fiel á su promesa.

En la mañana del dia siguiente se presentó en la habitacion de Geliztli.

El primer objeto con que tropezaron sus ojos al entrar en la sala, fué el niño á quien la nodriza columpiaba sonriendo en sus brazos.

Tayatzin se detuvo súbitamente ante este espectáculo y miró al niño con fijeza.

Un instante le bastó para advertir aquella extraordinaria semejanza que contribuia al tormento de la desgracida princesa.

Un mundo de reflexiones surgió en aquel momento en el cerebro del sacerdote.

Creyó comprender de golpe una gran parte de verdad y una nube sombría oscureció su frente.

Adelantóse con paso trémulo hácia el lecho de la enferma, sin dejar de mirar de reojo á aquel niño inocente, que ajeno de lo que pasaba en su derredor, continuaba bebiendo tranquilamente la vida en el seno de su nodriza.

Xiloxochitl esperaba al sacerdote á la cabecera de la cama.

Tayatzin levantó sobre ella los ojos, y con acento breve é imperioso, le dijo:

—Necesito conferenciar á solas con la princesa. Salid de aquí todos.

Y al pronunciar estas palabras, envolvió con su mirada á la esclava y á la nodriza.

Xiloxochitl y la nodriza obedecieron temblando y despejaron la habitacion.....

Tayatzin arrojó entónces una mirada sobre el lecho.

La princesa con los ojos cerrados y la cabeza reclinada sobre la almohada, respiraba con bastante regularidad.

Era fácil comprender que se hallaba entregada á un sueño tranquilo.

El sacerdote levantó su mano y la colocó sobre la frente de la princesa.

Aquella frente estaba ardiendo y Tayatzin sintió que quemaba su piel.

Un estremecimiento galvánico recorrió el cuerpo de la enferma, y al cabo de un instante abrió los ojos, y sus pupilas se fijaron en las del sumo sacerdote.

—Tayatzin! exclamó con espanto.

Y volvió á cerrar los ojos, creyéndose víctima todavía de una de sus continuas pesadillas.

El sacerdote colocó por segunda vez la mano sobre la frente de la enferma y le dijo:

—Me has mandado llamar con tu esclava y he acudido á tu llamamiento.

Estremecióse nuevamente Geliztli y volviendo á mirar á Tayatzin:

—Perdonad, padre mio, dijo con voz balbuciente. —Hace mucho tiempo que estoy enferma. Creia que estaba delirando y habia cerrado los ojos para no mirar al espectro.

—Acaso me veias á menudo en tu delirio?

—Siempre, padre mio..... siempre! No sois vos quien me entregó á Malinche?

Estremecióse el sacerdote al escuchar estas palabras, dichas con cierto acento de reproche, y mirando á la enferma con fijeza, tartamudeó:

—No comprendo.....

—No comprendeis? exclamó la princesa con un brillo siniestro en la mirada.

El sacerdote no tuvo fuerzas para responder y se limitó á mover la cabeza en ademan negativo.

La princesa continuó:

—No sois vos quien me entregó una sustancia para adormecer al extranjero?

—*Sí, murmuró* Tayatzin.

—Yo eché esa sustancia en el vaso de Malinche, pero yo fuí sin duda quien bebió el *octli* envenenado, porque un momento despues caí en el suelo, sumergida en un sueño profundo.

Volvió á temblar el sacerdote al escuchar estas palabras, y su semblante pálido y demudado se inclinó sobre su pecho.

—Aquel sueño procurado por vos, continuó la princesa, me dejó sola y sin defensa en poder de ese miserable..... el mas miserable de todos los hombres.

—Luego ese niño que he visto al entrar..... tartamudeó Tayatzin.

—Es el hijo del crímen, interrumpió con voz sorda la princesa.

—Maldicion! murmuró entre dientes el fanático sacerdote.

Reinó en la habitacion un instante de silencio, durante el cual solo se escuchaba la fatigada respiracion de la enferma.

La princesa levantó repentinamente los ojos de las sábanas que cubrian su cuerpo, y mirando con dureza al sacerdote, con acento de reconvencion, le dijo:

—Sois vos quien me ha empujado al crímen!..... libradme de los tormentos que sufro!

El sacerdote levantó la cabeza para mirar á la enferma. Esta se hallaba pálida y demudada. Pero acaso era mayor la palidez que aquella entrevista de tan

cortos instantes, habia esparcido en el semblante de Tayatzin.

—Desde que nació ese niño, continuó la princesa, sufro un tormento indecible..... un tormento que no sabré explicaros; pero que es seguramente mayor que el que sufren los enemigos de los dioses en la mansion de los réprobos.

El sacerdote guardaba un silencio tenaz. Hubiérase dicho que un remordimiento cruel agitaba su conciencia, y que este remordimiento era el que daba á su semblante aquel aspecto sombrío.

—Algunas veces, prosiguió Geliztli, creo amar á ese niño, como todas las madres aman á sus hijos..... como la pantera misma ama á sus cachorros. En esos momentos quisiera arrojarme sobre él, arrancarle de los brazos de su nodriza y alimentarlo en mi seno. Oh!.... y cuando yo pienso en esto..... y creo sentir en mis pechos la impresion de sus tiernos labios..... y creo tocar con mis dedos su rosada piel..... y creo acechar su primera sonrisa..... oh! siento entónces volver la salud á mi cuerpo..... me parece mas hermoso todo lo que me rodea y creo que los dioses me sonrien desde el cielo en que habitan.

La enferma se detuvo un instante, como para tomar aliento, y continuó:

—Pero otras veces..... y esto es casi siempre..... la vista de ese niño hace estremecer todo mi cuerpo. Sus facciones me recuerdan al extranjero á quien debe

el sér y me horrorizo de haberle alimentado en mis entrañas. Ah!..... y si no fuera porque creo que los dioses me lo han enviado para mi eterno remordimiento..... si no temiera excitar su cólera..... si no fuera porque me siento madre..... Perdonadme, padre mio..... iba á decir una cosa insensata.

Los ojos del sacerdote despidieron una llama siniestra, y mirando con cierta especie de ferocidad salvaje á la princesa, exclamó:

—Nada..... nada de lo que has pensado, hija mia, temas decir..... Por insensato que te parezca, acaso sean los dioses mismos los que te hayan inspirado ese pensamiento.

—Oh! no! no, murmuró la princesa.—Es tan horrible..... tan espantoso.....

—Habla, sin embargo, insistió el sacerdote.—¿No me has mandado llamar para comunicarme todos tus pensamientos..... todas tus angustias?

—Es verdad! Es verdad! Pero me aconsejaréis..... imploraréis la protecccion de los dioses para que hagan cesar este suplicio?

—No lo dudes, hija mia; pero antes es preciso que me lo comuniques todo.

—Pues bien, padre mio; momentos ha habido en que he necesitado recordar que soy madre para no arrojarme sobre ese niño y ahogarle entre mis brazos.

Y al decir estas palabras, la infeliz princesa se estremecia sobre su lecho.

Tayatzin guardó un profundo silencio, como si la terrible revelacion que acababa de hacerle la enferma, no hubiese herido una sola fibra de su conciencia sacerdotal.

—Otras veces, continuó la princesa con acento tembloroso, otras veces he creido que conseguiria aplacar la cólera de los dioses, si tuviese el valor suficiente para sacrificarles mi amor de madre.

El sacerdote irguió su cabeza y dirigió á la enferma una mirada terrible, como la mirada que debe tener la fiera en el momento de arrojarse sobre su presa.

—Sí, murmuró Geliztli con voz apenas inteligible. —Momentos ha habido en que he deseado mandar al templo mayor á mi hijo para que sea sacrificado en sus altares. Perdon, padre mio!..... no es verdad que esto es horrible?

—Los dioses, hija mia, respondió sentenciosamente el feroz sacerdote, los dioses recompensan siempre con usura el sacrificio que le hacemos.

La princesa hizo un esfuerzo supremo y se incorporó sobre las sábanas.

—Callad! exclamó con vehemencia.—No creais lo que os he dicho..... Perdonadme!..... Es que estoy loca..... es que deliro..... es que no sé lo que os estoy diciendo.

—Entónces, repuso con frialdad Tayatzin, ¿para qué me habeis mandado llamar?

La princesa miró con asombro á su interlocutor

Parecia que aquel feroz sacerdote solo comprendia que pudiese ser llamado para disponer una escena de sangre.

—Para que me consoleis, respondió al cabo de un instante la princesa: para que me digais que ese niño que es mi hijo, no es un castigo que me han impuesto los dioses..... para que me obligueis á alimentarle con mi sangre..... para que me ordeneis en nombre de los dioses que desechc todo temor y vea en él lo que es..... un hijo mio!

Tayatzin reflexionó un instante.

—Ese niño, dijo, será tu eterno suplicio. Mientras viva á tu lado, tú no gozarás un instante de reposo..... no te levantarás nunca del lecho en que yaces..... los proyectos que acabas de confesarme, no cesarán de bullir en tu imaginacion.....

Geliztli inclinó la cabeza sobre su pecho, como si intentase hacer comprender con aquel mudo ademan que creia exactas las observaciones del sacerdote.

Este continuó:

—Si quieres que cesen tus tormentos, haz que ese niño sea criado lejos de tí.

—Temo que se separe un solo instante de mí, porque su extraordinaria semejanza con Malinche, haria adivinar tarde ó temprano la verdad.

—Yo le llevaré al templo mayor y la misma nodriza que ahora tiene, le criará ante mi vista.

—Vos! exclamó la princesa, estremeciéndose.—Vos le llevaríais al templo?

—Por qué no, hija mia? Allí se educaria mas tarde para el sacerdocio, y purgaria con la austeridad de su vida el crímen de su nacimiento.

—Nunca! nunca! exclamó Geliztli con energía.

El sacerdote dulcificó cuanto pudo la expresion de su mirada y preguntó:

—No te ha contado Tizoc alguna vez la historia de sus primeros años?

—Sí.

—Y no recuerdas que á pesar de ser hijo de un enemigo de la patria, yo le crié y eduqué para el sacerdocio, en cumplimiento de una promesa que habia hecho á su madre moribunda?

—Sí..... tambien lo recuerdo.

—Entónces, arguyó triunfante el sumo sacerdote, por qué dudas?

La princesa no respondió, porque en aquel instante un torrente de lágrimas inundó sus mejillas.

La pobre madre se habia salvado. Hacia mucho tiempo que no habia llorado..... Hacia mucho tiempo que sus ojos no derramaban una sola lágrima para refrescar la fiebre que la devoraba.

—Nada temas, hija mia, le dijo el sacerdote al cabo de un instante de silencio. Los dioses dirigen mis acciones, y no dudes que todo lo que yo haga será para cumplir su voluntad.

Geliztli acabó por someterse, como siempre, á las *exigencias de Tayatzin.*

El niño fué llevado desde aquel dia al templo juntamente con su nodriza.

Desde aquel dia tambien, la salud de la princesa empezó á mejorar notablemente.

La ausencia de aquel recuerdo vivo del extranjero, la confianza de que su hijo viviria seguro en el recinto de un templo, infundieron una gran tranquilidad á su espíritu.

Aquella terrible lucha entre su amor de madre y su odio á todo lo que pertenecia á Malinche, no volvió á atormentarla en sus horas de insomnio.

La enferma se halló muy pronto en estado de abandonar la cama.

El Esculapio azteca atribuyó aquel mérito á sus yerbas.

Pero Tayatzin, Xiloxochitl y la misma princesa sabian á qué atenerse.....

Habian transcurrido cuatro meses desde el dia del alumbramiento de la princesa.

Una mañana entró Xiloxochitl sumamente agitada en la habitacion, y dijo algunas palabras al oido de Geliztli, que cosia un vestido sobre una estera.

La princesa dió un grito terrible, corrió á la puerta y se lanzó á la calle.

Xiloxochitl se precipitó tras ella. Pero era tal la prisa que se habia dado Geliztli, que no pudo distinguirla entre la multitud de gente que se dirigia en aquel momento hácia la plaza del templo mayor.

CAPITULO XXI

El sacrificio.

Entretanto los españoles habian acabado ya de poner el sitio á Tenochtitlan.

Conforme á las disposiciones de Cortés, Alvarado estaba situado ya en Tlacopan, Olid en Coyohuacan, Sandoval en Tepeyacac y el mismo general en el fuerte de Xoloc, de que otras veces hemos hablado á nuestros lectores.

No entra en el plan de nuestra narracion, referir los combates que habian empeñado los mexicanos para defender, aunque inútilmente, estas posiciones.

La ciudad estaba ya incomunicada con la tierra firme, y roto el acueducto de Chapoltepec, único conducto por donde podia entrar agua potable á los sitiados.

Los bergantines estaban encargados de impedir que *las canoas* introdujesen víveres.

Los aztecas, lejos de desanimarse con estos formidables preparativos, se excitaban mutuamente á pelear con valor, é imploraban llenos de fe, la proteccion de sus dioses.

Las preocupaciones arraigadas en la nacion, les hacian multiplicar los sacrificios en los templos, porque este era el modo mas frecuente de implorar el auxilio divino.

Entre estos sacrificios, ninguno llamó mas poderosamente la atencion del pueblo, que el que debia verificarse en la cima del templo de Huitzilopochtli, la mañana de que hemos hablado al fin del capítulo anterior.

Habia circulado en la ciudad un rumor, que habia excitado en alto grado la curiosidad general.

Decíase que el dios de la guerra habia revelado á sus sacerdotes un crímen terrible, que hasta entónces habia permanecido oculto entre las sombras del misterio.

Una jóven azteca habia cometido la infamia de amar á un extranjero, á un enemigo de la patria, y de este amor impuro habia nacido un niño.

Los sacerdotes habian corrido al albergue designado por Huitzilopochtli: la madre habia huido; pero el niño habia sido recogido por sus perseguidores.

Y este hijo del crímen debia ser la víctima dispuesta para el sacrificio de aquel dia.

Por eso habia visto Xiloxochitl, al correr tras de

la princesa, aquella inmensa muchedumbre, que se dirigia precipitadamente á la plaza del templo mayor.

El pueblo fanático aplaudia el celo de los sacerdotes de Huizilopochtli, y esperaba con fe que la sangre de aquella víctima inocente desarmase la cólera de los dioses.

Y este era el sentimiento que le impulsaba á acudir en masa á presenciar el sacrificio.

Era una de esas mañanas de junio, tan hermosas en el valle de México.

La atmósfera estaba limpia de vapores y el sol brillaba en el horizonte con todo su esplendor. El tibio calor de sus rayos habia disipado la humedad de la noche, y el ambiente que se respiraba venia impregnado con el aroma de los huertos inmediatos.

La inmensa plaza mayor de Tenochtitlan se hallaba inundada de una numerosa muchedumbre, que se agitaba incesantemente, como las olas de un mar embravecido.

Todas las miradas se hallaban fijas en la mole colosal del templo, que en aquel instante se hallaba desierto. No se veia mas que la vacilante claridad de la hoguera encendida ante el altar de Huitzilopochtli, que elevaba al cielo una densa columna de humo.

La muchedumbre comentaba de mil maneras distintas, la historia de la víctima que habia circulado por toda la ciudad, y ansiaba clavar sus ojos en aquel niño, fruto de un amor criminal, y hasta cierto punto sacrílego

Los piadosos aztecas lamentaban la fuga de aquella mujer culpable que habia entregado su amor á un enemigo de la patria. Pero confiaban en que la mirada de Huitzilopochtli le seguiria á donde quiera que huyese, y que el dios implacable revelaria un dia su existencia, como habia revelado la de su hijo.

Repentinamente callaron todas las voces..... cesaron todos los movimientos.

Sonó una música sagrada en el recinto del templo, y la multitud habituada á aquellos espectáculos sangrientos, comprendió que iba á comenzar la cèremonia.

Un instante despues, apareció en las escaleras del templo, una larga procesion de sacerdotes, á cuya cabeza subia Tayatzin, el pontífice de aquel culto inhumano.

Los sacerdotes llevaban el cuerpo pintado con gereoglíficos misteriosos; vestian unas capas negras bordadas con los emblemas de su terrible mision, y su larga y enmarañada cabellera, manchada con sangre, caia en desórden sobre sus espaldas.

Subian las gradas del templo, cantando con voz monótona un himno sagrado, acompañado con los melancólicos acordes del huehuetl y del teponaztli.

Seguia á los sacerdotes la víctima colocada en unas andas, cubierta de ricas vestiduras y adornada de flores. Habia sido sentada y atada en aquella especie de trono portátil, por el temor de que su tierna edad la hiciese caer antes de llegar al altar del sacrificio.

El niño, como si hubiese podido comprender el trágico fin que le reservaban sus verdugos, lloraba y gritaba, forcejando entre sus ataduras. Aquellos gritos infantiles hacian un contraste horroroso con el canto monótono de los sacerdotes.

Y entre aquel concurso numeroso no se alzó una voz para protestar contra aquel frio asesinato, que se iba á cometer en la persona de un niño inocente!

No hubo una sola lágrima de piedad ante aquel espectáculo desgarrador.

Lejos de esto, muy pronto se sintió enardecida con un nuevo rumor que los sacerdotes hicieron circular de boca en boca.

—El niño es hijo de Malinche..... las facciones del maldito extranjero están retratadas en su semblante!

Y la multitud ávida de saciar sus miradas en el rostro de la víctima, refluyó hasta la base del templo desde las extremidades mas remotas de la plaza.

Entretanto la procesion sagrada continuaba subiendo las escaleras del templo.

Cuando hubo llegado al fin del primer tramo, dió una vuelta al rededor del segundo cuerpo, porque así lo exigia la forma de su construccion, y comenzó luego á subir el siguiente.

La *ascension* se verificaba entre el canto de los sacerdotes, los tristes acentos de la música sagrada los alaridos de la víctima.

El humo de varias resinas olorosas llenaba de perfumes el ambiente.

La multitud contemplaba el espectáculo en religioso silencio.

Cuando la procesion hubo llegado al último tramo de la escalera, los seis sacerdotes que llevaban el nombre de sacrificadores, subieron solos á la cima del templo.

Uno de ellos tomó al niño de las andas y lo echó boca arriba sobre la piedra de los sacrificios.

Entónces cuatro de aquellos infames ministros de Satanás sujetaron al niño por los brazos y las piernas: el quinto apretó su garganta con el círculo sagrado, y Tayatzin, el inmundo pontífice, levantó en alto su cuchilla de obsidiana.

La muchedumbre que espiaba con avidez sus menores movimientos, cayó en aquel instante de rodillas en toda la inmensa extension de la plaza. Todas las cabezas se abatieron y un recogimiento pavoroso dominó á los espectadores.

Pero repentinamente apareció en una de las extremidades de la plaza, una mujer agitada y con el cabello en desórden, que pugnando por abrirse paso entre la apretada muchedumbre, gritaba con todas sus fuerzas:

—Mi hijo!..... es mi hijo!..... deteneos!

Pero era ya demasiado tarde.

Cuando el débil eco de esta voz llegó á los oidos

del sumo sacerdote, habia abierto ya el pecho del niño y tenia en sus manos el corazon ensangrentado de la víctima!

Su tierno cuerpo se retorcia aún con las últimas convulsiones de la agonía en la inmunda piedra de los sacrificios.

Geliztli, la infeliz madre que habia llegado únicamente por ver morir á su hijo, lanzó entónces un grito desgarrador y cayó desplomada sobre las losas de la plaza.

Y la fanática muchedumbre, que habia escuchado sus palabras, en lugar de compadecerse de aquel inmenso dolor, se precipitó sobre ella gritando:

—¡Es la mala hija del Anáhuac que se atrevió á amar al extranjero!..... Que muera..... que muera tambien, como su hijo!

Y antes de que la princesa pudiese comprender siquiera las intenciones de la multitud, fué alzada por cien brazos sobre las cabezas de todos los espectadores y conducida con precipitacion al templo.

Los sacerdotes que aun no habian abandonado la cima, comprendieron que el pueblo les traia una nueva víctima, y una sonrisa sardónica contraia sus labios.

Solo Tayatzin temblaba y palidecia, porque creia adivinar el nombre de la víctima, y sabia cuán dificil era arrancarla de las garras de los sacrificadores.

Por la primera vez en su vida acaso, el sanguinario sacerdote sintió su corazon oprimido por el remordi-

miento, y se creyó sin valor para abrir el pecho de aquella mujer, á quien él mismo habia precipitado en una larga cadena de infortunios.

En el momento en que los conductores de Geliztli llegaban al pié del templo, advirtióse entre la muchedumbre que inundaba la plaza, un movimiento general; y multitud de gritos y de voces poblaron el aire.

—Los extranjeros! decian aquellas voces.—Los extranjeros han entrado en la ciudad..... Ya llegan..... ya llegan.

En efecto, en aquel instante desembocaban por el ángulo S. O. de la plaza principal, un gran número de soldados españoles, precedidos de varios ginetes, entre los cuales se hallaba el mismo Hernan Cortés.

Nuestra pluma es impotente para describir el espanto y la confusion que reinó entre la muchedumbre en este momento de suprema angustia.

No habia entre aquel numeroso concurso un solo guerrero, porque todos se hallaban distribuidos en los puestos militares que se habian creado para la defensa de la ciudad.

¿Quién habria creido á los extranjeros capaces de penetrar tan bruscamente hasta el lejano recinto de la plaza mayor?

La muchedumbre empezó á huir desordenadamente en una direccion contraria á la que traian los españoles.

Pero hé aquí que desemboca por la calzada de Tlacopan, una tropa numerosa de soldados aztecas que

ha visto la direccion tomada por los extranjeros, y acude en defensa de sus dioses.

El empuje de su carrera obliga otra vez á los fugitivos á retroceder al centro de la plaza.

Los españoles disparan sus armas de fuego, los aztecas lanzan al aire su grito de guerra, y las mujeres, los niños y los ancianos hacen oir aullidos de espanto.

Las balas y las saetas no tardaron en cebarse entre la compacta muchedumbre, y varias manchas de sangre empezaron á teñir las losas del pavimento.

En medio de aquella espantosa confusion los ginetes españoles se lanzan al templo, hollando bajo los cascos de sus caballos cuanto encuentran en su tránsito.

Los soldados aztecas se abren paso al mismo tiempo entre la multitud, porque comprenden que los extranjeros intentan profanar por segunda vez el templo de Huitzilopochtli.

Los conductores de Geliztli habian abandonado á su víctima en las primeras gradas del templo, y habian corrido á confundirse entre los demas espectadores.

La princesa siempre pálida, con el cabello en desórden, trastornada, comprendiendo apenas lo que pasaba en derredor suyo, alzó la cabeza al escuchar el ruido que los cascos de los caballos hacian sobre las baldosas del atrio.

Cuál fué su espanto al reconocer en el primer ginete que se adelantaba hácia ella, al miserable extranjero, cuya sombra le perseguia de dia y de noche!

Un grito agudo se escapó de sus labios y se puso en pié sobre las gradas del templo, con el rostro desencajado y los ojos hundidos en sus órbitas, como un espectro evocado de su tumba.

Hernan Cortés la miraba con espanto y hubo un instante en que se arrepintió de haberse dejado conducir en su ardor hasta aquel lugar desastroso.

Transcurrieron algunos segundos de mortal agonía, en que el español y la princesa se contemplaron mutuamente con la inmovilidad de las estátuas.

Repentinamente se interpuso entre ambos un guerrero azteca de elevada estatura, que alzó su formidable espada y la descargó sobre Hernan Cortés.

Este retrocedió vivamente y escapó el golpe. Pero no pudo salvar á su caballo que recibió una herida profunda en la cabeza y cayó moribundo.

Una pierna del ginete quedó aplastada bajo el vientre del caballo.

Al ver caido á su general, todos los españoles que le habian acompañado hasta el templo, se arrojaron al lugar del desastre para socorrerle.

El guerrero azteca que habia ejecutado esta hazaña, se aprovechó de este momento de desórden para acercarse á la princesa, que yacia tendida sobre las gradas del templo.

Geliztli extendió sus brazos hácia el guerrero, y con voz apagada murmuró:

—*Tizoc!*..... Tizoc!

Y cerró los ojos, dejó caer sus brazos y quedó desmayada.

Tizoc arrojó una mirada sobre los españoles, que continuaban haciendo todavía esfuerzos prodigiosos para levantar á su general.

Entónces se aproximó á Geliztli, la levantó en sus brazos como si fuera una pluma, y con tan preciosa carga, se confundió entre la muchedumbre y abandonó el lugar del combate.

Un cuarto de hora despues, los españoles se retiraban de la plaza despues de haber matado á muchos de los sacerdotes que se empeñaron en defender el templo.

La muchedumbre se habia dispersado, casi en su totalidad, durante la batalla.

Solo quedaron en la plaza unos cuantos cadáveres mutilados y algunas manchas de sangre, que enrojecian las gradas del templo y las baldosas del atrio.

— —

CAPITULO XXII

Cuauhtemotzin.

Desde aquel dia los españoles empezaron á entrar diariamente en la ciudad, precedidos de sus terribles armas de fuego, que se cebaban crudamente en las masas de los guerreros aztecas.

En estas incursiones diarias no solamente perecia un gran número de los defensores de la ciudad, sino tambien todos los edificios que los sitiadores tenian tiempo de demoler.

Hernan Cortés habia notado que sus tropas recibian un daño considerable de las azoteas, pobladas siempre de combatientes, y jamás entraba en la ciudad sin llevar un buen número de gastadores tlaxcaltecas, cuya única mision era demoler edificios.

Rellenábanse los fosos con sus escombros; pero los mexicanos los limpiaban durante la noche, y cuando los sitiadores volvian al dia siguiente, se encontraban con la misma dificultad que habia causado su derrota de la noche triste.

Los aztecas se defendian con heroismo. La historia de la defensa de Tenochtitlan es una epopeya en que

se encuentran hazañas dignas de ser cantadas por Homero.

Pero el valor de los sitiados debia estrellarse contra la fatalidad.

Las armas de los contrarios eran de una superioridad incalculable.

Los españoles defendidos con sus ligeras corazas de algodon, estaban á cubierto de las flechas enemigas.

Los infelices aztecas no tenian defensa de ninguna clase contra el plomo extranjero.

En cada combate que se empeñaba, morian mil de los segundos por uno de los primeros.

Y como si esto no hubiese sido bastante, tambien tenian contra sí la superioridad numérica.

Doscientos mil aliados ayudaban á los extranjeros en su obra de desolacion, y no eran por cierto los menos crueles, cuando se trataba de matar ó de destruir.

Un mes hacia que habia comenzado el asedio. Las tres cuartas partes de la ciudad habian caido ya en poder de los sitiadores, y las tropas auxiliares se aumentaban cada dia con los guerreros de las ciudades inmediatas.

No era, pues, dificil calcular la suerte que correria en muy breve tiempo aquella sultana del Anáhuac, asentada como una maga en medio de las lagunas.

El valeroso Cuauhtemotzin se habia retirado á Tlatelolco con todos los nobles y guerreros que quisieron seguirle, para defenderse allí hasta el último trance.

Los víveres habian empezado á escasear en la ciu-

dad, y las mujeres y los niños á quienes no alcanzaba la racion del soldado, vagaban pálidos y macilentos entre los escombros de la arruinada metrópoli.

Una gran parte de los defensores de Tenochtitlan habia sucumbido, y ningun poder humano podia librarla de caer en manos de los sitiadores.

El corazon mismo de Hernan Cortés se compadeció de tan dura situacion, y mandó una embajada á Cuauhtemotzin para excitarle á que se rindiese.

El animoso emperador reunió en su palacio de Tlatelolco á los sacerdotes, á los guerreros y á los nobles de su corte, y les impuso de las proposiciones de Malinche.

Y los nobles, los guerreros y los sacerdotes respondieron á una voz:

—Muramos antes que rendirnos.

—Es ese tambien mi deseo, respondió el valiente Cuauhtemotzin.

Y continuó la guerra.

Y los defensores de la ciudad continuaron regando con su sangre aquella tierra ingrata, que defendian sin fruto alguno.

Y los zapadores tlaxcaltecas continuaban demoliendo edificios.

Y la escasez de víveres era tan absoluta, que el hambre habia invadido ya hasta el palacio del mismo emperador.

Los soldados se presentaban pálidos y macilentos

en las fortificaciones levantadas en Tlatelolco, y algunas veces se vió caer la espada de sus manos, porque carecian de fuerzas para sostenerla.

Las mujeres y los niños cavaban la tierra, buscando raíces de árboles para alimentarse.

Y cuando no encontraron raíces de árboles ni insectos, empezaron á alimentarse con carne humana.

Los cadáveres de los aliados y de sus mismos amigos, surtian abundantemente á esta necesidad.

Los soldados, viendo sufrir á sus mujeres y á sus hijos, comenzaron á desmayar.

Pero Cuauhtemotzin, mas empeñado que nunca en defender hasta el último extremo el legado de sus mayores, rechazó una segunda intimacion que le dirigió Cortés.

Siete octavas partes de la ciudad se hallaban ya reducidas á escombros.

Tlatelolco era el único barrio que quedaba en pié en medio de tanta ruina.

Los habitantes de Tenochtitlan que ya no tenian casas en qué habitar, se guarecian bajo unos portales construidos en la plaza principal de aquel cuartel.

Y cubiertos de andrajos y acosados por el hambre y la sed, se pasaban los dias y las noches echados indolentemente sobre las baldosas del portal.

Una nueva calamidad vino á aumentar en los últimos dias las angustias de aquel pueblo infortunado.

Los cadáveres regados en las plazas y en las calles

eran ya tan numerosos, que no era posible que los sitiados diesen á todos sepultura.

La atmósfera se cargó de miasmas deletéreos, y una peste desconocida hasta entónces en Tenochtitlan, empezó á ayudar á los sitiadores en su obra de destruccion.....

El 13 de Agosto de 1521, dia eternamente memorable en los anales de nuestra historia, los españoles se resolvieron á dar el último ataque á Tlatelolco.

Cuando llegaron á aquel último asilo de los valientes mexicanos, encontraron las azoteas y las fortificaciones coronadas de combatientes.

Los soldados de Cuauhtemotzin estaban extenuados por el hambre y agobiados bajo el peso de todas las calamidades que el cielo habia amontonado sobre sus cabezas.

Pero en la altivez de su continente y en la fiereza de su mirada, se adivinaba la resolucion de defender hasta con la última gota de su sangre, aquel corto pedazo de patria que aun no habian podido arrancarle sus enemigos.

Hernan Cortés quiso tentar todavía el último esfuerzo para llegar á un avenimiento, no por compasion á Cuauhtemotzin y sus guerreros, sino por el temor de que en un combate se perdiesen los tesoros de los reyes, que segun se decia públicamente en la ciudad, habian sido trasladados á Tlatelolco.

Pero Cuauhtemotzin respondió con la misma ente-

reza del primer dia, que defenderia hasta donde le fuese posible la sagrada herencia de sus mayores.

Dióse entónces la señal del asalto, y los españoles y sus aliados se arrojaron con furor sobre las fortificaciones del campamento.

Aquel fué uno de los combates mas sangrientos que se dieron en el transcurso del sitio.

Pero el éxito no podia ser dudoso.

Los extenuados defensores de Tenochtitlan se batieron con desesperacion.

Pero los sitiadores tenian una superioridad infinita sobre ellos y no tardaron en escalar hasta las azoteas, donde se habia parapetado la flor de los guerreros.

Muchos de aquellos indómitos aztecas prefirieron arrojarse al agua del lago para ahogarse, que rendirse ante sus bárbaros vencedores.

Cuando el combate hubo concluido, cuando españoles y aliados arrojaban gritos de victoria entre los cadáveres y los escombros que los rodeaban, Hernan Cortés se acordó de Cuauhtemotzin y preguntó á varios prisioneros por el alojamiento del emperador.

Los prisioneros señalaron una casa, situada en la plaza misma de Tlatelolco, y Hernan Cortés, seguido de algunos españoles se dirigió á ella.

Pero ni Cuauhtemotzin ni ningun miembro de la familia imperial se encontraban en la habitacion.

El general español tomó sus informes y no tardó en averiguar que el emperador y su familia habian

huido en una barca, al caer Tlatelolco en poder de los extranjeros.

Hernan Cortés recibió esta noticia ante un buen número de soldados españoles, tan interesados como él, en saber el paradero de Cuauhtemotzin y sus tesoros.

Arrojó una mirada en derredor de sí, sus ojos se fijaron en un hidalgo español, llamado García de Holguin, y le preguntó:

—¿Dónde está vuestro bergantin?

—Allí, respondió el hidalgo.

Y señaló con el dedo una barca, con las velas hinchadas todavía por la brisa de la tarde, que se columpiaba á corta distancia en las aguas del lago.

—Id al instante, le dijo Hernan Cortés, con remos y vela en persecucion de Cuauhtemotzin. Su barca no ha de estar muy distante, puesto que acaba de huir.

Holguin se informó inmediatamente de la direccion que habia tomado Cuauhtemotzin, y se trasladó violentamente á su bergantin.

Hízose al instante á la vela y empezó á surcar con rapidez las aguas del lago.

Media hora despues, sus ojos distinguieron un corto número de canoas que huian delante de él.

El viento era favorable y el bergantin se deslizaba rápidamente sobre la superficie del agua.

Sin embargo, Holguin hizo tomar sus remos á varios de los soldados que le acompañaban, á fin de marchar todavía con mayor velocidad.

Al cabo de otra media hora ya se distinguia entre la flotilla una canoa empavesada con su toldo blanco, lleno de bordados y flecos de distintos colores.

—Aquella debe ser la barca del emperador, murmuró entre dientes Holguin.

Y excitó á sus remeros para que redoblasen sus esfuerzos.

La flotilla india carecia de los elementos necesarios para huir de aquella embarcacion europea, que se le venia encima á velas desplegadas.

Los aztecas no conocian otro medio de navegar que los remos, y á pesar de que cada barca iba dotada de doce remeros, los fugitivos no tardaron en comprender que muy pronto iban á ser alcanzados por el bergantin español.

La barca empavesada no tardó en detenerse en medio del lago, mientras que el resto de la flotilla continuaba á toda prisa su fuga.

El bergantin se fué al instante sobre ella, y los soldados que venian á bordo, tendieron sus mosquetes en ademan de disparar sobre los fugitivos.

Escuchóse entónces una voz tranquila en la canoa que decia:

—Inútiles son vuestras amenazas, puesto que desde el momento en que nos detuvimos aquí, debeis haber comprendido que ha sido con la intencion de rendirnos.

—Está ahí el emperador? preguntó en azteca el intérprete del bergantin.

La noble y majestuosa figura de Cuauhtemotzin se puso en pié en el fondo de la barca y respondió:

—Aquí estoy! Soy vuestro prisionero.

Y arrojando una mirada sobre las mujeres que iban con él en la barca, y que lloraban en silencio á la vista de aquel infortunio, añadió:

—Solo os suplico que guardeis á la reina, mi esposa, y á las damas que la acompañan, las consideraciones debidas á su sexo y condicion.

Y con un ademan lleno de majestad, se trasladó al bergantin español.

Dió en seguida su mano á la reina para que pasase tambien al bergantin, y cuando todas sus damas se le hubieron reunido, olvidándose que ya no era rey, dijo á los españoles, que le contemplaban llenos de admiracion:

—Marchemos!

El bergantin se hizo á la vela, y el cautivo rey no tardó en encontrarse á la presencia de Hernan Cortés en el terrado de una hermosa casa de Tlatelolco.

Cuauhtemotzin se adelantó con serena majestad hácia el vencedor, y con un acento digno de su ilustre nacimiento y de su inmenso infortunio, le dijo:

—He hecho cuanto he podido para defender mi *pueblo* y mi corona. Si por mi conducta he excitado *vuestro* enojo..... soy vuestro prisionero..... haced

de mí lo que querais. Los dioses no pueden hacerme ya mas desgraciado de lo que soy.

Y como Hernan Cortés no le respondió de pronto, porque en aquel instante estaba ocupado en admirar la dignidad y la belleza varonil de su real prisionero, este llevó la mano á un puñal que el extranjero traia pendiente de la cintura y añadió:

—Matadme, ya que los dioses no me han permitido defender la herencia de mis abuelos.

Hernan Cortés detuvo el brazo de Cuauhtemotzin y respondió:

—No eres mi prisionero. Lo eres del mayor rey del Oriente, que sabrá apreciar muy pronto tu valor y tus desgracias y acaso te devolverá un dia la corona.

Estas palabras parecian indicar que el vencedor sabia respetar el infortunio de su real cautivo.

Pero solo eran hijas de su hipocresía, porque pocos dias despues se verificó un acontecimiento, que imprimió una nueva mancha sobre la frente del feroz conquistador.

Dióse tortura á Cuauhtemotzin para obligarle á confesar el lugar en que habia escondido los tesoros de sus mayores.

El sueño dorado de los conquistadores de México habia sido el fabuloso tesoro apilado durante muchos años por los emperadores aztecas. Así, pues, cuando los españoles, despues de saquear todas las casas de Tlatelolco, solo se encontraron pequeños objetos con

CAPITULO XXIII

Union eterna!

Tizoc se hallaba en el número de los aztecas que defendieron hasta el último instante la patria de sus mayores.

Cuando los españoles asaltaron á Tlatelolco y fué ya imposible toda defensa, el jóven guerrero se arrojó al agua desde una azotea en que habia estado combatiendo con valor.

Pero en lugar de acogerse á las barcas como Cuauhtemotzin y su corte, nadó vigorosamente por el canal hasta llegar á una extremidad del cuartel mismo de Tlatelolco, á donde apenas llegaba el rumor de los gritos de victoria que arrojaban los vencedores.

Aquella parte de la ciudad no habia sido fortificada, por creerla insignificante los sitiados, y el combate no se habia extendido hasta allí.

Tizoc saltó á tierra con ligereza y arrojó una mirada en derredor.

Fuera de algunos aztecas fugitivos que corrian hácia el lago donde se balanceaban algunas canoas, ningun sér humano, que pudiese infundirle sospechas, se descubria en lontananza.

El guerrero se internó entónces en una calle lóbrega y tortuosa, se detuvo luego frente á una casa de rústica apariencia, y alzando la cortina de estera que cubria la puerta, entró.

En un rincon de la habitacion se veia á una mujer arrojada sobre un petate, que parecia dormir. Otra mujer sentada á la cabecera del lecho, velaba su sueño.

La primera era Geliztli. La segunda Xiloxochitl.

Al ruido que hicieron los pasos de Tizoc al entrar en la habitacion, la esclava levantó los ojos, y tan pronto cómo reconoció al guerrero, voló á su encuentro.

Colocó un dedo en sus labios, como para recomendarle el silencio, y le señaló con una mirada á la princesa.

—Duerme? preguntó en voz baja Tizoc.

—Sí, respondió la esclava en el mismo tono.—Y desde el dia en que la librásteis del sacrificio, es esta la primera vez que la veo dormir con un sueño tan tranquilo.

—¿Ha estado mala?

—¡Oh! exclamó Xiloxochitl.—La peligrosa enfermedad que le atacó despues del nacimiento de su hijo, no me causó tanto miedo como la que ha tenido ahora. Momentos hay en que se queda insensible sobre su lecho, y mil veces la hubiera creido muerta, si no hubiese escuchado las palabras que pronuncia en medio de su sueño. Oh!..... y si hubiéseis oido los *insensatos discursos* que salen de sus labios.....

Tizoc con los ojos fijos en el lecho de la princesa, parecia no escuchar ya á la esclava.

Tras una ligera interrupcion, ésta continuó:

—Cuántas veces me he estremecido..... cuántas veces he llorado, al oirla delirar!..... Llama á voces á su hijo, se acusa de haberle hecho morir..... de haber confiado en la palabra del sumo sacerdote y pide á los dioses que le quiten la vida para dejar de sufrir..... Otras veces apostrofa á Malinche y á Tayatzin, los cubre de improperios y los amenaza con el castigo del cielo..... Tambien os llama á vos; pero cuando pronuncia vuestro nombre, de sus ojos cerrados se deslizan lágrimas en abundancia.

La esclava se detuvo un instante para mirar á Tizoc. Dos lágrimas acababan de brotar de los ojos del guerrero, y rodaban silenciosamente por sus mejillas.

Xiloxochitl prosiguió con voz conmovida:

—Otras veces tiene sueños espantosos. Cree ver á su hijo demandando venganza ante los dioses, y entónces pronuncia á gritos mi nombre y me pide una arma para quitarse la vida.....

—Basta! exclamó Tizoc, sintiendo en todo su cuerpo un estremecimiento nervioso.

—Os lo contaba todo, repuso la esclava, para que hiciéseis llamar un agorero que la curase. Esa ha sido su vida desde que la trajísteis aquí la mañana del sacrificio, y como os he dicho ya, esta es la primera vez que la veo dormir así.

—Y sin embargo, murmuró Tizoc, moviendo tristemente su cabeza: es necesario despertarla de ese sueño reparador.

—Despertarla!

—Sí..... no hay tiempo que perder..... Tenemos necesidad de huir.

Y sin entrar en mas explicaciones con Xiloxochitl que le miraba alelada, se adelantó Tizoc al lecho de la princesa y la miró en silencio.

Geliztli..... aquella régia belleza que no tenia rival en Tenochtitlan, parecia ya un cadáver. Su semblante estaba descarnado, sus mejillas habian perdido el color y un círculo amoratado rodeaba sus párpados.

Tizoc colocó su mano sobre un brazo de la enferma, que yacia fuera de las sábanas.

La princesa abrió los ojos y los fijó un instante en el semblante del guerrero.

Apartólos luego, y clavando en el cielo una mirada, murmuró:

—Benditos seais mil veces, dioses del Anáhuac, que apartais ahora de mí las visiones terribles. Esta es la mas tierna y la mas inofensiva de las que pueblan mis sueños.

Tizoc sintió subir á sus ojos un torrente de lágrimas. Pero haciendo un esfuerzo supremo para contenerlas, á fin de que no las viese la princesa, con acento conmovido le dijo:

—No soy una vision. Soy el mejor de tus amigos que viene á verte y consolarte.

—¡Ah! exclamó la princesa, como sorprendida de oir hablar al que creia una sombra.—Como no te habia vuelto á ver desde aquel dia terrible.....

Y como Tizoc conservabá todavía en su mano el brazo de la princesa, lo sintió estremecerse bajo sus dedos al recuerdo de aquella mañana fatal.

—No habia venido, dijo el guerrero, porque la defensa de la ciudad exigia mi presencia en el puesto que me habia señalado Cuauhtemotzin....

—¿Y ahora? preguntó Geliztli, mirando fijamente á su interlocutor.

—Ahora..... la ciudad ha caido en poder de los extranjeros, y he tenido la desgracia de no morir en su defensa.

—La ciudad en poder de los extranjeros! exclamó Geliztli, poniéndose mas pálida de lo que estaba, aunque esto habria parecido antes imposible.

—Nada temas, repuso el guerrero.—Sin duda los dioses han querido conservarme la vida, á pesar de mis deseos, para que tenga el placer de salvarte por segunda vez..... Vamos! Solo he venido á buscarte.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios de la princesa.

—Sálvate solo, Tizoc, le dijo.—Yo no puedo huir.... no puedo levantarme siquiera de mi lecho.

—Tampoco podias levantarte cuando te saqué de

la plaza de Huitzilopochtli. Te alzaria ahora, como entónces, en mis brazos, y huiriamos juntos muy lejos de aquí.

—Seria para tí una carga inútil y pesada. ¿Qué pueden hacer de mí los extranjeros?..... Matarme?..... Mucho tiempo hace que pido á los dioses la muerte..... Por lo demas..... no harian mas que anticiparla muy pocos instantes.

Y sonriendo luego con una mezcla de satisfaccion y amargura, añadió:

—Qué otra cosa pueden codiciar de mí?..... Mi belleza?..... Hace mucho tiempo que la fatalidad marchitó para siempre mi juventud.

—Y sin embargo, replicó Tizoc, yo no huiré nunca sin llevarte conmigo.

En aquel instante se dejó escuchar un rumor lejano, como el de varias voces que entonaban un canto de alegría.

Xiloxochitl corrió á la puerta, y no tardó en volver diciendo que una tropa de extranjeros, que parecia andar saqueando las casas, se dirigia hácia aquel lugar.

—No perdamos el tiempo, dijo Tizoc.

Y se inclinó sobre el lecho de la princesa, como para levantarla en sus brazos.

Geliztli le detuvo con un ademan.

—Te estorbaré en tu fuga, le dijo.

—Pero no puedo abandonarte á los insultos de esos *miserables.*

—Oh! exclamó la princesa.—Yo creia poder resistir su presencia..... Pero mientras más se acercan, comprendo mejor lo que dices..... Tizoc! líbrame para siempre de todo..... de ellos y de mí misma. Descarga tu valiente espada sobre esta madre criminal..... Cuán dulce me seria recibir la muerte de tus manos.....

Las voces que cantaban se acercaban cada vez mas.

—Pronto! insistió Tizoc.—Huyamos!

—Causaré tu muerte, balbuceó la princesa.

Tizoc sonrió con amargura.

—¿Crees, dijo, que tenga mucho apego á la vida?

Y sin aguardar esta vez el consentimiento de la princesa, la levantó en sus brazos como si fuera una niña, corrió á la puerta y se lanzó á la calle.

Varias voces le gritaron palabras extranjeras que no pudo comprender.

Sospechó que le intimaban que se detuviese, y en lugar de obedecer, apretó el paso.

Cuatro ó cinco tiros de arcabuz partieron de la tropa española, y Tizoc oyó pasar las balas, silbando sobre su cabeza.

Pero sintió estremecerse entre sus brazos el cuerpo de la princesa.

Creyó que aquel era un estremecimiento nervioso causado por la detonacion de los arcabuces, y continuó su carrera.

Pero repentinamente oyó que Geliztli lanzaba un *gemido.*

Arrojó sobre ella una mirada y la vió inundada en sangre.

Una bala de arcabuz la habia herido en medio de la frente.

La llamó varias veces por su nombre y la princesa no respondió.

Los labios del guerrero prorumpieron en una imprecacion y detuvo su marcha.

Intentó sentar á la princesa sobre un lecho de yerbas; pero el cuerpo de la jóven que luchaba ya con los horrores de la agonía, no pudo mantenerse en aquella posicion, y se tendió indolentemente sobre aquel ataud anticipado.

Tizoc la miraba con una ansiedad imposible de describir.

Y en la especie de vértigo que le causaba la escena dolorosa que tenia delante de los ojos, olvidaba que estaba perseguido por un tropel de extranjeros, y no escuchaba las voces y el ruido de armas que se acercaban á él.

La princesa abrió un instante los ojos, los fijó en Tizoc, sus labios se agitaron como si intentase pronunciar algunas palabras y quedó inmóbil.

Acababa de espirar!

Tizoc se sentia tan frio y pálido, como el cadáver que tenia delante de los ojos.

En aquel instante oyó tan cerca de sí una voz extranjera, que no pudo menos que sacarle de su doloroso arrobamiento.

Volvióse vivamente y se encontró rodeado de doce soldados españoles.

—Ah! exclamó con acento sordo.—Los asesinos de Geliztli.

Y descolgando la terrible espada india que pendia de su cintura, la empuñó con firmeza y se arrojó sobre los asesinos.

Los españoles no aguardaban este ataque de un hombre solo, y la espada del mexicano no tardó en abatir á uno, mientras los demas retrocedian un paso para desnudar sus aceros.

—Ah! exclamó Tizoc con una sonrisa de feroz satisfaccion.—Daria á los dioses todas las alegrías del paraiso por saber que he muerto al asesino de Geliz-tli..... pero yo procuraré matar el mayor número que pueda..... Yo moriré tambien..... qué importa?..... qué es para mí la vida sin patria y sin amor?

Y continuaba esgrimiendo sobre sus contrarios su formidable masa.

Los españoles hacian esfuerzos inútiles para herirle, porque la espada azteca era un poco mas larga que las hojas toledanas.

A los cinco minutos de combate, cuatro extranjeros ya habian caido en tierra, inundados de sangre.

Y á cada hombre que abatia su espada, Tizoc lanzaba un grito de salvaje alegría.

Muy pronto solo quedaron en pié frente al azteca, cinco de sus adversarios.

Uno de ellos se separó entónces del lugar del combate, cargó su arcabuz y apuntó.

Se oyó una detonacion..... vióse tambalear á Tizoc, soltar la espada y caer pesadamente sobre la yerba.

Estaba herido, como Geliztli, en medio de la frente.

—Miserables! balbució el azteca entre las convulsiones de la agonía.—Solo habeis podido vencerme, como vencísteis al Anáhuac..... por medio de esas armas que la cólera de los dioses puso en vuestras manos para perdernos.

Los españoles dejaron á Tizoc morir en paz y acudieron al socorro de sus compatriotas.

Cuatro habian muerto: los otros tres solo estaban heridos

Los primeros tenian á su lado su arcabuz descargado.

Probablemente se habia cumplido el deseo que habia manifestado Tizoc, de matar al asesino de Geliztli.

Un momento despues, los españoles que quedaban vivos, se arrojaron sobre los dos cadáveres aztecas, los despojaron de sus joyas y se las repartieron entre sí con igualdad.

Uno de aquellos miserables miró con tristeza el collar que tenia en la mano, y exclamó:

—El botin es bien mezquino para el trabajo que nos ha costado adquirirlo.

Los cinco aventureros sonrieron con amargura y abandonaron el lugar de la escena.

Apareció entónces una mujer tras un edificio inmediato, corrió hácia el lago y cavó en la orilla una fosa profunda.

Arrastró luego los dos cadáveres hasta aquel sitio, y con los ojos inundados de lágrimas, depositó á Tizoc y Geliztli en la poética sepultura que acababa de abrir.

Aquella mujer era Xiloxochitl.

EPILOGO.

I

A principios de 1525, tres años y medio despues de los sucesos que acabamos de referir, Hernan Cortés se hallaba en camino para la lejana provincia de Hibueras, en donde el gobernador, Cristóbal de Olid, acababa de rebelarse contra su antiguo general.

Cortés se habia propuesto castigar al rebelde, y para conseguir su objeto, atravesaba países desconocidos y desiertos inmensos, preñados de dificultades.

Cien españoles y tres mil aztecas constituian toda su fuerza.

Entre estos últimos iban los reyes de México, de Tacuba y de Tezcoco.

Hernan Cortés, temeroso siempre de que [illegible] blevase el pueblo que acababa de conquistar, [illegible] separaba nunca de estos tres personajes que gozaban de mucha popularidad entre sus compatriotas, y los hacia marchar consigo á todas sus espediciones.

En uno de los tres dias de carnaval de aquel año, el ejército pernoctó en Izancanac, pueblecillo de corto vecindario en la provincia de Acallan.

Sus habitantes habian huido al acercarse los españoles, y Hernan Cortés estaba alojado en una miserable choza, que era, sin embargo, la mejor del lugarejo.

El general estaba de mal humor, y no pudiendo conciliar el sueño, media á pasos irregulares, en las altas horas de la noche, el estrecho recinto de su habitacion.

Pensaba que S. M. Cárlos V, habia sido ingrato con él, puesto que habia nombrado por gobernador de Nueva-España á Cristóbal de Tapia, aunque él se habia negado á entregarle el mando.

Pensaba que la corte no habia recompensado todavía bastante sus dilatados servicios.

Pensaba, por último, en la deslealtad de Olid, que le obligaba á emprender aquel viaje, tan lleno de sinsabores, y cuya duracion era incierta.

Repentinamente llegó á sus oidos una conversacion que tenia lugar en la pieza inmediata, y de la cual no podia entender palabra, porque tenia lugar en azteca.

[illegible] Cortés pegó sus [illegible] a una rendija del [illegible]
[illegible] y miró.

Cuauhtemotzin y sus dos [illegible] hablaban con animacion al rededor del fuego. [illegible] se acercaban de cuando en cuando á su plática con [illegible] y alegres carcajadas.

¿Por qué gozaban aquellas gentes?

¿Por qué reian los vencidos cuando el vencedor estaba melancólico?

Hernan Cortés se hacia estas preguntas y agitaba en su mente la sospecha que hacia mucho tiempo habia concebido de que sus régios prisioneros conspiraban, cuando se presentó en la habitacion un azteca miserable, cuyo nombre no queremos consignar en estas páginas.

El español le hizo notar la alegría de los tres soberanos, y quiso descifrar aquel pretendido enigma.

El traidor azteca respondió que los prisioneros intentaban sublevarse, y trazó un plan de conspiracion que pareció dejar convencido al general.

Al dia siguiente los cadáveres de Cuauhtemotzin y de sus dos antiguos aliados, amanecieron pendientes de las ramas de una ceiba corpulenta.

Habian sido ahorcados en las tinieblas de la noche.

Pero la historia no ha perdido todavía de vista esa aldehuela de Izancanac, donde el conquistador echó un sello á sus maldades con el atentado de este triple suplicio.

II

Por los años de 1544 á 1547, un anciano que contaba á la sazon sesenta años de edad, vagaba infructuosamente por la corte de España, solicitando que se le hiciese justicia.

Aquel anciano se llamaba Don Fernando Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca y Capitan general de la Nueva-España.

Poseia inmensos bienes de fortuna y el señorío de un gran número de pueblos y ciudades, cuyos nombres apenas sabia pronunciar.

El sexagenario, sin embargo, no se hallaba contento.

La corte le habia despojado del gobierno civil de la Nueva-España, que él habia conquistado con la punta de su lanza, y solo le habia dejado el mando militar.

Quejábase ademas de otro gran número de injusticias que se le habian ocasionado, dando oido á las hablillas de sus enemigos.

Algunos años antes habia estado en la corte y Cárlos V habia halagado su vanidad, confiriéndole varios honores y haciéndole una visita en su alojamiento.

Ahora todo habia cambiado. El emperador no queria escucharle, y el Marqués del Valle hacia en la *corte el triste* papel de un pretendiente importuno.

[illegible] un dia en que por la centésima vez se presentó á [illegible]rlos V. [illegible] tuvo el cinismo de preguntarle:

—¿Quién [illegible]is?

Y el orgulioso conquistador de México respondió con altivez:

—Un hombre que ha dado á V. M. más provincias, que [illegible] le dejaron sus antepasados.

Estas [illegible]entes palabras acabaron de enajenar á Hernan Cortés las simpatías de la corte.

Lleno de tedio y de amargura, se retiró á un pueblecillo llamado Castilleja de la Cuesta, donde despues de una larga agonía, murió el 2 de diciembre de 1547.

[illegible] atado los remordimientos, la contrariedad [illegible] hecho.

[illegible]s de Geliztli, de Cuauhpopoca y de [illegible] poblaron su lecho de muerte.

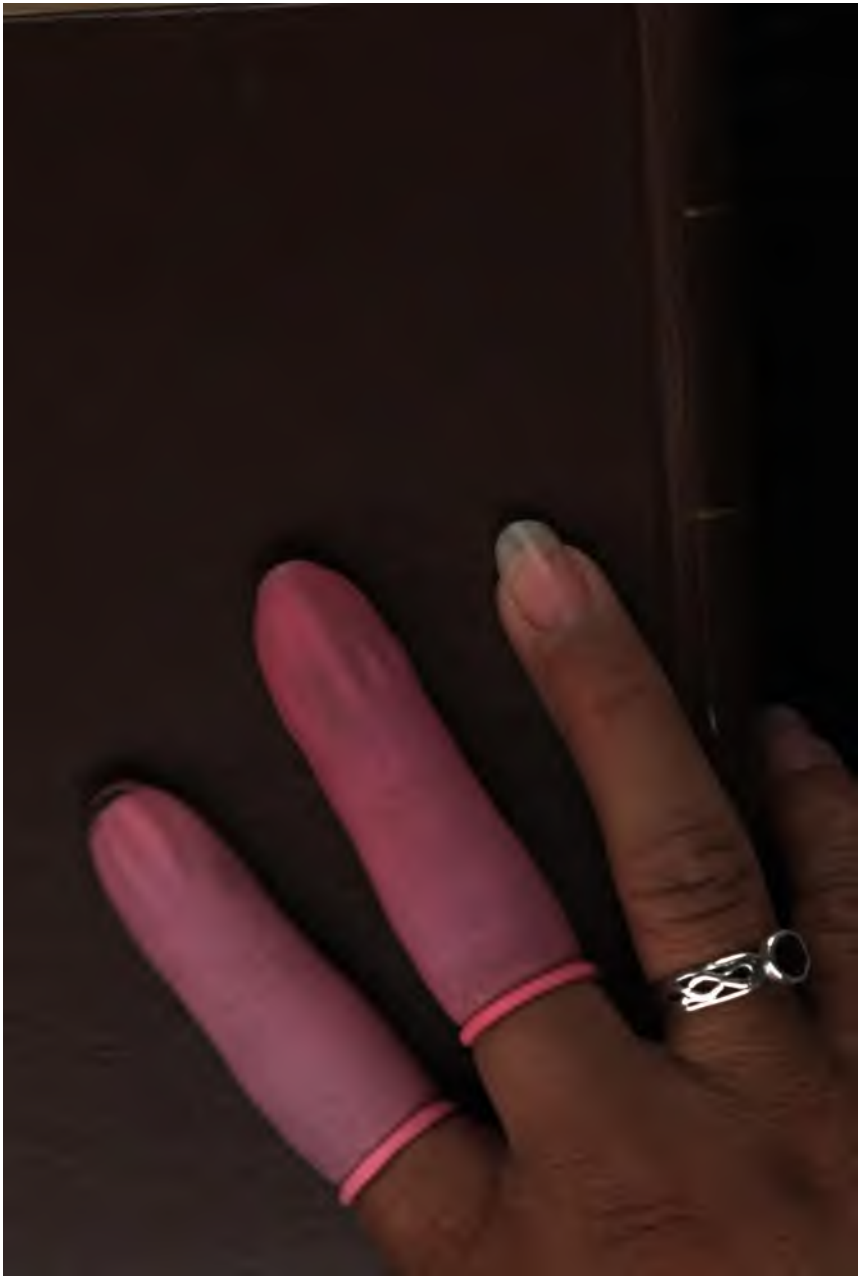
[illegible] proverbial de los reyes vengaba hasta [illegible], la sangre de tantos mártires, sacrificados [illegible] ambicion y crueldad.

FIN DE LA OBRA.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

			PÁGINAS.
CAPÍTULO	I.	La Cola	5
„	II.	Majuatzin.—El baño sagrado.	25
„	III.	Mafintzin. — Consecuencias inmediatas de la prediccion.	40
„	IV.	Teuhtlile	54
„	V.	Hernan Cortés.—Sus primeros años	68
„	VI.	De cómo el descubrimiento del Anáhuac produjo de pronto la reconciliacion de dos antiguos compinches, y el matrimonio de una niña abandonada	77
„	VII.	Motecuzoma.—La sala de audiencia	94
„	VIII.	Presagios	106
„	IX.	Mazatl.—La gran fiesta de Tezcatlipoca	
„	X.	Los sediciosos	

„	XI.	Los recaudadores de tributos	16
„	XII.	Conspiracion.—Destruccion de la flota	17
„	XIII.	Xicotencatl.—Discusion en el senado	18
„	XIV.	De cómo recordó Cortés la prediccion del oráculo de Painala	20
„	XV.	La patria.—Amor filial	2[illegible]
„	XVI.	Los asesinatos de Cholula	25
„	XVII.	Los españoles en Tenochtitlan	2[illegible]
„	XVIII	Un proyecto audaz	28[illegible]
„	XIX.	Se consuma el plan	27[illegible]
„	XX.	De cómo los celos obligaron una vez á Malintzin á oponerse á los designios de Cortés	29
„	XXI.	Un proyecto de Tizoc	3[illegible]

Stanford University Libraries
3 6105 020 260 258